Beda

HOMILÍAS SOBRE LOS EVANGELIOS/2

Introducción, traducción y notas de
Agustín López Kindler

R. 111 662

Ciudad Nueva

© Agustín López Kindler

© 2016, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-353-9
Depósito Legal: M-25.308-2016

Impreso en España

Maquetación: *Antonio Santos*

Imprime: Estugraf Impresores. Ciempozuelos (Madrid)

NOTA EDITORIAL

Las 50 Homilías de Beda en las que comenta los cuatro libros sagrados, se publican en castellano en dos tomos que corresponden con los dos libros en los que está distribuida la obra (Biblioteca de Patrística nn. 102 y 103) debido a su extensión.

En el primero de ellos aparece la Introducción general al autor y a su obra, así como las primeras 25 homilías, que corresponden al primer libro.

En el segundo tomo se publica el segundo libro con las siguientes 25 homilías.

Los criterios editoriales que han guiado la preparación del texto son los mismos que figuran en el tomo anterior.

En el presente tomo se encuentran los índices bíblico y de nombres y materias que hacen referencia a la obra completa.

Beda

HOMILÍAS SOBRE LOS EVANGELIOS/2

HOMILÍA I

En la Cuaresma

Jn 2, 12-22
PL 94, 114-120[1]

1. Suele llamar la atención de algunos lo que se dice al comienzo de este pasaje del Evangelio: que, al bajar el Señor a Cafarnaúm, no solamente le siguieron su madre y sus discípulos, sino también sus hermanos[2]. Y no han faltado herejes que afirmaran que José, el esposo de Santa María Virgen, engendró de otra mujer a los que la Escritura llama hermanos del Señor. Otros, con mayor malicia, pensaron que los engendró de la misma María, tras el nacimiento del Señor. Pero nosotros, hermanos queridísimos, sin ninguna incertidumbre ante esta cuestión, conviene que sepamos y confesemos que no solo la santa Madre de Dios, sino el santísimo testigo y custodio de su castidad, José, permaneció siempre absolutamente inmune de todo acto conyugal y que, de acuerdo con la costumbre habitual en la Escritura, se llama hermanos o hermanas del Salvador, no a hijos de ambos, sino a parientes.

2. En definitiva, de este modo dice Abrahán a Lot: *Por favor, no haya discordias entre tú y yo, entre mis pastores y los tuyos, ya que somos hermanos*[3]. Y Labán dice a Jacob:

1. En la edición de J.-P. Migne esta homilía lleva el título: «En la feria segunda de Cuaresma».

2. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, X, 2 (CCL 36, 100-101).

3. Gn 13, 8.

¿Acaso por ser hermano mío, me vas a servir de balde?[4] Y consta con certeza que Lot era hijo de Arán, hermano de Abrahán[5], y que Jacob era hijo de Rebeca, la hermana de Labán[6], aunque se llamen hermanos en razón del parentesco. Así pues, es conveniente que, como he dicho, se entienda que se llama hermanos del Señor a sus parientes, de acuerdo con esta regla frecuentísima en las Sagradas Escrituras.

3. Ahora bien, el hecho de que el Señor subió a Jerusalén cuando se acercaba la Pascua, nos da un claro ejemplo de hasta qué punto debemos someternos con presteza de ánimo a los mandamientos del Señor, cuando Él mismo –al aparecer en la debilidad humana– cumple los preceptos que ha establecido con la autoridad de su Divinidad. Pues, para que los siervos no pensaran que podrían evitar los castigos o recibir los premios sin frecuentes sacrificios de oraciones y buenas obras, Él en persona –a pesar de que era Hijo de Dios– subió a Jerusalén para adorar e inmolar entre los siervos. Veamos lo que, al llegar a la ciudad, encontró que ocurría allí y lo que Él mismo hizo.

4. *Y encontró en el templo* –dice– *a los vendedores de bueyes, de ovejas y de palomas y a los cambistas sentados. Y haciendo una especie de azote de cuerdas, arrojó del templo a todas las ovejas y los bueyes, derramó el dinero de los cambistas y derribó las mesas*[7]. Se compraban bueyes, ovejas y palomas para que fueran sacrificadas en el templo. Los cambistas se sentaban a las mesas para tener a mano el montante de dinero para la transacción entre los compradores y los vendedores de las víctimas. Así pues, parecía lícito que se vendieran en el templo las víctimas que se compraban exclusivamente para ser ofrecidas al Señor en el mismo templo. Pero

4. Gn 29, 15.
5. Cf. Gn 11, 26.31.
6. Cf. Gn 25, 20.26.
7. Jn 2, 14-15.

el Señor en persona, que no quería que se realizara en su casa nada relacionado con una negociación humana –ni siquiera una que fuera considerada honesta–, expulsó a los mercaderes injustos y arrojó fuera, junto con ellos, todo lo que se compraba y vendía[8].

5. Por tanto, hermanos míos, ¿qué pensamos que haría el Señor si encontrara impenitentes a los que disienten entre sí por riñas, a los que pasan el tiempo con historias ficticias, a los que se distraen con diversiones, o a los que cometen cualquier otro pecado, Él que vio en el templo a los que compraban víctimas para inmolárselas y se apresuró a expulsarlos?

Hemos dicho todo esto por aquellos que, después de entrar en la Iglesia, no solo descuidan su intención de rezar, sino que incluso aumentan aún más las intenciones por las que deberían rogar y –reprochándose a sí mismos semejante estupidez– prosiguen con sus riñas, sus odios e incluso sus calumnias, añadiendo así pecados a sus pecados y tejiendo una especie de maroma larguísima en una imprudente acumulación, sin temor de que por ese motivo les condene el veredicto del estricto juez.

6. Porque por dos veces leemos en el santo Evangelio que el Señor, al encontrar en el templo a este tipo de negociantes, les expulsó: es decir, ahora[9] –o sea tres años antes de su pasión, como sabemos por lo que escribe este evangelista a continuación– y en el mismo año en que padeció, cuando entró en Jerusalén, sentado en un asno, cinco días antes de la Pascua.

8. Cf. AGUSTIN, *Tract. in Iohan.*, X, 4-5 (CCL 36, 102-103).

9. Esta escena se encuentra asimismo en Mt 21, 12-13; Mc 11, 15-17; Lc 19, 45-46, pero mientra san Juan la sitúa al inicio de la vida pública de Jesús, los sinópticos, que no narran más que una Pascua, lo hacen al final, tras su entrada triunfal en Jerusalén. Lo esencial para los evangelistas no es la datación exacta de esta escena, sino la lección que se desprende de ella.

Pero todo el que tiene buena doctrina entiende que Él actúa del mismo modo en el templo de la santa Iglesia, examinándola cada día con su presencia[10].

7. Por eso, queridísimos, esta escena es tremenda y digna de ser temida; y hay que prever con una vigilancia continua no vaya a ser que, presentándose de improviso, encuentre en nosotros alguna perversidad por la que debamos con razón ser castigados y arrojados de la Iglesia. Y hay que procurar no hacer nada inadecuado, sobre todo en aquella que es llamada especialmente casa de oración[11], a fin de no escuchar de labios del Apóstol, como los corintios: *¿Acaso no tenéis casas*[12] para realizar o apalabrar los asuntos temporales? *¿O en tan poco tenéis la Iglesia de Dios?*; y del profeta, como los judíos: *Mi amado ha cometido muchos delitos en mi casa*[13]. Y hay que alegrarse ciertamente de que nosotros mismos nos hayamos convertido por el bautismo en templos de Dios, como atestigua el Apóstol cuando dice: *Porque el templo de Dios es santo y ese templo sois vosotros*[14]. Nosotros mismos somos la ciudad del gran Rey, de la que se canta: *Está fundada sobre los montes santos*[15], los fundamentos de la Iglesia están asentados en la fe de los Apóstoles y los profetas.

8. Pero no es menos tremendo lo que dice de antemano el Apóstol: *Si alguno profana el templo de Dios, Dios le destruirá*[16]. Y el justo juez en persona, dice: *Exterminaré de la ciudad del Señor a todos los que obran la iniquidad*[17]. Debemos alegrarnos porque se celebra la solemnidad de la Pascua para nosotros, cuando nos esforzamos por pasar de los

10. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, III, 21, 13 (CCL 77, 188).
11. Cf. Is 56, 7; Mt 21, 13.
12. 1 Co 11, 22.
13. Jr 11, 15.
14. 1 Co 3, 17.
15. Sal 87, 1.
16. 1 Co 3, 16.
17. Sal 101, 8.

vicios a las virtudes. En efecto, Pascua significa «paso»[18]. Debemos alegrarnos porque el Señor se digna visitar nuestros corazones –esto es, su ciudad– y porque el mismo se digna iluminar la Pascua de nuestra buena conducta con la presencia de su piedad hacia nosotros. Mas, debemos tener la suficiente dosis de temor a que en su ciudad nos encuentre haciendo cosas distintas a las que Él quiere y se nos muestre como un severo juez –tal y como no lo deseamos– y a que nos vaya a condenar por encontrarnos en el templo como cambistas o vendedores de bueyes, ovejas y palomas.

9. Los bueyes designan sin duda la doctrina de la vida celestial; las ovejas, las obras castas y piadosas; las palomas, los dones del Espíritu Santo. De hecho, es indudable que el campo se suele trabajar con la ayuda de bueyes. Y el campo es el corazón cultivado por la doctrina celestial del Señor y convenientemente preparado para recibir la simiente de la palabra divina. Las inocentes ovejas proporcionan su lana para vestir a los hombres. El Espíritu desciende sobre el Señor en forma de paloma[19]. Ahora bien, venden bueyes los que proclaman la palabra del Evangelio a los oyentes, no por amor a Dios, sino en vistas a un provecho terreno, como aquellos a quienes reprende el Apóstol porque no anuncian a Cristo con sinceridad[20]. Venden ovejas los que realizan obras de misericordia por motivos de honra humana; de ellos dice el Señor que ya *recibieron su recompensa*[21]. Venden palomas los que imparten la gracia recibida del Espíritu, no gratis –como está mandado[22]–, sino a cambio de un premio; los que otorgan la imposición de manos por la que se recibe el Espíritu Santo, si no para ganar dinero, sí para gozar de

18. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, LV, 1 (CCL 36, 463). Cf. *infra Hom.*, II, 2, 6; 5, 2.
19. Cf. Lc 3, 22.
20. Cf. Flp 1, 17.
21. Mt 6, 5.
22. Cf. Mt 10, 8.

los favores del pueblo; los que confieren las órdenes sagradas, no como algo merecido de acuerdo con la conducta, sino arbitrariamente. Intercambian dinero en el templo quienes no fingen servir a los asuntos del más allá, sino que abiertamente sirven a los asuntos terrenos en la Iglesia, buscando lo suyo y no lo que es de Jesucristo[23].

10. En verdad, muestra el Señor la suerte que espera a tales obreros engañosos, cuando hace un látigo con cuerdas y les arroja a todos del templo. Porque son eliminados de la suerte de la comunión de los santos[24] todos aquellos que, colocados entre los santos, realizan obras aparentemente buenas o abiertamente malas. También arrojó a las ovejas y a los bueyes para demostrar que era reprobable, tanto la vida, como la doctrina de los tales. Las cuerdas con las que golpea a los impíos, arrojándoles del templo, son la acumulación de las malas acciones con las que se proporciona al juez definitivo la materia para condenar a los réprobos. Es por eso por lo que dice Isaías: *¡Ay de los que arrastran la iniquidad con las cuerdas de la vanidad*[25]*!* Y Salomón dice en los Proverbios: *Sus propias iniquidades atraparán al malvado y le enredarán las cuerdas de sus pecados*[26]. Porque quien acumula pecado tras pecado –por los que cada vez será más duramente castigado– es como si poco a poco aumentara y multiplicara las cuerdas con las que será atado y azotado. También tiró las monedas y volcó las mesas de los cambistas, tras haberlos expulsado, porque suprimirá para siempre hasta la figura de las cosas que los condenados han amado, según aquello que está escrito: *También el mundo pasará y sus concupiscencias*[27].

23. Cf. Flp 2, 1.
24. Cf. Col 1, 12.
25. Is 5, 18.
26. Pr 5, 22.
27. 1 Jn 2, 17.

11. *Y a los vendedores de palomas les dijo: Quitad esto de aquí, no hagáis de la casa de mi Padre un mercado*[28]. Mandó que se quitara del templo la venta de palomas, porque debe dar gratuitamente la gracia del Espíritu el que la recibió gratis[29]. Por eso Simón –aquel famoso mago, que quiso comprarla con dinero, para venderla por un precio mayor– escuchó: *Que tu dinero vaya contigo a la perdición... No tengas parte ni herencia en esta empresa*[30]. Y hay que tomar nota de que no solo son vendedores de palomas y convierten la casa de Dios en un mercado quienes, al conferir las sagradas órdenes piden un precio de dinero, de alabanza o incluso de honra humana, sino también aquellos que han recibido un grado o una gracia espiritual en la Iglesia y no lo ponen en ejercicio con buena intención, sino por algún motivo de retribución humana, contra aquello del apóstol Pedro: *El que habla, que pronuncie palabras de Dios; el que ejerce un ministerio, hágalo en virtud del poder que Dios le otorga, para que en todas las cosas Dios sea glorificado por Jesucristo*[31].

12. Por tanto, quienes pertenecen a este tipo de personas –si no quieren ser expulsados de la Iglesia a la venida del Señor–, aparten todo esto de sus acciones, para no convertir la casa del Señor en un mercado. Y no se debe pasar por alto que con todo cuidado la Escritura en este pasaje nos trae a la memoria las dos naturalezas de nuestro Salvador: a saber, la humana y la divina. En efecto, para que entendamos que se trata del verdadero Hijo de Dios, escuchemos lo que Él mismo dice: *No hagáis de la casa de mi Padre un mercado*. Así pues, abiertamente se nos muestra como Hijo de Dios Padre el que llama casa de su Padre al templo de

28. Jn 2, 16.
29. Cf. Mt 10, 8.
30. Hch 8, 18-21. Cf. AMBROSIO, *Expositio evan. s. Lucam*, IX, 19 (CCL 14, 338). Véase también *Hom.*, I, 12, 11.
31. 1 P 4, 11.

Dios. Y, para que nos demos cuenta de que es verdadero hijo de hombre, recordemos de nuevo lo que se dice al principio de esta lectura: que al descender a Cafarnaúm le acompañaba su madre[32].

13. Continúa: *Se acordaron sus discípulos de que está escrito: El celo de tu casa me consume*[33]. El Salvador arrojó a los impíos del templo llevado por el celo de la casa de su Padre. Velemos también nosotros, hermanos queridísimos, por la casa de Dios; y, en cuanto está en nuestro poder, insistamos para que en ella no suceda nada depravado. Si a un hermano que tiene que ver con la casa de Dios le vemos hinchado de soberbia, o habitualmente criticón, o dado a la bebida, o excitado por la lujuria, o perturbado por la ira, o sometido a cualquier otro vicio, afanémonos –en cuanto nos sea posible– por purificar la suciedad, corregir la perversión y, si no podemos corregir nada de ese tipo de personas, soportémosles, no sin un agudísimo dolor del alma, y sobre todo empeñémonos con todas nuestras fuerzas a fin de que, en la casa de oración –donde el cuerpo del Señor se puede consagrar, donde no se duda de que la presencia de los ángeles es constante–, no ocurra nada indigno, no haya nada que impida nuestra oración y la de nuestros hermanos.

14. Sigue: *Entonces los judíos replicaron y le dijeron: ¿Qué señal nos das para obrar así? Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo y en tres días lo levantaré*[34]. Después[35] el evangelista aclaró de qué templo hablaba –esto es, del templo de su cuerpo– que, abatido por ellos durante la pasión, Él mismo resucitó al tercer día de su muerte. Por tanto, puesto que pedían una señal por parte del Señor del porqué se había sentido en la obligación de expulsar del templo el habitual comercio, Él respondió que había arrojado fuera a

32. Cf. Jn 2, 12.
33. Jn 2, 17.
34. Jn 2, 18-19.
35. Cf. Jn 2, 21.

los impíos con todo derecho, porque ese mismo templo era una imagen del templo de su cuerpo, en el que no había en absoluto ninguna mancha de pecado alguno. Y no sin razón había purificado de pecados al templo simbólico –el que Él sería capaz de resucitar de los muertos– por el poder de su divina majestad, el verdadero templo de Dios, deshecho por los hombres hasta darle muerte.

15. *Entonces los judíos replicaron: En cuarenta y seis años se ha edificado este templo, ¿y tú vas a levantarlo en tres días?*[36] Replicaron a lo que habían entendido. Pero, para que nosotros no interpretemos también de un modo carnal las palabras espirituales del Señor, el Evangelista expuso a continuación de qué templo estaba hablando.

Por lo que respecta a lo que dicen de que el templo fue edificado en cuarenta y seis años, no se refieren a la primera, sino a la segunda construcción del mismo. Porque el primero que hizo construir el templo fue Salomón, en un tiempo de máxima paz de su reino y en el plazo brevísimo de siete años[37]. Ese fue destruido por los caldeos[38] y, al cabo de setenta años, por orden del persa Ciro, comenzó a ser edificado de nuevo, una vez pasada la cautividad[39]. Pero, por los ataques de los pueblos limítrofes, las generaciones posteriores a la trasmigración no pudieron acabar los trabajos, que habían comenzado bajo los príncipes Zorobabel y Jesús, hasta cuarenta y seis años después[40].

16. Este número de años concuerda de modo sumamente adecuado con la perfección del cuerpo del Señor. En efecto, los escritores de ciencias naturales enseñan que la forma del cuerpo humano se perfecciona en el espacio de esos días: a saber, los seis primeros días, a partir de la concepción, se

36. Jn 2, 20.
37. Cf. 1 R 6 ,38.
38. Cf. 2 R 25, 9.
39. Cf. Esd 1, 1-3.
40. *Ibidem* 4, 1-24.

asemeja a la leche; durante los nueve siguientes, se convierte en sangre; después, en doce, se consolida y en los dieciocho restantes se forma hasta el perfecto trazado de todos los miembros. Y a partir de ahí, el tiempo restante, hasta el momento del parto, aumenta de tamaño[41]. Ahora bien, seis más nueve, más doce, más dieciocho, son cuarenta y cinco. Si a estos se les añade uno, esto es el mismo día en que, separado por miembros, el cuerpo comienza a crecer, nos da sin ninguna duda, para la edificación del cuerpo del Señor, el mismo número de días que para la construcción del templo.

17. Y puesto que aquel templo construido por la mano del hombre[42] prefiguraba la sacrosanta carne del Señor, tomada de la Virgen, como aprendemos en este pasaje; puesto que al mismo tiempo también designaba su cuerpo que es la Iglesia[43]; puesto que asimismo simbolizaba el cuerpo y el alma de cada uno de los fieles, como encontramos en varios lugares de las Escrituras[44], es oportuno recordar algunos detalles de la factura de este templo, a fin de que vuestra comunidad conozca en qué medida todo lo que está escrito al respecto concuerda con la Iglesia de Cristo[45].

18. Estaba situado hacia el oriente[46], teniendo una puerta de cara al nacimiento del sol, de forma que, al levantarse éste, inundara todo el interior con su rayo. Así la Iglesia santa dirige toda la atención de su mente a la gracia de Aquel, de quien Zacarías dice: *Nos ha visitado el que nace de lo alto, para iluminar a los que están sentados en tinieblas y en som-*

41. Cf. AGUSTÍN, *De diuersis quaestionibus LXXXIII*, LVI: *De annis XLVI aedificati templi* (CCL 44A, 95-96.

42. Cf. Hch 7, 48; Hb 9, 11.

43. Cf. Ef 1, 22-23. 5, 23; Col 1, 18. 24.

44. Cf. Rm 12, 5; 1 Co 6, 15. 12, 27; Ef 5, 29-30.

45. Beda vuelve a describir el templo al inicio de II, 25. Aquí lo hace para mostrar su paralelismo con la estructura de la Iglesia.

46. Cf. FLAVIO JOSEFO, *Atiquit. Iud.*, VIII, 3, 2.

bras de muerte[47]. Ella –recordando siempre su promesa en la que dice: *Ensancha tu boca y Yo la llenaré*[48]– responde gozosa: *He abierto mi boca y aspirado porque deseaba tus mandamientos*[49]; lo cual equivale a decir, «he abierto mi corazón a la piedad y he merecido beber la luz de tu espíritu, porque he aprendido a no desear en este mundo nada más que observar tus mandamientos».

19. Por fuera, se presentaba construido de piedra blanca; por dentro, oro puro cubría los techos, las paredes, el pavimento, las vigas, las puertas y todos los recipientes[50]. También la Iglesia muestra hacia fuera, a todos, la fortaleza de su santa actividad, pero solo los que han aprendido a penetrar en ella –considerándola en una actitud piadosa– entienden con cuántas virtudes espirituales sobresale, con qué gran fulgor de caridad arde para cada uno de ellos. Esas mismas láminas de oro estaban fijas a planchas de cedro, de abeto o a tablas de olivo[51], que consta son todas maderas nobles. También el resplandor del amor del Señor –gracias al recuerdo de su sacratísima pasión, que fue consumada en el precioso leño de la Cruz– está impreso en el corazón de los fieles de un modo indeleble.

20. El interior del templo está dividido por un velo a lo largo de la pared que separa el recinto exterior del interior del santuario, donde estaba depositada el arca de la Alianza y se llamaba el «santo de los santos»[52]. También la Iglesia, en parte anda peregrina en la tierra, apartada del Señor, y en parte reina con Él en los cielos. La pared medianera se

47. Lc 1, 78-79.
48. Sal 81, 11.
49. Sal 119, 131.
50. Cf. Flavio Josefo, *Antiquit. Iud.*, VIII, 3, 2-3. Cf. 1 R 6, 20-22.30; 2 Cro 4, 7-22.
51. Cf. 1 R 5, 8. 10; 6, 9-10; 15, 33-34.
52. Cf. Ex 26, 31-33; 1 R 6, 16.19. Este es, en efecto, el velo entre el santo y el santísimo que se rasgó a la muerte del Señor, para simbolizar la apertura del cielo. Cf. Mt 27, 51; Mc 15, 38; Lc 23, 45.

entiende que es el mismo cielo, y el arca del Testamento, el Señor, el único que –conocedor de los misterios del Padre– penetró en lo más profundo del cielo. La escalera que conducía a la estancia segunda y tercera estaba construida en el interior del muro oriental con escalones casi invisibles, hasta el punto de que solo se veía el comienzo de la subida desde el ángulo oriental de dicha pared, mientras el resto de ella solo lo conocían los que podían subirla. Eso lo recuerda la Escritura con estas palabras: *Y la puerta del piso inferior estaba al lado derecho del edificio, y por una escalera de caracol se subía al piso intermedio, y de este al tercer piso*[53].

21. Tras la pasión del Señor en la cruz *uno de los soldados, con la lanza, le atravesó el costado, y al instante salió sangre y agua*[54]. Esta es el agua del bautismo, por la que somos purificados[55]; y esta es la Sangre del cáliz del Señor, por la que somos santificados. Por estos santos misterios del costado ascendemos –por el mérito de la fe invisible–, desde la presente vida de la Iglesia que peregrina en la tierra, a la vida de la suprema bienaventuranza de la que disfrutan las almas de los justos, despojadas de sus cuerpos. Pero, avanzando con la ayuda de la fe en la pasión del Señor, también pasamos –una vez recibidos los cuerpos en la resurrección– a la suprema gloria de la eterna felicidad. De esa gloria habla indudablemente Isaías: *En su tierra poseerán el doble y su alegría será perdurable*[56]; es decir, en la tierra de los vivos, que es la única tierra de los santos, reciben al mismo tiempo los gozos eternos de la carne inmortal y del alma bienaventurada.

22. Por tanto, el piso inferior del templo significa la situación presente de los santos, el superior el descanso de las almas, que se percibe después de esta vida, y el más alto la

53. 1R6,8.
54. Jn 19, 34.
55. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, IX, 10 (CCL 36, 96). *Ibidem*, CXXII, 2 (CCL 36, 669).
56. Is 61, 7.

gloria de la resurrección, que jamás conocerá cambio alguno. La puerta del piso inferior –que, puesta al lado derecho del edificio, abría el camino al piso superior– es la fe en la pasión de Cristo, cuyo costado derecho traspasado en la Cruz manó los sacramentos para nosotros, a fin de que, embebidos en ellos, podamos ascender hasta el gozo de la vida celestial.

A los siete años se acabó la construcción del templo y en el octavo siguió la solemnidad de su dedicación. También la Iglesia, a lo largo de todo este tiempo presente, que consta de siete edades, no ha dejado de sumar el crecimiento espiritual de sus miembros y entrará en la eterna fiesta de su dedicación al tiempo de la futura resurrección, junto con su Rey de la paz. Porque, dado que el Señor resucitó de la muerte al octavo día –es decir, después del séptimo que es el sábado–, con razón este número designa también los futuros gozos de nuestra resurrección[57].

23. Baste con haber recordado estos pocos datos –de entre los muchos a propósito de la construcción del templo–, para que aparezca con más claridad a los ojos de una inteligencia espiritual, hasta qué punto resplandecen todos juntos.

Pero, para acabar, volvamos nuestro sermón a la respuesta del Señor, cuando dice a los judíos que le pedían una señal: *Destruid este templo y en tres días lo levantaré*[58]. Demos gracias a su misericordia porque el misterio de su pasión y resurrección de entre los muertos, que expuso con palabras enigmáticas a los infieles que le tentaban, a nosotros, que ya creemos en Él, nos lo ha revelado con luces claras. Y, puesto que ya se acerca el tiempo en que deseamos celebrar con la solemnidad de cada año la destrucción de su templo

57. Es la octava edad de los tiempos, de la que Beda habla repetidamente en sus obras, como ya hemos advertido en la Introducción.

58. Jn 2, 19.

venerable, consumada por los impíos, a la vez que la resurrección que Él llevó a cabo maravillosamente –como había prometido–, limpiemos los templos de nuestros cuerpos y nuestros corazones, para que el Espíritu divino se digne habitar en nosotros. Y, como nos advierte el Apóstol, rechazadas las obras de las tinieblas, *revistámonos de las armas de la luz. Andemos con decencia, como durante el día: no en comilonas y borracheras, no en deshonestidades y disoluciones, no en contiendas y envidias, sino revestidos del Señor Jesucristo*[59] que con el Padre vive y reina, Dios en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

59. Rm 13, 12-13.

HOMILÍA II

En la Cuaresma

Jn 6, 1-14
PL 94, 110-114[1]

1. Quienes, al leer o escuchar, aceptan sumisamente las señales y milagros de nuestro Señor y Salvador, no se fijan tanto en lo que les maravilla por fuera, como examinan qué deben hacer ellos mismos por dentro a raíz de esos acontecimientos, y qué valor espiritual deben apreciar en ellos. Pues bien, he aquí que, al acercarse la Pascua –la fiesta de los judíos–, el Señor llama la atención de la muchedumbre que le seguía, a la vez con su palabra de salvación y su fuerza curativa. Porque, como otro evangelista escribe: *Les hablaba del reino de Dios y sanaba a los que lo necesitaban*[2]. Y, para completar su doctrina y sus curaciones, les dio de comer de una manera abundante a partir de unos pocos alimentos.

2. Por tanto, también nosotros, hermanos queridísimos, a imitación de este hecho, al acercarse la Pascua, la fiesta de nuestra redención –en unión con la multitud de nuestros hermanos–, sigamos de todo corazón al Señor y contemplemos con toda diligencia en qué línea de comportamiento se ha movido, a fin de que merezcamos seguir sus pasos. *Porque*

1. La edición de J.-P. Migne pone esta homilía en relación con Lc 9, Mc 6 y erróneamente con Mt 19, cuando en realidad es Mt 14.
2. Lc 9, 11.

quien dice que mora en Él, debe seguir el mismo camino que Él siguió[3]. Todo lo que encontremos que existe en nosotros de ignorancia nociva, corrijámoslo con la escucha frecuente de su palabra. Todo peligro de vicio tentador –es decir, de enfermedad espiritual– que sintamos nos devasta por dentro, procuremos enmendarlo con el habitual remedio de su piedad. Pero, aunque nos contemplemos privados de la dulzura de la vida celestial, pidamos su gracia con el fin de que se digne colmarnos de los dones de la compunción y de las demás virtudes espirituales, a fin de que, adornados de modo conveniente por dentro y por fuera, recibamos en el tiempo sacrosanto de su resurrección los sacramentos de nuestra salvación con el cuerpo y el corazón igualmente puros.

3. Pero, puesto que ya hemos degustado brevemente la escena, queremos ahora contemplar con más atención todo el desarrollo de la lectura sagrada y explicar a esta vuestra comunidad todo lo sobrenatural que en ella somos capaces de señalar.

Partió Jesús al otro lado del mar de Galilea, el de Tiberíades[4]. Lo primero que hay que decir es que, según la historia, al mar de Galilea –por la diversidad de las regiones circundantes– se le llama de muchas maneras y que recibe el nombre de mar de Tiberíades, solo en aquellos lugares donde la ciudad de ese nombre –hacia el occidente– se muestra saludable por sus aguas que, según dicen, son cálidas. Físicamente, a partir de la desembocadura del Jordán, se extiende veintidós mil pasos a lo largo y cinco mil a lo ancho[5].

Sin embargo, en sentido espiritual, el mar simboliza las turbias y embravecidas aguas de este mundo en las que al-

3. 1Jn2,6.

4. Jn 6, 1.

5. Cf. PLINIO, *Historia natural*, V, 15, 71. Las dimensiones del mar de Genesaret, según nuestras medidas actuales, son: 21 kms. de longitud y hasta 12 kms. de anchura con una superficie de alrededor de 170 kms^2.

gunos depravados se deleitan injustamente, como peces entregados a las profundidades, y no tienden en su mente a los gozos celestiales. De ahí que también con propiedad se le llama mar de Galilea –que significa «rueda»[6]–, porque sin duda el amor al mundo caduco aboca a una especie de vértigo a los corazones que se ven incapaces de elevarse hasta el deseo de la vida eterna. De ellos dice el salmista: *Los impíos dan vueltas sobre sí mismos*[7].

4. Pues bien, al retirarse ellos al otro lado del mar de Galilea, seguía a Jesús una enorme multitud que había recibido de Él los dones supremos de la doctrina, la salud y la renovación celestial. Porque, antes de la aparición del Señor, solo le seguía por la fe el pueblo judío; pero cuando, gracias a la economía de su encarnación, Él accedió, pisó, atravesó las olas de esta vida corruptible, inmediatamente una gran muchedumbre de pueblos creyentes le siguió, deseosa de ser instruida, curada y saciada espiritualmente, y pidiendo con el salmista: *Señor en ti me he refugiado, enséñame a hacer tu voluntad*[8]. *Ten compasión de mí, Señor, que estoy enfermo, sáname tú, Señor, porque se han desecado todos mis huesos*[9]. E insiste, confiada en recibir de Él el alimento para la vida eterna: *El Señor me apacienta, no me falta nada; me ha colocado en un lugar apacible*[10].

5. Por lo que respecta a que Jesús subió al monte y allí se sentó con sus discípulos, pero al llegarse hasta Él una muchedumbre descendió y allí en el valle volvió a emprender lo que ya había sido su preocupación poco antes, no creamos que ocurre sin motivo, sino para significar de un modo alegórico que el Señor distribuye su doctrina y sus carismas de acuerdo con la capacidad de quienes los reciben.

6. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 146).
7. Sal 12, 9.
8. Sal 143, 10.
9. Sal 6, 3.
10. Sal 23, 1-2.

Concretamente, a las mentes aún débiles y a los pobres de espíritu les da a creer los misterios más simples, mientras que a quienes son más perfectos de sensibilidad les descubre los arcanos más secretos de su majestad, inspirándoles caminos más estrechos de conducta devota y prometiéndoles dones más altos de premios celestiales.

Por eso, a uno que quería saber qué debía hacer para poseer la vida eterna[11], le explicó, como a quien aún estaba situado en un grado inferior, los mandamientos generales de su misericordia, diciéndole: *No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre*[12]. Y, después de que ese requirió de Él deberes superiores, como uno que quiere ascender al monte de las virtudes, le dijo: *Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo. Luego, ven y sígueme*[13].

6. El Señor mostró esta diversidad de comportamiento no solo por sí mismo, cuando aún enseñaba encarnado, sino que también ahora no cesa de hacerlo, por medio de los administradores de su palabra. Por eso afirma de ellos, en la persona de aquel buen siervo, que deben dar a tiempo a sus compañeros de servidumbre la medida de trigo[14]; esto es, procurarles el alimento de la palabra de modo oportuno y mesurado, de acuerdo con la capacidad de captación de los oyentes.

A su vez, en cuanto a que al acercarse la Pascua el Señor enseña, sana y da de comer a las turbas, podemos entenderlo simbólicamente así: Pascua significa «paso»[15] y el Señor, a todos aquellos a quienes recupera con la suavidad interior de sus dones, les prepara con certeza a un paso salvífico; esto

11. Cf. Lc 18, 18.
12. Lc 18, 20.
13. Mt 19, 21; Lc 18, 22.
14. Cf. Lc 12, 42.
15. Cf. *supra Hom.*, II, 1, 8. Asimismo *infra Hom.*, II, 5, 2.

es, a que dejen atrás las concupiscencias por una elevación de su mente; a que pisoteen las ínfimas aspiraciones del mundo –tanto las prósperas, como las adversas–, cambiándolas por la esperanza y la caridad celestiales. Y a pesar de que aún no pueden alcanzar, ni con el alma ni con el cuerpo, las cosas celestiales –porque es indudable que esto se nos promete para el futuro–, sin embargo lo que contemplan los que son carnales –abrazados a ello como algo de alto valor–, ténganlo ellos en nada en comparación con los bienes eternos, siguiendo el ejemplo de aquel que, al ver al impío ensalzado y elevado por encima de los cedros del Líbano, pasó por encima de la contemplación de las cosas temporales y comprendía que era como si no existiera aquel que ya preveía que pronto había de desaparecer[16].

7. Lo que se narra a propósito de que Jesús levantó los ojos y vio que una gran muchedumbre venía hacia Él, es un indicio de la piedad divina. En efecto, era su costumbre salir al encuentro de todos aquellos que se afanaban por acudir a Él, con los dones de su celestial misericordia. Y para que no pudieran equivocarse en su búsqueda, solía abrir la luz de su Espíritu a quienes recurrían a Él. De que los ojos de Jesús simbolizan místicamente los dones de su Espíritu da fe Juan en el Apocalipsis, cuando dice de Él en un sentido figurado: *Y vi que estaba un cordero como inmolado, el cual tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios enviados a toda la tierra*[17].

8. Lo que el Señor dice a Felipe, para tentarle: *¿Dónde compraremos pan para que coman estos?*[18], lo hace ciertamente por decisión de su Providencia, no para aprender lo que no sabía, sino para que Felipe, tentado, reconociera la lentitud de su fe –que el Maestro conocía y él mismo ignoraba–

16. Cf. Sal 37, 35-36.
17. Ap 5, 6.
18. Jn 6, 5.

y se corrigiera, una vez realizado el milagro. Porque no debía haber dudado de que, estando presente el Creador de todas las cosas, que saca pan de la tierra y con el vino alegra el corazón del hombre[19], bastaban unos panes de pocos denarios, para que cada uno de una multitud de varios miles recibiera lo suficiente y se retirara una vez saciado. Por su parte, los cinco panes con los que sació a la multitud del pueblo son los cinco libros de Moisés[20], con los que –si se interpretan con una dimensión espiritual y enriquecidos con un sentido aún más amplio– renueva cada día los corazones de los oyentes fieles. Bien se dice que eran de cebada, por los extremadamente austeros preceptos de la Ley y por la envoltura más bien burda del sentido literal, que casi ocultaba el núcleo interior de su sentido espiritual.

9. En cuanto a los dos peces que añade, no hay inconveniente en interpretarlos como los escritos de los salmistas y profetas que –unos cantando y otros hablando– narraban a sus oyentes los futuros misterios de Cristo y la Iglesia. Y con razón se simbolizan a través de esos animales acuáticos los trasmisores del Evangelio de aquella edad, en la que el pueblo fiel no habría podido vivir de ningún modo sin las aguas del bautismo. El muchacho que tenía cinco panes y dos peces, y no los distribuyó entre la turba hambrienta, sino que se los presentó al Señor para que los distribuyera, es el pueblo judío, pueril por su interpretación literal de la Escritura. Él mantuvo encerrados consigo los libros de la Escritura, mientras el Señor –al encarnarse– los recibió y mostró todo lo que tenían en su interior de útil y dulce, hizo ostensible cuánta gracia espiritual rezumaban los que parecían escasos y despreciables, y los presentó a través de los apóstoles y sus sucesores, para que sirvieran a todas las naciones.

19. Cf. Sal 104, 14-15.

20. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XXIV, 5 (CCL 36, 246).

10. Por eso narran bien otros evangelistas que el Señor distribuyó los panes y los peces a los discípulos y los discípulos a la muchedumbre[21]. Porque el misterio de la salvación humana, tras haber comenzado a ser desvelado por el Señor, lo han confirmado en nosotros quienes lo oyeron de sus labios. En efecto, Él partió los cinco panes y los dos peces y los distribuyó a los discípulos, cuando les abrió la inteligencia para que comprendieran todo lo que estaba escrito sobre Él en la Ley de Moisés, en los profetas y en los salmos[22]. Y los discípulos los presentaron a las turbas, cuando *predicaron por todas partes y el Señor cooperaba y confirmaba la palabra con los milagros que la acompañaban*[23].

11. La hierba en la que la multitud se sienta y reposa se entiende que es la concupiscencia de la carne, que debe pisotear y reprimir todo aquel que desea saciarse con los alimentos del espíritu. *Porque toda carne es heno y toda su gloria como la flor del heno*[24]. Así pues, siéntese sobre el heno para oprimir la flor del mismo, es decir, mortifique su cuerpo y sométa lo a servidumbre[25], domine los placeres de la carne, reprima las olas de la lujuria, todo aquel que quiera ser reconfortado con la dulzura del pan vivo; evite ser seducido por la mala vida pasada, todo el que ansíe ser renovado por el alimento de la gracia celestial.

12. Los cinco mil varones que comieron simbolizan la perfección de aquellos que son reconfortados por el Verbo de vida. En efecto, con la palabra «varones» se designa de ordinario en las Escrituras a los más perfectos, a quienes no

21. Cf. Mt 14, 19; Mc 6, 41; Lc 9, 16.

22. El único evangelista que llama la atención sobre este efecto del milagro es Juan. Ese mismo efecto lo registra Lc 24, 44-45, en la escena de Jesús resucitado con los discípulos de Emaús.

23. Mc 16, 20.

24. Is 40, 6; 1 P1, 24.

25. Cf. 1 Co 9, 27.

corrompe ningún afeminamiento, como desea el Apóstol que sean aquellos a quienes dice: *Velad, estad firmes en la fe, trabajad varonilmente y alentaos*[26]. Por su parte, el número mil –el mayor que conoce nuestra forma de contar– indica de ordinario la plenitud de las cosas de las que nos ocupamos, mientras a su vez el cinco expresa los conocidísimos cinco sentidos de nuestro cuerpo: es decir, la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto. Los que en cada uno de ellos se esfuerzan por actuar y ser fuertes varonilmente, viviendo sobria, justa y piadosamente[27], para merecer ser recreados por la dulzura de la sabiduría celestial, esos sin duda se hayan representados en esos cinco mil hombres a los que el Señor sació con alimentos espirituales.

13. Y no hay que pasar por alto el hecho de que, al disponerse a dar de comer a la multitud, dio gracias. Ciertamente dio gracias para enseñarnos a dar siempre gracias por los dones que recibimos del cielo y para revelarnos cuánto se congratula de nuestros progresos y cuánto se alegra de nuestro renacimiento espiritual. Porque, ¿queréis conocer, hermanos, cuánto se alegra de nuestra salvación? Narra el evangelista Lucas que dio a sus discípulos poder para pisar sobre todo poder del enemigo, les indica que sus nombres están escritos en los cielos e inmediatamente añade: *En aquel mismo momento se llenó de gozo en el Espíritu Santo y dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeños*[28]. Así pues, está claro que se alegra con la salud y la vida de los fieles, El que alaba al Padre, dándole gracias porque ha revelado a los humildes de espíritu las cosas que mantuvo escondidas para los soberbios.

26. 1 Co 16, 13.
27. Cf. Tt 2, 12.
28. Lc 10, 19-21.

14. Por lo que respecta a que, una vez saturada la muchedumbre, mandó a los discípulos recoger los fragmentos que habían sobrado, para que no se echaran a perder, eso simboliza ciertamente que hay muchos misterios de la revelación divina que no capta el sentido del vulgo, mientras hay algunos que por sí mismos los menos instruidos no son capaces de asimilar pero que, una vez expuestos por los más doctos, enseguida pueden comprenderlos. De ahí que sea necesario que quienes son capaces los comprendan a fondo –a base de escrutarlos– y los hagan llegar de palabra o por escrito para instruir a los menos doctos, no vaya a ser que por su desidia se echen a perder los alimentos de la palabra y se prive de ellos a la plebe, que no sabe recogerlos, interpretándolos con la gracia de Dios.

15. *Así pues*, dice, *los recogieron y llenaron doce cestos de trozos*[29]. Dado que el número doce suele simbolizar la suma de toda perfección, con razón se expresa por medio de los doce cestos llenos de trozos, todo el coro de doctores espirituales a quienes se manda recoger, meditándolos, los pasajes oscuros de las Escrituras que las turbas no pueden por sí mismas comprender y conservarlos, una vez meditados y puestos por escrito, para uso propio y a la vez de la muchedumbre. Esto hicieron los mismos Apóstoles y los evangelistas, al incluir en sus obras no pocos dichos de la Ley y los profetas, después de haber introducido su propia interpretación. Esto hicieron algunos seguidores suyos, maestros de la Iglesia en todo el mundo, al discutir en su totalidad con una cuidadosa exégesis libros enteros de ambos Testamentos. Ellos, aunque menospreciados por los hombres, sin embargo son fecundos en el pan de la gracia celestial. Es verdad que la palabra «cesto» se suele utilizar para indicar obras serviles; por eso dice el salmista a propósito

29. Jn 6, 13.

del pueblo que servía en Egipto, haciendo mortero y ladrillo[30]: *Las manos del pueblo sirvieron en cesto*[31].

16. Finalmente, cuando aquellos hombres vieron la señal que había hecho, decían: *Éste es verdaderamente el profeta que ha de venir al mundo*[32]. Bien decían en verdad *que éste es verdaderamente el profeta*, que el Señor era el gran profeta, el mensajero de la gran salvación para el mundo. Porque incluso Él en persona se digna llamarse profeta, cuando dice: *Porque no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalén*[33]. Pero aún no gozaban de la plenitud de la fe, porque no sabían llamarle también Señor. Por eso, al ver la señal que había hecho Jesús, dijeron: *Éste es verdaderamente el profeta que ha de venir al mundo.*

17. Nosotros, que vemos con un conocimiento más seguro de la verdad y de la fe el mundo que Jesús ha creado y las señales con las que le ha llenado, digamos que este es verdaderamente el mediador entre Dios y los hombres[34], el que llena el mundo con su Divinidad, *y por quien el mundo ha sido hecho*[35], el que vino a lo suyo para buscar al género humano, salvar lo que había perecido[36] y recrear el mundo que había hecho, el que junto con sus fieles –por la presencia de su Divinidad– está en el mundo *todos los días hasta el final de los tiempos*[37], el que al final de los siglos ha de venir en su Humanidad al mundo, para retribuir a cada uno según sus obras[38]: o sea, para arrojar a los impíos y pecadores al fuego eterno[39] e introducir a los justos en la vida eterna[40], en la que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

30. Cf. Ex 1, 14.
31. Sal 81, 6.
32. Jn 6, 14.
33. Lc 13, 33.
34. Cf. 1 Tm 2, 5.
35. Jn 1, 10-11.
36. Cf. Mt 18, 11; Lc 19, 10.
37. Mt 28, 20.
38. Cf. Mt 16, 27; Rm 2, 6.
39. Cf. Mt 25, 41.
40. Cf. Mt 25, 34.

HOMILÍA III

Domingo anterior a la Pascua

Mt 21, 1-9
PL 94, 121-125[1]

1. El hombre Jesucristo, mediador entre Dios y los hombres[2], que por la salvación del género humano había descendido del cielo a la tierra para padecer, al aproximarse la hora de su pasión, quiso acercarse al lugar de su pasión, para que también por eso quedara claro que iba a sufrir, no contra su voluntad, sino porque quería. Quiso llegar montado en un asno, ser llamado y proclamado rey por la muchedumbre, también para que todo hombre, instruido por esta circunstancia, fuera capaz de reconocer que Él era el Cristo de quien la antigua promesa profética[3] había dicho que se presentaría allí de ese modo. Quiso llegar cinco días antes de la Pascua –como aprendemos del evangelio de Juan[4]– también para mostrar, por medio de este dato, que es el Cordero inmaculado que iba a quitar los pecados del mundo[5].

2. En efecto, está mandado que el cordero pascual, por cuya inmolación el pueblo de Israel fue liberado de la escla-

1. El título de esta homilía en la edición de J.-P. Migne es: «En el domingo de Ramos».
2. Cf. 1 Tm 2, 5.
3. Cf. Za 9, 9.
4. Cf. Jn 12, 12.
5. Cf. Jn 1, 29.

vitud egipcia, se escoja cinco días antes de la Pascua –es decir, el décimo día del mes[6]– y que se inmole al atardecer del día catorce[7], simbolizando a Aquel que para redimirnos con su sangre, llegó al templo de Dios cinco días antes de la Pascua –es decir, hoy– acompañado del gozo y la alabanza de las gentes que le precedían y le seguían. Y estaba cada día enseñando en el templo, hasta que se acabó el día quinto, en el que consumó los sacramentos de la vieja Pascua, que hasta entonces habían estado vigentes. E inmediatamente después de haber entregado a los discípulos los misterios que debían celebrar[8], salió hacia el monte de los Olivos, fue apresado por los judíos[9] y crucificado en la misma mañana[10], en la que nos redimió del dominio del demonio, a la manera como aquel antiguo pueblo hebreo rechazó el yugo de la servidumbre egipcia por medio de la inmolación del cordero.

3. Así pues, el Señor, a modo de Cordero pascual, cinco días antes de que comenzara a padecer, acudió al lugar de su pasión, para dar a entender que Él era aquel de quien Isaías había profetizado: *Como es conducida la oveja al matadero y como el cordero que está mudo y no abre la boca ante quien lo esquila*[11]. Y un poco antes: *Y por culpa de nuestras iniquidades fue herido y por sus contusiones fuimos curados*[12]. Pero los corazones de los príncipes, llenos de odio por todo lo que había realizado en su Providencia, prefirieron perseguirle a creer en Él y –miserables– buscaban mucho más dar muerte al autor de la vida que ser vivificados ellos mismos por Él. Nosotros, por el contrario, evitemos la ceguera de aquellos pérfidos y sigamos más bien el ejemplo de quienes aclamaron fielmente al Señor y, como es ra-

6. Cf. Ex 12, 3. Se entiende que se trata del mes lunar, por el que se orientaban los judíos.
7. Cf. Ex 12, 18.
8. Cf. Lc 22, 14-20.
9. Cf. Lc 22, 39-54.
10. Cf. Mc 15, 25.
11. Is 53, 7.
12. Is 53, 5.

zonable, sigamos minuciosamente su camino místico en una actitud espiritual.

4. La asna y el pollino, en los que entró sentado en Jerusalén, simbolizan los corazones sencillos de ambos pueblos –es decir, el judío y el gentil– a los que Él, que todo lo preside gobernándolo con su imperio, conduce desde la libertad desenfrenada a la visión de la paz eterna[13]. En efecto, Jerusalén quiere decir «visión de paz»[14]. Y se entiende que el Señor, al llegar al monte de los Olivos, enviara a sus discípulos[15] para que le trajeran esos animales, porque llegamos a Él, no por nuestros méritos, sino exclusivamente por largueza de su gracia. Así lo expone Juan, que dice: *Y en esto está la caridad: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos ha amado*[16]. En efecto, el monte de los Olivos simboliza la cúspide del amor del Señor con el que se ha dignado iluminarnos con su misericordia y salvarnos, no solo porque el aceite por su naturaleza alimenta la luz y es un alivio de los trabajos y los dolores[17], sino porque suele emerger por encima de todos los líquidos con los que se mezcla.

5. También el Apóstol, cuando se dispone a hablar de la caridad, dice: *Todavía os mostraré un camino más excelente*[18]. Así pues, al llegar al monte de los Olivos, el Señor manda que se le traigan esos asnos con los que dirigirse a Jerusalén, para dar a entender de un modo simbólico lo que en otro lugar dice abiertamente: que *tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna*[19]. Envió a dos

13. Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in Hiezechihelem prof.*, 5, 2 (CCL 142, 275-276).
14. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 121).
15. Mt 21, 1.
16. 1 Jn 4, 10.
17. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, III, 21, 1 (CCL 77, 182).
18. 1 Co 12, 31.
19. Jn 3, 16.

discípulos a traerle los jumentos, para significar que había de destinar predicadores a ambos pueblos: es decir, al de la circuncisión y al del prepucio[20]. Y envió precisamente a dos, para advertir a esos predicadores que debían ser perfectos a la vez en la doctrina y en la conducta, no fuera a ser que, o bien por no ser doctos mezclaran palabras erróneas con la verdad, o bien negaran lo que habían enseñado correctamente, viviendo de una manera perversa.

6. *Encontraréis* –les dijo– *una asna atada con su pollino al lado; desatadlos y traédmelos*[21]. Que el pollino estaba atado, lo narran también otros evangelistas[22]. Porque ambos pueblos estaban atados por los lazos de los pecados y necesitaban que Dios les desatara: el uno a base de no observar la Ley que había recibido, y el otro al no recibir nunca una Ley que observar[23]. Por eso dice bien el Apóstol que *no hay distinción, porque todos pecaron y están privados de la gloria de Dios. Y son justificados gratuitamente por su gracia*[24]. Y sagazmente los otros tres evangelistas, que escribieron para los gentiles, recuerdan que al Señor solo le trajeron el pollino[25]. De otra parte, Mateo, el evangelista que escribió su Evangelio en hebreo y para los hebreos[26], menciona también a la asna. Ambas partes lo hacen por una sabia providencia, para demostrar que el Señor había ya prefigurado místicamente que quería salvar a aquellos cuya salvación ellos –los evangelistas– buscaron al escribir.

7. *Y si alguno os pregunta algo* –dice–, *respondedle que el Señor los necesita, y al momento los soltará*[27]. Y así se

20. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, III, 21, 5 (CCL 77, 183).
21. Mt 21, 2.
22. Cf. Mc 11, 2-4; Lc 19, 30.
23. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, LI, 5 (CCL 36, 441).
24. Rm 3, 22-24.
25. Cf. Mc 11, 7; Lc 19, 32-35; Jn 12, 14-15.
26. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat., Praef.* (CCL 77, 2).
27. Mt 21, 3.

manda a los doctos que, si algo se les opone con obstinación, que si alguien les impide que liberen a los pecadores de los lazos del demonio y les lleven al Señor por medio de la confesión de la fe, no desistan de predicar, sino que les hagan ver con insistencia que el Señor necesita de ellos para edificar su Iglesia. Porque, aunque el perseguidor sea cruel e inhumano, no puede oponerse a la salvación de aquellos a quienes el Señor conoce, porque son de Aquel que los predestinó para la vida eterna[28]. De otra parte se suma a este hecho el testimonio del profeta[29], a fin de que esté claro que el Señor dio cumplimiento a todo lo que estaba escrito sobre Él, pero que los escribas y fariseos, obcecados por el odio, no fueron capaces de entender lo que ellos mismos leían.

8. *Decid a la hija de Sion: He aquí que viene a ti tu rey con mansedumbre y sentado sobre una asna y un pollino, hijo de un animal de carga*[30]. La hija de Sion es la Iglesia de los fieles, que pertenece a la Jerusalén celestial, que es madre de todos nosotros[31]. Una porción no pequeña de ella pertenecía por aquel entonces al pueblo de Israel, que tenía un rey manso porque se ocupaba de conceder, no bienes terrenos a los ambiciosos, sino el reino de los cielos a los humildes, cuando decía: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón y encontraréis la paz para vuestras almas*[32]. De ellos dice el salmista: *Los mansos poseerán la tierra y se deleitarán en paz copiosa*[33]. Por consiguiente, es rey manso para los mansos –esto es, para los humildes de corazón–, concede una tierra de paz a los que otrora el rey impío –es decir, el diablo con su herida de soberbia– postró en una tierra llena de guerra y tribulaciones.

28. Cf. Hch 13, 48.
29. Cf. Za 9, 9.
30. Mt 21, 5.
31. Cf. Ga 4, 26.
32. Mt 11, 29.
33. Sal 37, 11.

9. Dice: *sentado sobre una asna y un pollino, hijo de un animal de carga*, porque descansa en el corazón de los humildes, de los pacíficos y de los que temen sus palabras[34], tanto de aquellos que en la sinagoga han aprendido a arrastrar el yugo de la Ley, como de aquellos que, desenfrenados durante largo tiempo por la libertad de los gentiles, gracias al celo de la misma sinagoga, se han convertido a la gracia de la fe y la verdad.

10. *Los discípulos trajeron el asno y el pollino, pusieron sobre ellos sus mantos e hicieron montar al Señor encima*[35]. Los mantos de los discípulos son las obras de justicia, como atestigua el salmista, que dice: *Revístanse tus sacerdotes de justicia*[36]. Los discípulos cubren con sus vestidos a los asnos que habían encontrado desnudos y de ese mismo modo los predicadores santos hacen sentar al Señor encima, cada vez que encuentran a algunos desprovistos de un hábito de santidad y les impregnan con el ejemplo de sus virtudes, a fin de que reciban la fe y la caridad de su Fundador[37]. El Señor no quiso subir al asna desnuda, ni al pollino desnudo, porque –ya se trate de un judío o de un gentil– si uno no está adornado con los dichos y los hechos de los santos, no puede tener al Señor por guía, sino que más bien reina en su cuerpo mortal el pecado, para obedecer a sus concupiscencias[38].

11. *Una gran multitud extendió sus propios mantos por el camino*[39]. Esta gran turba es símbolo del innumerable ejército de los mártires que han dado sus cuerpos –es decir, la envoltura de las almas– por el Señor, para allanar la senda del bien vivir a los elegidos que les seguían. Es decir, para

34. Cf. Is 66, 2.
35. Mt 21, 7.
36. Sal 132, 9.
37. Cf. AMBROSIO, *Expositio evan. s. Lucam*, IX, 9 (CCL 14, 335).
38. Cf. Rm 6, 12.
39. Mt 21, 8.

que ninguno dudara en poner en paz el pie de la buena conducta, allí donde veían que no pocos les habían precedido en la lucha por el martirio.

Otros cortaban ramas de árboles y las extendían en el camino[40]. Ramos de árbol son las palabras de los Padres que nos han precedido. Y todo aquel que explica lo que han dicho o han hecho los profetas, los apóstoles y los demás santos para modelo del buen creer y el buen obrar, evidentemente corta ramas de árboles, para allanar el camino del asno que lleva al Señor, porque extrae de los libros de los santos afirmaciones con las que edificar los corazones de las almas sencillas que pertenecen a Cristo, de manera que no se pierdan en el camino de la verdad[41].

12. *Las multitudes que iban delante y detrás de El, clamaban diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David!*[42] Los que preceden y los que siguen al Señor le exaltan con una y la misma voz de confesión y alabanza, porque indudablemente es una sola la fe de quienes fueron juzgados y aprobados antes y después de la encarnación del Señor –de acuerdo con un baremo diferente, según la época–, como corrobora Pedro cuando dice: *Pero nosotros creemos que nos salvamos por la gracia de nuestro Señor Jesús del mismo modo que ellos*[43].

Por lo que respecta al *Hosanna*, es decir: «salud *al Hijo de David*», es exactamente lo que leemos en el salmo: *En el Señor está la salvación: sea tu bendición sobre tu pueblo*[44]; y eso es lo que entona el coro de los santos en el *Apocalipsis* en una actitud de gran alabanza: *La salvación se debe a nuestro Dios, que está sentado en su trono, y al Cordero*[45].

40. *Ibidem.*

41. Cf. Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in Hiezechihelem prof.*, 5, 2 (CCL 142, 275-276).

42. Mt 21, 9.

43. Hch 15, 11.

44. Sal 3, 9.

45. Ap 7, 10.

13. *Bendito el que viene en nombre del Señor*[46]. En el nombre del Señor significa en el nombre de Dios Padre, como Jesús mismo en persona dice en otro pasaje a los judíos que no creían en Él: *Yo he venido en el nombre de mi Padre y no me habéis recibido; otro vendrá en su propio nombre y a ese le recibiréis*[47]. En efecto, Cristo vino en nombre de Dios Padre, porque en todo lo que hizo y dijo intentó glorificar al Padre y predicar que los hombres le glorificaran. Vendrá en nombre propio el anticristo que, a pesar de ser la criatura más malvada de todas y estar lleno de su compañero el diablo –opuesto y *por encima de todo lo que dice Dios y recibe culto*[48]–, se atreve a llamarse a sí mismo hijo de Dios. La muchedumbre se apropia, pues, del versículo laudatorio que aparece en el salmo ciento diecisiete y que nadie duda de que se refiere al Señor[49]. Por eso, en ese mismo salmo se dice previamente de Él con propiedad: *La piedra que los constructores rechazaron, esa se ha convertido en la piedra angular*[50]; porque efectivamente Cristo, a quien rechazaron los judíos como fundamento de sus leyes y tradiciones, se ha convertido en la regla de ambos pueblos: a saber, el de los judíos creyentes y el de los gentiles.

14. Y, por lo que respecta a que Jesús en el salmo es llamado piedra angular, lo es efectivamente porque en el evangelio es aclamado a voces por las turbas que le siguen y le preceden. A su vez, lo que se añade al seguir describiendo su alabanza: *Hosanna* –es decir, «salud» o «sálvanos»– *en las alturas*, enseña claramente que la encarnación del Señor no solo es la salvación del género humano en la tierra, sino también la de los ángeles en el cielo; porque, mientras no-

46. Mt 21, 9.
47. Jn 5, 43.
48. 2 Tes 2, 4.
49. Cf. Sal 118, 26; JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, III, 21, 9 (CCL 77, 185).
50. Sal 118, 22.

sotros –al ser redimidos– somos conducidos a los cielos, sin duda se completa el número que había disminuido, al caer Satanás. De ahí que Pablo diga: *restaurar todas las cosas en Cristo, las de los cielos y las de la tierra*[51]. Por tanto, se canta con razón el «Hosanna en las alturas» en alabanza a Aquel, cuya encarnación tenía como único objetivo cumplir en todo la exaltación de la patria celestial.

15. Así pues, es necesario, hermanos queridísimos que aspiremos con toda la aplicación de nuestra mente a la patria que se nos ha prometido, recordando que, aunque es estrecha la senda por la que entramos[52], es bienaventurada la morada a la que nos acercamos presurosos. Produce más gozo ciertamente ser conducido al reino por un camino empinado, que al suplicio por uno agradable y llano. Es más agradable merecer la felicidad eterna gracias a la continencia temporal de la carne que, por culpa del placer durante un corto espacio de tiempo, perder la recompensa eterna.

He aquí que con la ayuda de Dios hemos cumplido ya en su mayor parte el ayuno cuaresmal. La propia conciencia de cada uno es testigo de que, cuanto más recuerde haberse entregado al Señor con rigor durante estos santos días, tanto más espera con gozo el tiempo sagrado de la resurrección del Señor.

16. Pero, si acaso a alguno a estas alturas le acusa la conciencia de haberse mortificado con menos generosidad, no le cabe duda de que aguarda la llegada de tan grande solemnidad con temor y temblor. Mas, ni siquiera ese tal puede desconfiar de su salvación, ni caer –confuso por el número y la enormidad de sus pecados– en el abismo de la desesperación, según aquello de Salomón: *Cuando el impío llega hasta lo más profundo de sus males, menosprecia*[53]. Por el

51. Ef 1, 10.
52. Cf. Mt 7, 14.
53. Pr 18, 3. En el sentido de que se menosprecia a sí mismo.

contrario, medite con cuidado que, si el tiempo de la fiesta anual por la que nos alegramos de la resurrección de nuestro Creador nos proporciona tanto gozo a los castos y tanto miedo a los impuros, mucho más en el momento del juicio final –cuando se celebre la resurrección general de todos–, antes de escuchar la sentencia del juez, a unos les alegrará la conciencia limpia que les excusa y a otros les condenará la mala conciencia que les acusa para la eternidad.

17. Por tanto, hermanos queridísimos, todos aquellos que, pertrechados con las armas de la continencia, comenzaron desde el principio de la Cuaresma a luchar con el soberbio tentador, observen con cuidado no vaya a ser que descuiden lo que han empezado, antes de ser premiados con el servicio de los ángeles[54], una vez abatido el enemigo. No obstante, el que hasta ahora no se haya revestido de la armadura[55] de las virtudes, que al menos comience hoy; que hoy asuma las obras de la fe junto con aquellas muchedumbres fieles e implore la piedad de Aquel que, al venir en el nombre del Padre, ha traído la bendición al mundo; que, exclamando: «Hosanna en las alturas», pida ser salvado en la patria celestial; que extienda sus mantos en el camino –es decir, que humille los miembros de su cuerpo en la vida presente–, para que Dios los exalte en la futura[56], recordando aquel texto davídico de que *se alegrarán mis huesos humillados*[57].

Que corte ramas de los árboles y las extienda en su camino; es decir, que evoque en la memoria asiduamente los escritos de los santos, con los que fortalecen a quienes están en pie para que no caigan[58], animan a quienes han caído para que no yazcan más tiempo, instruyen a los que se han le-

54. Cf. Mt 4, 11.
55. Cf. Ef 6, 13.
56. Cf. 1 P 5, 6.
57. Sal 51, 10.
58. Cf. 1 Co 10, 12.

vantado para que se ejerciten en las virtudes, elevan a los expertos en virtudes para que esperen su premio en los cielos. Que proteja con estos libros sus acciones, para que no tropiece contra la roca del pecado y la piedra del escándalo[59] y así pueda seguir también él mismo, junto con los demás fieles, las huellas de su Redentor y venerar los misterios de su pasión y resurrección con la debida pureza de mente. A todos los elegidos –es decir, a todos sus miembros–, como remedio a sus heridas y a la vez como prenda de las alegrías celestiales, se ha dignado entregarse Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

59. Cf. 1 P 2, 8.

HOMILÍA IV

En la Semana Mayor

Jn 11, 55-12, 11
PL 94, 125-129[1]

1. Es habitual en personas sabias aprender la virtud de la prudencia, no solo de los hechos o dichos correctos y sensatos que han llegado a conocer, sino también de sus contrarios, para imitar a los primeros, siguiéndoles, y abordar los segundos, evitándolos. Eso es, hermanos queridísimos, lo que el tenor de la lectura del santo Evangelio de hoy nos impulsa a hacer: es decir, no solo aprender la actitud propia de la virtud –a ejemplo de los que aman a Cristo–, sino considerar la perfidia de quienes le persiguen y, una vez considerada ésta, apartarnos de ella lo más pronto posible. Es necesario, pues, que sigamos la prudencia de aquellas mujeres a las que vemos seguirle con tanta fe y afecto y huyamos de la ignorancia de los sacerdotes y fariseos, que buscaban acosar con insidias la sabiduría de Dios y matarle. Evitemos la locura de aquellos que habían subido a Jerusalén por la Pascua para santificarse, pero –olvidados de la santificación– tramaban la muerte del Salvador en la misma casa de oración.

1. J.-P. Migne titula esta homilía: «En la feria segunda, tras el Domingo de Ramos» y la refiere por error a Jn 12, cuando –como correctamente señala CCL– el pasaje comentado comienza en Jn 11, 55.

2. Se acercaba la Pascua, en la que convenía que todos y cada uno –santificado y puro– se acercara a comer el cordero, y los mismos que habían subido hasta el templo para santificarse, descendían ya más manchados aún, por su determinación de derramar sangre. Procuremos con solicitud, puesto que se acerca la Pascua de este año, que cuando llegue nos acerquemos al altar del Señor santificados, no para comer la carne de un cordero, sino para recibir los sagrados misterios de nuestro Redentor. *Purifiquémonos de cuanto mancha la carne y el espíritu, cumpliendo nuestra santificación en el temor de Dios*[2]. Que nadie convierta la casa de oración en una cueva de ladrones[3]; que nadie se atreva a acceder a la percepción de los misterios de vida, mientras prepara lazos de muerte para los miembros de Cristo, mientras permanece aún en la muerte, porque *quien no ama, permanece en la muerte*[4]. Amemos a Cristo en Él mismo, amémosle en sus miembros, busquemos al Señor y vivirá nuestra alma[5]; pero busquémosle, no como los impíos para matarle, sino como fieles para gozar de Él por siempre.

3. Dice: *Los que estaban en el Templo buscaban a Jesús y se decían unos a otros: ¿Qué os parece, acaso vendrá a la fiesta?*[6] En efecto, los judíos buscaban a Jesús, pero lo hacían con mala intención, para matarle si venía a la fiesta[7]. Busquémosle nosotros por nuestra parte, estando en el templo y *perseverando juntos en la oración*[8]; y dialoguemos unos con otros con salmos, himnos y cánticos espirituales[9], pidiéndole en estado de gracia que se digne venir a nuestra fiesta, iluminarnos Él mismo con su presencia y santificarnos con sus dones.

2. 2 Co 7, 1.
3. Cf. Mt 21, 13.
4. Cf. 1 Jn 3, 14.
5. Cf. Sal 69, 32.
6. Jn 11, 56.
7. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, L, 3 (CCL 36, 434).
8. Hch 1, 14.
9. Cf. Ef 5, 19.

Efectivamente los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes de que si alguien sabía dónde estaba, lo denunciase, con el fin de prenderlo[10]. Hermanos míos, démonos también nosotros unos a otros la orden de que, si uno sabe de algún hermano en cuyo corazón hay entrañas más abundantes de misericordia, mayor acopio de humildad, bondad, modestia, paciencia[11] y demás virtudes –o sea, indicios de la presencia de Cristo en él–, comunique enseguida dónde está ese tal para que, imitándole, mantengamos fielmente las huellas de Cristo que hemos encontrado en él.

4. Por su parte, el Señor, que sabía que los judíos tramaban matarle, no huyó de las manos de quienes le acechaban, sino que –seguro de la gloria de su resurrección– en primer lugar fue a Betania, la ciudad próxima a Jerusalén donde había resucitado a Lázaro de entre los muertos; y luego también a Jerusalén, donde Él mismo había de padecer y resucitar de entre los muertos.

Precisamente a Jerusalén, para morir Él mismo allí; y a Betania, para que la resurrección de Lázaro quedara impresa más profundamente en la memoria y para que quedaran más y más confundidos y aparecieran convincentemente como inexcusables los gobernantes impíos que no temen matar al que tiene poder para resucitar a los muertos y no iban a retraer su ánimo de una injusta muerte, ni interpelados por el milagro de la resurrección de Lázaro, ni atemorizados por la fuerza divina del que había resucitado a un muerto[12].

5. Y para que los inventores de calumnias no pudieran decir que Lázaro había sido resucitado por arte de magia, se organizó una cena para el Señor y Él mismo era uno de los comensales junto con Lázaro, de modo que al ver o es-

10. Jn 11, 57.
11. Cf. Col 3, 12.
12. Habla del milagro de la resurrección de Lázaro realizado por Jesús.

cuchar al que vivía, hablaba, comía, conversaba familiarmente con los suyos, también ellos reconocieran el poder de quien le había resucitado y recibieran su gracia[13].

Simbólicamente esta cena del Señor, en la que Marta servía y Lázaro era uno de los comensales, es la fe de la Iglesia, que actúa por el amor[14]. Por eso, dice el Señor en otro lugar a los discípulos, a propósito de los pueblos que habían de creer en El: *Yo tengo para comer un alimento que vosotros no conocéis*[15]; y al explicar esto, añadió: *Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra*[16].

6. Es Marta, que sirve en esta cena, cualquier alma fiel que presenta al Señor el servicio de su devoción. Lázaro se convierte en uno de los que comen con el Señor, como también aquellos que han resucitado tras la muerte de sus pecados para la justicia –junto con aquellos que han permanecido en ella– se alegran de la presencia de la verdad, exultan al hacer penitencia con los inocentes y se alimentan con los dones de la gracia celestial. Y con razón se celebra la susodicha cena en Betania, que es una ciudad situada junto al monte de los Olivos, que significa «casa de la obediencia»[17]. Porque casa de la obediencia es la Iglesia que cumple fielmente los mandamientos del Señor y ella misma es la ciudad que –edificada sobre el monte de la misericordia– nunca puede ocultarse[18]; la misma que ha surgido del costado de su Redentor: esto es, la que está imbuida del agua de la purificación y de la sangre de la santificación que brotaron del costado[19] de quien moría por ella.

Allí también la otra hermana de Lázaro, María, en prueba de un gran amor –como muestran los versículos siguientes

13. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, L, 5 (CCL 36, 435).
14. Cf. Ga 5, 6.
15. Jn 4, 32.
16. Jn 4, 34.
17. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, IV, 26, 6 (CCL 77, 246).
18. Cf. Mt 5, 14.
19. Cf. Jn 19, 34.

de la lectura de hoy–, tomó una libra de perfume de gran valor, de nardo puro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos[20]. Con ello no solo dio pruebas de su devoción, sino que estableció una señal devota y dio una muestra de sumisión piadosa para otras almas fieles a Dios.

7. Pero en primer lugar hay que observar que –como aprendemos de las narraciones de Mateo y Marcos[21]– María, no solo perfumó con nardo los pies, sino también la cabeza del Señor. Y no se debe dudar de que es la misma mujer pecadora que –como refiere el evangelista Lucas– en un determinado momento se acercó al Señor con un frasco de alabastro lleno de ungüento *y poniéndose detrás de sus pies, comenzó a bañarlos con sus lágrimas, los enjugaba con sus cabellos, los besaba y los ungía con el perfume*[22].

Por tanto, es la misma mujer, pero en la primera escena solo ungía los pies del Señor, inclinada y entre lágrimas penitentes; aquí, sin embargo, en medio del gozo producido por la operación de quien es justo, no vaciló en ungir los pies y en levantarse para ungir también su cabeza. En el primer caso representa los primeros pasos de los que hacen penitencia, en el segundo la justicia de las almas perfectas.

8. Por eso allí, con razón, no se dice la cantidad del perfume; aquí, sin embargo, se da el dato de que fue una libra. Porque, ¿qué se entiende por una libra de ungüento, sino la perfección de la justicia? La primera vez no se dice de qué calidad era el ungüento, la segunda se indica que era de nardo puro; o sea, se indica que era auténtico y no mezclado con especies de otro tipo, sino de gran valor, para insinuar una fe perfecta y una conducta que no es otra cosa que la castidad.

20. Cf. Jn 12, 3.
21. Cf. Mt 26, 7; Mc 14, 3.
22. Lc 7, 37-38. Ambrosio expresa más dudas al respecto. Cf. AMBROSIO, *Expositio evan. s. Lucam*, VI, 14 (CCL 14, 179).

A su vez, por medio de la cabeza del Señor, que ungió María, se expresa la excelsitud de su Divinidad; por medio de los pies, la humildad de su encarnación[23]. Y nosotros ungimos sus pies, cuando predicamos con la debida dignidad el misterio de la carne que ha asumido; ungimos su cabeza, cuando veneramos con elegante expresión formal la excelencia de su Divinidad. De otra parte, ¿qué indica el perfume, sino el buen olor de su conocimiento[24]? Así lo atestigua Pablo, cuando dice: *Pero gracias a Dios que siempre nos lleva en su triunfo en Jesucristo y derrama por medio de nosotros en todas partes el olor del conocimiento de Él*[25].

9. También se puede interpretar correctamente que por la cabeza del Señor se entiende Él en persona –el mediador entre Dios y los hombres[26], la cabeza de la Iglesia[27]–, mientras que por los pies no hay inconveniente en entender cualquiera de los últimos miembros de la misma, de los que al final dirá: *Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis*[28]. Y ungimos la cabeza del Señor cuando a la vez abrazamos la gloria de su Divinidad y de su Humanidad con la suave dulzura de la fe, la esperanza y la caridad, cuando ampliamos la alabanza de su nombre con la bondad de nuestra vida. Ungimos los pies del Señor cuando aliviamos a sus pobres con una palabra de consuelo, para que no se vean obligados a desesperar en sus angustias. Y secamos esos mismos pies con nuestros cabellos, cuando participamos en la necesidad de los indigentes con las cosas que a nosotros nos sobran[29]. Y entonces ocurre con nosotros lo que sigue: *Y la casa se llenó de la fragancia del perfume*[30].

23. Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia,* 33, 6 (CCL 141, 293).
24. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.,* L, 7 (CCL 36, 435-436).
25. 2 Co 2, 14.
26. Cf. 1 Tm 2, 5.
27. Cf. Col 1, 18.
28. Mt 25, 40.
29. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.,* L, 6-7 (CCL 36, 435).
30. Jn 12, 3.

10. En efecto, en relación y gracias a nosotros, el mundo se llenará con la fama de la devoción con la que tratamos de respetar y amar a Dios y al prójimo con corazón sencillo y puro. Y ocurre aquello de lo que se gloría la esposa en el Cantar de los cantares: *Mientras estaba el rey recostado en su asiento, mi nardo difundió su fragancia*[31]. Allí donde se narra directamente lo que María hizo una sola vez, además simbólicamente se describe lo que toda la Iglesia, lo que toda alma perfecta hace de continuo.

11. *Dijo entonces Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que iba a entregarle: ¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios y se ha dado a los pobres?*[32] ¡Ay del traidor impío! ¡Ay de los cómplices de su crimen, que aún ahora persiguen a los miembros de Cristo, que no cesan de envidiar la fama de virtud –que ellos no merecen– al prójimo que la tiene! Y es cierto que podríamos pensar que Judas dijo eso por su preocupación por los pobres, pero le traiciona la opinión de aquel testigo veraz, que añade: *Pero esto lo dijo, no porque él se preocupara de los pobres, sino porque era ladrón y, como tenía la bolsa, se llevaba lo que echaban en ella*[33]. Por tanto, Judas no se perdió cuando, corrompido por el dinero, traicionó al Señor[34], sino que le seguía cuando ya estaba perdido porque, teniendo en su poder la bolsa, las monedas que se echaban en ella solía, no llevarlas para el servicio de todos, sino extraerlas mediante un robo[35].

12. Y el Señor, al ver el corazón de Judas ya manchado por el estiércol de la avaricia, previendo que aún había de mancharse con la basura de la traición, encomendó a su fidelidad lo que tenía en la bolsa y le permitió hacer con ello

31. Ct 1, 11.
32. Jn 12, 4-5.
33. Jn 12, 6.
34. Cf. Mt 26, 14-15.
35. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, L, 9-10 (CCL 36, 436-437).

lo que quisiera, para disuadirle de que le vendiera, al acordarse, bien del honor que le había conferido, bien del dinero que estaba en su poder. Pero, dado que el avaro siempre está indigente[36] y que el desagradecido jamás recuerda los beneficios, el pérfido Judas, pasó del robo del dinero que llevaba, a la traición del Señor que confiaba en él.

13. *Entonces dijo Jesús: Dejadle que lo emplee para el día de mi sepultura*[37]. El Señor explica con sencillez y mansedumbre a Judas –que pregunta haciéndose el inocente– el misterio del comportamiento de María: a saber, que Él moriría y debía ser ungido con aromas para la sepultura y que por eso a María –a quien no se le permitiría, por más que lo deseara, ungir su cuerpo ya muerto– se le había otorgado, cuando aún vivía, prestarle el servicio que no podría prestar después de la muerte, por la rápida resurrección que estaba prevista. Por eso, cuenta Marcos ajustadamente que el Señor dijo de ella: *Ha hecho cuanto estaba en su mano: se ha anticipado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura*[38]. Lo cual equivale a decir abiertamente: «como ya no podrá tocar mi cuerpo muerto, ha hecho solamente lo que ha podido: se ha adelantado a honrar al que está aún vivo con el servicio que se presta a los difuntos».

14. *Porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis*[39]. Y aquí el Señor, con la moderación de su gran paciencia, no reprocha a Judas su avaricia y que hable de dinero escudándose en los pobres, sino que demuestra con un argumento razonable que no deben ser acusados quienes le servían con sus bienes mientras Él habitaba entre los hombres, siendo así que Él permanecería poco tiempo corporalmente en la Iglesia, mientras que

36. *Semper avarus eget*: HORACIO, *Epístolas,* I, 2, 56.
37. Jn 12, 7.
38. Mc 14, 8.
39. Jn 12, 8.

los pobres, a quienes se podía dar limosna, sería posible tenerles siempre en ella.

15. *Una gran multitud de judíos se enteró de que estaba allí y fueron, no solo por Jesús, sino también por ver a Lázaro a quien había resucitado de entre los muertos*[40]. A estos les atrae de Jesús la curiosidad, no el amor[41]. Pero nosotros, hermanos queridísimos, por el contrario, si sabemos dónde está Jesús, dónde se hospeda, dónde se encuentra Betania –esto es, la casa del alma obediente[42] en la que habitar– acudamos allá con la contemplación, no solo a causa del hombre a quien ha concedido vivir espiritualmente –una vez resucitado de la muerte del alma–, sino a fin de que, imitando la vida virtuosa de ese hombre, merezcamos por ello llegar a la visión de Jesús, porque hemos conocido con certeza dónde se encuentra Jesús. En efecto, ha resucitado tras la muerte y ascendido al cielo, donde tiene su morada perpetua. Esa es la verdadera Betania, es decir la ciudad celestial en la que nadie puede entrar, sino a través de la obediencia.

16. Esforcémonos con todas las fuerzas de nuestra alma por llegar allí, tendamos allí con los afectos interiores de nuestro corazón, suspiremos por esa meta, busquemos todos al Creador de esa casa, busquémosle cada uno, con el fin de habitar en su casa todos los días de nuestra vida[43]; no para ver allí a Lázaro, a quien resucitó de entre los muertos, sino para que nosotros mismos –junto con los santos resucitados de entre los muertos– contemplemos la voluntad del Señor y seamos protegidos por su santo templo[44].

Los príncipes de los sacerdotes decidieron dar muerte también a Lázaro, porque muchos por su causa se apartaban de

40. Jn 12, 9.
41. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, L, 14 (CCL 36, 439).
42. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 135).
43. Cf. Sal 27, 4.
44. *Ibidem.*

los judíos y creían en Jesús[45]. ¡Oh ciega obcecación de los ciegos, querer matar al resucitado, como si no pudiera resucitar a un hombre matado quien había resucitado a uno difunto! Y ciertamente mostró que era capaz de ambas cosas quien, además de resucitar a Lázaro difunto, se resucitó a sí mismo tras haber sido matado.

17. Pero nosotros, hermanos, lejos de la malicia de los pérfidos, imitemos la devoción de los fieles, apartémonos de la compañía de los impíos, no nos sentemos en la asamblea de la vanidad, ni entremos en tratos con los que obran la iniquidad[46]. Creamos en Aquel que salva de la muerte, no solo el cuerpo, sino también el alma y guardemos con nuestra conducta lo que creemos, a fin de que creyendo tengamos la vida eterna en el nombre de Aquel[47] que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

45. Jn 12, 10-11.
46. Cf. Sal 26, 4.
47. Cf. Jn 20, 31.

HOMILÍA V

En la Cena del Señor

Jn 13, 1-17
PL 94, 130-134

1. Cuando Juan evangelista se disponía a escribir aquel memorable servicio[1] del Señor, por el que se dignó lavar los pies a los discípulos durante la Pascua, antes de ir a la pasión, se preocupó de explicar en primer lugar qué significaba ese mismo nombre de Pascua, comenzando así: *La víspera de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, como amase a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*[2].

2. Efectivamente la palabra «Pascua» significa «paso»[3]. Viene de que en el Antiguo Testamento el Señor pasó por Egipto matando a los primogénitos de Egipto[4] y salvando a los hijos de Israel y de que esos mismos hijos de Israel pasaron en aquella noche de la esclavitud en Egipto[5], para trasladarse a la tierra de la heredad y la paz que antaño se les había prometido. Espiritualmente significa que en ese día el Señor pasaría de este mundo al Padre y que, siguiendo su ejemplo, los fieles, tras rechazar los deseos temporales y la

1. Los manuscritos P y L leen aquí *mysterium*.
2. Jn 13, 1.
3. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, LV, 1 (CCL 36, 463-464).
4. Cf. Ex 12, 11-12. 23-27.
5. Cf. Ex 14, 21-29.

esclavitud de los vicios, deben pasar a la promesa de la patria celestial, mediante el continuo ejercicio de las virtudes.

3. Y el evangelista describe con bellas palabras cómo pasó Jesús de este mundo al Padre, cuando dice: *Como amase a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*; es decir, los amó tanto que por ese mismo amor puso fin al tiempo de su vida corporal, para pasar inmediatamente de la muerte a la vida, de este mundo al Padre. Porque *nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos*[6]. Por eso, con razón ambos tránsitos –esto es, el de la Ley y el del Evangelio– fueron consagrados con sangre: aquel con la del cordero pascual, éste con la de Aquel de quien el Apóstol dice: *Porque Cristo, nuestro cordero pascual, ha sido inmolado*[7]. Este, con el derramamiento de sangre en la Cruz; aquel, con la aspersión en forma de cruz en los dos postes y el dintel de las casas.

4. *Y mientras celebraban la cena* –continúa–, *cuando el diablo ya había sugerido en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, que lo entregara, sabiendo Jesús que todo lo había puesto el Padre en sus manos y que había salido de Dios y a Dios volvía, se levantó de la cena y se quitó el manto*[8]. Al ir a hablar de la máxima muestra de humildad –la asunción de la Humanidad–, antes recuerda la eternidad de su divino poder, con el fin de demostrar que Él mismo es verdadero Dios y hombre y advertirnos con sus preceptos que, cuanto mayores somos, tanto más debemos humillarnos en todo[9]. En efecto, era un verdadero hombre el que tocaba y lavaba los pies de unos hombres, el que iba a ser entregado por un hombre y el que podía ser crucificado por hombres. Y era Dios verdadero, en cuyas manos depositó todo el Padre, que salió de Dios y a Dios volvió.

6. Jn 15, 13.
7. 1 Co 5, 7.
8. Jn 13, 2-4.
9. Cf. Si 3, 18.

5. Por tanto, el Señor sabía que el diablo había sugerido en el corazón de Judas que lo entregara; sabía que el Padre había puesto todo en sus manos –y entre ese todo estaba el mismo traidor y aquellos a los que iba a ser entregado– y que sufriría la muerte a la que había sido entregado, para que hiciera lo que quisiera con todo ello y con su poder convirtiera su maldad en bondad; sabía que había salido de Dios por la humildad de su encarnación y que volvería a Dios por la victoria de la resurrección. Y, sin haber dejado de ser Dios cuando salió de Él, ni dejado de ser hombre cuando volviera a Él, sabía todo eso y, sin embargo –para darnos una muestra de su gran piedad y un ejemplo para nuestra humildad–, se levanta de la cena, se quita el manto y lava los pies de los discípulos, desempeñando un menester propio, no de Dios y Señor, sino de un hombre y un siervo[10]. Incluso lava humildemente los pies de aquel que sabía que, en su traición, iba a mancharse las manos de un modo desvergonzado.

6. Y, si alguno desea describir este servicio[11] humildísimo de nuestro Salvador con mayor profundidad, esta cena sacrosanta en la que el Señor se reclinó para comer con los discípulos simboliza todo el tiempo durante el cual vivió corporalmente en la Iglesia y alimentó con el manjar de su palabra saludable y la dulzura de sus milagros a todos a lo largo y a lo ancho. También Él mismo fue alimentado por la fe y el amor de sus oyentes, porque –como si se alimentara– por medio de todos aquellos a quienes convirtió a la gracia de la verdad, sin duda multiplicó su cuerpo que es la Iglesia[12]. Además, se levantó de la cena y se quitó el manto cuando, al dejar de convivir físicamente con los

10. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, LV, 5-7 (CCL 36, 465-466).

11. De nuevo, algunos manuscritos (C P L) prefieren leer *mysterium*.

12. Cf. Col 1, 24.

hombres, depositó en la cruz los miembros del cuerpo que había asumido.

7. Tomó una toalla y se la ciñó cuando, tras haber recibido la orden del Padre para padecer por nosotros, sometió a sus propios miembros al sufrimiento de la pasión. Porque de ordinario con la toalla, que se teje con un complejo trabajo fatigoso, se suele simbolizar la aflicción de los sufrimientos. También el Señor se ciñe con una toalla, después de haberse quitado el manto, para dar a entender que Él se desprende del hábito del cuerpo del que se había revestido, no sin ser afligido por dolores, sino con la larga tribulación de la cruz. Echó agua en una jofaina y empezó a lavar los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que se había ceñido, cuando –ya muerto en la Cruz– de su costado[13] derramó agua junto con sangre a la tierra para limpiar las obras de los creyentes y se dignó, no solo santificarlas con el sacramento de su pasión, sino también santificarlas con el ejemplo de esa misma pasión.

8. En cuanto a lo que se dice, una vez comenzado el lavatorio de los pies –*Cuando llegó a Simón Pedro*[14]–, no hay que entenderlo como si hubiera llegado a él después de los otros, sino en el sentido de que comenzó por quien era el primero de los apóstoles y que Pedro no sin razón rechazó tal servicio, porque desconocía el misterio. Y no hay duda de que cualquiera de los otros habría hecho lo mismo, si no se hubieran asustado con aquella advertencia que se le hizo a Pedro: *Si no te lavo, no tendrás parte conmigo*[15]. De donde se deduce claramente que este lavatorio de los pies simboliza la purificación espiritual del cuerpo y del alma, sin la que no se puede acceder a la unión con Cristo.

13. Cf. Jn 19, 34.
14. Jn 13, 6.
15. Jn 13, 8.

9. Y Pedro, al oír esto, arrebatado al instante por el habitual fervor de su amor a Dios, respondió: *Señor, no solamente los pies, sino también las manos y la cabeza*[16]. Es como si dijera claramente: «puesto que ya por tu enseñanza entiendo lo que me quieres decir –que al lavar mis pies, limpias mis pecados–, te ofrezco no solo los pies sino las manos y la cabeza para que los laves, porque no oculto que he cometido muchas acciones, no solo de intención sino de hecho, con la vista y también con el oído, con el gusto, con el olfato y con el tacto, que debes perdonarme». Pero escuchemos qué responde el Señor a éste que le ama ardientemente y cómo le instruye poco a poco para que entienda el lavatorio en su sentido espiritual.

10. Dice: *El que se ha bañado no tiene necesidad de lavarse más que los pies, pues todo él está limpio*[17]. Muestra claramente que ese lavatorio de los pies significa ciertamente la remisión de los pecados, pero no la que se produce una sola vez en el bautismo, sino más bien aquella por la que se limpian las culpas diarias de los fieles, sin las que es imposible vivir en este mundo[18]. Porque los pies, con los que tocamos la tierra al andar y que no podemos mantener inmunes del contagio del polvo –como el resto del cuerpo–, simbolizan que desde que estamos sobre la tierra, necesariamente estamos afectados cada día por nuestra dejadez y negligencia, en tanto en cuanto incluso los hombres grandes y versados en un comportamiento santo, son apartados de la contemplación celestial a la que aman sobre todas las cosas, hasta el punto de que *si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros*[19].

16. Jn 13, 9.
17. Jn 13, 10.
18. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, LVI, 4 (CCL 36, 468).
19. 1 Jn 1, 8.

11. Por tanto, el que está limpio no tiene necesidad más que de lavarse los pies, pero él está todo limpio; el que se ha lavado en la fuente del bautismo para remisión de todos sus pecados, no necesita lavarse de nuevo; es más, no puede lavarse del mismo modo, sino que tiene necesidad de que la indulgencia de su Redentor le limpie cada día solo las manchas cotidianas de su presencia en el mundo. Porque está limpio en todo el cuerpo de sus acciones, excepto en cuanto se refiere a las cosas que se han adherido a su mente por exigencias de los afanes del mundo, por culpa de cuya sordidez diaria y su mejoramiento decimos cada día al rezar: *Y perdónanos nuestras deudas así como también nosotros perdonamos a nuestros deudores*[20].

12. En verdad esto ha sido dicho de los apóstoles y sus semejantes –es decir, de los bienaventurados e inmaculados– que, temerosos de Dios, andan en sus caminos[21]. Pero nosotros, que tantas veces nos olvidamos del temor de Dios y emprendemos un viaje torcido, no podemos liberarnos de la suciedad de nuestros errores con aquella suave y diaria solemnidad de las oraciones, sino que es necesario que una mayor inmundicia se limpie con un mayor ejercicio de oraciones, vigilias y ayunos, de lágrimas y limosnas, ya que sin duda limpia por dentro el interior de nuestro corazón Él mismo, que sentado a la derecha de Dios intercede cada día por nosotros[22], revestido de la Humanidad que ha asumido.

13. Y, tras haber lavado los pies de los discípulos, el Señor tomó sus vestidos y recostándose de nuevo les explicó de palabra el servicio[23] del lavatorio que les acababa de prestar sin que lo entendieran. Porque, después de que al sufrir en

20. Mt 6, 12.
21. Cf. Sal 119, 1.
22. Cf. Rm 8, 34.
23. Véanse más arriba las notas a los pasajes de esta homilía en los que algunos manuscritos leen *mysterium* en vez de *ministerium*.

la cruz nos consiguió el bautismo de remisión, recibió convertidos en inmortales los miembros que había puesto mortales y, tras haberse aparecido a los discípulos después de la resurrección y haber convivido con ellos familiarmente durante cuarenta días –incluso comiendo con ellos–, les expuso[24] la utilidad de su pasión, suceso que temían bastante, porque a esas alturas desconocían aún su fuerza divina.

14. Les dice: *Pues si yo, que soy el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros*[25]. Es evidente que esta declaración debe entenderse bien y ponerse en práctica devotamente, tanto en sentido literal como en sentido espiritual. Al pie de la letra, a fin de que nos sirvamos unos a otros por caridad, no solo lavando los pies de los hermanos, sino ayudándoles en todas sus necesidades. Y en sentido místico porque, así como el Señor solía perdonar los pecados a los que se arrepentían, también nosotros debemos apresurarnos a perdonar a los hermanos que nos ofenden. Como Él nos limpió de nuestros pecados[26], intercediendo al Padre por nosotros[27], así también nosotros, si sabemos que un hermano nuestro ha cometido un pecado no mortal, roguemos que a ese que no ha pecado mortalmente se le conceda la vida[28]. Y, como advierte el apóstol Santiago, confesémonos unos a otros nuestros pecados y roguemos unos por otros para que seamos salvados[29]. Y como Él entregó su alma por nosotros, entreguemos también nosotros nuestras almas por los hermanos[30], cuando se presente la ocasión.

15. Continúa: *En verdad, en verdad os digo: no es el siervo más que su señor, ni el enviado más que quien le envió*[31].

24. Cf. Hch 1, 3-4.
25. Jn 13, 14.
26. Cf. Ap 1, 5.
27. Cf. Rm 8, 34.
28. Cf. 1 Jn 5, 16.
29. Cf. St 5, 16.
30. Cf. 1 Jn 3, 16.
31. Jn 13, 16.

Dijo esto porque Él, el Señor, había lavado los pies de los siervos y Él mismo –el que había enviado– a quienes envió. Apóstol, tanto en griego como en latín significa «enviado», para mostrar que lo que Él –siendo sublime– había hecho humildemente, eso mismo con mucho más motivo debían hacer, con humildad, los humildes y enfermos; pero también para advertir, en un sentido espiritual, que si incluso *el que no cometió pecado alguno ni se halló dolo en su boca*[32] intercede por nuestros pecados, mucho más debemos nosotros rezar unos por otros; y si nos perdona Aquel en quien no encontramos nada que perdonar, mucho más oportuno es que nos perdonemos nuestras deudas unos a otros. Esto mismo manda también el Apóstol cuando dice: *Sed mutuamente afables, compasivos, perdonándoos los unos a los otros, así como también Dios os ha perdonado por Cristo*[33].

16. *Si comprendéis esto* –dice– *y lo hacéis, seréis bienaventurados*[34]. Hay que meditar a fondo y asiduamente esta afirmación de nuestro Salvador, porque seremos bienaventurados si conocemos estos preceptos del cielo y si además ponemos en práctica lo que conocemos. Porque el que descuida guardar sus mandamientos, a pesar de que los conoce, ese no puede ser bienaventurado. Y el que desprecia incluso conocerlos, ese se excluye mucho más aún del destino de los bienaventurados. Coincide con esto el salmista, que sopesando los corazones de los mortales, al ver que todos aman la bienaventuranza, pero solo pocos buscan dónde está, explica él mismo claramente cuál es la felicidad máxima del hombre en esta vida, diciendo: *Dichosos los sin mancha en su camino, los que caminan en la ley del Señor*[35]. Y para que no se piense que esta vía de los inmaculados y bienaventurados puede ser comprendida indiscriminadamente por

32. 1 P 2, 22.
33. Ef 4, 32.
34. Jn 13, 17.
35. Sal 119, 1.

todos –incluidos los indoctos y rudos–, añade a continuación estas palabras: *Bienaventurados los que guardan sus preceptos, los que de todo corazón lo buscan*[36].

17. Por eso, queridísimos, imploremos la clemencia de quien nos ha mandado guardar celosamente sus mandamientos, para que sea Él quien dirija nuestros caminos hacia la guarda de sus estatutos. Y que Él mismo nos conduzca, después de que hayamos custodiado sus mandamientos, a la felicidad de su eterna visión, Jesucristo, Dios y Señor nuestro que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

36. Sal 119, 2.

HOMILÍA VI

En el Sábado Santo

Mc 7, 31-37
PL 94, 234-237[1]

1. Aquel sordomudo curado de un modo admirable por el Señor, que acabamos de escuchar cuando se leía el Evangelio, simboliza al género humano por lo que respecta a su merecimiento de que la gracia divina le libera del error del engaño diabólico. Porque el hombre se incapacitó para escuchar la palabra de vida, cuando –orgulloso– prestó oídos a las palabras funestas del demonio contra Dios. Y se hizo mudo para alabar al Creador desde el momento en que se jactó de mantener un coloquio con el seductor[2]. Y merecidamente cerró sus oídos para escuchar la alabanza al Creador de los ángeles, el que los abrió incauto a las palabras del enemigo, para escuchar los reproches al mismo Creador. Merecidamente cerró su boca a proclamar la alabanza del Creador junto con los ángeles porque, como si fuera a mejorar la obra del mismo Creador, se engrió soberbio al comer el alimento prohibido. Y ¡ay miserable caída del género humano que, viciado en su raíz, se extendió aún más vicioso y comenzó a multiplicarse con la propagación de las ramas hasta el punto de que, cuando vino el Señor en carne hu-

1. El título en la edición de J.-P. Migne es: «En el domingo XII- después de Pentecostés».
2. Cf. Gn 3, 1-7.

mana –a excepción de pocos fieles de Judea–, casi todo el mundo erraba sordo y mudo lejos del conocimiento y la confesión de la verdad!

2. Pero, *donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia*[3]. Y así vino el Señor al mar de Galilea, donde sabía que yacía enfermo aquel a quien curaría. Vino con la gracia de su misericordia a los corazones soberbios, turbios e inestables de los gentiles, entre los que sabía que había algunos que acogerían su gracia. Y se constata con razón que llegó al mar de Galilea, donde curaría al enfermo, cruzando el territorio de la Decápolis[4] porque, una vez abandonado por culpa de su perfidia el pueblo que había recibido los mandamientos del decálogo, vino a los gentiles de fuera para, como dice Juan, *reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos*[5].

3. Dice: *Y le traen un sordomudo y le ruegan que le imponga su mano*[6]. Como él personalmente no era capaz de reconocer al Salvador, porque era sordo, ni rogarle porque era mudo, le llevan sus amigos y ruegan al Señor por su salud. Es así sin duda como conviene que ocurra en una curación espiritual, de modo que si uno no puede convertirse por medios humanos a escuchar y confesar la verdad, sea presentado a los ojos de la piedad divina y para curarle se pida para él la ayuda del poder del cielo. Y no se hace esperar la misericordia del médico divino, si no vacila la intensidad de los que ruegan, ni desfallece su oración.

4. De ahí que inmediatamente se añade que *apartando* Jesús al enfermo *de la muchedumbre, metió los dedos en sus orejas y con saliva tocó su lengua*[7]. Ciertamente introduce sus dedos en las orejas del sordo para que oiga, cuando por medio de los dones de su gracia sobrenatural convierte a los

3. Rm 5, 20.
4. Cf. Mc 7, 31.
5. Jn 11, 52.
6. Mc 7, 32.
7. Mc 7, 33.

que durante largo tiempo no han creído para que escuchen su palabra. Toca con saliva la lengua del mudo para que pueda hablar, cuando mediante el ministerio de la predicación hace razonable la fe que se debe profesar. Porque Él mismo enseña que los dedos del Señor simbolizan los dones del Espíritu Santo[8], cuando dice: *Si yo expulso los demonios por el dedo de Dios*[9]. Lo mismo que pone aún más de manifiesto otro evangelista: *Si yo expulso los demonios por el Espíritu de Dios*[10] y también el salmista cuando dice: *Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos*[11], es decir, veo a los santos desprendidos de las cosas de la tierra, no gracias a sus virtudes sino por don de tu Espíritu, y sublimados por ocuparse de los asuntos celestiales.

5. También la saliva de la cabeza y la boca del Señor es la palabra del Evangelio que, tomada del misterio invisible de su Divinidad, Él se ha dignado suministrar visiblemente al mundo a fin de que este pueda ser sanado. Hay que tomar buena nota de que, antes de tocar las orejas y la lengua del enfermo para sanarlas, el Señor le apartó de la muchedumbre. Porque la primera esperanza de salvación para cualquiera radica en el abandono de los habituales ruidos y turbulencias de los vicios, para a continuación inclinar la cabeza humildemente a fin de recibir los dones de la salud. Y nadie debe pensar que de algún modo puede salvarse, mientras no tenga miedo de apegarse a costumbres frívolas, deleitarse en conversaciones vanas, ser asaltado por pensamientos desordenados. Pero el que, por la misericordia y con la ayuda de Dios, ha cambiado el turbio comportamiento de su antigua conducta, el que ha concebido en su corazón la inspiración de la divina gracia, el que ha aprendido a confesar la verda-

8. Cf. Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in Hiezechihelem prof.*, 10, 20 (CCL 142, 153).

9. Lc 11, 20.

10. Mt 12, 28.

11. Sal 8, 4.

dera fe con la palabra de la doctrina celestial, solo queda que consiga cuanto antes la deseada alegría de la salvación.

6. Por eso está bien que el Señor, tras haber apartado al enfermo de la muchedumbre, tras haber metido los dedos en sus orejas, tras haber tocado su lengua con saliva, el texto añade: *Y mirando al cielo, dio un suspiro y le dice: Effeta, que significa: ábrete. Y al instante se le abrieron los oídos y quedó suelta la atadura de su lengua*[12]. Y con razón el Señor, al disponerse a curar al enfermo, miró al cielo y suspiró, para dar a entender de dónde debemos esperar la salvación y con qué intensidad de arrepentimiento y lágrimas debemos buscarla y pedirla. Mirando al cielo, suspiró porque le dolía que aquellos a quienes había creado para que poseyeran los bienes celestiales yacían desde largo tiempo atrás en medio de afanes terrenos; mirando al cielo suspiró para simbolizar que nosotros, que nos habíamos apartado de los goces celestiales –cambiándoles por las delicias de la tierra–, debíamos volver a aquellos por medio de gemidos y suspiros.

7. En cuanto al *Effeta* –es decir, «ábrete»–, lo dice por las orejas a las que hay que sanar porque una duradera sordera las había cerrado, pero a las que ya su simple contacto había abierto para que pudieran oír. De ahí viene, creo, la costumbre que se ha difundido en la Iglesia: que sus sacerdotes, a quienes se preparan para recibir el sacramento del bautismo, les tocan previamente –entre otros ritos iniciales a la fórmula sagrada– las orejas y las narices con la saliva de su boca, mientras dicen *effeta*. En verdad, por medio de la saliva de su boca, señalan el gusto por la sabiduría divina en el que deben ser iniciados; por medio del tacto de las narices simbolizan que, apartándose de los deleites nocivos, deben abrazar siempre el buen olor de Cristo, del que dice el Apóstol: *somos para Dios en todo lugar el buen olor de*

12. Mc 7, 33-34.

Cristo[13]; y para que recuerden que, siguiendo el ejemplo del santo Job, mientras sobreviva en ellos el aliento y el espíritu de Dios en sus narices, no deben decir ninguna iniquidad con sus labios, ni dar vueltas a una mentira en su lengua[14]. Y por medio del tacto de las orejas les dan a entender que, abandonando la escucha de palabras desvergonzadas, escuchen las palabras de Cristo y las pongan en práctica, imitando al hombre prudente que edificó su casa sobre piedra[15].

8. Y cada uno de nosotros, hermanos queridísimos, que ha recibido el bautismo de Cristo de acuerdo con el rito, ha sido ya consagrado en este sentido y los que van a recibir ese mismo bautismo saludable en el próximo tiempo pascual –o lo recibirán en cualquier otro momento– deben ser consagrados en esta misma categoría. De ahí que sea muy necesario que nos llenemos de temor a contaminar de cualquier modo y profanar –como si no tuviera ningún valor– lo que el Señor misericordioso se ha dignado limpiar y santificar en nosotros.

Al contrario, si caemos en el fango de la iniquidad que nos mancha, apresurémonos a limpiarnos de nuevo en la fuente de las lágrimas y la penitencia. Renovemos también la pureza que nos consta nos fue concedida con la noticia de la fe por el oído[16], cuidándonos de aquello que el Apóstol dice de algunos, reprobándoles: *Y cerrarán sus oídos a la verdad, y los aplicarán a las fábulas*[17]. Privemos del mal a nuestra lengua, que ha sido santificada con la confesión de la fe[18]. Temamos maldecir con ella –con la que bendecimos a nuestro Dios y Padre– a los hombres que han sido hechos a su semejanza. Porque quien piensa que es un buen creyente y no frena su lengua, su buena fe es vana[19].

13. 2 Co 2, 15.
14. Cf. Jb 27, 3-4.
15. Cf. Mt 7, 24.
16. Cf. Ga 3, 2.
17. 2 Tm 4, 4.
18. Cf. Sal 34, 13.
19. Cf. St 1, 26.

9. He aquí, pues, que se dice que se le abrieron los oídos y quedó suelta la atadura de su lengua y hablaba correctamente. Así pues, es sumamente importante que los que hemos aprendido a hablar correctamente desde el momento de nuestro bautismo, creyendo de corazón y haciendo profesión de justicia con nuestra boca para procurarnos la salvación[20], no nos desviemos después del bautismo a declaraciones injustas y perniciosas. Porque si el juez en persona declara que *de toda palabra vana que hablen los hombres darán cuenta en el día del juicio*[21], ¿qué pensamos que ocurrirá con aquellos que no solo pronuncian palabras ociosas, sino también pecaminosas; que no tienen ningún temor a servir a la desvergüenza, la jactancia, la blasfemia y la murmuración –que es lo que más les gusta–; aquellos que como testigos falaces profieren mentiras, que siembran discordias entre los hermanos?

No basta con apartar los oídos y la lengua de palabras perniciosas, si no inclinamos nuestros oídos –siguiendo al salmista– a las palabras divinas[22], si nuestra boca no profiere la sabiduría, y nuestro corazón no medita la prudencia[23]. Por el contrario, conviene que todos los sentidos de nuestro hombre interior, que han sido purificados en el bautismo, los mantengamos limpios y, más aún, adornados de buenas obras[24].

10. No obstante, después de haber curado al sordomudo, veamos lo que sigue. Dice: *Y les ordenó que no lo dijeran a nadie. Pero cuanto más se lo mandaba, tanto más lo proclamaban y estaban tan maravillados que decían: Todo lo ha hecho bien, hace oír a los sordos y hablar a los mudos*[25]. ¿Por qué, hermanos queridísimos, creemos que ha ocurrido esto?

20. Cf. Rm 10, 10.
21. Mt 12, 36.
22. Cf. Sal 78, 1.
23. Cf. Sal 49, 3.
24. Sobre los sentidos internos y externos del hombre, véase *supra*, *Hom.*, I, 11, 16 ss.
25. Mc 7, 36-37.

¿Acaso hay que considerar que el Hijo unigénito de Dios, al hacer este milagro, ha querido también ocultarlo y que ha sido conocido por la multitud contra su voluntad y no ha sido capaz de ocultar, si hubiera querido, lo que fue capaz de hacer cuando quiso? Quizás quiso darnos un ejemplo para que, practicando obras virtuosas, evitemos en todo el vicio de la jactancia y la gloria humana, no vaya a ser que nuestra buena conducta quede privada del premio de la retribución eterna.

11. Sepamos, sin embargo, que nuestras obras, si son dignas de imitación, de ningún modo pueden permanecer ocultas, sino que son patentes para utilidad de la mejora de los hermanos, por voluntad del mismo que dice: *No puede ocultarse una ciudad situada en lo alto de un monte*[26]; y en otro lugar: *Porque cuanto hayáis dicho en la oscuridad será escuchado a la luz*[27]. Y en verdad debe ser en todo caso entendido así el sentido del precepto del Señor.

Pero nadie piense que esto se ha dicho para que debamos guardarnos de que los hermanos vean el bien que hacemos, dado que el Señor dice: *Alumbre así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras*[28]; al contrario, se ha dicho para que por las obras que realizamos en bien de nuestros hermanos, no busquemos que nos alaben, sino su provecho. De ahí lo que sigue: *Y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*[29].

12. Porque quienes realizan obras buenas con esa intención –solo para ser alabados y no para que avancen en el bien los que alaban, ni tampoco para que el Padre que está en los cielos sea alabado–, esos tales indudablemente son reprendidos con aquel terrible reproche en el que se dice: *En verdad os digo, ya recibieron su premio*[30].

26. Mt 5, 14.
27. Lc 12, 3.
28. Mt 5, 16.
29. *Ibidem.*
30. Mt 6, 5.

Y hay que decir esto también: que si aquellos que habían recibido la orden de callar no pudieron silenciar los milagros del Señor, mucho más debemos insistir en pregonar los favores divinos nosotros, a quienes se manda que nos sostengamos unos a otros con el alimento de la palabra divina con estas palabras del apóstol Juan: *Quien lo oye diga: ven*[31]. Esto es, el que ha concebido en su mente la gracia de la aspiración al cielo, el que ha aprendido la palabra exhortativa que puede reconfortar con su utilidad al prójimo, que jamás esconda en el silencio el bien que ha conocido, sino que él en persona lo comunique sin interrupción, exponiéndolo a sus hermanos.

13. Porque, si no descuidamos comunicar benignamente a los que tenemos cerca las cosas buenas que conocemos, se presentará Aquel *en el que están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia*[32]; y lo que ahora conocemos solo en parte[33], Jesucristo se dignará revelárnoslo a la luz perfecta de la verdad. Él, nuestro Señor, unigénito del Padre, que con Él vive y reina en unidad del Espíritu Santo y es Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

31. Ap 22, 17.
32. Col 2, 3.
33. Cf. 1 Co 13, 9.

HOMILÍA VII

En la Vigilia pascual

Mt 28, 1-10
PL 94, 133-139[1]

1. Hermanos queridísimos, la resurrección del Señor y Salvador nuestro nos ha convertido la vigilia de esta sacratísima noche, como acabamos de oír en la lectura del Evangelio, en algo sagrado. Celebrémosla pues, como se merece, despiertos y con himnos, por amor a quien por amor nuestro quiso en ella dormir muerto y resucitar de la muerte, ya que, como dice el Apóstol: *Murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación*[2]. Esto nos lo demostró en la misma sucesión de los hechos: tanto a la hora de morir en la cruz, como en la de su resurrección de los muertos.

2. Efectivamente, consumó el misterio de su pasión triunfadora hacia la hora nona, cuando el día se inclinaba ya hacia la noche, y la órbita del sol se entibiaba tras el calor del mediodía. Así simbolizaba con evidencia que había soportado el patíbulo de la cruz para redimir los crímenes en los que habíamos caído, al pasar de la luz y el amor divinos a la noche de esta peregrinación terrena.

Resucitó en la mañana del día después del sábado –que ahora se llama domingo, «día del Señor»–, para enseñarnos

1. J.-P. Migne relaciona esta homilía con Mc 16, Lc 24 y Jn 20.

2. Rm 4, 25; cf. 1 Co 15, 3.

claramente que una vez resucitados de la muerte del alma, tenía intención de conducirnos a la luz de la eterna bienaventuranza. Pero con la sucesión en el tiempo de su pasión, sepultura y resurrección, pretendió hacernos entender otro misterio, digno de ser recordado.

3. Concretamente, que fue crucificado el viernes, el sábado descansó en el sepulcro y el domingo resucitó de entre los muertos, para enseñar a los suyos que durante seis edades de este mundo deben sufrir por sus buenas obras entre los peligros de las persecuciones, pero que en la otra vida –como en el sábado– deben esperar la paz de sus almas para siempre, mientras que en el día del juicio –como si se tratara del domingo– celebrarán la acogida de sus cuerpos inmortales en los cuales disfrutarán, junto con el alma, de la suprema felicidad sin fin[3].

4. Respecto a lo que se ha dicho en la lectura del Evangelio –que las santas mujeres pasado el sábado, al alborear el día siguiente, fueron a ver el sepulcro–, hay que entender que se pusieron en camino cuando era aún de noche, pero que llegaron al sepulcro al amanecer del día siguiente. Es decir que por la noche prepararon los aromas con los que querían ungir el cuerpo del Señor; pero, una vez preparados la noche anterior, llevaron los aromas al sepulcro de mañana. Lo que Mateo expone por motivos de brevedad de un modo un tanto confuso, los otros evangelistas[4] lo exponen con más claridad en el orden en que ocurrió. En efecto, tras haber sepultado al Señor el viernes, las mujeres se fueron del monumento, prepararon los perfumes y los ungüentos todo el tiempo en el que estaba permitido trabajar, y el sábado descansaron según estaba mandado[5], como narra Lucas con to-

3. Sobre estas ocho edades del mundo, véase lo que decimos en la Introducción general.

4. Cf. Mc 16, 1-2; Lc 24, 1.

5. Cf. Ex 12, 16; 20, 8-10.

da claridad[6]. Pero, cuando pasó el sábado y al llegar el atardecer, volvió el tiempo en el que se podía trabajar, e inmediatamente a impulsos de su devoción compraron los perfumes que les faltaban –como recuerda Marcos[7]– para ungirle a su llegada, y al alborear el domingo se presentaron en el sepulcro.

5. Hay que preguntarse por qué, al describir la noche de la resurrección del Señor, el Evangelista dice: *Al atardecer del sábado, cuando alborea el día primero después del sábado*[8], cuando según el orden habitual de las horas, al atardecer se oscurece hacia la noche más que se ilumina hacia el día. Pero es que el Evangelista –hablando en sentido místico– se ha esforzado por explicar cuánta dignidad ha adquirido esta sacratísima noche por la gloria de la victoria sobre la muerte, exponiendo que ya a su inicio, cuando las mujeres –a impulsos de su devoción por Cristo– comenzaron a vigilar en su honor, comenzaba a amanecer el día siguiente.

6. Porque el Señor, creador y administrador del orden de los tiempos, que resucitó en la última parte de aquella noche, sin duda la transformó a toda ella en una fiesta resplandeciente con la luz de su resurrección. Es verdad que desde el inicio de la creación del mundo hasta ahora, el curso de las horas se contaba de modo que el día precedía a la noche, según el orden de la situación inicial[9]. Pero en esta noche, gracias al misterio de la resurrección del Señor, se ha cambiado el orden de las horas. Porque, dado que resucitó de entre los muertos de noche, pero mostró a sus discípulos los efectos de esa misma resurrección al día siguiente –y tras participar en una comida con ellos instruyó en la verdad de ese milagro a quienes estaban admirados[10] y al mismo tiempo

6. Cf. Lc 23, 56.
7. Cf. Mc 16, 1-2.
8. Mt 28, 1.
9. Cf. Gn 1, 3-5.
10. Cf. Lc 24, 41-43.

contentos[11]–, con toda justicia aquella noche se unió con la luz del día siguiente y se inauguró una sucesión de las horas de modo que el día sigue a la noche.

7. Y ciertamente en otro tiempo con toda razón la noche seguía al día porque el hombre, al pecar, había caído de la luz del Paraíso a las tinieblas y tribulaciones de este mundo. Pero ahora, con toda razón, el día sigue a la noche, cuando somos reconducidos por la fe en la resurrección, de las tinieblas del pecado y la sombra de la muerte[12], a la luz de la vida que nos regala Cristo.

8. Por eso, hermanos queridísimos, es preciso que quienes hemos conocido esta noche privilegiada, iluminada por la gracia de la resurrección del Señor, nos preocupemos también con solicitud de que ninguna partícula de ella se entenebrezca en nuestro corazón, sino que por el contrario resplandezca toda como la luz del día ya desde ahora, cuando celebramos su vigilia con laudes solemnes y devotas y esperamos, una vez acabada la vigilia, con sobria y pura conciencia la fiesta pascual del día del Señor.

9. Dice: *Fueron María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro*[13]. Las dos mujeres del mismo nombre, con el mismo amor y devoción, que fueron a revisar el sepulcro del Señor, simbolizan los dos pueblos de fieles –es decir, el judío y el gentil– que desean celebrar con un afán único y similar la pasión y la resurrección de su Redentor, por doquiera que en el mundo entero se ha difundido su Iglesia.

En cuanto al terremoto que se produjo el resucitar el Señor del sepulcro –como también al morir en la cruz se produjo uno grande[14]– significa que los corazones, antes mundanos y apartados de la esperanza del cielo, serán arrastrados

11. Cf. Jn 20, 20.
12. Cf. Lc 1, 79.
13. Mt 28, 1.
14. Cf. Mt 27, 51.

a la penitencia por la fe en su pasión y resurrección y, removidos por un temor sumamente saludable, serán elevados a la vida eterna.

10. Por lo que se refiere a la venida de un ángel, él rinde la pleitesía de la servidumbre que debe al Señor. En efecto, dado que Cristo es Dios y Hombre, en medio de los actos de su Humanidad, siempre tienen que prestarle sus servicios los ángeles como a Dios, según prueba abundantemente la narración del santo evangelio cuando se la analiza[15]. Y removió la piedra, no para que la puerta esté abierta cuando salga el Señor, sino para que sirva de señal a los hombres de que su salida ya se ha producido. Porque el que fue capaz de entrar en el mundo al nacer como mortal del vientre aún intacto de una virgen, ese mismo sin ninguna duda –transformado en inmortal– pudo haber salido de este mundo al resucitar, aunque el sepulcro permaneciera cerrado.

11. Y no hay que pasar por alto la razón por la que un ángel apareció sentado como testigo de la resurrección del Señor, cuando se lee que el que anunció al mundo el gozo de su nacimiento estaba en pie junto a los pastores[16]. Efectivamente, estar de pie es propio del que lucha; estar sentado, del que reina[17]. Con razón se apareció de pie el ángel que anunciaba la venida del Señor al mundo, para expresar estando en pie que Aquel a quien él anunciaba venía a combatir al príncipe del mundo, mientras que con razón se recuerda que el pregonero de su resurrección estaba sentado para manifestar con esa postura que Él, una vez vencido el autor de la muerte, había ascendido ya a la sede del reino eterno, de la que Él mismo dice poco después, al aparecerse

15. Cf. Mt 4, 11; Lc 2, 13-14; 22, 43; JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, IV 28, 2-3 (CCL 77, 279-280).

16. Cf. Lc 2, 9.

17. Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia*, II, 29, 7 (CCL 141, 251).

a los discípulos: *Me ha sido dado todo el poder en el cielo y en la tierra*[18]; y el evangelista Marcos dice: *Y el Señor, Jesús, después de hablarles, se elevó al cielo y está sentado a la derecha de Dios*[19].

12. Estaba sentado, pues, sobre la piedra removida, con la que se cerraba la puerta del sepulcro, para enseñar que Él había derribado y superado con su propia fuerza las puertas del infierno, dado que había elevado hasta la luz del paraíso a cuantos de los suyos había encontrado allí, según aquello del profeta: *Y tú, en razón de la sangre de tu alianza, has liberado también a los tuyos del lago en el que no hay agua*[20].

Su aspecto era como de relámpago y su vestidura blanca como la nieve, para reflejar incluso con el mismo aspecto y vestidura que Aquel de quien anunciaba la gloria de la resurrección, también sería terrible para condenar a los réprobos y benigno y misericordioso para consolar a los elegidos[21].

13. Efectivamente, con el relámpago se expresa el terror del miedo, con la nieve el encanto del candor. En consonancia con el discernimiento propio del juicio divino, el mismo ángel que se aparece, de una parte llena de terror a los impíos guardianes del sepulcro y los arroja por tierra como muertos, y de otra conforta con benigna consolación a las piadosísimas visitantes del mismo sepulcro, para que no teman.

Además, incluso en un tono familiar él es el primero en tomar la palabra y decir que sabe que buscaban a Jesús y añade que ya ha resucitado e inmediatamente después les manda que anuncien su resurrección, un honorable y gozosísimo encargo al que ellas se someten.

14. Y ¡qué afortunadas las mujeres que, instruidas por ese oráculo del ángel, merecieron anunciar al mundo el

18. Cf. Mt 28, 18.
19. Cf. Mc 16, 19.
20. Za 9, 11.
21. Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia*, II, 21, 3 (CCL 141, 175).

triunfo de la resurrección y proclamar que quedaba destruida la esclavitud de la muerte que Eva, seducida por la palabra de la serpiente, había contraído! Pero, ¡cuánto más felices las almas de los hombres –e igualmente de las mujeres– que en el día del juicio, mientras los réprobos son castigados con el terror y la correspondiente venganza, merezcan triunfar de la muerte, ayudadas por la gracia, y entrar en la alegría de la santa resurrección! Y, cuando ellas corrían a dar la noticia a los discípulos, les sale al encuentro Jesús y las saluda, demostrando así que sale al encuentro –ayudándoles–, de todos los que inician el camino de las virtudes para que sean capaces de llegar a la salvación.

15. *Y ellas se acercaron y abrazaron sus pies*[22]. Veamos, hermanos, en el Señor resucitado de entre los muertos, la verdad de nuestra carne; veamos la gloria de la nueva incorruptibilidad. Es cierto que más arriba se lee que resucitó, estando cerrado el sepulcro. Ahora, sin embargo, se lee que las mujeres sujetaron sus pies y le adoraron. En efecto, resucitó con la puerta del sepulcro cerrada y salió para enseñar que se había convertido ya en inmortal el cuerpo que había sido encerrado muerto en el sepulcro. A las mujeres les ofreció las plantas de los pies para que las retuvieran, con el fin de revelar que mostraba una carne verdadera, que podía ser palpada por los mortales.

16. Les dice: *Id y anunciad a mis hermanos que vayan a Galilea: allí me verán*[23]. ¡Oh, admirable piedad, admirable bondad del Salvador! A los mismos que antes de la pasión solía llamar discípulos –y a veces incluso siervos– ahora, tras la resurrección los llama hermanos suyos, con el fin de demostrar que al resucitar había vuelto a tomar el revestimiento de Humanidad que antes había tenido y al mismo tiempo

22. Mt 28, 9. 23. Mt 28, 10.

elevar a los suyos a la esperanza de merecer –a ejemplo de su carne– la corona de la inmortalidad con la que Él ya sobresalía. Realmente también lo que predijo –que los discípulos le verían en Galilea– y realizó –como ponen de manifiesto los relatos del santo evangelio que siguen[24]– sugiere de un modo místico, de una parte el milagro de su resurrección, y de otra el progreso de nuestra vida espiritual.

17. En efecto, Galilea significa «realizado el traslado». Y está bien que los discípulos vean en Galilea a Aquel que ya había pasado de la muerte a la vida, de la corrupción a la incorruptibilidad, de la pena a la gloria[25], con el fin de corroborar la victoria de la resurrección, no solo con la manifestación de su cuerpo y el alivio de sus palabras, sino incluso con el nombre del lugar en el que se les aparecería y les hablaría.

Pero, también ahora nosotros solo podremos disfrutar del gozo de su resurrección, si nos esforzamos por trasladarnos de la corrupción de los vicios a la práctica de las virtudes.

18. Por eso, hermanos míos, hay que procurar con todas nuestras fuerzas que, ya que conocemos el tiempo de la resurrección de nuestro Señor y Salvador, ya que celebramos esta solemnidad, nos traslademos a contemplar su majestad con continuos progresos en buenas obras. Y, puesto que desconocemos el tiempo de nuestra resurrección –que de ningún modo dudamos que ocurrirá–, celebremos en todo momento, pero especialmente en esta noche, con solicitud esta vigilia en espera de su llegada. Supliquemos la misericordia de Aquel que, tras aceptar humildemente la muerte por nosotros, inmediatamente la venció de una manera sublime, a fin de que en el momento de nuestra resurrección nos con-

24. Cf. Mt 28, 16.
25. Cf. Gregorio Magno, *Homiliae in evangelia*, 21, 5 (CCL 141, 176-177).

ceda pasar de la muerte a la vida. Roguemos a Aquel que se ha inmolado como Pascua nuestra[26] –Cristo–, que nos conceda, de una parte celebrar dignamente la comenzada solemnidad de la alegría pascual, y de otra llegar a través de ella a la bienaventuranza eterna.

19. Pero, a propósito de todo esto, hay que advertir que la solemnidad de esta sacratísima noche y de nuestra redención que celebramos, ya está prefigurada místicamente hace mucho tiempo en el antiguo pueblo de Dios. En efecto, después de que ese mismo pueblo hubiera pasado largo tiempo agobiado por la servidumbre a Egipto y los egipcios se negaran a que saliera para dedicarse libremente al servicio de su Creador, finalmente el Señor le mandó que en la celebración de la Pascua inmolara un cordero; que aquella noche asara sus carnes y las comiera; y que con la sangre que se hubiera derramado ungiera los dos postes y el dintel de sus casas y dentro de ellas esperara –preparado y vigilante– la hora de su redención[27]. Mientras el pueblo hacía esto, he aquí que el Señor, viniendo en medio de la noche y una vez muertos los primogénitos de los egipcios, le liberó del peso de una larga servidumbre y le condujo a la tierra de la patria antiguamente prometida, mandándole que todos los años celebrara solemnemente el recuerdo de su salvación mediante la inmolación de un cordero pascual[28].

20. Sin duda la redención de aquel pueblo es el tipo de nuestra redención espiritual, que se cumple en esta noche, al resucitar el Señor de entre los muertos, como también los egipcios –opresores carnales del mismo pueblo– simbolizan las armas aún más funestas del espíritu maligno que oprimía al género humano, sometido a un impío dominio. Pero, al

26. Cf. 1 Co 5, 7.

27. Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia,* II, 22, 7 (CCL 141, 186-187).

28. Cf. Ex 12, 3-50.

venir el Cordero inmaculado, se dignó ser inmolado por nosotros, dio su sangre como precio de nuestra salvación. Él, asumida la muerte por un tiempo, acabó para siempre con el imperio de la muerte y, en un admirable y esperado espectáculo, el Cordero inmolado a pesar de su inocencia destruyó con su poder las fuerzas del león que le había matado. El Cordero, que quita el pecado del mundo[29], dominó al león que había introducido los pecados en el mundo; el Cordero, que nos rehace con la ofrenda de su Cuerpo y de su Sangre para que no perezcamos, al león que nos rodeaba rugiendo y que busca a quién de nosotros devorar[30]; el Cordero, que ha impuesto en nuestras frentes el signo de su muerte, para apartar los dardos del mortífero enemigo.

21. Y precisamente porque se nos mandó que pusiéramos la sangre del cordero de la Ley en el umbral, el dintel y los dos postes de la puerta de las casas en las que se comía –para que también la cuádruple marca de la sangre significara el estandarte con las cuatro hendiduras de la pasión del Señor[31], por cuya señal se nos libera–, derribó al adversario de nuestra libertad y de nuestra paz que nos acecha a escondidas,

29. Cf. Jn 1, 29.

30. Cf. 1 P 5, 8.

31. La expresión *quadrificum uexillum* es digna de comentario en sus dos términos. De una parte, el sustantivo *uexillum* es un diminutivo de *uellum* que se ha especializado en el lenguaje militar para designar los estandartes que portaban las legiones, sobre todo la caballería. De otra, el adjetivo *quadrificum* –dividido en cuatro partes por hendiduras intermedias– se aplica tanto a las narraciones de los cuatro evangelios como quizá también a las cuatro llagas de la pasión –las dos de las manos, la de los pies y la del costado– en el cuerpo del Señor, en paralelismo con las cuatro manchas de sangre en las puertas de las casas judías en Egipto. Este adjetivo es ya utilizado, tanto en la Eneida como en las Geórgicas de Virgilio, en contextos que tienen que ver con la botánica, concretamente con las lenguas de las hojas en determinados árboles. Téngase en cuenta la tradicional representación de Jesucristo resucitado, portando en la mano el estandarte de su triunfo.

como un león en su guarida. Por tanto, así como en aquella noche –una vez inmolado el cordero en Egipto, marcadas las puertas de los fieles con su sangre y comidas sus carnes– vino el Señor de repente y castigó a los que estaban fuera del misterio celestial –mientras por el contrario vio y redimió al pueblo que estaba iniciado en los misterios de la salvación–, del mismo modo sin duda nuestro Señor y Redentor, cuando ofreció al Padre por nosotros su Cuerpo y su Sangre como ofrenda, destruyó el poder del diablo, es decir menoscabó la audacia de sus acólitos, o sea los espíritus inmundos.

22. Abrió las puertas del infierno, liberó a los elegidos que estaban allí cautivos, aunque en un estado apacible, y al resucitar de entre los muertos en aquella misma noche les condujo al gozo del reino celestial, cumpliendo aquella profecía que dijo: *Subiendo a las alturas llevó cautiva a la cautividad*[32]. Y no solo liberó a los justos que encontró en el infierno, sino también a aquellos que, aún envueltos en carne, reconoció como suyos; e incluso a nosotros, que previó habríamos de creer en Él al fin de los tiempos, nos procuró con su muerte y resurrección un remedio de salvación. A nosotros, incluso antes de que fuéramos creados, nos consagró un alimento espiritual de vida con el que seríamos creados de nuevo, nos preparó una señal de victoria con la que nos protegeríamos de las insidias de los enemigos, nos abrió un camino de vida eterna para que lo sigamos.

23. De ahí que también nosotros con razón, conmemorando esta noche de nuestra redención, insistimos con vigilias dignas de Dios y nos aplicamos a escuchar las oraciones, las lecturas divinas que narran los regalos de la gracia que nos ha sido concedida; celebramos la adopción del nuevo

32. Sal 68, 19. Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia,* II, 22, 6 (CCL 141, 185).

pueblo[33], arrancado al señor del Egipto espiritual gracias a la fuente de la regeneración, para ser sometido al único y verdadero Señor; inmolamos de nuevo para provecho de nuestra salvación el Cuerpo sacrosanto y la preciosa Sangre de nuestro Cordero, por la que hemos sido redimidos de nuestros pecados.

24. Y, puesto que nos alegramos con esta solemnidad anual de los misterios de la resurrección del Señor y al mismo tiempo de nuestra redención, procuremos, queridísimos –abrazados con profundo amor de corazón a ellos–, mantener estos mismos misterios viviéndolos; conservémoslos como hacen los animales puros[34], unas veces rumiándolos en su expresión oral y otras considerándolos en su sentido profundo, y ante todo procuremos llevar una vida llena de actos tales que merezcamos contemplar felices el acontecimiento de nuestra propia resurrección.

Así, cuando la última trompeta, despertando a todo el género humano, convoque ante el tribunal del justo juez, nos apartará de la suerte de los réprobos la señal de este mismo juez nuestro, con la que hemos sido consagrados; las vigilias, con las que esperamos su llegada, nos librarán de la pena de los negligentes; y, una vez castigados ellos con la pena que merecen, nos conducirá a la mansión de la paz celestial que ha prometido antes de los siglos, Aquel que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

33. Cf. Rm 8, 15.
34. Cf. Gn 7, 2; Lv 11, 2-3; Dt 14, 6.

HOMILÍA VIII

Domingo de resurrección

Mt 28, 16-20
PL 94, 144-149[1]

1. Hermanos queridísimos, la lectura del Evangelio que hemos escuchado hace un momento, de una parte y al pie de la letra resplandece, llena de gozo, porque describe el triunfo de nuestro Redentor, y de otra, al mismo tiempo, describe con palabras claras los dones de nuestra redención. Y, si queremos analizarla más a fondo, descubrimos que en la letra se encierra un fruto aún más sabroso de sentido espiritual. Porque la palabra de Dios, como los perfumes, cuanto más cuidadosamente se analiza, desmenuzándola y tamizándola, tanto mayor fragancia desprende de su riqueza interior.

2. Porque resulta claro y agradable de escuchar a las almas piadosas que *los discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado y al verlo le adoraron*[2]. Mas, no está exento de misterio el hecho de que el Señor, después de la resurrección, se apareció a los discípulos en Galilea y en un monte, para dar a entender que el cuerpo que había asumido de la tierra –común al género humano al nacer–,

1. En la edición de J.-P. MIGNE esta homilía se titula: «En la feria VI dentro de la octava de Pascua».
2. Mt 28, 16-17.

al resucitar, lo había ya elevado sobre todas las criaturas de la tierra con su fuerza celestial. Se apareció en un monte para advertir a los fieles que pasen en esta vida de los placeres efímeros a los anhelos sublimes, si quieren contemplar en la otra la gloria de su resurrección.

3. Por lo que respecta a Galilea, es conocidísimo –según una explicación frecuente de los Padres[3]– el misterio saludable que contiene ese nombre. Pero no está de más repetir con frecuencia con palabras, lo que es necesario retener siempre en la mente. En efecto, Galilea significa «hecho el traslado» o «la revelación»[4]. Ambas interpretaciones de la palabra llevan al mismo fin. Es verdad que más arriba leemos que el ángel dijo a las mujeres: *Id y decid a sus discípulos que ha resucitado y he aquí que irá delante de vosotros a Galilea: allí le veréis*[5]. Y ahora, por la narración del evangelista, sabemos que *los discípulos marcharon a Galilea y al verle le adoraron*[6].

4. ¿Qué otra cosa significa, pues, esto de que el Señor Jesús precede a sus discípulos en Galilea para que le vean, que ellos le siguen y que al verle le adoran, sino que *Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicia de los que duermen*[7]? Le siguen los que son de Cristo y ellos mismos, cada uno a su nivel, se trasladan a la Vida y una vez allí, al verle, adoran al que alaban sin fin, porque le contemplan en la figura de su Divinidad. Con esta visión concuerda también la interpretación de la palabra Galilea como «Revelación». Porque entonces, como afirma el Apóstol, *contemplando a cara descubierta la gloria del Señor, nosotros nos trasformamos en esa misma imagen*[8], todos los que ahora

3. Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia,* II, 21, 5 (CCL 141, 176).

4. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 94.131).

5. Mt 28, 7.

6. Mt 28, 16-17.

7. 1 Co 15, 20.

8. 2Co3,18.

orientamos hacia Él nuestro camino[9] y seguimos sus pasos con fe no fingida[10].

5. *Y al verle le adoraron, pero algunos dudaron*[11]. Si preguntamos por qué dudaron los que al ver al Señor dudaron, no hay otro motivo que aquel que recuerda Lucas, cuando narra que el mismo día de su resurrección se apareció a los discípulos: *se quedaron turbados y asustados, pensando que veían un espíritu*[12]. Así pues, al ver al Señor le reconocen y –como habían aprendido que era Dios– le adoran con los rostros postrados hacia la tierra. Pero anidaba en sus mentes una duda no despreciable, porque pensaban ver, no el cuerpo resucitado –en el que había padecido–, sino solo un espíritu en el que se había trasformado, una vez acabada la pasión. De ahí que enseguida el Maestro, lleno de piedad, de una parte reafirma en la fe a quienes ya creían, y de otra llama a la gracia de la fe a los que aún dudaban, haciendo ver a todos a qué inmenso grado de gloria había llegado, al resucitar, aquella Humanidad que había asumido y había entregado a la muerte por los hombres.

6. Dice: *Se me ha dado todo poder en el Cielo y en la tierra*. Y no dice esto de la Divinidad, coeterna con el Padre, sino de la Humanidad que asumió. Al recibir esta última se ha hecho un poco menor que los ángeles[13], pero al resucitar en ella de entre los muertos, ha sido coronado con gloria y honor y puesto por encima de las obras salidas de las manos del Padre y todo se le ha sometido a sus pies. Entre todas estas cosas incluso la misma muerte, que por un tiempo pareció que prevalecía sobre Él, ha sido sometida a sus pies. Por tanto, lo que el salmista dice al Padre, a propósito del Señor resucitado de entre los muertos –*todo lo has sometido*

9. Cf. Sal 37, 5.
10. Cf. 1 Tm 1 ,5.
11. Mt 28, 17.
12. Lc 24, 37.
13. Cf. Sal 8, 6.

bajo sus pies[14]–, es exactamente lo mismo que el Señor dice a los discípulos, al resucitar: *Se me ha dado todo poder en el Cielo y en la tierra*[15].

7. Y es cierto que, incluso antes de que resucitara de entre los muertos, las Virtudes angélicas en el cielo sabían que por derecho estaban sometidas al Hombre que veían había sido asumido de una manera especial por su Creador; pero, ciegos, los hombres en la tierra desestimaban someterse al que habían conocido revestido de la misma mortalidad que ellos, despreciaban tomar nota de su poder divino en los milagros, porque veían que en su pasión estaba presente la debilidad humana. Por lo cual benignamente el mediador en persona entre Dios y los hombres[16], queriendo dar a conocer también a los hombres en la tierra que le había sido entregado todo el poder en el cielo y en la tierra –y que por tanto también ellos podían poseer la vida eterna con los ángeles en el cielo–, envió misioneros doctos para que predicaran a todas las naciones de la tierra la palabra de vida.

8. *Id* –dice– *y enseñad a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado*[17]. Y esta orden acertadísima de predicar debe ser seguida con suma diligencia también por los predicadores actuales en la Iglesia, de manera que en primer lugar se enseñe, luego el oyente sea iniciado en los misterios de la fe y después –según las circunstancias– sea instruido claramente en los mandamientos del Señor que hay que guardar[18]. Porque, ni una persona indocta e ignorante de la fe cristiana puede ser limpiada por los sacramentos de esa fe, ni es suficiente ser limpiado de

14. Sal 8, 7.
15. Mt 28, 18.
16. Cf. 1 Tm 2, 5.
17. Mt 28, 19-20.
18. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, IV, 28, 20 (CCL 77, 282-283).

los pecados por la purificación del bautismo, si uno no se esfuerza por insistir en las buenas obras, después de haberlo recibido.

9. Por tanto, en primer lugar manda enseñar a las gentes –es decir, introducirles en la ciencia de la verdad– y después bautizarles, porque *sin fe es imposible agradar a Dios*[19] y: *Si uno no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios*[20]. Y al final añade: *Enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado*. Porque *como un cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta*[21]. Y cuán grande es la recompensa para el que se comporta con piedad y en qué medida se mantiene la garantía de la futura felicidad para los que son fieles, lo insinúa a continuación, cuando dice: *He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*[22]. Y es oportuno poner en relación con este testimonio lo que dice Marcos: *Y el Señor, después de hablarles, se elevó al cielo y está sentado a la derecha de Dios*[23].

10. En efecto, puesto que Él es Dios y Hombre, ha ascendido al cielo con la Humanidad que había tomado de la tierra, permanece con los santos en la tierra con la Divinidad con la que al mismo tiempo llena la tierra y el cielo y permanece todos los días hasta la consumación del mundo. De eso se deduce que hasta el fin de los tiempos no faltarán en el mundo quienes sean dignos de la mansión y la inhabitación divina. Y no se debe dudar de que, tras las luchas de este mundo, permanecerán con Cristo en el reino, aquellos que luchando en este siglo merecieron tener a Cristo como huésped en el albergue de su corazón. Hay que advertir que en el tiempo intermedio la divina Majestad está presente en

19. Hb 11, 6.
20. Jn 3, 5.
21. St 2, 26.
22. Mt 28, 20.
23. Mc 16, 19.

todas partes, de forma diferente en los elegidos y en los réprobos.

11. Está presente en los réprobos el poder incomprensible de su naturaleza por el que lo sabe todo –lo antiguo y lo nuevo–, entiende desde lejos los pensamientos y prevé todos los caminos de cada uno[24]. Está presente en los elegidos, gracias a una piadosa protección por la que de un modo especial les ilustra como un padre a sus hijos a través de dones o pruebas actuales e, instruyéndoles, les prepara para que posean la herencia futura. Está presente en los elegidos, según está escrito: *Cerca está el Señor de los que tienen el corazón contrito y salva a los humildes de espíritu*[25]. Está presente en los réprobos, como se ha dicho anteriormente en ese salmo: *Vuelve el Señor su rostro contra los malhechores para borrar de la tierra su memoria*[26]. Por eso es necesario que se llenen de temor en sus obras nefastas los malos, cada uno de cuyos pensamientos están siempre patentes a los ojos del justo juez, y que se alegren los buenos en su actividad justa y en todo aquello que sufren a causa de la justicia. Para ellos, *que aman a Dios, todas las cosas cooperan al bien*[27] y, en cualquier tribulación en la que se encuentren, jamás les falta la piedad de Aquel de quien se canta en el salmo: *A ti se entrega el pobre, tú proteges al huérfano; rompe el brazo del pecador y del malvado*[28].

12. Esta presencia de su piedad, no solo nos la prometió de palabra, sino que también la mostró con claros indicios cuando, después de su resurrección, se apareció repetidas veces a los discípulos, hasta el día en que se dirigió a los cielos y robusteció su ánimo ilustrándoles, advirtiéndoles y entregándoles el don del Espíritu Santo. De todas estas apariciones

24. Cf. Sal 139, 2-4.
25. Sal 34, 19.
26. Sal 34, 17.
27. Rm 8, 28.
28. Sal 10, 35-36.

encontramos solo diez en los escritos de los evangelistas, pero el Apóstol nos enseña que fueron más, cuando dice: *Y resucitó al tercer día según las Escrituras y se apareció a Cefas y después a los once. Posteriormente fue visto por más de quinientos hermanos juntos y también por Santiago y después por todos los apóstoles. Y a mí también, como abortivo, se me apareció después que a todos*[29]. Ignoramos en qué lugares y en qué momentos tuvieron lugar estas apariciones de las que habla.

13. Tan solo sabemos que afirma que, la última aparición del Señor a él, tuvo lugar después de su ascensión, o cuando hablándole desde el cielo le convirtió de perseguidor en doctor de la Iglesia[30], o cuando –arrebatado al Paraíso y al tercer cielo– escuchó palabras misteriosas que a un hombre no es lícito pronunciar[31]. Y, como dice en otro lugar, el misterio del Evangelio no lo recibió de hombre alguno, sino que lo aprendió por revelación de Jesucristo[32]. Pero, como hemos dicho, la historia de los *Evangelios* y la de los *Hechos de los Apóstoles* nos revela que el Señor fue visto diez veces después de la resurrección.

14. En esa historia se lee que el mismo día de su resurrección se apareció cinco veces. En primer lugar a María Magdalena, que estaba llorando junto al sepulcro[33]. Después apareció, saliendo al paso de la misma María y la otra mujer del mismo nombre, que regresaban del sepulcro para anunciar a los discípulos lo que habían descubierto allí[34]. En tercer lugar, a Simón Pedro[35]. En cuarto, a Cleofás y su compañero, que le reconocieron al partir el pan, cuando Él en persona iba con ellos de camino hacia Emaús. Éstos, al volver inmediatamente a Jerusalén, encontraron a los discípulos

29. 1 Co 15, 4-8.
30. Cf. Hch 9, 4-6.
31. Cf. 2 Co 12, 2-4.
32. Cf. Ga 1, 11-12.
33. Cf. Jn 20, 11-17.
34. Cf. Mt 28, 9-10.
35. Cf. Lc 24, 34; 1 Co 15, 5.

diciendo *que el Señor ha resucitado realmente y se ha aparecido a Simón*[36], si bien no se lee en ningún otro sitio con más claridad cuándo se apareció a Simón. Por quinta vez se les apareció en el mismo lugar con las puertas cerradas, cuando no estaba allí Tomás[37]. En sexto lugar, ocho días después, cuando estaba con ellos también Tomás[38]. Por séptima vez, cuando estaban pescando en el mar de Tiberíades[39]. En octavo lugar, en el monte de Galilea, como hemos oído en la lectura de hoy[40]. Por novena vez se apareció a los once, cuando estaban comiendo el día en que subió al cielo[41]. Por décima vez le vieron ese mismo día, pero no ya puesto en tierra, sino elevado en el aire y dirigiéndose a los cielos, cuando los ángeles les dijeron: *Vendrá de la misma manera que le habéis visto subir al cielo*[42].

15. Por tanto, como hemos dicho, el Señor quiso demostrar con esta frecuencia de sus apariciones corporales que está presente con su Divinidad en todo lugar, por deseo de los buenos. En efecto, se apareció en el sepulcro a las que lloraban, y se nos hará también presente a nosotros, si nos entristecemos saludablemente al recordar su ausencia. Salió al encuentro de las que volvían del sepulcro, para que anunciaran el gozo de la resurrección que habían conocido; también se nos presentará a nosotros, si nuestro gozo consiste en anunciar con fidelidad a nuestros prójimos los bienes que hemos conocido. Se apareció al partir el pan a los que le invitaron a su albergue, pensando que era un transeúnte, y se nos presentará también a nosotros, si dispensamos de buena gana a los transeúntes y a los pobres los bienes de los que disponemos; se nos presentará también a nosotros en la frac-

36. Lc 24, 34.
37. Cf. Jn 20, 19-25.
38. Cf. Jn 20, 26-29.
39. Cf. Jn 21, 1-13.
40. Cf. Mt 28, 16-17.
41. Cf. Mc 16, 14-19.
42. Hch 1, 11.

ción del pan, cuando recibimos el sacramento de su Cuerpo –es decir, del pan vivo[43]– con conciencia pura y sencilla.

16. Se apareció en un lugar cerrado a los discípulos que hablaban de su resurrección; se nos hace presente también a nosotros ahora, cuando hacemos lo mismo por don suyo; y estará siempre presente entre nosotros cuando, abandonando por un tiempo las actividades de este mundo, nos reunimos para hablar de su gracia. Se apareció cuando estaban sentados dentro con las puertas cerradas por miedo a los judíos; se les apareció cuando, desaparecido ese miedo, le buscaban con paso decidido en la cumbre del monte. Estuvo presente antaño, para confortar con su Espíritu a la Iglesia, cuando era perseguida por los infieles y se la prohibía aparecer en público y extenderse. También la asiste ahora, cuando –tras abrazar la fe el poder real–, ha desaparecido el terror de la persecución y los soberanos de toda la tierra están sometidos a los sucesores de los Apóstoles.

17. Se apareció a los pescadores y, al aparecerse a ellos, les colmó de beneficios divinos; nos asistirá también a nosotros, cuando cuidamos las cosas necesarias de la vida temporal con intención recta y Él añade la ayuda de su piedad a nuestros justos afanes. Se apareció a los que estaban comiendo; se presentará también a nosotros cuando, de acuerdo con las advertencias del Apóstol, ya comamos ya bebamos ya hagamos cualquier otra cosa, lo hacemos todo para la gloria de Dios[44].

18. Se apareció primero en Judea, después en Galilea; después de esto otra vez en Judea, el día en que subió al cielo. Asistía a la Iglesia cuando al principio se limitaba a los confines de Judea; la asiste ahora cuando, dejados de lado los judíos por su perfidia, se trasladó a los gentiles; y la asistirá

43. Cf. Jn 6, 51.

44. Cf. 1 Co 10, 31.

en el futuro, cuando vuelva antes del fin del mundo a Judea y, como el Apóstol dice, así todo Israel se salvará[45] por haber entrado en la Iglesia la totalidad de las naciones.

19. Finalmente se les apareció cuando subió al cielo; nos asistirá también a nosotros, para que merezcamos seguirle después de la muerte hasta los cielos, si nos ocupamos de seguirle antes de nuestra muerte a Betania –es decir a la «casa de la obediencia»[46]–, desde donde subió al cielo. En efecto, Él mismo llegó a Betania cuando iba a ascender al cielo porque, como dice el Apóstol: *Se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios, a su vez, lo ensalzó*[47]. También nosotros llegamos al mismo lugar, hacemos lo que Él nos advierte, tendemos a lo que Él nos ha prometido. *Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida*[48]. Y ocurre, por concesión de su gracia, que Él –que permanece con nosotros hasta el fin de esta vida–, después de ella nos eleva junto con Él a contemplar los premios de la vida celestial, en la que vive y reina con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

45. Cf. Rm 11, 25-26. Esta vuelta de Jesús a Judea al fin de los tiempos no hay que entenderla necesariamente en sentido literal. Más bien Beda quiere decir que el fin del mundo ocurrirá después de que el pueblo judío se haya convertido.

46. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 135).

47. Flp 2, 8-9.

48. Ap 2, 10.

HOMILÍA IX

Después de la Pascua

Lc 24, 36-47
PL 94, 139-144[1]

1. Nuestro Señor y Redentor mostró poco a poco –y con el paso del tiempo– a los discípulos la gloria de su resurrección, porque indudablemente la fuerza del milagro era tan grande que los frágiles corazones de los mortales no eran capaces de captarla de una vez. Por tanto, teniendo en cuenta la fragilidad de quienes le buscaban, mostró en primer lugar a las mujeres y a los hombres que acudieron al sepulcro inflamados en su amor la piedra removida[2] y –desaparecido su cuerpo– depositados solos los lienzos en que este había estado envuelto[3].

Después, a las mujeres que le buscaban con más insistencia y que estaban consternadas en su espíritu por lo que habían encontrado, les mostró una visión de ángeles que aseguraban con absoluta certeza que había resucitado[4]. Y así, al correrse la noticia de que se había producido la resurrección, finalmente el mismo Señor de las Virtudes y Rey de la gloria[5], apareciéndose en persona, descubrió con cuánto

1. El título de esta homilía en la edición de J.-P. Migne es: «En la vigilia de la Pascua» y se pone en relación con Jn 20.
2. Cf. Mc 16, 4.
3. Cf. Lc 24, 12; Jn 20, 5-7.
4. Cf. Mt 28, 1-5; Mc 16, 1-6; Lc 24, 1-10.
5. Cf. Sal 24, 10.

poder había vencido a la muerte que había experimentado por algunas horas.

2. En realidad, por cuanto encontramos también en la sucesión del relato evangélico, fue visto por los hombres cinco veces en el mismo día en que resucitó. En primer lugar, por María Magdalena, cuando dijo a la que deseaba abrazar sus pies: *No me toques, porque aún no he subido a mi Padre*[6]. Después, por las dos que, corriendo desde el sepulcro, fueron a anunciar a sus discípulos lo que habían oído sobre el suceso de su resurrección, y de las que está escrito que *se acercaron, abrazaron sus pies y le adoraron*[7]. Se apareció al atardecer de ese mismo día a dos que iban a la aldea de Emaús[8], quienes –tras invitarle a quedarse con ellos– le reconocieron al partir el pan[9]. Se apareció también a Pedro, aunque el evangelista apenas da detalles de cuándo o dónde ocurrió, si bien no oculta que sucedió, cuando escribe que, cuando los dos discípulos citados volvieron enseguida a Jerusalén tras haber reconocido al Señor en Emaús, *encontraron reunidos a los once y a los que estaban con ellos, que decían: el Señor ha resucitado realmente y se ha aparecido a Simón*[10]. Y a continuación añade: *Y ellos contaban lo que había pasado en el camino y cómo le habían reconocido en la fracción del pan*[11].

3. E inmediatamente después empalma con la quinta aparición, que acabamos de escuchar cuando se ha leído el Evangelio, y comienza así: *Mientras contaban estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos y les dijo: Paz a vosotros, soy Yo, no temáis*[12]. Lo primero que hay que advertir y guardar con diligencia en la memoria es que el Señor se puso en medio y se dignó revelarles físicamente su presencia, mientras

6. Jn 20, 17.
7. Mt 28, 9.
8. Cf. Lc 24, 13.
9. Cf. Lc 24, 29-31.
10. Lc 24, 33-34.
11. Lc 24, 35.
12. Lc 24, 36.

los discípulos hablaban de Él. Y esto es precisamente lo que prometió a todos los fieles, doquiera que estuviesen, al decir: *Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*[13]. Y, para confirmar la firmeza de nuestra fe –lo que hace siempre con la presencia de su Providencia divina–, de vez en cuando también lo ha querido corroborar con la presencia de su visión corporal.

4. Efectivamente, debemos confiar en que –aunque nosotros estemos muy por debajo de los pies de los Apóstoles, por su misericordia nos sucede lo mismo: es decir, que Él está en medio de nosotros siempre que venimos a reunirnos en su nombre. Y su nombre es Jesús: es decir Salvador[14]. Y cuando nos reunimos para hablar del modo de conseguir la salvación eterna, es evidente que nos reunimos en el nombre de Jesús. Y no es lícito dudar de que, cuando hablamos de las cosas que Él ama, está presente con tanta más verdad cuanto más perfecto es el corazón en el que guardamos los sentimientos que profesamos con los labios.

5. Además, hay que observar que, al aparecerse el Salvador a los discípulos, les comunica enseguida el gozo de la paz, reiterando –cuando ya celebra la gloria de la inmortalidad– lo que –cuando se disponía a la pasión de su muerte– les había prometido como prenda especial de salvación y de vida, al decirles: *Os dejo la paz, mi paz os doy*[15]. El don de esa gracia ya lo anunciaban, cuando Él nació, los ángeles que inmediatamente después vieron los pastores, alabando a Dios y diciendo: *Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad*[16]. Porque sin duda toda la providencia de nuestro Redentor, al encarnarse, es la reconciliación del mundo.

13. Mt 18, 20.
14. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 6).
15. Jn 14, 27.
16. Lc 2, 14.

6. En efecto, para eso tomó carne, para eso padeció, para eso resucitó de entre los muertos: para que nosotros, que caímos en la ira de Dios por el pecado, fuéramos reconducidos a la paz de Dios por su reconciliación. De ahí que con razón sea llamado por el profeta «Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz»[17]; y que el Apóstol diga de Él, escribiendo a aquellos de los gentiles que habían creído: *Y a su venida os anunció la paz a vosotros que estabais alejados y la paz a los que estaban cercanos, porque por Él es por lo que unos y otros tenemos acceso al Padre en el mismo Espíritu*[18].

7. Y, al aparecérseles el Señor, los discípulos –turbados y aterrorizados– pensaban que veían un fantasma. Reconocían ciertamente que era el Señor el que se les aparecía, pero pensaban que le veían, no en la sustancia de su cuerpo sino en la de su alma: es decir, que no veían su cuerpo, que sabían había muerto y estaba sepultado y ya había resucitado de la muerte, sino que tenían ante los ojos más bien a un espíritu que –abandonado el cuerpo– se había encomendado a las manos del Padre[19].

8. Pero el Maestro se ocupó de borrar este su error así como el miedo que les había invadido ante la nueva y desconocida visión, lleno de piedad con la benevolente gracia de su consuelo y pedagogía, diciéndoles: *¿por qué estáis turbados y dais cabida a esos pensamientos en vuestros corazones? Mirad mis manos y mis pies: soy yo mismo*[20]. No sin razón les indica que miren y reconozcan sus manos y sus pies más que su rostro –que igualmente habían reconocido–, de modo que al ver las señales de los clavos con los que había sido fijado en la cruz, fueran capaces de entender, no solo que era un cuerpo lo que veían, sino que ese cuerpo –que sabían había sido crucificado– era el Cuerpo de su Señor. De

17. Cf. Is 9, 6.
18. Ef 2, 17-18.
19. Cf. Lc 23, 46.
20. Lc 24, 38-39.

ahí que con razón Juan, al recordar esta aparición del Señor, da cuenta de que también enseñó a los discípulos el costado que había sido traspasado por el soldado[21], a fin de que cuanto más conocieran las huellas de su evidente pasión y de la muerte que había experimentado, tanto más se gozaran con la fe en la resurrección y el triunfo sobre la muerte que ya se había cumplido.

9. Para convencerles con todo tipo de indicios de la fe en la resurrección, no solo les mostraba su cuerpo inmortal para que lo vieran con sus ojos, sino que también lo ofreció a sus manos, diciéndoles: *Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo*[22]. Para que quienes habían de predicar la gloria de la resurrección fueran capaces de mostrar sin ambigüedad de ningún tipo cómo cabía esperar que fueran las cualidades de nuestro cuerpo resucitado. De ahí que con gran fe el apóstol san Juan exhorta a sus oyentes a aceptar los secretos de la fe verdadera que él ha aprendido, diciendo: *Lo que fue desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos y palparon nuestras manos a propósito del Verbo de la vida*[23].

10. Los paganos, en este pasaje, suelen tender lazos de menosprecio a la sencillez de nuestra fe, diciendo: ¿con qué temeridad confiáis en que Cristo, al que dais culto, pueda resucitar del polvo vuestros cuerpos incorruptos, Él que ni siquiera fue capaz de cubrir las cicatrices de las heridas que recibió en la cruz, sino que incluso después de resucitado su cuerpo de entre los muertos, como decís, no ocultó que todavía tenía las señales de la muerte?

A esos les respondemos que Cristo, por ser Dios omnipotente, del mismo modo que había prometido resucitar nuestros cuerpos, de la corrupción a la incorrupción, de la

21. Cf. Jn 20, 20.
22. Lc 24, 39.
23. 1 Jn 1, 1.

muerte a la vida, del polvo de la tierra a la gloria celestial, así también devolvió a la vida al cuerpo que había dejado al morir en el estado en que fue su Voluntad. Y, a pesar de que podía habérselo mostrado a los discípulos prescindiendo de las marcas de la pasión, sin embargo prefirió preservar en él esas marcas, con una precisa intención.

11. Ante todo para que los discípulos que las contemplaban pudieran conocer con claridad que lo que veían no era un espíritu sin cuerpo, sino un cuerpo espiritual, y fueran capaces de predicar al mundo con convicción la fe en que su resurrección había ocurrido y la esperanza en la futura resurrección de todos los hombres.

Después, para que el mismo Señor y Dios nuestro Jesucristo, que en su Humanidad intercede por nosotros al Padre[24], al mostrar las cicatrices de sus heridas, le demuestre para siempre cuánto había sufrido por la salvación de los hombres; así como también para advertir eternamente con un orden admirable e inefable –a Aquel que nunca puede olvidar, que siempre está preparado para tener misericordia– con cuánta justicia se compadece siempre de nosotros los hombres, de cuya naturaleza el Hijo de Dios se ha hecho partícipe, en cuanto al dolor y la capacidad de padecer, y por quienes Él en persona, al morir, se ha sometido al imperio de la muerte[25].

12. En tercer lugar, para que todos los elegidos, acogidos a la bienaventuranza eterna, al ver en su Dios y Señor las señales de la pasión, jamás cesen de dar gracias a Aquel por cuya muerte saben que viven, y así pueda ocurrir lo que con la voz de toda la Iglesia canta el profeta en los salmos: *Cantaré por siempre, Señor, tus misericordias*[26].

Finalmente, para que también los réprobos en el juicio contemplen las señales de su pasión, según lo que está es-

24. Cf. Rm 8, 34.
25. Cf. AMBROSIO, *Expositio evan. s. Lucam,* X, 170 (CCL 14, 394).
26. Sal 89, 2.

crito –*mirarán al que traspasaron*[27]– y comprendan que deben ser condenados con toda justicia, no solo los que pusieron las manos sobre Él, sino también aquellos que, o bien desprecian –como si no tuvieran ningún valor– sus sacramentos después de haberlos recibido, o bien nunca se han preocupado de recibirlos –aunque se les hayan ofrecido–, o incluso con una impiedad aún mayor intentan extinguir o corromper con odios y persecuciones a quienes los han recibido[28].

13. Por tanto, no nos engaña la fe en la resurrección de Cristo, no nos decepciona la esperanza en nuestra resurrección, porque Dios Padre ha resucitado al Señor y nos ha resucitado a nosotros con su poder[29]. Y, como dice el mismo Apóstol en otro lugar: *Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que ha resucitado a Jesús de los muertos, dará vida también a vuestros cuerpos mortales, en virtud del espíritu que habita en vosotros*[30].

Es evidente que esto se dice especialmente a propósito de los elegidos porque *es cierto que todos resucitamos, pero no todos seremos trasformados*[31], sino solo aquellos que ahora son dirigidos por la inhabitación del Espíritu Santo serán trasformados entonces a la felicidad de la vida eterna por una mayor gracia del mismo Espíritu.

14. Así pues, el Señor, para confirmar la fe en la resurrección, se mostró vivo a los discípulos, les dirigió palabras de ánimo, les dio pruebas de su pasión, no solo para que las vieran, sino para que las tocaran. Pero sus corazones aún

27. Jn 19, 37.

28. No es difícil suponer que Beda se refiera a la actitud de algunos contemporáneos suyos ante las persecuciones de que eran objeto por parte de reyes paganos o apóstatas.

29. Cf. 2 Co 4, 14.

30. Rm 8, 11.

31. 1 Co 15, 51.

débiles no son capaces de comprender la novedad de un poder tan grande y comienzan, más a admirar de alegría lo que veían, que a creer lo que se les enseñaba. Ahora bien, el Señor, para que no restara en su mente algo de duda, incluso tomando algunos restos comió ante ellos con el fin de que, si no creían las pruebas que veían sus ojos, al menos reconocieran que lo que se les había aparecido era carne por el contacto con sus dedos y con alimentos carnales.

15. En este punto, hermanos queridísimos, hay que defenderse contra la estúpida herejía de los cerintianos[32], no vaya a ser que alguno puerilmente insensato piense que, o el cuerpo resucitado de entre los muertos del mediador Señor y Dios nuestro necesita de la ayuda de alimentos, o nuestros cuerpos después de la resurrección deben rehacerse con alimentos carnales en el estado de vida espiritual, donde la contemplación de la luz divina no permite en absoluto tener hambre o sed, o sufrir necesidad de cualquier otro tipo de bienes. Por eso, aquel que amaba aquella vida con amor sumamente ardiente, seguro de su dedicación a Dios, dice alegrándose en su esperanza: *Yo veré tu faz en justicia, me saciaré cuando se manifieste tu gloria*[33]. Y Felipe, ardiendo en el mismo amor, dice: *Señor, muéstranos al Padre y nos basta*[34].

16. Por tanto, hay que creer sencilla y piadosamente que el cuerpo del Señor, resucitado de la muerte y ya hecho inmortal, no tiene ninguna necesidad de comer, aunque tenía esa facultad, y por eso donde las circunstancias exigían que probara su sustancia natural, se alimentó con comida. Pero esa comida indudablemente no era ninguna ayuda alimenticia,

32. Estos herejes gnósticos, con su fundador Cerinto a la cabeza, afirmaban que el cuerpo resucitado de Cristo estaba sometido a las necesidades de todo cuerpo humano.

33. Sal 16, 15.

34. Jn 14, 8.

como se suele brindar a los cuerpos mortales, sino como cuando se arroja agua al fuego de modo que inmediatamente los alimentos consumidos son absorbidos por la fuerza espiritual. Pero también debemos creer que nuestros cuerpos después de la resurrección, dotados de la gloria celestial, son capaces de hacer lo que quieran y están dispuestísimos para acudir allí donde les apetezca. Pero, puesto que entonces no tienen ninguna necesidad de comer, ni les puede venir de ninguna parte utilidad alguna, de ningún modo podrá el mundo inmortal disfrutar de alimentos mortales, allí donde sin duda a los hijos de la resurrección no les puede servir de alimento y bebida, vida y salud, paz y todo bien, sino aquello que canta el salmista: *dichosos los que habitan en tu casa, Señor; te alabarán por los siglos de los siglos*[35]. Y de nuevo: *Y verán en Sion al Dios de dioses*[36]. De ahí que el Apóstol dice, al describir los misterios de aquella vida: *Cuando Dios sea todo en todas las cosas*[37].

17. Y, acabada la comida, el Señor añade todavía unas advertencias a modo de exhortación, diciéndoles: *Esto es lo que os decía cuando aún estaba con vosotros* –es decir, cuando aún era semejante a vosotros en carne mortal y capaz de padecer–: *es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés y en los profetas y en los salmos acerca de mí*[38]. El Maestro de la verdad disipa cualquier sombra de simulación, confirma por doquier los derechos de la verdad. Es visto, es tocado, se alimenta; en cada detalle se ofrece una prueba elocuente, y para que no se piense que su solo testimonio es insuficiente, se trae también a colación la autoridad de Moisés y los profetas, que en sus escritos predijeron su encarnación, pasión y resurrección. Pero, para que acaso no permanecieran tardos en entender sus palabras sim-

35. Sal 84, 5.
36. Sal 84, 8.
37. 1 Co 15, 28.
38. Lc 24, 44.

bólicas, les abrió también el sentido en el que debían entenderlas. Una vez hecho esto, no permitió que restara en su mente nada de la duda inicial, ni dejó aún de darles cuenta del sentido de su pasión y resurrección.

18. *Y les dijo: Así está escrito, que convenía que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y que se predique en su nombre la penitencia y el perdón de los pecados a todas las gentes*[39]. Por tanto, convenía que Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos, porque era imposible que el mundo se salvara si Dios no se hacía hombre; si, apareciendo en forma de hombre, no enseñaba a los hombres las cosas de Dios; si, aceptando la muerte en cuanto hombre, no la vencía con su poder divino; si de ese modo no animaba a los que creen en Él a despreciar la muerte que deben sufrir; si no les animaba con la certeza de la resurrección y la vida eterna que habían de esperar.

19. Porque, ¿con qué ejemplo más adecuado podían los hombres ser animados a creer en su participación en la gloria, en su merecimiento de la vida eterna, que si sabían que el mismo Dios se había hecho partícipe de su humanidad y su mortalidad? ¿De qué otro modo habrían aprendido más eficazmente a tolerar por su salvación todo tipo de adversidades que se produjeran, que aprendiendo que su Creador había sufrido innumerables tipos de ignominias por parte de los impíos y hasta la misma sentencia de muerte? ¿Con qué razonamiento habrían aceptado la esperanza en la resurrección de un modo más congruente, que recordando que habían sido lavados y santificados con los sacramentos y habían sido unidos al cuerpo de Aquel que –habiendo experimentado la muerte por ellos– les había brindado un ejemplo inmediato de resurrección de la muerte?

39. Lc 24, 47.

20. Así pues, les dice, *convenía que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y que se predique en su nombre la penitencia y el perdón de los pecados a todas las gentes*, porque indudablemente era necesario ese orden: que primero se derramara la sangre de Cristo para la redención del mundo y que, por su resurrección y ascensión, se abriera para los hombres la puerta del Reino; y que así precisamente fueran enviados los que iban a predicar por todas las naciones de la tierra la Palabra de vida y administrar los sacramentos de la fe con los que podían ser salvados y alcanzar el gozo de la patria celestial, con la ayuda del mismo Mediador entre Dios y los hombres[40], el Hombre Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

40. Cf. 1 Tm 2, 5.

HOMILÍA X

Después de la Pascua

Lc 24, 1-9
PL 94, 149-154[1]

1. Se ha hecho públicamente la lectura del relato de la resurrección de nuestro Señor y Redentor y no es necesario esforzarse en explicar este pasaje en el que las palabras del Evangelio despliegan misterios de sobra conocidos de nuestra fe, sino exponer brevemente qué debemos hacer nosotros inspirándonos en esta misma lectura.

2. Dice: *Al día siguiente del sábado, muy de mañana, llegaron al sepulcro*[2]. El día siguiente del sábado, es el primer día después del sábado, que ahora solemos llamar «domingo» por respeto a la resurrección del Señor. Porque por ese orden –primero, segundo, tercer día después del sábado– se numeran los días en la Sagrada Escritura. Y eso mismo significa cuando se lee un día o el primer día después del sábado: es decir, el día uno o el primer día después del sábado, o sea del día de descanso.

3. A su vez, el hecho de que las mujeres llegaron muy pronto al sepulcro en busca del Señor, demuestra la gran devoción de su amor hacia Él, a cuyo servicio parten con

1. «Dentro de los ocho días de la Pascua» es el título con el que J.-P. Migne edita esta homilía.
2. Lc 24, 1.

prisa inmediatamente después de que se apartó la sombra de la noche y, al aparecer la luz, se presentaba la posibilidad de salir fuera. Pero también nos ofrecen un ejemplo simbólico de que, si queremos encontrar al Señor y ser reconfortados por la presencia de ángeles, *debemos dejar las obras de las tinieblas y revestirnos las armas de la luz y andar con decencia como durante el día*[3]. Conviene asimismo que nosotros busquemos al Señor, de una parte iluminados por la luz de las buenas obras, y de otra también fortalecidos por la gracia de nuestras oraciones espirituales.

4. De ahí que se diga con acierto que las mujeres que llegaron al sepulcro al amanecer traían consigo los aromas que habían preparado. Porque nuestros aromas consisten en la voz de nuestras oraciones en las que encomendamos al Señor los deseos de nuestro corazón, de acuerdo con el testimonio del apóstol Juan quien, al describir alegóricamente la intimidad purísima de los santos, dice: *Tenían copas de oro llenas de perfumes que son las oraciones de los santos*[4]. Porque, lo que en griego se dice «aroma», en latín se traduce por «perfume». Así pues, al amanecer llevamos aromas al sepulcro del Señor cuando, en memoria de la pasión y muerte que aceptó por nosotros, de una parte mostramos hacia fuera la luz de nuestras buenas acciones a quienes están cerca, y de otra, por dentro –en el corazón– ardemos con la suavidad de una compunción pura. Esto conviene que ocurra a todas horas, pero sobre todo cuando entramos a la iglesia a orar, cuando nos acercamos al altar para recibir el sacramento del Cuerpo y la Sangre del Señor

5. Y si las mujeres buscaban con tanto afán el cuerpo muerto del Señor, ¡cuánto más nos conviene a nosotros –que sabemos que ha resucitado de la muerte, que ha subido a los cielos, que el poder de su divina majestad está presente

3. Rm 13, 12-13.

4. Ap 5, 8.

en todas partes– estar en su presencia con toda reverencia y celebrar sus misterios!

Y se dice con razón *trayendo los aromas que habían preparado*, porque haber preparado antes los aromas –para trasportarlos con el fin de honrar al Señor– consiste en limpiar el corazón de vanos pensamientos antes del tiempo de la oración, de tal manera que durante ese tiempo de rezar, nada sucio recibamos en la mente –ningún pensamiento de cosas perniciosas– y no nos acordemos de nada, salvo de las cosas que pedimos y de Aquel a quien suplicamos, siguiendo el ejemplo de aquel que dice: *Firme está mi corazón, Dios mío, firme mi corazón: yo cantaré y diré un salmo en honor del Señor*[5].

Porque el que, entrando en la iglesia a orar se despreocupa de rechazar de su ánimo –entre las palabras de petición– el hábito de los pensamientos superfluos, es como si buscara al Señor llevando consigo aromas mal preparados.

6. *Y las mujeres encontraron que la piedra estaba removida del sepulcro. Y al entrar no encontraron el cuerpo del Señor Jesús*[6]. Es sabido según la historia –tal como la narra el evangelista Mateo[7]– que un ángel bajado del cielo removió la piedra del sepulcro, ciertamente no para abrir camino al Señor cuando saliera, sino para que el lugar abierto y vacío del sepulcro demostrara a los hombres que había resucitado.

Y, en un sentido espiritual, la remoción de la piedra es la novedad de los misterios divinos, que la letra de la Ley en otro tiempo había mantenido oculta. Porque la Ley está escrita en piedra[8]. Por supuesto, también para cada uno de nosotros, cuando conocimos la fe en la pasión y resurrección del Señor, se abrió su sepulcro, que hasta entonces había permanecido cerrado. Y nosotros mismos entramos en

5. Sal 57, 8.
6. Lc 24, 2-3.
7. Cf. Mt 28, 2.
8. Cf. Ex 24, 12; 32, 15; 34, 1.

el sepulcro y no encontramos el cuerpo del Señor cuando, contemplando con corazón firme los sucesos de su encarnación y pasión, recordamos que resucitó de entre los muertos y nunca más le veremos en carne mortal.

7. Por el contrario, el judío y el pagano, que ridiculizan la muerte de nuestro Redentor, en la que creen, se niegan en redondo a creer en el triunfo de su resurrección –como si el sepulcro permaneciera aún cerrado por la piedra– y no se atreven a entrar –para contemplar el cuerpo del Señor, que ha desaparecido al resucitar– porque son rechazados por la dureza de su infidelidad, para que no adviertan que no puede ser encontrado en la tierra el que ha penetrado ya en lo alto de los cielos, una vez destruido el poder de la muerte.

También a nosotros nos conviene imitar esto de que las mujeres, al no encontrar el cuerpo del Señor, estaban desconcertadas. Porque debemos recordar de continuo que no podemos encontrar en la tierra el cuerpo de nuestro Señor; y que debemos humillarnos tanto más, cuanto más nos consta que clamamos desde el abismo[9] al que habita en el cielo; tanto más debemos consternarnos, cuanto más lejos vemos que peregrinamos aún separados de Aquel en cuya sola presencia somos capaces de vivir felizmente; y debemos intentar comportarnos virtuosamente, para merecer apartarnos más del mundo y comparecer ante su presencia[10]. Y a las mujeres que estaban tristes, porque había sido retirado el cuerpo de Jesús, se les aparecieron ángeles que les aportaron el alivio del consuelo, al notificarles la resurrección.

8. No es oportuno dudar lo más mínimo de que esto ocurre también ahora con nosotros de un modo invisible cuando, sa-

9. Cf. Sal 130, 1.

10. Esta última parte la traducimos de acuerdo con el texto de J.-P. Migne, que sigue la lectura de los códices C R y L. En la edición del *Corpus Christianorum*, D. Hurst prefiere prescindir de ella y lee: «procuremos ser dignos de actuar con constancia según los mandamientos divinos y estar en su presencia».

ludablemente afligidos por la larga duración de nuestra estancia en la tierra y por la ausencia de nuestro Creador, de repente recordamos el gozo eterno de los habitantes del cielo y –al recordar su felicidad, en la que nosotros esperamos estar un día– comenzamos a llevar con más ligereza la carga del destierro que padecemos y confiamos en que nosotros, a quienes se ha dignado redimir, podremos seguir a nuestro Redentor hasta el lugar al que Él subió al resucitar de la muerte.

Y no se nos oculta que los ángeles asisten a menudo a los elegidos con su presencia invisible, bien para defenderles de las insidias del astuto enemigo, bien para inspirarles un mayor deseo de la gloria celestial. De esto da fe el Apóstol, cuando dice: *¿No es verdad que todos ellos son espíritus que hacen el oficio de servidores en favor de aquellos que reciben la herencia de la salvación?*[11] Y debemos creer que los espíritus angélicos nos asisten especialísimamente cuando nos entregamos de modo intenso a los oficios divinos, es decir, cuando entrando en la iglesia aplicamos el oído a las lecturas sagradas, nos entregamos a la recitación de los salmos, nos sumergimos en la oración o celebramos solemnemente la Misa.

9. De ahí que el Apóstol advierta que, a causa de los ángeles, las mujeres tengan en la iglesia un velo sobre la cabeza[12]. Y el profeta dice: *Te cantaré en presencia de los ángeles*[13]. Y no es lícito dudar de que, donde se celebran los misterios del Cuerpo y la Sangre del Señor, allí está presente una asamblea de ciudadanos celestiales que custodian con una guardia constante el sepulcro en el que fue depositado aquel Cuerpo venerable y del que salió al resucitar. Por eso hay que procurar celosamente, hermanos míos, que cuando entramos en la iglesia para cumplir con los deberes de alabar

11. Hb 1, 14.
12. Cf. 1 Co 11, 10.
13. Sal 138, 1.

a Dios o celebrar las ceremonias de la Misa, siempre cumplamos esos oficios celestiales conscientes de la presencia de los ángeles con respeto y la consecuente veneración, a ejemplo de aquellas mujeres devotas de Dios que, cuando se les aparecieron los ángeles en el sepulcro, se dice que se llenaron de temor e inclinaron su rostro hacia la tierra.

10. Pero hay que tomar nota de lo que significa que en esta lectura se describe que los ángeles están en pie frente a las mujeres, mientras en otros evangelios se dice que las interpelaron sentados[14]. Se está sentado ciertamente ante el trono del rey, se está de pie junto al altar del sacerdote. Por tanto, dado que nuestro Redentor se ha dignado convertirse para nosotros en rey y a la vez en sacerdote –es decir, sacerdote para limpiarnos de nuestros pecados, gracias a la ofrenda de su pasión, y rey para concedernos un reino perenne–, aparecen sentados los ángeles que anuncian su resurrección para significar que ha conseguido esta sede del reino celestial, una vez vencida la muerte; y aparecen de pie para demostrar que, en la intimidad del Padre, Él intercede también por nosotros como sacerdote, según aquello que dice el Apóstol, al hablar de Él: *Que está sentado a la diestra de Dios e intercede por nosotros*[15].

11. Los ángeles dijeron a las mujeres: *¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, sino que ha resucitado*[16]. Lo cual equivale a decir abiertamente: «¿Por qué buscáis en un sepulcro –que propiamente es un lugar de muertos– a uno que ya ha resucitado de entre los muertos a la vida?». *Recordad cómo os habló cuando aún estaba en Galilea, diciendo que convenía que el Hijo del Hombre fuera entregado en manos de hombres pecadores y fuera crucificado y resucitase al tercer día*[17].

14. Cf. Mt 28, 3; Mc 16, 5.
15. Rm 8, 34.
16. Lc 24, 5-6.
17. Lc 24, 6-7.

Claras son estas palabras de los ángeles y conocidas de todos los fieles, hasta el punto de que sin ese conocimiento de ningún modo pueden ser fieles. Pero, hay algo en ellas que debemos advertiros a vosotros y a mí mismo, hermanos: que según el precepto de los ángeles, debemos recordar con más frecuencia y considerar con mente despierta que el Hijo de Dios se ha dignado hacerse hijo del hombre para hacernos hijos de Dios a nosotros, que creemos en Él.

12. Fue entregado a manos de hombres pecadores, para separarnos de la compañía de esos hombres y, al mismo tiempo, liberarnos del poder de los espíritus malignos. Crucificado, resucitó al tercer día para darnos el poder de sufrir por Él y la esperanza de resucitar y vivir con Él. Estos misterios de la divina Providencia, conviene que los retengamos siempre en la memoria y aún con más intensidad allí donde se celebran los sacramentos de la santísima pasión, en el altar donde por medio de los oficios sagrados se renueva la muerte de nuestro Salvador, a la que venció para siempre en virtud de su rapidísima resurrección. Tampoco hay que pasar por alto sin comentario la razón por la que nuestro Señor y Redentor resucitó al tercer día, es decir quiso reposar en el sepulcro dos noches y un día, ya que el viernes en el que padeció fue depositado en el sepulcro al atardecer y resucitó al amanecer del domingo[18].

13. Porque la naturaleza humana estaba bajo el poder de dos muertes nocivas; es decir, la del alma y la de la carne: la primera por el pecado, la segunda por el castigo al pecado. La muerte del alma se produce cuando Dios –que es su vida– la abandona por culpa de su pecado; la muerte del cuerpo, cuando el alma –que es la vida del cuerpo– abandona a

18. Consecuentemente Beda designa estas fechas con las expresiones: «día sexto desde el sábado (anterior) y día primero después del sábado (siguiente).

este por decisión divina. Y así como la resurrección del alma consiste en recibir a Dios, una vez abandonada la mancha del pecado, también la resurrección de la carne consiste en recibir el alma, una vez saldada la pena de la corrupción.

14. Así pues, estábamos dañados por estas dos muertes desde el primer padre de nuestro género humano, pero vino el *mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo*[19], tomó una de ellas misericordiosa y justamente, y condenó a ambas. Porque, muerto solo en cuanto a la carne, resucitó solo en cuanto a la carne ya que la vida de su alma –que habría recuperado haciendo penitencia– nunca la perdió por el pecado, para mostrar con el ejemplo de su resurrección a todo el género humano, de una parte que él resucitaría de la muerte de la carne en el día del juicio, y de otra sugerir a todos los elegidos que –incluso antes del juicio– debían ser resucitados de la muerte del alma por el misterio de su propia resurrección.

Por tanto, el que con una muerte única destruyó nuestra doble muerte descansó con razón dos noches y entre ellas un día en el sepulcro, con el fin de simbolizar también, por ese mismo espacio de tiempo de su sepultura, que con su única muerte disipaba las tinieblas de nuestra doble muerte.

15. *Y las mujeres, al regresar del sepulcro, anunciaron a los apóstoles lo que allí habían visto y lo que habían escuchado de los ángeles*[20]. Se reconoce que este acto por providencia de la piedad divina sirvió para levantar el oprobio de la primera prevaricación por parte del sexo femenino. Porque he aquí que unas cuantas mujeres, instruidas por ángeles, anuncian que ha sido destruida la muerte que había traído al mundo una mujer, seducida por el diablo. Una sola, al apartarse de las alegrías celestiales, abrió la puerta; mu-

19. 1 Tm 2, 5.

20. Cf. Lc 24, 9.

chas, saliendo del destierro presente, anuncian que ya está abierta la puerta para volver a la patria celestial.

16. Mas, teniendo en cuenta que no sin razón llama la atención de aquellos que solo conocen sepulcros sencillos, cómo ha podido ocurrir que el del Señor diera cabida a tantas personas, junto con los ángeles, pensamos que es oportuno explicaros con sencillez, hermanos, lo que hemos descubierto a este propósito, siguiendo el relato de los que han estado en nuestro tiempo en Jerusalén y –al volver– nos han dejado por escrito lo que allí vieron[21].

En resumen, era una cavidad redonda excavada en la tierra, de tanta altura que el que estaba en el medio de pie podía tocar el techo con la mano. Tenía una entrada hacia el oriente, a la que había sido aplicada la famosa gran piedra de la que hablan los evangelios; y, a la derecha de los que entraban, estaba situado aquel lugar que había sido preparado especialmente para recibir el cuerpo del Señor: siete pies de largo y de una medida de tres palmos de altura por encima del resto del suelo que no había sido hecho a la manera de los sepulcros habituales de manera vertical, sino abierto en horizontal –al lado sur–, para que pudiera colocarse en esa posición todo el cuerpo[22].

17. Y esto es lo que describe el evangelista Marcos: que las mujeres, *entrando en el sepulcro, vieron un joven sentado a la derecha*[23]. Porque sin duda el ángel, que estaba sentado en el lugar del cuerpo del Señor, quedaba a la derecha de los que entraban, pero también él mismo estaba sentado a la derecha del mismo hueco del sepulcro. Y todas las partes

21. Beda se refiere al obispo franco Arculfo –finales del s. VII– que es la fuente oral de la que proceden los datos contenidos en la obra del abad irlandés Adamnano.

22. Cf. ADAMNANO, *De locis sanctis,* I, 2, 3-10 (CCL 175, 187-188) ; BEDA, *De locis sanctis,* II, 1-2 (CCL 175, 254-255).

23. Mc 16, 5.

estaban unidas y no separadas unas de otras, puesto que estaban cavadas en una y la misma piedra. Esa oímos que era ciertamente la posición inicial del sepulcro del Señor.

Pero ahora cuentan que allí hay una iglesia circular, separada por una triple pared de eximia construcción, en cuyo centro está el sepulcro. Y este mismo está revestido por fuera con láminas de mármol hasta lo más alto del techo. Esta parte superior revestida de oro sustenta una no pequeña cruz dorada.

18. Al este de esta iglesia se encuentra la iglesia del Gólgota que, entre otros adornos en congruencia con tal lugar, tiene una enorme cruz de plata en el lugar donde el Señor se dignó ser crucificado por nuestra salvación. Encima de ella hay un gran faro, es decir una rueda de bronce con lámparas que rodean esa cruz con la debida veneración luminosa[24].

En el lado oriental de esta se encuentra la iglesia de Constantino, llamada también «Martirio», donde Elena, la madre de Constantino, descubrió la cruz del Señor y por eso el emperador hizo construir allí una iglesia de una magnificencia y refinamiento dignos de un rey.

19. Una vez explicados todos estos pormenores sobre la situación de los lugares sagrados –tal como hemos podido informarnos–, me complace constatar que se ha cumplido la profecía de Isaías en la que anuncia de antemano, a propósito de la sepultura y resurrección del Señor a la vez que de nuestra fe y salvación: *En aquel día el renuevo de la raíz de Jesé, que está puesto como señal para los pueblos, será invocado de las naciones y su sepulcro será glorioso*[25]. En efecto, el renuevo de la raíz de Jesé es el Señor, nacido ciertamente de la estirpe de Jesé según la carne, que está puesto como

24. Cf. ADAMNANO, *De locis sanctis,* I, 5, 1 (CCL 175, 190) ; BEDA, *De locis sanctis,* II, 2, 1 (CCL 175, 254).

25. Is 11, 10.

señal para los pueblos, porque ha sido consagrado por su pasión como señal de salvación, por la que los pueblos de los creyentes son protegidos contra la malicia del astuto enemigo. A Él rezarán las gentes, porque ha llamado con la gracia de su visitación no solo a los judíos, sino también a nosotros que desde los confines de la tierra hemos aprendido a invocarle. Y su sepulcro es glorioso, porque el triunfo de su juicio eterno ha conservado el lugar memorable en el que desbarató el reino de la muerte.

20. Por todo eso, queridísimos, volviéndonos a Él con todas las fuerzas de nuestra mente, pidamos que nos libre de las insidias del enemigo con la señal de su protección y que Él en persona nos conceda celebrar dignamente los misterios de nuestra Redención y arribar al gozo de la bienaventurada resurrección. Él, Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XI

Después de la Pascua

Jn 16, 5-15
PL 94, 158-163[1]

1. Hermanos queridísimos, como hemos escuchado en la lectura del Evangelio, nuestro Señor y Redentor, al llegar el trance de su pasión, reveló a los discípulos la gloria de la ascensión con la que su persona sería clarificada tras la muerte y resurrección, así como la llegada del Espíritu Santo, con la que ellos serían instruidos. Lo hizo con el fin de que –al llegar la hora de su pasión– se dolieran menos de su muerte, no dudaran de quien después de la muerte había de ser elevado a los cielos y se atemorizaran menos por su soledad, sino que por el contrario esperaran en que –a pesar de que el Señor se iba– serían consolados por la gracia del Espíritu Santo.

2. Les dice: *Me voy a Aquel que me envió y ninguno de vosotros me pregunta: ¿a dónde vas?*[2] Como si dijera abiertamente: «al ascender, volveré al que estableció que Yo me encarnara, y la claridad de esa ascensión será tan grande y tan manifiesta, que ninguno de vosotros tendrá necesidad de preguntar adónde voy, porque todos verán que me dirijo

1. En la edición de J.-P. Migne esta homilía lleva el título: «En el tercer domingo después de la santa Pascua».
2. Jn 16, 5.

a los cielos». Pero, está bien que a propósito de su ascensión haya dicho: *Me voy a Aquel que me envió y ninguno de vosotros me pregunta: ¿a dónde vas?* Porque más arriba, cuando de antemano anunciaba su pasión con las palabras: *adonde Yo voy, vosotros no podéis venir*[3], Pedro le preguntó y le dijo: *Señor, ¿a dónde vas?*[4] Y Jesús le respondió: *Adonde Yo voy tú no puedes seguirme ahora; pero me seguirás después*, porque indudablemente todavía no podían entender el misterio de su pasión y muerte, aún no eran capaces de imitar la majestad de su ascensión; pero, en cuanto comprendieron que asistían a ella, deseaban con todas las fuerzas de su alma merecer seguirle.

3. *Pero porque os he dicho estas cosas, vuestro corazón se ha llenado de tristeza*[5]. El Señor en persona conocía qué efecto tenían sus palabras en el corazón de sus discípulos: es decir, que provocaban tristeza más que alegría, más por la partida por la que se alejaba de ellos, que por la ascensión mediante la cual se dirigía al Padre[6]. Por eso, para consolarles, añadió bondadosamente: *Mas Yo os digo la verdad: os conviene que Yo me vaya*. Conviene que la imagen del siervo desaparezca de vuestros ojos, para que el amor a su Divinidad se fije más profundamente en vuestras mentes. Conviene que entronice en el cielo el aspecto que vosotros conocéis, para que de ese modo aspiréis a llegar allí con un deseo mayor; y así, pendientes vuestros corazones de las cosas celestiales, os hagáis capaces de recibir ya los dones del Espíritu Santo.

4. *Porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré*[7]. No dice esto porque, estando Él en la tierra, no pudiera dar el Espíritu a los dis-

3. Jn 13, 33.
4. Jn 13, 36.
5. Jn 16, 6.
6. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XCIV, 4 (CCL 36, 563-564).
7. Jn 16, 7.

cípulos –dado que se lee abiertamente que, al aparecérseles después de la resurrección, *sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo*[8]–, sino porque, mientras estaba Él mismo en la tierra y convivía con ellos corporalmente, no eran capaces de elevar sus mentes hasta tener sed de los dones de la gracia celestial. Pero, al subir Él al cielo, también ellos al mismo tiempo trasladaban allí todos sus anhelos, según aquello que habían oído en otro lugar: *Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón*[9]. Por eso sus corazones eran ya capaces de no estar más entristecidos por su muerte, sino alegres por el don de su promesa, según el testimonio de Lucas, que dice: *Y ocurrió que, mientras los bendecía, se fue separando de ellos y era elevado al cielo. Y, habiéndole adorado, regresaron a Jerusalén con gran júbilo y estaban de continuo en el templo, alabando y bendiciendo a Dios*[10].

5. Así pues, es evidente –y no necesita una laboriosa explicación– la razón por la que Jesús le llama Espíritu Paráclito; es decir, Consolador: porque sin duda su llegada consolaría y reharía los corazones de los discípulos, que se habían quedado tristes tras su partida. Pero también es verdad que eleva a todos y cada uno de los fieles que, o bien lloran por haber cometido un pecado, o bien sufren por las penalidades que son parte de este mundo, iluminando la mente lejos de la opresión de la tristeza, mientras les inspira la esperanza en el perdón y la misericordia divina.

Pero, puesto que el mismo Espíritu no solo infunde interiormente a la mente la fuerza del amor divino, sino que también le dota por fuera de la confianza en rechazar la perversión de los malvados –una vez expulsado el temor propio de la carne–, añade con razón: *Y cuando el Espíritu venga, convencerá al mundo en orden al pecado, la justicia y el juicio*[11].

8. Jn 20, 22.
9. Lc 12, 34.
10. Lc 24, 51-53.
11. Jn 16, 8.

6. En efecto, es evidente que el Hijo de Dios en persona, nuestro Señor Jesucristo, cuando estaba en el mundo, acusaba al mundo –esto es, a los seguidores del mundo– del pecado de su incredulidad; acusaba en orden a la justicia, porque evidentemente no querían imitar la justicia de los fieles; y acusaba en orden al juicio, porque seguían al diablo, que ya había sido juzgado y condenado. Mas, no sin motivo dice que cuando venga el Espíritu hará eso mismo, porque el ánimo de los discípulos debía ser fortalecido por su inspiración, con el fin de que no temieran condenar al mundo que se rebelaba contra ellos.

Por tanto, para explicar su sentencia, el Señor añadió: *En orden al pecado, porque no han creído en mí*[12]. Califica el pecado de incredulidad como algo especial porque, así como la fe es el origen de todas las virtudes, de ese mismo modo el fundamento de todos los vicios radica en la incredulidad[13]. Así lo ratifica el Señor de una manera terrible, cuando dice: *Pero el que no cree ya ha sido juzgado, porque no cree en el nombre del Hijo unigénito de Dios*[14]. Por el contrario, *el justo vive de la fe*[15].

7. *Respecto a la justicia, porque Yo me voy al Padre y ya no me veréis*[16]. La justicia de los discípulos de Cristo consistía en que creyeron que el hombre verdadero que contemplaban era también verdadero Hijo de Dios; y en que daban culto con amor siempre verdadero al que eran conscientes de que les había abandonado corporalmente. La justicia de los restantes fieles –es decir, de quienes no vieron al Señor encarnado– consiste en que creen de corazón y aman como Dios y hombre verdadero a quien jamás vieron con sus ojos cor-

12. Jn 16, 9.
13. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XCV, 2-3 (CCL 36, 565-567).
14. Jn 3, 18.
15. Ga 3, 11; Rm 1, 17.
16. Jn 16, 10.

porales. Ciertamente, a propósito de esta justificación por la fe, se les pregunta a los infieles por qué razón ellos, a pesar de que han escuchado igualmente el Verbo de vida, no han querido creer para salvarse.

8. Porque se demuestra en qué medida debe ser condenada la perversidad de los malos, no solo por su misma gravedad, sino también por comparación con los buenos. En este sentido está escrito: *la virtud puesta a prueba acusa a los necios*[17]. Por tanto, el Espíritu Santo condena al mundo por su pecado, porque no ha creído en Cristo. Condena también con respecto a la justicia de los creyentes, porque los malos no han querido seguir el ejemplo de quienes sabían que el Señor había subido al Padre y no conviviría ya más con ellos en la tierra de manera corporal, pero sin embargo por ningún motivo podían ser separados de su amor. Esto es lo que asegura con las palabras: *porque voy al Padre y ya no me veréis más*. Una vez que ascienda al cielo, no me veréis como me soléis ver ahora, rodeado de carne mortal y corruptible, pero cuando venga en majestad para el juicio y, una vez realizado este, me veréis aparecer ante los santos con más gloria aún.

9. Sigue: *Y tocante al juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado*[18]. Llama al diablo príncipe de este mundo, porque él gobierna a todos los que –pervirtiendo el orden de las cosas– aman al mundo más que al Creador del mundo. Él ha sido ya juzgado por el Señor, cuando este dice: *Yo veía a Satanás caer del cielo como un relámpago*[19]. Le juzgó cuando Él en persona arrojaba demonios y daba a sus discípulos el poder de pisotear toda la fuerza del enemigo[20]. Así pues, el mundo es acusado tocante al juicio con el que el diablo ha sido juzgado, cuando los hombres son

17. Sb 1, 3.
18. Jn 16, 11.
19. Lc 10, 18.
20. Cf. Lc 10, 19.

aterrorizados con el ejemplo del arcángel condenado por soberbia, para que no presuman de resistir a la voluntad de Dios. El Espíritu Santo condena al mundo en lo tocante al juicio con el que el príncipe del mundo fue juzgado, cuando el apóstol Judas, inspirado por el Espíritu Santo, para corregir la maldad de los hombres perversos, recuerda el castigo de los ángeles ensoberbecidos: *Y a los ángeles que no conservaron su dignidad, sino que abandonaron su morada, les reservó para el juicio del gran día, bajo las tinieblas, con cadenas eternas*[21].

10. Continúa: *Aún tengo otras muchas cosas que deciros, pero ahora no podéis comprenderlas. Pero, cuando venga el Espíritu de verdad, Él os enseñará toda la verdad*[22]. Realmente es cierto que, al descender el Espíritu Santo, los apóstoles consiguieron una ciencia de la verdad superior con mucho a la que hasta entonces los mortales habían podido alcanzar y fueron inflamados con un mayor deseo de luchar por la verdad. Pero no hay que pensar que en esta vida alguien pueda abarcar toda la verdad[23], teniendo en cuenta que este don de nuestra fe ha sido prometido en la otra vida, cuando la misma Verdad dijo: *Y la vida eterna consiste en que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú enviaste*[24]; y en otro lugar, a los judíos: *Si perseveráis en mi doctrina, seréis verdaderamente discípulos míos y conoceréis la verdad*[25]. De ahí que el Apóstol, que había sido arrebatado al tercer cielo, *oyó palabras inefables que al hombre no le es lícito pronunciar*[26]; y dice: *en parte conocemos y en parte profetizamos*[27].

21. Judas 6.
22. Jn 16, 12-13.
23. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XCVI, 3-4 (CCL 36, 570-572); *Ibid.*, XCVIII, 8 (CCL 36, 581).
24. Jn 17, 3.
25. Jn 8, 31-32.
26. 2 Co 12, 2.4.
27. 1 Co 13, 9.

11. Hay que entender, por tanto, lo que dice del Espíritu –*Él os enseñará toda la verdad*–, como si dijera: «Difundirá en vuestros corazones el amor[28], a fin de que –adoctrinados por dentro por su magisterio– avancéis de virtud en virtud y seáis dignos de llegar a la vida en la que aparecerá ante vuestros ojos la eterna claridad de la suma verdad y la verdadera visión sublime: es decir, la contemplación de vuestro Creador.

Pues no hablará de sí mismo, sino que hablará de todas las cosas que habrá oído[29]. El Espíritu no habla por sí mismo –es decir, sin el Padre y la comunión con el Hijo–, porque no es un espíritu aislado y separado, sino que dice lo que oye, y evidentemente oye gracias a la unidad de su sustancia y a su dominio de la ciencia. No habla por sí mismo, porque no tiene origen en sí mismo[30].

Solo el Padre es Él solo, no tiene origen en otro, porque el Hijo ha nacido del Padre, y el Espíritu Santo procede del Padre. Y el Espíritu Santo oye a Aquel de quien procede, porque no tiene su origen de sí mismo, sino de Aquel de quien procede. De quien tiene la esencia, tiene también sin duda la ciencia. Y su ciencia no es otra cosa que lo que escucha de Él.

12. Por lo que respecta a lo que añade: *Y os anunciará las cosas venideras*[31], consta que innumerables fieles –por un don del Espíritu Santo– han conocido de antemano y han profetizado las cosas que habían de acaecer. Pero, puesto que hay no pocos que –llenos de la gracia del Espíritu Santo– curan enfermos, resucitan muertos, mandan sobre los demonios, resplandecen por múltiples virtudes, llevan ellos mismos en la tierra una vida de ángeles, y sin embargo ig-

28. Cf. Rm 5, 5.
29. Jn 16, 13.
30. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XCIX, 4 (CCL 36, 584-585); *Ibid.*, C, 4 (CCL 36, 590).
31. Jn 16, 13.

noran lo que va a suceder por revelación del mismo Espíritu, lo que dice el Señor aquí puede ser también interpretado en el sentido de que –al llegar el Espíritu– nos anuncia lo que va a suceder cuando evoca en nuestra memoria el gozo de la patria celestial y cuando nos da a entender por un don de su inspiración los festejos sublimes de la ciudad de Dios. Nos anuncia lo que ocurrirá cuando, apartándonos del deleite por las cosas presentes, nos inflama con el deseo del reino prometido en los cielos.

13. *Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará*[32]. El Espíritu glorificará a Cristo porque –por su mediación– se ha encendido en los corazones de los discípulos un amor tan grande que, abandonando el temor propio de la carne, predicarán con constancia el efecto de su resurrección, del que habían huido temerosos en el momento de la pasión[33]. De ahí que está escrito: *Y todos se sintieron llenos del Espíritu Santo y anunciaban con firmeza la palabra de Dios*[34].

El Espíritu glorificó a Cristo cuando, llenos de gracia espiritual, los santos apóstoles realizaron en nombre de Cristo tantos y tan grandes milagros con los que convirtieron todo el orbe a la fe en Cristo, soportaron tantas y tan grandes batallas de sufrimientos, hasta que sometieron al suavísimo yugo de Cristo, incluso los cuellos de los soberbios perseguidores. El Espíritu glorifica a Cristo, cuando nos enciende con su inspiración a querer su visión, cuando sugiere a los corazones de los fieles que crean que es igual al Padre en cuanto a la Divinidad.

14. *Porque recibirá de lo mío y os lo anunciará*, dice. Del Padre, de quien ha recibido el Hijo, ha recibido el Espíritu Santo, porque en esta Trinidad el Hijo ha nacido del Padre

32. Jn 16, 14.
33. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, C, 1 (CCL 36, 588).
34. Hch 4, 31.

y del Padre procede el Espíritu Santo. Y el único que de ninguno ha nacido, de ninguno procede, es solo el Padre. *Todo lo que el Padre tiene es mío; por eso he dicho que recibirá de lo mío y os lo anunciará*[35]. De aquello que es propio de la misma Divinidad del Padre, en lo que Él es igual al Padre porque lo tiene, dijo: *todo lo que tiene el Padre es mío*. Porque el Espíritu Santo no habría aceptado de ninguna criatura sujeta al Padre y al Hijo eso que dice –*recibirá de lo mío*–, sino ciertamente del Padre, de quien procede el Espíritu, de quien ha nacido el Hijo.

15. Pero, puesto que con la gracia de Dios hemos recorrido la exposición de la lectura del santo evangelio siguiendo las huellas de los Padres, me queda advertiros, hermanos queridísimos, y advertirme a mí mismo, que guardemos con solícita atención su recuerdo, penetremos en su dulzura con ánimo devoto y la demos vueltas frecuentemente con bocas puras. Porque, ¿de qué sirve que nos reunamos a escuchar la palabra de Dios y, una vez acabada la escucha, nos volvamos inmediatamente a conversaciones o acciones vanas y mundanas? Por tanto, reconsideremos que –como nos recuerda la misma lectura– nuestro Señor, acabada su pasión, regresó al Padre por quien había sido enviado, sin abandonar, ni al Padre cuando vino a nosotros, ni a nosotros cuando regresó al Padre[36]. Intentemos con todas nuestras fuerzas seguir sus pasos hasta allá y –para merecer llegar hasta Él y entrar hasta la puerta de su reino– sopesemos mucho qué huellas han dejado sus acciones mientras estaba en la tierra.

16. *Porque quien dice que permanece en Cristo, debe andar él mismo como Él anduvo*[37]. Ciertamente, Él llegó a la corona de la gloria mediante los sufrimientos de la pasión;

35. Jn 16, 15.
36. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, LIV, 5 (CCL 36, 466); *Ibid.*, CII, 6 (CCL 36, 597).
37. 1 Jn 2, 6.

con razón, por tanto, nos sugiere también que *es preciso pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios*[38]. Por eso el apóstol Pedro, para consolar a algunos hermanos asediados por lo recio de las tentaciones, decía: *No os asustéis como si os sucediera algo nuevo; antes bien, alegraos por participar en los sufrimientos de Cristo, a fin de que cuando se descubra su gloria os gocéis también con Él llenos de júbilo*[39].

Traigamos a la memoria que Él prometió a los discípulos enviar y realmente envió el don del Espíritu Santo y procuremos –vigilantes– no contristar con pensamientos desatinados al Espíritu divino con el que hemos sido señalados en el día de la redención[40]. Ciertamente así está escrito: *Porque el Espíritu Santo huye de las ficciones y se aparta de los pensamientos desatinados*[41].

17. De ahí que sabiamente el salmista, deseando ardientemente recibir ese Espíritu, pedía en primer lugar la morada de un corazón puro en el que pudiera acogerle y a continuación la llegada de tan gran huésped, diciendo: *Crea, Dios, en mí un corazón limpio y renueva un espíritu firme en mis entrañas*[42]. Ante todo pedía que en él fuera creado un corazón limpio y después que en sus entrañas se renovara un espíritu firme, porque sabía perfectamente que un espíritu recto no podía tener su sede en un corazón manchado.

Recordemos de corazón constantemente que ese mismo espíritu acusa al mundo en orden al pecado, la justicia y el juicio. Guardémonos, no vaya a ser que, mientras buscamos lo que está arriba, pertenezcamos al mundo, porque *el mundo pasará y su concupiscencia*[43]. Busquemos las cosas que son de arriba, conozcamos las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios[44].

38. Hch 14, 22.
39. 1 P 4, 12-13.
40. Cf. Ef 4, 30.
41. Sb 1, 5.
42. Sal 50, 12.
43. 1 Jn 2, 17.
44. Cf. Col 3, 1-2.

18. Ocupémonos con el Apóstol de las cosas del cielo[45] y, para no ser acusados del pecado de incredulidad, practiquemos con obras lo que creemos, porque *la fe sin obras es inútil*[46]. Y, para no ser juzgados más duramente por comparación a los justos –a quienes nos negamos a imitar–, recordemos con ánimo vigilante lo que el Señor dice de los que desprecian su gracia: *La reina del mediodía se levantará el día del juicio contra esta generación y la condenará, porque ella vino del fin del mundo a escuchar la sabiduría de Salomón; y aquí tenéis uno superior a Salomón*[47]. Para no ser condenados junto con el príncipe de este mundo[48], resistámosle firmes en la fe[49] y se apartará de nosotros. Profesemos la verdad en nuestro corazón y no practiquemos la mentira en nuestra lengua[50], para que el Espíritu de verdad –difundiendo más y más la caridad en nuestros corazones[51]– nos enseñe la ciencia de toda verdad.

19. Queridísimos, pidamos los dones de este Espíritu en todos nuestros actos, pidamos su auxilio, digamos cada uno al Señor, digámosle todos juntos: *Tu Espíritu es bueno: me conducirá al camino recto*[52]. Y así ocurre que, quien al venir sobre los apóstoles les anunció lo que iba a suceder en el futuro, revelará también benigno a nuestras mentes la bienaventuranza de la vida futura y benigno encenderá en nosotros el deseo de buscarla, con la ayuda de Él mismo, que repetidas veces prometió y concedió a sus fieles ese Espíritu, Jesucristo nuestro Señor que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

45. Cf. Flp 3, 20.
46. St 2, 20.
47. Lc 11, 31.
48. Cf. 1 Co 11, 32.
49. Cf. 1 P 5, 9.
50. Cf. Sal 15, 2-3.
51. Cf. Rm 5, 5.
52. Sal 143, 10.

HOMILÍA XII

Después de la Pascua

Jn 16, 23-30
PL 94, 163-168[1]

1. Puede sorprender a oyentes pusilánimes cómo –al principio de esta lectura evangélica– el Salvador promete a los discípulos: *Cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará*[2], cuando en realidad no solo muchos de nuestros semejantes no parecen recibir lo que piden al Padre en nombre de Cristo, sino que incluso el mismo apóstol Pablo rogó por tres veces al Señor que apartara de él el ángel de Satanás que le afligía y no pudo lograrlo[3].

Pero, la perplejidad –ya antigua– provocada por esta cuestión, ha sido resuelta por la explicación de los Padres, que entendieron con acierto que solo piden en nombre del Salvador aquellos que piden cosas que afectan a la salvación eterna y que por eso el Apóstol no pidió en el nombre del Salvador que fuera liberado de una tentación que había experimentado, con el objeto de salvaguardar su humildad. Porque, si no la hubiera sufrido, no habría podido salvarse, según su propia afirmación, cuando dice: *Y para que la grandeza de las reve-*

1. Esta homilía se titula: «En el cuarto domingo después de la santa Pascua», en la edición de J.-P. Migne.

2. Jn 16, 23.

3. Cf. 2 Co 12, 8; AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, LXXIII, 1-2 (CCL 36, 509-510).

laciones no me envanezca, se me ha dado el estímulo de mi carne, un ángel de satanás, para que me abofetee[4].

2. Así pues, cada vez que no son escuchadas nuestras peticiones, ocurre eso: bien porque pedimos en perjuicio de nuestra salvación y por eso el Padre misericordioso nos niega la gracia del beneficio solicitado de una manera inadecuada –esto está probado que le sucedió al mismo Apóstol, a quien se contestó después de haberlo pedido tres veces: *Te basta con mi gracia, porque la virtud se perfecciona en la debilidad*[5]–; o bien porque pedimos cosas ciertamente útiles y que atañen a la verdadera salvación, pero dado que vivimos mal, alejamos de nosotros el oído del justo juez, porque caemos en aquello de Salomón: *Quien cierra sus oídos para no escuchar la Ley, su oración será execrable*[6]; o bien porque, cuando oramos por ciertos pecadores para que recapaciten y se arrepientan, aunque pedimos correctamente y somos dignos por mérito propio de ser escuchados, sin embargo se opone a nuestros ruegos la perversidad de los mismos.

3. A veces ocurre también que pedimos cosas plenamente saludables con oraciones asiduas y acciones devotas, pero no obtenemos inmediatamente lo que pedimos, sino que el efecto de nuestra petición se retrasa para el futuro, del mismo modo que cada día arrodillados pedimos al Padre, diciendo: *Venga tu reino*[7] y, sin embargo, recibiremos ese mismo reino, no inmediatamente después de acabar la oración, sino en el tiempo oportuno[8].

Y esto nos consta que ocurre por una Providencia piadosa de nuestro Creador: es decir, para que los deseos de nuestra devoción crezcan gracias al retraso y para que, al ir aumen-

4. 2 Co 12, 7.
5. 2 Co 12, 9.
6. Prov 28, 9.
7. Mt 6, 10.
8. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, LXXIII, 4 (CCL 36, 511-12); *Ibid.*, CII, 1 (CCL 36, 594-595).

tando estos más y más cada día, al final comprendan mejor la felicidad que buscan. A todo esto hay que notar que, cuando oramos por los pecadores, aunque no seamos capaces de conseguir su salvación, en absoluto se nos priva del fruto de nuestra oración porque, aunque ellos no son dignos de salvarse, nosotros somos recompensados con el don del amor que ponemos en ellos. Así, también en esa petición se cumple aquella promesa del Señor, que dice: *Si pidiereis algo al Padre en mi nombre, os lo dará*. Obsérvese, pues, que no dice simplemente *dará*, sino *os dará*, porque aunque no se lo dé a aquellos por los que pedimos, sin embargo a nosotros nos restituye el premio a nuestra bondad, cuando intervenimos llenos de misericordia ante los errores de los demás.

4. Continúa: *Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre*[9]. No habían pedido hasta el momento en nombre del Salvador porque, mientras abrazaban al Señor en su presencia visible, habían elevado menos la mirada de su mente a los dones invisibles de la salvación. Pero también nuestra fragilidad no pide al Padre en nombre de Jesús –es decir, en nombre del Salvador–, cuando pide contra la economía de su propia salvación, no de la misma manera que la sencillez de los Apóstoles –cuya petición de la salvación eterna retrasaba la visión corporal de su Salvador–, sino por el obstáculo de nuestra misma concupiscencia, que impide la contemplación de la voluntad del Señor. Y el Señor –sometiéndolo a su Padre– pone de manifiesto lo que debe pedirse ante todo y lo que sin ninguna duda deben esperar los que persisten fielmente en su petición: *Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo*[10].

5. Evidentemente se ve cuál es el orden: «pedid para que vuestro gozo sea completo y recibiréis»[11]. Así pues, llama go-

9. Jn 16, 24.
10. *Ibid.*
11. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, CII, 2 (CCL 36, 595).

zo completo a la bienaventuranza de la paz eterna. Pues –para no hablar del gozo de los réprobos, por medio del cual se compran un duelo eterno– también los santos tienen en la tierra un gozo, que consiste en la esperanza de alcanzar los bienes eternos, cuando por el Señor experimentan las adversidades terrenas; encuentran alegría, cuando a impulsos del amor fraterno aprenden a *alegrarse con los que están alegres y a llorar con los que lloran*[12]. Pero no es completo el gozo que se mezcla a intervalos con el llanto. El gozo se hace ciertamente pleno allí donde, sin que nadie llore, se le concede a uno alegrarse solo con los que están alegres. Por eso dice: *Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo.*

6. Es como si dijera abiertamente: «pedid al Padre, no los fugaces gozos del mundo –que, de una parte están siempre mezclados con llanto, y de otra son con certeza fugaces–, sino aquel gozo único, cuya plenitud no disminuye el soplo de ninguna inquietud y cuya eternidad no es anulada jamás por un final. Porque, si persistís en la petición, no existe ninguna duda de que recibiréis lo que pedís».

De la plenitud de esta alegría escribe Pedro a los fieles, diciendo: *Porque creéis os holgaréis con júbilo indecible y colmado de gloria, alcanzando por premio de vuestra fe la salud de vuestras almas*[13]. Y pedir un júbilo de este tipo es no solo suplicar con palabras la entrada en la patria celestial, sino también luchar con una conducta digna por lograrla. Porque no aporta la más mínima utilidad buscar las cosas de arriba a base de una buena oración, a quien no desiste de enredarse en las cosas más abyectas, a base de vivir con perversión.

7. *Os he dicho estas cosas en parábolas. Llega el tiempo en que ya no os hablaré con parábolas, sino que abiertamente os anunciaré las cosas del Padre*[14]. Alude sin duda a aquella

12. Rm 12, 15.
13. 1 P 1, 8-9.
14. Jn 16, 25.

hora en la que, una vez cumplida su pasión y resurrección, les concedería el don del Espíritu Santo. Porque entonces, instruidos interiormente por el Espíritu, encendidos en la caridad del Espíritu, cuanto más perfectamente comenzaron a comprender lo que los mortales eran capaces de captar sobre el conocimiento de la Divinidad, tanto más ardientemente se preocuparon de pedir y desear solo las cosas que contribuyeran a merecer su visión.

8. Esto es efectivamente lo que añade: *Entonces pediréis en mi nombre*[15]. Podemos entender que la hora que nos promete está en la vida futura, en la que habla abiertamente del Padre, es decir muestra claramente al Padre a los elegidos cuando, como dice el Apóstol: Le *veremos cara a cara*[16]. De ese anuncio dice también Juan: *Queridísimos, ahora somos hijos de Dios, mas lo que seremos algún día no aparece aún. Sabemos que cuando aparezca seremos semejantes a Él, porque le veremos como es*[17]. Los elegidos piden sinceramente en nombre de Jesús, cuando interceden por nuestra fragilidad, con el fin de que alcancemos el destino de su salvación, lejos de la cual peregrinamos aún entre las insidias de los enemigos en la tierra. Jesús prometió de una forma sumamente apropiada esta petición de los santos que se produciría en el futuro, cuando dice: *En aquel día pediréis en mi nombre.*

9. En efecto, piden en el día porque la intercesión de los bienaventurados por nosotros se produce, no entre las tinieblas de las dificultades como en nuestra vida presente, sino a la luz de la paz eterna y la gloria de los espíritus bienaventurados. En efecto, esos espíritus de los elegidos, situados ya en aquella ciudad celestial, podemos entender que piden por sí mismos en nombre del Salvador, en el sentido de que anhelan

15. Jn 16, 26.
16. 1 Co 13, 12.
17. 1 Jn 3, 2.

que llegue el momento del juicio universal y la resurrección de los cuerpos en los que lucharon a favor del Señor. Por eso Juan dice: *Vi debajo del altar las almas de los que fueron muertos por la palabra de Dios y por el testimonio que daban. Y clamaban a grandes voces, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor santo y veraz, difieres hacer justicia y vengar nuestra sangre contra los que habitan en la tierra?*[18] E inmediatamente se añade: *Y se le dio a cada uno de ellos un ropaje blanco y se les dijo que descansasen en paz un poco de tiempo hasta que se completara el número de sus consiervos y hermanos.* Efectivamente, cada alma tiene un ropaje blanco, cuando ahora disfruta sola de su felicidad. Recibirán todas un segundo cuando, completado al final el número de sus hermanos, se alegren al recibir también los cuerpos inmortales.

10. *Y no os digo que rogaré al Padre por vosotros*[19]. Dado que nuestro Señor Jesucristo es Dios y hombre, al hablar, unas veces alude a lo sublime de su Divinidad y otras a lo humilde de su Humanidad. Así pues, lo que dice de que no rogará al Padre por sus discípulos, lo dice por el poder de su Divinidad, consustancial al Padre; en cuanto Dios no es habitual que Él mismo pida al Padre, sino que junto con el Padre conceda lo que se le pide.

Pero en cuanto a lo que dice a Pedro: *Y Yo rogaré por ti, para que no desfallezca tu fe*[20] –y de eso mismo habla Juan cuando dice: *Tenemos un abogado ante Dios Padre: Jesucristo, el justo*[21]–, lo dice por la economía de la encarnación, por cuyo triunfo interviene propicio a favor de nuestra debilidad, cada vez que se lo muestra al Padre. También puede entenderse sin inconveniente lo que dice: *Y no os digo que rogaré al Padre por vosotros*, porque no puso en presente «ruego», sino en futuro «rogaré», ya que no hay ninguna necesidad

18. Ap 6, 9-11.
19. Jn 16, 26.
20. Lc 22, 32.
21. 1 Jn 2, 1.

de pedir algo por los santos que han sido acogidos ya en la paz eterna, porque sin duda han sido ya premiados con una felicidad tan grande que no puede hacerse aún mayor.

11. *Porque el mismo Padre os ama, puesto que vosotros me habéis amado y creído que Yo he salido de Dios*[22]. No hay que entenderlo como si el amor y la fe de los discípulos hayan precedido al amor con que el Padre los ama y el mérito humano haya sido anterior a los dones de la gracia celestial[23] –dado que el Apóstol dice abiertamente: *Porque ¿quién es el que dio a Él primero, para ser recompensado por ello? Porque todas las cosas son de Él y por Él y para Él*[24]–, sino más bien en el sentido de que el Padre se les ha adelantado con un amor gratuito, ha mantenido con su amor el amor y la fe en el Hijo y remunerará con los dones de su amor paternal a quienes mantengan con corazón piadoso y solícito el amor y la fe en el Hijo al que han conocido.

Y no hay que pensar que el Padre pueda amar o conceder los dones del amor sin el Hijo y el Espíritu Santo. Ni tampoco llegar a la conclusión de que el Hijo pueda ser amado o se pueda creer en Él, sin el Padre y el Espíritu Santo. Por tanto, lo que dice: *el Padre en persona os ama*, hay que entenderlo así: «ama junto con el Hijo y el Espíritu Santo, a los que piensa que son dignos de amor».

Y lo que añade: *porque vosotros me amáis*, hay que interpretarlo en el mismo sentido: que todo aquel que ama rectamente al Hijo, le ame junto con el Padre y el Espíritu de ambos porque, así como la naturaleza de su Divinidad es una, así son también una unidad los dones de su poder.

12. *Salí del Padre y vine al mundo. Otra vez dejo el mundo y voy al Padre*[25]. Salió del Padre y vino al mundo, porque

22. Jn 16, 27.
23. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, CII, 5 (CCL 36, 597).
24. Rm 11, 35-36.
25. Jn 16, 28.

apareció visible para el mundo en su Humanidad, el que era invisible en su Divinidad en el seno del Padre. Salió del Padre, porque no apareció en la forma en la que es igual al Padre, sino menor a Él en la criatura que había asumido. Y vino al mundo, porque en la forma de siervo que asumió, se ofreció para que lo vieran incluso los amantes de este mundo. De nuevo abandonó el mundo y volvió al Padre, porque apartó de los ojos de quienes amaban el mundo lo que habían visto y enseñó a los que le amaban que debían creer que Él era igual al Padre. Abandonó el mundo y volvió al Padre, porque por su ascensión condujo hasta el mundo invisible a la Humanidad que había asumido[26].

13. Es cierto que estas palabras simbólicas del Señor son pronunciadas en parábolas, como Él mismo dice, pero los discípulos –a quienes iban dirigidas– eran aún tan humanos que no entendían lo más mínimo su profundidad, y no solo no captaban los misterios de lo que se les decía, sino ni siquiera su propia ignorancia, pensando simple y obtusamente que esas palabras eran parábolas dirigidas a quienes no las entendían.

14. Por eso reaccionaron inmediatamente: *He aquí que ahora hablas claro y no dices ningún proverbio*[27]. Por tanto, sospechaban que hablaba claro Aquel cuyas misteriosas palabras ni siquiera eran incapaces de comprender. Con lo que añaden –*Ahora conocemos que lo sabes todo y que no hay necesidad de que nadie te interrogue; por esto creemos que has salido de Dios*[28]–, muestran a las claras que el Señor, cuando les hablaba, se entretenía sobre todo en aquello que les agradaba oír, y que se les adelantaba abordando Él mismo de antemano aquellos temas sobre los que ellos querían

26. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, CII, 6– CIII, 1 (CCL 36, 597-598).

27. Jn 16, 29.

28. Jn 16, 30.

interrogarle. Por eso, con razón creen y confiesan que Él lo sabe todo como Dios y que, como Hijo de Dios, procede de Dios. Porque es un indicio claro de la divinidad conocer los secretos del pensamiento, según la afirmación salomónica que dice, suplicando a Dios: *Porque solo Tú conoces el corazón de todos los hijos de los hombres*[29]. De ahí que también Jeremías dice: *Y tú, Señor de los ejércitos, que juzgas con justicia y escudriñas las entrañas y el corazón*[30].

15. Hermanos míos, todo esto no se debe recordar de un modo pasajero o despreocupado, sino que hay que vigilar cuidadosamente para configurar, no solo nuestras palabras y nuestras obras, sino incluso los más íntimos secretos de nuestro corazón, de modo que sean dignos de la mirada divina. No anide en el templo de nuestro corazón el hábito del odio o la envidia, no arraigue en él la palabra torpe o intrigante, no nazca la trama de un acto delictivo. Acordémonos de la advertencia del Señor, que dice: *Porque Yo vendré para recoger sus obras y sus pensamientos*[31].

Y, una vez expulsados los escombros de los vicios, preparemos la mansión de nuestro corazón de tal manera que Él, que es su insoslayable inspector y juez, se digne morar en ella permanentemente.

16. Debe saberse que es triple la especie de los malos pensamientos. La primera es la de aquellos que contaminan la mente con la deliberación y el propósito de pecar. La segunda, la de aquellos que ciertamente perturban la mente con el deleite de pecar, pero no la arrastran al pecado. La tercera es la de aquellos que asaltan la mente con un movimiento natural, pero no tanto la seducen a perpetrar el pecado, como la obstaculizan en las virtudes en las que debería pensar. Eso ocurre, por ejemplo, cuando traemos a la me-

29. 1 R 8, 39.
30. Jr 11, 20.
31. Is 66, 18.

moria las fantasías de las cosas que en algún momento sabemos que se han hecho o se han dicho innecesariamente, cuyo frecuente rechazo suele revolotear ante los ojos del corazón como un inoportuno zumbido de moscas e inquietar, más que cegar, su frente de batalla espiritual.

17. Salomón nos advirtió de que somos castigados con todos estos tipos de malos pensamientos, cuando dice: *Guarda tu corazón con toda vigilancia, porque de él mana la vida*[32]. Actuemos, siguiendo solícitos sus advertencias, de modo que si actuamos mal interiormente, consintiendo en cometer un pecado, inmediatamente lo limpiemos con la confesión y dignos frutos de penitencia[33]. Si caemos en la cuenta de que nos tienta el deleite del pecado, arrojemos fuera ese placer nocivo con asiduas plegarias y lamentos, acordándonos frecuentemente de la amargura eterna. Y si vemos que solos no somos capaces de rechazarla, busquemos la ayuda de nuestros hermanos, para poder lograr con su consejo e intercesión lo que no somos capaces de obtener con nuestras fuerzas. *Porque mucho vale la oración perseverante del justo*; y como el mismo Santiago asegura previamente: *La oración de la fe salvará al enfermo y el Señor le aliviará y, si se halla con pecados, se le perdonarán*[34]. Dado que no podemos estar totalmente libres de pensamientos superfluos, ahuyentémoslos en cuanto nos es posible con la infusión de buenos pensamientos y, sobre todo, con la frecuente meditación de las Escrituras, siguiendo el ejemplo del salmista, que dice: *¡Cuánto amé, Señor, tu ley; ella es mi meditación todo el día!*[35].

18. Impetremos la clemencia divina –lo cual significa pedir verdaderamente en nombre del Salvador–, para que nos conceda la pureza de corazón junto con la eficacia de la bue-

32. Pr. 4, 23.
33. Cf. Mt 3, 8; Lc 3, 8.
34. St 5, 15-16.
35. Sal 119, 97.

na conducta y meditemos ante todo con mente asidua y ansiemos llegar cuanto antes a aquella hora en la que el Señor no nos hable ya a través de las Escrituras, sino que nos revele abiertamente al Padre con el que vive y reina, Dios en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XIII

Después de la Pascua

Jn 16, 16-22
PL 94, 154-158[1]

1. Debemos recibir, hermanos queridísimos, las gozosas promesas de nuestro Señor y Salvador con una alegre disposición de escucha y perseverar en esa actitud asidua de modo que merezcamos alcanzarlas. Porque, ¿qué se escucha razonablemente con ánimo más alegre, que la posibilidad de llegar hasta el gozo que nunca puede ser arrebatado? Y debe advertirse que todo el desarrollo de esta lectura del Evangelio afecta a quienes se la escucharon al Señor físicamente, pero también se adapta en parte sumamente ajustada a nosotros, que hemos venido a la fe después de la pasión y resurrección del Señor.

2. Por tanto, lo que dice: *Un poco y ya no me veréis, y de nuevo un poco y me veréis porque voy al Padre*[2], se refiere especialmente a aquellos que merecieron adherirse en persona a su seguimiento, cuando Él predicaba, y alegrarse al presenciar su resurrección y ascensión, tras la tristeza de la pasión.

En efecto, dado que lo dijo en la noche en que fue entregado[3], era «un poco» de tiempo –es decir, el de aquella noche

1. «En el segundo domingo después de la octava de Pascua». Este es el título de la homilía en J.-P. Migne.

2. Jn 16, 16.

3. Cf. 1 Co 11, 23.

y el del día siguiente–, hasta la hora en que comenzarían a no verle.

3. Porque fue apresado por los judíos aquella noche y al día siguiente crucificado; y porque se había hecho tarde, fue descendido de la Cruz y depositado en el recinto del sepulcro, lejos de las miradas humanas. Y de nuevo pasaría «un poco» hasta que le vieran otra vez. Efectivamente, resucitó al tercer día de entre los muertos y se les apareció en múltiples oportunidades, durante cuarenta días[4]. Añadió el motivo por el que pasaría un poco de tiempo para no verle y de nuevo otro poco para que le vieran, al decir: *porque voy al Padre*. Es como si les dijera abiertamente: «dentro de poco me esconderé a vuestros ojos en las paredes de la tumba y de nuevo me apareceré al poco tiempo, una vez destruido el imperio de la muerte, para ser visto por vosotros, porque ha llegado el momento de volver ya al Padre con el triunfo de la resurrección, una vez cumplido el plan de la encarnación».

4. También pueden interpretarse de otro modo esas palabras: *Un poco y ya no me veréis, y de nuevo un poco y me veréis*. Ciertamente iba a ser corto el tiempo en el que no le verían, es decir en el que iba a reposar en el sepulcro. Y de nuevo sería corto el tiempo en que le verían: o sea, los cuarenta días después de su pasión, en los que se les aparecería con más frecuencia, hasta el momento de la ascensión. Lo que añade: *porque voy al Padre*, en este sentido, se refiere especialmente a lo que había dicho antes: *y de nuevo un poco y me veréis*. Es como si dijera abiertamente: «por poco tiempo me veréis resucitado de entre los muertos, porque no siempre permaneceré en la tierra corporalmente, sino que ya pronto subiré al cielo junto con la Humanidad que

4. Cf. Hch 1, 3.

he asumido». En verdad, como hemos dicho, estas palabras del Señor conciernen especialmente a aquellos que pudieron contemplar su resurrección.

5. Pero lo que añade como explicación, cuando ellos se hacen preguntas[5] –a saber: *En verdad, en verdad os digo que vosotros lloraréis y plañiréis, mientras el mundo se regocijará; os contristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo*[6]–, se refiere tanto a su situación como a la de la Iglesia.

Los que amaban a Cristo lloraban ciertamente y se condolían, cuando vieron que era apresado, atado por sus enemigos, llevado ante el consejo, condenado, flagelado, ridiculizado, finalmente crucificado, atravesado por la lanza y sepultado. Se alegraban los que aman al mundo, aquellos a quienes el Señor llama «mundo» por sus ínfimos propósitos, cuando condenaron a una muerte ignominiosa[7] a Aquel cuya simple vista les era gravosa[8].

6. Se entristecían los discípulos, cuando el Señor estaba ya muerto; pero, al conocer su resurrección, su tristeza se convirtió en alegría[9]. Y al ver el poder de la ascensión, elevados a un grado aún mayor de alegría, alababan y bendecían al Señor, como narra el evangelista Lucas[10].

Pero estas palabras del Señor conciernen también a todos los fieles que aspiran a llegar a la bienaventuranza eterna a través de los pesares y dificultades presentes, que con razón lloran, plañen y están tristes al presente, porque todavía no pueden contemplar al que aman, porque son conscientes de que, mientras están en este cuerpo, están lejos de su patria y de su reino, porque no dudan de que llegarán a la corona del premio a través de trabajos y batallas.

5. Cf. Jn 16, 18-19.
6. Jn 16, 20.
7. Cf. Sb 2, 20.
8. Cf. Sb 2, 15.
9. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, CI, 2 (CCL 36, 591-592).
10. Cf. Lc 24, 53.

Su tristeza se convertirá en alegría cuando, acabada la batalla de esta vida, reciban el premio de la vida eterna, del que se dice en el salmo: *Quienes siembran entre lágrimas, recogerán con alegría*[11].

7. Y, mientras los fieles lloran y están tristes, el mundo se alegra, porque con razón experimentan aquí abajo alegrías de todo tipo los que en la otra vida, o bien esperan que no habrá ningún gozo, o bien desesperan de poder alcanzarlo. Por otra parte, esto se puede entender especialmente a propósito de los perseguidores de la fe cristiana, porque se alegraban de haber triunfado por un tiempo sobre los mártires –a quienes habían torturado y matado–, pero no mucho después estos habían recibido la corona en secreto, mientras ellos mismos sufrían las penas eternas de su perfidia y sus crímenes.

Con una divina advertencia se dirige a ellos con razón el profeta: *He aquí que mis siervos se regocijarán y vosotros estaréis avergonzados. He aquí que mis siervos exultarán llenos de júbilo y vosotros, por el dolor de vuestro corazón, alzaréis el grito y daréis aullidos por la aflicción de vuestro ánimo*[12].

8. Continúa: *La mujer, cuando da a luz, está triste porque ha llegado su hora*[13]. Llama mujer a la santa Iglesia evidentemente por la fecundidad de sus buenas obras y porque nunca deja de dar a luz hijos espirituales para Dios. De ella se dice en otro lugar: *El Reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y la revolvió en tres medidas de harina hasta que fermentó todo*[14]. En verdad toma una mujer levadura cuando la Iglesia ha logrado, con la ayuda de Dios, la fuerza del amor y la fe sobrenatural. La revuelve en tres medidas de harina, hasta que fermenta todo,

11. Sal 126, 4.
12. Is 65, 14.
13. Jn 16, 21.
14. Lc 13, 21.

cuando sirve a la Palabra de vida en las regiones de Asia, Europa y África, hasta que todos los confines de la tierra se inflaman en amor al reino de los cielos. Señalaba que él mismo pertenecía a los miembros de esta mujer, el que triste interpelaba a los que se apartaban de la pureza de la fe: *Hijitos míos, a quienes de nuevo doy a luz, hasta que Cristo se forme en vosotros*[15].

9. Dan fe de pertenecer a los miembros de esa mujer los que, encendidos en el deseo del cielo, prorrumpían en alabanza a su Creador: *En tu temor, Señor, hemos concebido y formado y dado a luz un espíritu*[16]. Esta *mujer, cuando da a luz, está triste porque ha llegado su hora; mas, una vez ha dado a luz un hijo, ya no se acuerda de su angustia, por el gozo de haber dado un hombre al mundo*[17], porque sin duda la santa Iglesia, mientras en el mundo insiste en progresar en las virtudes sobrenaturales, jamás deja de ser probada por las tentaciones del mundo; pero cuando, una vez vencida la batalla de las penalidades, llega al premio, ya no recuerda las angustias anteriores por el gozo de la retribución que recibe. Porque *no son comparables los sufrimientos de la vida presente con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros*[18].

10. Dice: *no se acuerda de su angustia, por el gozo de haber dado un hombre al mundo*. En efecto, así como la mujer se alegra cuando ha dado a luz un hombre para este mundo, así también se alegra la Iglesia cuando el pueblo de los fieles ha nacido para la vida futura. Y se llena del correspondiente júbilo de ese nacimiento, por el que ha sufrido como una parturienta, ya que se ha esforzado mucho al darle a luz y ha gemido por él mientras estaba en el mundo. Y a nadie debe parecer algo nuevo que se llame «recién nacido» a uno

15. Ga 4, 19.
16. Is 26, 18.
17. Jn 16, 21.
18. Rm 8, 18.

que ha salido de esta vida. Porque, como es costumbre decir que ha nacido, cuando alguien que procede del vientre de su madre sale a la luz de este mundo, con toda razón se puede dar el mismo nombre a quien, liberado de los lazos de la carne, es elevado a la luz eterna.

De ahí que se ha elevado a costumbre dentro de la Iglesia que a los días en que los bienaventurados mártires o confesores de Cristo se apartan de este siglo, les llamemos días de su nacimiento y sus fiestas sean, no fúnebres, sino natalicias.

11. El Señor continúa exponiendo en persona la parábola que propuso sobre la mujer: *Así pues, también vosotros ahora ciertamente estáis tristes; pero Yo os veré de nuevo y vuestro corazón se alegrará y nadie os quitará vuestro gozo*[19].

Esto se entiende fácilmente en relación con los mismos discípulos, que estuvieron tristes por la pasión y la sepultura del Señor pero que, una vez cumplida la gloria de la resurrección, se alegraron al verle de nuevo[20]. Y esa alegría nadie se la quitará porque, aunque más tarde sufrieron persecuciones y tormentos por el nombre de Cristo, enardecidos por la esperanza de su resurrección y futura visión, sufrían de buen grado todo tipo de adversidades; es más, tenían por una gran alegría caer en las diferentes pruebas[21].

12. Incluso, como está escrito, después de haber sido azotados por los príncipes, *se retiraban gozosos de la presencia del sanedrín porque habían sido hallados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesús*[22]. Por tanto, nadie les quita su alegría porque, al padecer tales sufrimientos por Cristo, merecieron reinar para siempre con Cristo. Pero también toda la Iglesia, a través de las dificultades y sufrimientos de esta vida, aspira a los eternos premios de los go-

19. Jn 16, 22.
20. Cf. Jn 20, 20.
21. Cf. St 1, 2.
22. Hch 5, 41.

zos celestiales, según afirma el Apóstol: *es preciso que por muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios*[23].

13. En cuanto al *Yo os veré de nuevo y vuestro corazón se alegrará*, dijo *os veré*, os libraré de vuestros adversarios, os daré la corona de vencedores, os daré siempre pruebas de que me habéis visto, con tal de que luchéis. Porque, ¿cuándo será posible que no vea a los suyos –máxime cuando están rodeados de dificultades–, cuando Él mismo les prometió que estaría con ellos todos los días de este mundo[24]?

Pero los torturadores, mientras los fieles morían entre tormentos, pensaban que no contaban con el auxilio divino y decían: *¿Dónde está su Dios*[25]. De ahí que uno de ellos, asediado por las tribulaciones, decía: *¡Mira, Señor, mi aflicción, cómo se ha erguido el enemigo!*[26], lo cual es decir claramente: «el enemigo perseguidor levanta su cerviz orgullosa contra tus siervos; Creador omnipotente, alívianos con tu ayuda, da pruebas –a base de vencer y rechazar a nuestros enemigos– de que has contemplado siempre nuestras luchas, de que han sido de tu agrado». Por tanto, el Señor ve a sus elegidos después de la tristeza cuando, una vez castigado el agresor, premia su sufrimiento.

También puede interpretarse que dice: *Y Yo os veré de nuevo*, como si dijera «aparezco de nuevo, para que me veáis», del mismo modo que dijo a Abrahán: *Ahora sé que temes a Dios*[27], para significar con esas palabras: «ahora he dado a conocer a los hombres que temes a Dios; a ellos, que hasta ahora desconocían lo que siempre estuvo claro a mis ojos».

14. Por tanto, queridísimos, si ahora estamos afectados por una saludable tristeza; si siguiendo la exhortación del Apóstol, vivimos *alegres en la esperanza, pacientes en la tri-*

23. Hch 14, 22.
24. Cf. Mt 28, 20.
25. Sal 79, 10.
26. Lm 1, 9.
27. Gn 22, 12.

bulación[28]; si lamentamos nuestros errores y las miserias del prójimo con el debido dolor, el Señor nos verá de nuevo; es decir, se nos mostrará para que le veamos en el futuro, Él que entonces, al concedernos el conocimiento de su fe, tuvo a bien que nosotros le veamos.

Nos verá para coronarnos, Él que otrora nos vio para llamarnos. Verá, *y se alegrará vuestro corazón, y nadie os arrebatará vuestro gozo*, porque este es el verdadero y único premio de aquellos que se entristecen conforme a Dios: alegrarse de su eterna contemplación. Él en persona prometió ciertamente este premio, cuando proclamó solemnemente: *Bienaventurados los de corazón limpio porque ellos verán a Dios*[29].

15. Deseaba ardientemente esa visión el profeta, cuando decía: *Sedienta está mi alma del Dios vivo. ¿Cuándo vendré y apareceré ante la faz de Dios?*[30] El Apóstol se congratula de que, junto con sus semejantes, recibirá esa visión y –consciente de sus luchas– da fe de ella con toda confianza, diciendo: *Ahora contemplamos como a través de un espejo y bajo un enigma; pero entonces, cara a cara*[31].

Concédanos también a nosotros buscar con fidelidad esa visión y conseguirla en verdad Aquel protector de quienes luchan, remunerador de vencedores, Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos. Amén.

28. Rm 12, 12.
29. Mt 5, 8.
30. Sal 42, 3.
31. 1 Co 13, 12.

HOMILÍA XIV

En las letanías mayores[1]

Lc 11, 9-13
PL, 94, 168-174.

1. Nuestro Señor y Salvador, deseando que lleguemos al gozo del reino celestial, de una parte nos enseñó a pedirle ese mismo gozo, y de otra nos prometió que nos lo concedería si se lo pedíamos. Dijo: *Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá*[2]. Hay que sopesar, hermanos queridísimos, de todo corazón y a fondo qué significado tienen para nosotros estas palabras del Señor, quien evidentemente asegura que el reino de los cielos lo obtendrán, lo encontrarán, se abrirá, no a los ociosos y a los vagos, sino a quienes piden, buscan y llaman.

1. Posiblemente desde el s. IV se celebraba en Roma una gran procesión rogativa el 25 de abril, fiesta de san Marcos. Esta ceremonia fue revitalizada por el papa Gregorio Magno (590-604). En ella se cantaban las letanías de los santos: *litaniae maiores*, siempre en plural. De otra parte, desde mediados del s. V, por iniciativa del santo obispo Mamerto de Vienne, los tres días anteriores a la ascensión del Señor, se celebraban las grandes rogativas. Esta costumbre fue adoptada para toda la Iglesia por León III (795-806) y recibió el nombre de *litaniae maiores*. Por tanto, si el título que encabeza esta homilía procede de Beda, habría sido pronunciada el 25 de abril; si es posterior, podría haber tenido lugar en cualquiera de esos días de rogativas.

2. Lc 11, 9.

2. Por tanto, hay que pedir la puerta del reino con oración, hay que buscarla viviendo rectamente, hay que llamar con perseverancia. Porque no es suficiente rezar solo con palabras, si no buscamos también diligentemente cómo debemos vivir, a fin de ser dignos de conseguir lo que pedimos. Lo asegura Aquel que advierte: *No todo aquel que dice: Señor, Señor entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial entrará en los cielos*[3]. Y no aprovecha de nada haber comenzado algo bueno, si uno no se esfuerza en llevar hasta un fin seguro lo que bien ha comenzado; es más, *habría sido mejor no conocer el camino de la justicia que, después de conocido, volverse atrás*[4]. De ahí que es necesario, hermanos míos, pedir asiduamente, rogar sin interrupción[5]: *Doblemos la rodilla ante Dios, lloremos ante el Señor que nos ha creado*[6].

3. Y, para merecer ser escuchados, examinemos con solicitud cómo quiere que vivamos, qué nos manda hacer Aquel que nos ha creado. Busquemos al Señor y fortalezcámonos, busquemos siempre su rostro[7]. Y, para que merezcamos encontrarle y verle, *purifiquémonos de cuanto mancha la carne y el espíritu*[8], porque en el día de la resurrección solo los de cuerpo casto podrán ser elevados hasta el cielo, solo los de corazón limpio podrán contemplar la gloria de la divina majestad. Llamemos a los oídos de nuestro piadoso Creador con un afán infatigable por la eterna felicidad, y no desistamos de nuestro empeño hasta que, al abrirnos Él mismo, merezcamos ser liberados de la cárcel de esta muerte y entrar por la puerta de la patria celestial. Nadie se deje disuadir por su presunta inocencia, ninguno prescinda de los ruegos confiando en sus actos, como si no necesitara la misericordia del juez ecuánime.

3. Mt 7, 21.
4. 2 P 2, 21.
5. Cf. 1 Tes 5, 17.
6. Sal 95, 6.
7. Cf. Sal 105, 4.
8. 2 Co 7, 1.

4. Más aún, aunque alguno sea consciente de haber hecho algo bueno, puesto que no sabe con cuánto rigor será juzgado aún en eso, que exclame con el profeta, lleno de temor: *No enjuicies a tu siervo, porque en tu presencia no encuentra justificación ningún viviente*[9]; y con el santo Job: *Si quisiera justificarme, mi boca me condenaría; si me mostrara inocente, el Señor comprobaría que soy perverso*[10]. Recuerde siempre aquella palabra del Apóstol: *Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Él para perdonárnoslos y lavarnos de toda iniquidad; si dijéramos que no hemos pecado, le hacemos a Él mentiroso y su palabra no está en nosotros*[11]. Asimismo, nadie desista de pedir perdón, desesperando al considerar la calidad o la cantidad de sus pecados. Nadie se retraiga de buscar la salvación, al ver la podredumbre de sus heridas, la magnitud de su enfermedad.

5. Proporcione una gran confianza de obtener la salvación el hecho de que el Creador en persona se ha dignado convertirse en médico nuestro, llegarse encarnado hasta nosotros, tomar sobre sí nuestras enfermedades, para sanar nuestras dolencias, llevarlas Él en persona, para quitárnoslas. Él derramó su sangre por nosotros, ofreció su muerte para vida nuestra. Él mostró los grandes remedios de la penitencia por las culpas de los pecadores, diciendo por boca de su Precursor: *Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que os amenaza? Haced, pues, dignos frutos de penitencia*[12]; y poco después: *El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene y el que tiene qué comer, haga lo mismo*[13]. Él mismo entregó la medicina diaria de la confesión y la intercesión mutua para nuestros errores más leves y cotidianos –sin los que no se puede pasar la vida–, cuando dijo por medio del apóstol Santiago: *Confesaos unos a otros*

9. Sal 143, 2.
10. Jb 9, 20.
11. 1 Jn 1, 9-10.
12. Lc 3, 7-8.
13. Lc 3, 11.

vuestros pecados y orad los unos por los otros para que seáis salvos[14].

6. Se complace en que se le ruegue, para que conceda, Aquel que, por ser un donador generoso, levanta los ánimos de los necesitados con el fin de que se le pida, al decir: *Todo aquel que pide, recibe; y quien busca, halla; y al que llama, se le abre*[15]. Por tanto, no hay que dudar de que, si pedimos, recibimos; si buscamos, encontramos; si llamamos, se nos abrirá, porque la Verdad no puede en absoluto negar lo que ha prometido. Pero hay que observar con vigilante atención que no está probado a los ojos del juez interior que todos los que a los ojos de los hombres parecen orar, de verdad piden o buscan o llaman a la entrada del reino de los cielos. Porque el profeta no diría: *Cerca está el Señor de todos los que en verdad le invocan*[16], si no supiera que algunos invocan al Señor, pero no de verdad.

En efecto, invocan al Señor en verdad quienes con su vida no contradicen lo que dicen en su oración; invocan al Señor en verdad los que, antes de presentar sus oraciones, se esfuerzan por cumplir sus mandamientos, los que cuando van a decir en la oración: *y perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores*[17], antes han cumplido su mandamiento, que dice: *Y cuando os levantéis para orar, si tenéis algo contra alguno, perdonadle, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone vuestros pecados*[18].

De ahí que el profeta añada a esas consideraciones: *Hará suya la voluntad de los que le temen y escuchará su oración y*

14. St 5, 16. Este es un pasaje interesante para la historia del sacramento de la confesión. Marca una distinción clara entre los pecados diarios –leves– y los demás, como ya había hecho en *Hom.*, II, 5, 11-12.

15. Lc 11, 10.

16. Sal 145, 18.

17. Mt 6, 12.

18. Mc 11, 25. Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia*, II, 27, 8 (CCL 141, 235).

les salvará[19]. Así pues, invocan al Señor en verdad, quienes demuestran que le temen. Él escucha sus oraciones cuando le invocan, cumple sus piadosos deseos cuando a Él suspiran, y una vez que hayan pasado de esta vida les coloca en la salvación eterna.

7. Por el contrario, quienes no invocan al Señor de verdad son aquellos a quienes Santiago critica, cuando dice: *Pedís y no recibiréis, porque pedís mal*[20]. En efecto, piden mal quienes, perseverando en sus pecados, piden imprudentemente que el Señor les perdone esos mismos pecados, que ellos no dejan de cometer. Son aquellos a los que el mismo Dios reprueba por boca de Isaías, cuando dice: *Y cuando extendáis las manos, yo apartaré mi vista de vosotros y, aunque multipliquéis vuestra oración, no os escucharé: vuestras manos están llenas de sangre*[21].

Aun así, aconsejando a éstos de qué modo pueden obtener lo que piden, se lo muestra, añadiendo: *Purificaos, lavaos, apartad de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos*[22].

Piden mal quienes menosprecian escuchar y poner por obra la voz del Señor que manda; sin embargo siguen pidiendo a su Señor que tenga misericordia y escuche la voz de quienes ruegan. Son aquellos a los que Él mismo en el Evangelio rechaza cuando les dice: *¿Por qué, pues, me estáis llamando: Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?*[23] De ellos dice también Salomón en los Proverbios: *Quien cierra sus oídos para no escuchar su Ley, su oración será execrable*[24].

8. Piden mal también aquellos que[25] pronuncian largas plegarias, no con vistas a los dones divinos, sino a ser ala-

19. Sal 145, 19.
20. St 4, 3.
21. Is 1, 15.
22. Is 1, 16.
23. Lc 6, 46.
24. Prov 28, 9.
25. Preferimos la versión del manuscrito P –cf. Introducción–, que permite el paralelismo de todas las expresiones que comienzan por: «Piden mal...».

bados por los hombres, a ejemplo de los fariseos. De ellos reniega el mismo testigo y juez en un tono terrible porque *ya han recibido su premio*[26].

Piden mal asimismo quienes en la oración buscan los bienes terrenos, más que los celestiales; cuyos ruegos el Apóstol reprende especialmente en el mismo pasaje del que hablamos. Porque, tras haber dicho: *Pedís y no recibiréis, porque pedís mal*, inmediatamente añade: *para satisfacer vuestras pasiones*[27].

9. Porque no se prohíbe lo más mínimo que los ciudadanos de la patria celestial –que aún peregrinan en la tierra– pidan por la paz de los tiempos, por la salud de los cuerpos, por la profusión de los frutos, por la serenidad de la atmósfera, por las demás necesidades de esta vida, con tal de que no se exagere esa petición y se pidan esas cosas solo para que, abundando este tipo de bienes en este mundo, se pueda tender con más libertad a los dones futuros[28].

10. No obstante, puesto que hay quienes piden de su Creador paz y prosperidad temporales, no ciertamente para obedecer con ánimo más devoto al Creador, sino para dedicarse con más frecuencia a banquetes y borracheras, y servir con más seguridad y desenfreno a la funesta concupiscencia de la carne, es adecuado decir que esos tales piden mal. Y, dado que quienes piden de este modo no merecen recibir –porque piden mal–, procuremos nosotros, queridísimos, de una parte pedir bien, y de otra vivir de modo que seamos dignos de obtener lo que pedimos. Eso ocurre, si buscamos en la oración lo que el Señor ha mandado, si acudimos a la oración siendo tal como el Señor nos ha enseñado a ser y si insistimos en nuestras peticiones, hasta que las consigamos.

26. Mt 6, 5.
27. St 4, 3.
28. Cf. Gregorio Magno, *Homiliae in evangelia,* II, 27, 6-7 (CCL 141, 234-235).

Y si deseamos saber qué es lo que Él quiere que pidamos, escuchemos aquello del Evangelio: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura*[29].Y buscar el reino de Dios y su justicia consiste en desear los dones de la patria celestial y buscar sin cansancio con qué méritos virtuosos se debe llegar a ellos, no vaya a ser que, apartándonos del camino que lleva allí, apenas seamos capaces de llegar a donde pretendemos. Y si meditamos con cuidado las palabras de nuestro Señor y Salvador con las que, a partir del ejemplo de los padres de la tierra, nos exhorta a rogar a Dios Padre, enseguida nos damos cuenta de qué tipo es la justicia que nos abre el camino del reino celestial.

11. Dice: *¿Quién de vosotros pide a su padre un pan y este le da una piedra? O si pide un pez, ¿acaso le dará en vez de un pez una serpiente? ¿O si pide un huevo, acaso le tenderá un escorpión?* Esta comparación es clara y facilísima de entender para todos los oyentes porque, si un hombre mortal, frágil y cargado aún con el pecado en su carne, no se niega a dar a sus queridos hijos sus bienes –por más terrenos y frágiles que sean–, cuando se los piden, mucho más el Padre celestial concederá desde el cielo dones duraderos a los que se los piden con temor y amor hacia Él.

12. Pero, según una interpretación alegórica, el pan significa el amor porque, así como el pan es el alimento principal, de manera que sin él la mesa parece que es pobre, de ese mismo modo el amor es la principal virtud, de manera que sin ella las demás virtudes sobrenaturales no parecen ser tales, porque indudablemente el bien que se hace, solo se perfecciona en el amor. De ahí que el Apóstol dice[30] que si hablara en todo tipo de lenguas de hombres y de ángeles,

29. Mt 6, 33.

30. Cf. 1 Co 13, 1-3.

y si tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia, y si tuviera toda la fe hasta el punto de trasladar los montes, y si distribuyera todos sus bienes para alimentar a los pobres, y si entregara su cuerpo a las llamas, si no tuviera caridad, no le serviría de nada.

13. La verdadera caridad es aquella que nos manda, de una parte amar al Señor con todo el corazón, toda el alma, toda la fuerza, y de otra al prójimo como a nosotros mismos[31]. Y todo hombre perfecto debe consagrar su benevolencia no solo a los próximos y amigos, sino también a los enemigos, según lo que dice el Señor: *Amad a vuestros enemigos, haced el bien a quienes os odian. Orad por los que os persiguen y los que os calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos*[32].

14. El pez simboliza la verdadera fe[33]. Y como el pez nace, vive y se alimenta rodeado de agua, así también la fe –que está en Dios, que busca las alegrías de la otra vida a través de los disgustos y desgracias presentes– nace de una manera invisible en el corazón, se consagra con la gracia invisible del Espíritu a través del agua bautismal y se alimenta para que no decaiga con el auxilio invisible de la divina protección con la perspectiva de los premios invisibles. Y esa fe opera todo el bien del que es capaz, recordando aquello del Apóstol: que *lo que se ve es transitorio, mas lo que no se ve es eterno*[34]. Podemos también decir esto: que el pez es un símbolo de la fe en el sentido de que, como aquel es golpeado por las frecuentes olas del mar, pero no es destruido, así la fe firme, aunque sea asaltada por todo tipo de asechanzas por parte del mundo, permanece impertérrita e incluso sale fortalecida de la lucha con la ayuda de Aquel que, cuando envió a sus discípulos para que predicaran los dones

31. Cf. Mc 12, 30-31.
32. Mt 5, 44-45.
33. Cf. 1 Tm 1, 5.
34. 2 Co 4, 18.

de esa misma fe, les dijo: *En el mundo tendréis tribulaciones, pero tened confianza: Yo he vencido al mundo*[35].

15. Ciertamente el huevo simboliza la certeza de nuestra esperanza, porque en el huevo todavía no se ve el feto, sino que se espera el nacimiento del ave futura. También los fieles no contemplan aún en el presente la gloria de la patria celestial en la que creen, sino que alimentan la esperanza de la gloria futura. De ahí que dice el Apóstol: *Y si esperamos lo que no vemos, lo aguardamos con paciencia*[36].

16. Estos son, por tanto, hermanos queridísimos, los bienes que principalmente debemos pedir a Dios; esta es la justicia del reino de Dios, que debemos pedir ante todo: esto es, la fe, la esperanza y la caridad; porque, como está escrito: *El justo vive de la fe*[37]; *y a los que esperan en el Señor les rodea su misericordia*[38]. Asimismo, *el amor es la plenitud de la Ley*[39], *porque toda la Ley se cumple en este precepto: amarás a tu prójimo como a ti mismo*[40], e insiste: *el amor al prójimo no obra el mal*[41].

Por tanto, si buscamos del Señor con devoción piadosa la gracia del amor, si le decimos desde lo íntimo del corazón: *danos hoy nuestro pan de cada día*[42], no debemos abrigar ningún temor de que Él vaya a permitir que nuestro corazón se endurezca con el odio. En efecto, insinúa esta dureza la imagen de la piedra, cuando dice: *¿Quién de vosotros pide a su padre un pan y este le da una piedra?*[43]

17. No hay que temer que, si pedimos la fortaleza de la fe para luchar contra las tentaciones del enemigo antiguo, pidiendo de todo corazón: *Señor, auméntanos la fe*[44], el Se-

35. Jn 16, 33.
36. Rm 8, 25.
37. Rm 1, 17; cf. Ga 3, 11.
38. Sal 32, 10.
39. Rm 13, 10.
40. Ga 5, 14.
41. Rm 13, 10.
42. Lc 11, 3.
43. Mt 7, 9.
44. Lc 17, 5.

ñor vaya a permitir que perezcamos por el veneno de la infidelidad. Con razón se expresa con el nombre de «serpiente» el virus de la infidelidad que por ella fue trasmitido al género humano, cuando se dice: *O si pide un pez, ¿acaso le dará en vez de un pez una serpiente?*[45] No hay que temer que, si pedimos al Señor la esperanza en los dones celestiales, por la cual estamos en condiciones de despreciar tanto las adversidades como las alegrías presentes, Él aparte sus oídos y permita que miremos hacia atrás desesperando del porvenir: es decir, que busquemos lo que hemos dejado atrás, o sea los placeres venenosos del siglo decadente.

18. Porque con razón se compara la perniciosa mutación de un buen propósito y la recaída en la concupiscencia carnal con el veneno que lleva atrás –en la cola– el escorpión, cuando se dice: *¿O si pide un huevo, acaso le tenderá un escorpión?*[46] Así pues, queridísimos, pidamos al Señor que concretamente nos conceda el alimento nuevo de la caridad pura, la fe sincera, la esperanza firme, con el fin de que nos quite la dureza de los odios, el virus de la perfidia, el aguijón de la desesperanza, que de ordinario nos hace volver a las cosas caducas; y así, sin ninguna duda, recibiremos lo que pedimos. Porque el apóstol Juan dice con voz sincera que *todo lo que pidamos que concuerde con su voluntad, Él nos escucha*[47].

19. Pero el Señor en persona nos da una gran confianza en que conseguiremos lo que pedimos de forma correcta, cuando añade: *Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?*[48] Y llama malos a los discípulos –que ciertamente eran buenos por lo que respecta al juicio humano–, porque indudable-

45. Lc 7, 10.
46. Lc 11, 12.
47. 1 Jn 5, 14.
48. Lc 11, 13.

mente no hay nadie en esta vida que sea capaz de estar inmune de todo pecado, como afirma Salomón: *Porque no hay hombre justo en la tierra que haga el bien y no peque*[49].

De ahí que, en su Providencia, el Señor, que ante los grandes delitos de los pecadores enseña medidas aún más poderosas de penitencia, muestra que se deben curar con ejercicios cotidianos de oración los errores cotidianos de los elegidos, producidos ante todo con la palabra o el pensamiento. Él nos mandó, entre otras cosas, rezar así: *y perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores*[50].

20. O seguramente llama malos a los discípulos porque, en comparación con la divina bondad, está comprobado que toda criatura es mala[51], cuando el Señor dice: *No hay nadie bueno, sino solo Dios*[52]; en este sentido, se entiende que la criatura racional solo puede hacerse buena por participación en esa bondad de Dios. De ahí que también el Señor testimonia, con una promesa llena de piedad, que *el Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden*, para mostrar con claridad que, quienes por sí mismos son malos, pueden convertirse en buenos, una vez recibida la gracia del Espíritu Santo. El Padre promete dar el Espíritu Santo a quienes lo piden porque, ya deseemos conseguir la fe, la esperanza, la caridad, o cualquier otro don celestial, no se nos concederán, sino como don del Espíritu Santo.

21. De ahí también que en Isaías el mismo Espíritu sea llamado de sabiduría e inteligencia, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad, Espíritu de temor de Dios[53]; y en otro pasaje, Espíritu de amor y de paz[54], Es-

49. Qo 7, 21.
50. Mt 6, 12.
51. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, I, 7, 11 (CCL 77, 42-43).
52. Mc 10, 18.
53. Cf. Is 11, 2-3.
54. Cf. 2 Co 13, 21.

píritu de gracia y de súplicas[55]. Porque indudablemente lo que tenemos de verdaderamente bueno, lo que hacemos bien, lo recibimos por concesión de ese mismo Espíritu. El Profeta –consciente de todo esto–, cuando busca la pureza de corazón, diciendo: *Dios, crea en mí un corazón puro*, añade a continuación: *Renueva un espíritu puro en mis entrañas*[56].

Porque si el Espíritu puro del Señor no llena nuestro interior, nuestro corazón no tiene ninguna fuente en que purificarse. Cuando, deseando progresar en las buenas obras, exclama: *Señor, en ti me he refugiado; enséñame a hacer tu voluntad*, enseguida muestra de qué modo debería conseguir ese objetivo: *tu Santo Espíritu me conducirá al camino adecuado*[57].

22. Hermanos queridísimos, sigamos a nuestro nivel los pasos del profeta y pidamos a Dios Padre que nos inspire la gracia de su Espíritu hacia la recta fe que actúa por medio del amor[58]. Y para que merezcamos conseguir lo que deseamos, luchemos por vivir de tal manera que no seamos indignos de un Padre tan grande, sino que más bien conservemos con un corazón y una mente siempre enteros el misterio de la regeneración, por el que nos convertimos en Hijos de Dios en el bautismo. Porque es cierto que, si seguimos los mandamientos del Padre supremo, nos remunerará con la heredad de la bienaventuranza eterna, que nos preparó antes del tiempo por medio de Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina con Él, Dios en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

55. Cf. Za 12, 10.
56. Sal 51, 12.
57. Sal 143, 9-10.
58. Cf. Ga 5, 6.

HOMILÍA XV

En la Ascensión del Señor

Lc 24, 44-53
PL 94, 174-181

1. Cuando iba a subir al Cielo el Señor, se ocupó en primer lugar de instruir a los discípulos diligentemente acerca del misterio de la fe en Él, para que la predicaran a todo el mundo, con tanta más seguridad, cuanto que la habían escuchado de la misma boca de la Verdad y sabían que había sido ya prefigurada antaño por boca de los profetas. Pues, al aparecérseles después del triunfo de la resurrección –según lo que acabamos de escuchar en la lectura del evangelio–, dijo: *Esto es lo que os decía, cuando estaba aún con vosotros*[1]; esto es, cuando tenía aún un cuerpo corruptible y mortal, semejante al vuestro: *que es necesario que se cumpla todo cuanto está escrito de mí en la Ley de Moisés, y en los profetas y en los salmos.*

2. Dice que se han cumplido en Él los misterios que habían predicho Moisés, los profetas y el salmista. De ahí se desprende con claridad que la Iglesia es una en todos sus santos, una misma la fe de todos los elegidos –a saber, los anteriores y los posteriores a su venida carnal–, porque indudablemente, así como nosotros nos salvamos por la fe en

1. Lc 24, 44.

su encarnación, pasión y resurrección ya realizadas, así ellos –creyendo con absoluta firmeza en esa misma encarnación, pasión y resurrección– esperaban ser salvados por el mismo autor de la vida[2]. Esto lo simbolizan bien aquellos dos hombres que traían al pueblo que esperaba en el desierto, en un varal, un racimo de uva de la tierra prometida[3].

3. Efectivamente, el racimo colgado del varal es el Señor elevado en la Cruz, que dice: *Yo soy la verdadera vid*[4]; y en otro contexto, tendiendo la copa de vino a los discípulos: *Este es el cáliz* –dijo–, *el nuevo testamento en mi sangre, que será derramada por vosotros*[5]. De él dice la Iglesia: *Un ramito de mirra es mi amado para mí*[6]. Y así como los dos hombres llevan el racimo en el varal para, por medio de él, mostrar al pueblo la fecundidad de la tierra prometida, así también los predicadores de uno y otro Testamento, que han degustado por Revelación divina la gloria de la patria celestial, no cesan de señalar a los pueblos el mismo misterio de su pasión, a fin de que, por medio de él, se pueda intuir cuán grandes premios concederá a los fieles en los cielos el que envió a su Hijo unigénito a la tierra, para que padeciera por su salvación.

4. En cuanto a los dos que llevaban el racimo, podían ciertamente transportarle, pero no podían entender de modo similar a nosotros su sentido. Esto significa indudablemente lo que el Salvador en persona dice a los discípulos, ya glorificados por la gracia de su visión: *Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis. Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis y no vieron, y escuchar lo que vosotros oís y no lo oyeron*[7]. O también aquello

2. Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in Hiezechihelem prof.*, 5, 2 (CCL 142, 276).
3. Cf. Nm 13, 23.
4. Jn 15, 1.
5. Lc 22, 20.
6. Ct 1, 13.
7. Lc 10, 23-24.

de que el único y mismo triunfo de la cruz del Señor lo habían conocido y lo predicaron los profetas y Moisés antes que los apóstoles, pero mientras los profetas lo predicaban algunas veces con palabras figuradas y veladas, los apóstoles y los sucesores de los apóstoles lo hacían siempre abiertamente, encendida la luz del Evangelio, hasta tal punto que en la actualidad todo el pueblo cristiano debe saber y confesar la fe que antaño conocían solo unos pocos y más perfectos, por más que todo el pueblo de Dios –incluso entonces– transportara los misterios de la misma fe de un modo típico en las ceremonias legales.

5. Por eso aquí se dice que el Señor –una vez consumados los sacramentos de su encarnación– abrió a los discípulos la inteligencia[8], con el fin de que comprendieran las Escrituras. Ciertamente les abrió la inteligencia para que ellos mismos pudieran entender y transmitir a los creyentes lo que tenían obligación de entender, lo que los profetas dijeron de un modo velado. Les abrió la inteligencia para que comprendieran que todo lo que Él en persona hizo o enseñó, eso mismo habían predicho los profetas que habría de hacer y de enseñar.

6. Continúa: *Y les dijo: Así estaba ya escrito, y así era necesario que el Cristo padeciese y que resucitase de entre los muertos al tercer día y que en nombre suyo se predicase la penitencia y el perdón de los pecados a todas las gentes, empezando por Jerusalén*[9]. Ya antaño, como hemos dicho, la fe de los profetas y de los patriarcas conocía el nombre de Cristo, incluso antes de su pasión y resurrección. Así lo atestigua Pedro, quien hablando de estos temas, dice: *Pero creemos que por la gracia del Señor Jesús somos salvados, igual que ellos*[10]. Y una vez consumada la pasión y resurrec-

8. Cf. Lc 24, 25.
9. Lc 24, 46-47.
10. Hch 15, 11.

ción, así como también su ascensión a los cielos, se predica aún con más amplitud y claridad la fe en el nombre de ese mismo, no solo a los sucesores de ese pueblo –es decir, del judío–, sino que se revela a las naciones extranjeras con la misma misericordia por parte de Dios.

7. Por consiguiente, era necesario que Cristo viniera en carne humana para padecer y resucitar, porque el género humano apenas podía ser conducido de la muerte a la vida y rescatado a la esperanza en la resurrección, sino por medio de la encarnación, pasión y resurrección del mismo Cristo.

Y es justo que la predicación de la penitencia y el perdón de los pecados, por medio de la confesión del nombre de Cristo, comience en Jerusalén, para que allí donde se consuma la magnificencia de su doctrina y sus milagros, el triunfo de su pasión, el gozo completo de su resurrección y ascensión, precisamente allí surja el primer retoño de la fe en Él y se abra el primer surco de la Iglesia naciente a la manera de una gran viña que, a partir de ahí –multiplicada la semilla de la Palabra– extendería las ramas de su doctrina por todos los confines del mundo.

De ese modo se cumpliría la profecía de Isaías, que dijo que *de Sion saldrá la Ley y de Jerusalén la Palabra de Dios; y juzgará a las gentes y será el árbitro de numerosos pueblos*[11].

8. Y está bien que tenga comienzo en Jerusalén la predicación de la penitencia y el perdón de los pecados que habían de ser anunciados a pueblos idólatras y manchados de múltiples vicios, para que ninguno pudiera abrigar dudas –concretamente, alguien temeroso de poder conseguir el perdón después de haber puesto por obra frutos dignos de penitencia[12]– por culpa de la magnitud de sus pecados, cuando hay cons-

11. Is 2, 3-4.

12. Cf. Mt 3, 8; Lc 3, 8.

tancia de que precisamente en Jerusalén se había perdonado a quienes ultrajaron y crucificaron al Hijo de Dios.

9. *Y vosotros* –dice– *sois testigos de esto. Y yo voy a enviar sobre vosotros al que mi Padre ha prometido*[13]. Llama prometido del Padre al don del Espíritu Santo, del que también en el evangelio de Juan les había dicho muchas cosas antes de su pasión. Entre ellas está aquello de: *Y cuando viniere el Consolador, el Espíritu de verdad a quien Yo os envío del Padre, que procede del Padre, Él dará testimonio de mí. Y también vosotros daréis testimonio*[14]. Y en los Hechos de los Apóstoles: *Y les mandó que no se alejaran de Jerusalén, sino que esperasen el cumplimiento de la promesa del Padre, la cual –dijo– oísteis de mi boca: que también Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo*[15].

10. De la espera a esta promesa se habla aquí, cuando se dice: *Y vosotros permaneced en la ciudad, hasta que seáis revestidos de la fortaleza de lo alto*[16]. Así les promete la fortaleza que vendrá de lo alto, porque –aunque también antes contaban con el Espíritu Santo– lo sintieron con más plenitud, cuando Jesús subió a los cielos. En efecto, también antes de su pasión, por el poder del Espíritu Santo, arrojaban muchos demonios, sanaban muchos enfermos, predicaban la palabra de vida a quienes podían[17]; pero, al resucitar el Señor de entre los muertos, fueron renovados de manera especial por la gracia del mismo Espíritu cuando, como también Juan escribe: *Les alentó y les dijo: Recibid el Espíritu Santo: a quienes les perdonéis los pecados, les serán perdonados*[18].

13. Lc 24, 48-49.
14. Jn 15, 26-27.
15. Hch 1, 4-5.
16. Lc 24, 49.
17. Cf. Mt 10, 1; Mc 3, 15; Lc 9, 1-2.6.
18. Jn 20, 22-23.

Mas, fueron revestidos de una mayor fuerza suya, desde lo alto, cuando diez días después de la ascensión del Señor, recibieron el Espíritu en forma de lenguas de fuego[19] y por Él fueron inflamados de una tal confianza en su poder, que ningún temor a los príncipes pudo impedir que hablaran a todos en el nombre de Jesús[20].

11. *Después los condujo afuera, camino de Betania, y levantando las manos los bendijo*[21]. Dado que nuestro Redentor se encarnó para perdonar los pecados, levantar el castigo de la primera maldición y entregar la herencia de su bendición perpetua a los creyentes, es razonable que concluyera todas sus obras en el mundo con palabras de bendición, mostrando que Él mismo era Aquel de quien se había dicho: *He aquí que dará su bendición el que dio la Ley*[22]. Y es lógico que saque a los que iba a bendecir en dirección a Betania porque esta palabra significa «casa de obediencia»[23], ya que es indudable que el desprecio y la soberbia merecieron una maldición, la obediencia una bendición.

12. Porque el Señor en persona, para restituir al mundo la gracia de la bendición que había perdido, se hizo obediente al Padre hasta la muerte[24], y solo a aquellos que en la santa Iglesia se ocupan de someterse a los preceptos sagrados se les concede la bendición de la vida celestial. Y no hay que pasar por alto que se cuenta que Betania está situada a un costado del monte de los Olivos. Y así como Betania es símbolo de la Iglesia, obediente a los mandamientos divinos, así también el monte de los Olivos –de una manera mucho más adecuada– representa a la persona de nuestro Redentor que, al encarnarse, sobrepasa a todos los santos –que son simples

19. Cf. Hch 2, 2-3.
20. Cf. Hch 4, 18-21.
21. Lc 24, 50.
22. Sal 84, 8.
23. Cf. Jerónimo, *Nomina hebraica* (CCL 72, 135).
24. Cf. Flp 2, 8.

hombres– por la altura de su dignidad y por la gracia de su virtud espiritual.

13. Por eso también se le canta en los salmos que *te ungió Dios, el Dios tuyo con óleo de alegría por encima de los que son igual a ti*[25]. Y Él mismo –como también atestigua la lectura del santo Evangelio de hoy– prometió el don de esa misma unción santa a sus iguales –es decir, a los fieles– y envió lo que había prometido no mucho tiempo después, como sabemos[26]. Y, si es agradable escuchar cómo la «casa de la obediencia» –es decir, la Iglesia santa– está construida a un costado del monte de los Olivos, leamos el evangelio de Juan donde, una vez consumada su pasión en la cruz, *uno de los soldados atravesó su costado y al instante salió sangre y agua*[27]. Efectivamente, estos son los sacramentos de los que surge y se alimenta la Iglesia en Cristo[28]: o sea, el agua del bautismo, con la que se purifica de los pecados, y la sangre del cáliz del Señor, con la que es fortalecida en sus dones.

La Iglesia, por el hecho de que también es ungida con el crisma del Espíritu Santo para que pueda completarse en el día de la redención, es llamada con razón «monte de los Olivos», monte en cuyo costado está situada la ciudad santa, en el que se da la gracia de la bendición.

14. *Y ocurrió* –dice– *que mientras los bendecía se iba separando de ellos y era elevado al cielo*[29]. Hay que advertir que el Salvador asciende a los cielos después de dar la bendición a los discípulos y al mismo tiempo debe recordarse que –como leemos en los *Hechos de los Apóstoles*–, mientras ellos contemplaban su ascensión, se les aparecieron unos án-

25. Sal 45, 8.
26. Cf. Hch 2, 2-4.
27. Jn 19, 34.
28. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, IX, 10 (CCL 36, 96-97); *Idem.*, CXX, 2 (CCL 36, 661).
29. Lc 24. 51.

geles que les dijeron: *Vendrá así como le habéis visto marchar al cielo*[30].

También hay que trabajar con toda urgencia para que, del mismo modo que el Señor bajará para juzgar en la misma forma y sustancia carnal con la que subió, así también el que se alejó bendiciendo a los Apóstoles, nos encuentre dignos de su bendición cuando vuelva y nos haga partícipes de la suerte de aquellos a quienes, por estar situados a su derecha, dirá: *Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino*[31].

15. *Y ellos, habiéndole adorado, regresaron a Jerusalén con gran júbilo y estaban de continuo en el templo, alabando y bendiciendo a Dios*[32]. Hermanos queridísimos: siempre, pero sobre todo en este lugar, es necesario que nos acordemos de la palabra del Señor con la que –como acabamos de relatar hace un momento– dice, al conceder la gloria a los discípulos: *Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis*[33].

Porque, ¿quién puede decir, quién puede imaginar de una manera adecuada con qué devota compunción volvieron a la tierra sus ojos –con los que habían visto que volvía a la sede de la luz paterna el mismo Rey del cielo al que adoraban, una vez vencida la mortalidad que había asumido–, qué dulces lágrimas derramaron, enardecidos por tan gran esperanza y alegría por penetrar en la patria celestial, allí donde contemplaban que su Dios y Señor elevaba una parte de su naturaleza[34]?

16. Así pues, con razón, fortalecidos por tal espectáculo –tras haber adorado el lugar donde se posaron sus pies[35], tras haber regado con lágrimas las huellas que recientemente había dejado marcadas–, volvieron inmediatamente a Jerusalén,

30. Hch 1, 11.
31. Mt 25, 34.
32. Lc 24, 52-53.
33. Lc 10, 23.
34. Los apóstoles contemplaron con sus ojos cómo subía al cielo una parte de su naturaleza humana: el cuerpo.
35. Cf. Sal 132, 7.

donde se les había mandado esperar la llegada del Espíritu Santo. Y, para hacerse dignos de las promesas celestiales, permanecían siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios, con la firme certeza de que solo son dignos de ver al Espíritu Santo –y de que habite en ellos– los corazones a los que ve frecuentando el lugar de oración y dedicándose a alabar y bendecir a Dios. Por eso en los Hechos se lee a propósito de los Apóstoles: *Todos ellos perseveraban unánimemente en la oración*[36].

17. Este es para nosotros un testimonio de actividad apostólica a imitar con asiduidad: a saber, que quienes tenemos las promesas celestiales, quienes tenemos orden de pedir con constancia por la obtención de esas promesas, de una parte nos reunamos todos para orar, y de otra perseveremos en la oración al Señor con devoción unánime. Y no se debe dudar de que, al vernos orar así, el Creador –lleno de piedad– se dignará prestarnos oídos e infundir también en nuestros corazones la gracia de su Espíritu. Eso hará asimismo dichosos a nuestros ojos, aunque no en la medida de los ojos de los Apóstoles, que merecieron ver al Señor viviendo en este mundo, enseñar y hacer milagros, y –tras el triunfo sobre la muerte– resucitar y regresar a los cielos; pero sí ciertamente como los ojos del apóstol Tomás, de los cuales el Señor dice: *Porque me has visto, has creído*; *dichosos los que no vieron y creyeron*[37].

Así pues, a todos los creyentes –tanto a los que al nacer precedieron al tiempo de su encarnación, como a quienes le vieron encarnado, como a nosotros que hemos creído después de su ascensión– es común aquella promesa llena de piedad en la que se dice: *Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios*[38].

36. Hch 1, 14.
37. Jn 20, 29.
38. Mt 5, 8.

18. Hemos recorrido en nuestra exposición, en la medida de nuestras posibilidades, estos aspectos de la lectura del Evangelio. Pero, puesto que en ella hemos escuchado que se abrió a los discípulos la inteligencia para que comprendieran el sentido de las Escrituras, es oportuno recordar algunos puntos de esos mismos escritos de los profetas y abundar y ponderar con palabras el gozo de la solemnidad evangélica y los vaticinios proféticos.

De esta solemnidad habla el salmista: *Sube Dios entre voces jubilosas, el Señor a la voz de la trompeta*[39]. Sube ciertamente entre voces jubilosas, porque se dirige al cielo en medio de la alegría de los discípulos ante la gloria de su elevación. Y también asciende a la voz de la trompeta, porque entra en la sede del reino celestial, mientras los ángeles proclaman su regreso para juzgar a los vivos y a los muertos.

19. El mismo salmista, en otro lugar, habla de la manera en que ascendió Dios, que siempre y por doquier, de un lugar a otro, está presente y no cambia: *El que pone en las nubes su carro, el que camina sobre las alas de los vientos*[40]. En efecto, llama nube a la sustancia de la fragilidad humana, de la que se invistió el sol de justicia[41], con el fin de que los hombres pudieran sostener su vista[42]. Por eso dice Isaías: *He aquí que el Señor montará sobre una nube ligera y entrará en Egipto y ante su presencia se conturbarán los ídolos de Egipto*[43]. El Señor montó ciertamente sobre una nube ligera para, después de entrar en Egipto, echar por tierra los ídolos, porque *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*[44], porque tomó un cuerpo limpio de toda mancha de iniquidad, con el que al entrar en el mundo destruiría el culto a la ido-

39. Sal 47, 6.
40. Sal 104, 3.
41. Cf. Ml 4, 2.
42. El verbo que utiliza Beda, *ferre*, hay que traducirlo no solo en sentido espiritual (*entender*), sino incluso sensitivo (*percibir*). Cf. *supra Hom.*, I, 3, 22.
43. Is 19, 1.
44. Jn 1, 14.

latría y descubriría la verdadera luz de la Divinidad ante los corazones negros y llenos de tinieblas de los gentiles[45].

20. Mediante esta nube de la naturaleza humana quiso venir de un lugar a otro Aquel que no se circunscribe a un lugar y también padecer en ella afrentas, azotes y muerte el que permanece siempre invisible en su Divinidad. En esa nube subió al cielo, coronado con el poder de su resurrección, el que llena el cielo y esta tierra con el poder de su Divinidad. Esta nube le ha transportado sobre las alas de los vientos cuando, tomada de la tierra –alzándola, no solo sobre todos los espacios del aire, sino también por encima de todas las regiones celestiales–, la colocó a la diestra de la majestad del Padre. De esta elevada gloria de su Humanidad dice también Amós: *El que ha construido en el cielo altas moradas y ha establecido su promesa sobre la tierra*[46].

21. Efectivamente, ha construido su ascensión al cielo el que personalmente creó para sí un cuerpo y un alma en la que podría subir al cielo. Pero fundó su promesa sobre la tierra, porque –después de enviar desde arriba su Espíritu– colmó todos los confines de la tierra con la gracia de su fe, como había prometido.

El salmista, previendo ya en su espíritu esta gracia de la promesa que había de venir y deseando que llegara cuanto antes, dice: *Muéstrate excelso, oh Dios, sobre los cielos, brille tu gloria sobre la tierra entera*[47]. Con eso expresa abiertamente que, antes de que nuestro Redentor, asumida la carne mortal, destruyera el reino de la muerte, *Dios* era solo *conocido en Judea, en Israel es grande su nombre*[48]; pero, cuando el Dios hombre, resucitando de entre los muertos, pe-

45. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 143), donde interpreta la palabra Egipto por «tinieblas».

46. Am 9, 6.

47. Sal 57, 6.

48. Sal 76, 2.

netró en lo más alto del cielo, ya la gloria de su nombre se predica y se cree en todo el orbe de la tierra.

22. Pero los profetas predicaron –no solo con palabras, sino con hechos– el misterio de esa misma ascensión del Señor. Porque el hombre de la séptima generación a partir de Adán, Enoc[49], que fue arrebatado de este mundo, y Elías, que fue elevado al cielo por los aires[50], dan testimonio de que el Señor ascendería sobre todos los cielos. Y ciertamente Enoc –precisamente por ser el séptimo descendiente a partir de Adán– prefigura que el Señor no sería concebido y nacería según el orden habitual de la naturaleza mortal, sino por la fuerza del Espíritu Santo; que en Él reposaría de un modo singular toda la gracia que el profeta llama septiforme[51]; que Él en persona bautizaría en el Espíritu Santo[52] y que concedería a los creyentes los dones de ese mismo Espíritu.

23. En el dato de que vivió entre los hombres trescientos sesenta y cinco años –que es el número de los días del año solar– antes de ser arrebatado[53], simbolizó la futura permanencia encarnada de Aquel que –al ir a ascender a los cielos– mostró que Él era la única luz del mundo, cuando afirmó: *Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida*[54].

Por eso el profeta le llama sol de justicia[55], porque Él sin ninguna duda se ha dignado iluminar todas las partes del mundo, desde el oriente hasta el ocaso[56], de norte a sur, con la gracia de la fe y la verdad. Ciertamente el hecho de que Enoc traducido significa «dedicación»[57], quiere decir que Aquel que –tras resucitar de entre los muertos– asciende al cielo, da también ahora una prenda de su Espíritu para con-

49. Cf. Gn 5, 18-19.
50. Cf. 2 R 2, 11.
51. Cf. Is 11, 2-3.
52. Cf. Mt 3, 11.
53. Cf. Gn 5, 23.
54. Jn 8, 12.
55. Cf. Ml 4, 2.
56. Cf. Sal 50, 1.
57. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 65).

sagrar los corazones de los fieles y, en el futuro, introduce perfectamente a la Iglesia de todos los continentes en la alegría de la resurrección y de la celebración eterna.

24. Elías, por su parte, adelanta la figura de esta festividad del Señor con una maravilla aún más espectacular. Porque, cuando llegó el momento en que iba a ser arrebatado del mundo, se llegó hasta el Jordán[58] con su discípulo Eliseo y –desplegada su capa– golpeó las aguas, que se dividieron, y ambos pasaron a pie enjuto. Y le dijo a Eliseo: *Pide lo que quieras que te haga antes de que sea separado de ti.* Y Eliseo le dijo: *Pido que se duplique en mí tu espíritu.* Y, mientras avanzaban departiendo, he aquí que Elías fue arrebatado de repente en un carro de fuego y, con palabras de la Escritura, *ascendió casi hasta el cielo*[59]. Con esta elevación se significa que Elías no subió al mismo cielo que nuestro Señor, sino que fue elevado a lo alto de este aire nuestro y después trasladado de un modo invisible al gozo del Paraíso. Y Eliseo tomó el manto que se le había caído a Elías y, llegándose hasta el Jordán, golpeó con él las aguas y, tras invocar al Dios de Elías, las dividió y las atravesó.

25. Por tanto, hermanos míos, note vuestra comunidad qué armoniosamente concuerda el símbolo con la verdad. Llegó Elías al Jordán y –desprendiéndose de su palio– golpeó las aguas y las partió en dos. Llegó el Señor al río de la muerte, en el que el género humano yacía sumergido y –desprendiéndose temporalmente del hábito de la carne que había asumido–, al morir, batió a la muerte y, al resucitar, nos abrió el camino de la vida.

Efectivamente con razón se expresa a través del Jordán la fluidez y precariedad de nuestra calidad de mortales; porque, de una parte Jordán en latín se traduce por «descenso»[60]

58. Cf. 4 R 2, 6-11.
59. 4 R 2, 8-14.
60. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 67).

de los mortales, y de otra expresa que, al desembocar el mismo río en el mar Muerto, pierde allí sus aguas dignas de alabanza[61].

26. Así pues, atraviesa Elías en seco el Jordán dividido en dos, lo atraviesa también Eliseo porque –al resucitar el Salvador de entre los muertos– concede también a sus fieles la esperanza de resucitar. Después de atravesar el Jordán Elías, dio a Eliseo la posibilidad de pedir lo que quisiera. También el Señor, cumplida la gloria de la resurrección, inspiró en los sentidos de los discípulos con más plenitud lo que ya antes les había prometido: que *todo lo que pidiereis en mi nombre, lo haré*[62]. Eliseo pidió que el espíritu de Elías pasara a él; también los discípulos, adoctrinados por el Señor, deseaban recibir la gracia del Espíritu prometida que necesitarían, no ya para predicar solo al pueblo judío –como Jesús encarnado les enseñó–, sino a todas las naciones del orbe.

27. ¿Acaso no promete esa doble gracia de su Espíritu, cuando dice: *El que cree en mí, ese hará también las obras que Yo hago, y las hará todavía mayores*[63]? Mientras conversaban Elías y Eliseo, de repente un carro y unos caballos de fuego arrebataron a Elías casi hasta el cielo. Ciertamente ese carro y esos caballos hay que interpretarlos como las virtudes angélicas, de las que está escrito: *El que hace a sus espíritus angélicos y a sus ministros fuego ardiente*[64]. Porque Elías, como mero hombre, necesitaba la ayuda de un carro y unos caballos de fuego para poder ser arrebatado de la tierra[65]. También el Señor, mientras hablaba con los Apóstoles, de repente fue elevado ante sus ojos –si bien no sos-

61. Cf. PLINIO, *Historia natural,* V, 15, 71.
62. Jn 14, 13.
63. Jn 14, 12.
64. Sal 104, 4.
65. Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia,* II, 29, 5 (CCL 141, 249).

tenido por el auxilio de ángeles, sí acompañado por la sumisión de su compañía– y subió al cielo verdaderamente, como también lo atestiguan los ángeles que les dijeron: *Este Jesús que os ha sido arrebatado al cielo*[66].

28. Elías, cuando fue arrebatado al cielo, dejó a Eliseo el manto con el que estaba vestido. Al subir al cielo el Señor, dejó los sacramentos de la Humanidad que había asumido a los discípulos –más aún, a toda la Iglesia–, para que con ellos se santificara y ardiera en la virtud de la caridad. Tras tomar Eliseo el manto de Elías, golpeó con él las aguas del Jordán y estas se separaron en el lugar donde invocó al Dios de Elías y pasó. Tomaron los Apóstoles, tomó toda la Iglesia por ellos instituida, los sacramentos de su Redentor con los que ella misma, instruida espiritualmente, purificada y consagrada, ha aprendido a superar –tras invocar el nombre de Dios Padre– el ataque de la muerte y, una vez superado ese obstáculo, acceder a la vida eterna.

29. Por tanto, hermanos queridísimos, veneremos con toda devoción este triunfo de la ascensión del Señor que otrora estaba simbolizado en los dichos y los hechos de los profetas y más tarde se realizó en la persona de nuestro Mediador; y, a fin de que podamos nosotros mismos seguir sus huellas y subir a los cielos, humillémonos mientras tanto en la tierra para nuestra salvación, recordando siempre que, como dice Salomón: *Al soberbio le sigue la humillación y al humilde de espíritu le sigue la gloria*[67].

He aquí que en la ascensión de nuestro Redentor hemos aprendido hacia dónde debemos dirigir toda nuestra intención; he aquí que, al ascender a los cielos el Mediador entre Dios y los hombres[68], hemos conocido que se ha abierto a los hombres la puerta de la patria celestial.

66. Hch 1, 11.
67. Pr 29, 23.
68. Cf. 1 Tm 2, 5.

30. Por tanto, acudamos con todo celo a la eterna felicidad de esta patria, ocupémonos de ella con todo nuestro deseo y nuestro entendimiento, puesto que aún no lo podemos hacer físicamente. Siguiendo la palabra del egregio predicador, busquemos las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; saboreemos las cosas del cielo, no las de la tierra[69]. Busquémosle y afirmémonos[70]: busquémosle con obras de caridad, afirmémonos en la esperanza de encontrarle[71]. Busquemos siempre su rostro para que, cuando el que ha ascendido pacífico vuelva aterrador, nos encuentre preparados para introducirnos con Él a la fiesta de la ciudad eterna, Jesucristo nuestro Señor que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

69. Cf. Col 3, 1-2.

70. Cf. Sal 105, 4.

71. En este pasaje J.-P. Migne sigue entre otros a los manuscritos C P L y edita simplemente: «Busquémosle y afirmémonos en la esperanza de encontrarle».

HOMILÍA XVI

Después de la Ascensión

Jn 15, 26 – 16, 4
PL 94, 181-189[1]

1. En muchos pasajes del santo Evangelio encontramos que los discípulos, antes de la venida del Espíritu Santo, eran poco capaces de entender los misterios de la sublime Divinidad, poco fuertes para sufrir las adversidades de la perversidad de los hombres. Pero, al llegar el Espíritu Santo, se les concedió, junto al aumento del conocimiento de Dios, también la consistencia para superar la persecución de los hombres. Por eso se les dice en este pasaje, como promesa del Señor: *Cuando venga el Paráclito que Yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad que del Padre procede, Él dará testimonio de mí, y vosotros daréis testimonio*[2].

2. Y hay que observar en primer lugar que el Señor atestigua que enviará el Espíritu de verdad e inmediatamente añade que ese Espíritu procede del Padre; no porque ese mismo Espíritu proceda del Padre de manera diferente a la que es enviado por el Hijo, no porque proceda del Padre en un momento diferente al que es enviado por el Hijo, sino que el Hijo dice que Él lo envía y que procede del Padre precisa-

1. En la edición de J.-P. Migne, esta homilía se titula: «En el domingo después de la Ascensión del Señor».

2. Jn 15, 26-27.

mente por esto: para resaltar que una es la persona del Padre y otra su persona[3], pero para dejar claro que en esa misma distinción de personas hay una sola operación y una sola voluntad suya, junto con la voluntad y la operación del Padre.

3. Porque, cuando se concede a los hombres la gracia del mismo Espíritu, realmente el Espíritu es enviado por el Padre y también por el Hijo, procede del Padre y procede también del Hijo, porque su envío es también la misma procesión por la que procede del Padre y del Hijo. Asimismo viene por su propia voluntad, porque del mismo modo que es igual al Padre y al Hijo, así también tiene una voluntad que es común al Padre y al Hijo. En efecto, *el Espíritu sopla donde quiere*[4]; y, como dice el Apóstol al enumerar los dones celestiales: *Todas estas cosas las causa el mismo indivisible Espíritu, repartiéndolas a cada uno según quiere*[5]. Y, a su venida, el Espíritu dio testimonio del Señor porque, inspirando en el corazón de los discípulos todo lo que debían saber sobre Él, reveló a aquellos mortales con luz clara lo siguiente: que era igual y consustancial al Padre antes de todos los siglos; que se hizo consustancial a nosotros al llegar la plenitud de los tiempos; que, nacido de una Virgen, vivió sin pecado en el mundo; que, cuando quiso y con la muerte que quiso, salió de este mundo; que, al resucitar verdaderamente, destruyó la verdadera muerte, de la que murió y de la que resucitó, elevó la carne ascendiendo a los cielos y se situó a la derecha de la gloria del Padre; que todos los escritos de los profetas dan testimonio de Él; que debía ser propagada la confesión de su nombre hasta los confines de la tierra, así como los demás misterios de la fe en Él han sido explicados a los discípulos por el testimonio del Espíritu Santo.

3. Es decir, la del Hijo.
4. Jn 3, 8.
5. 1 Co 12, 11.

4. Y les ha sido concedido, como don del mismo Espíritu, todo lo verdadero que saben, no solo a los discípulos, sino a todos aquellos que –a través de la palabra de estos– creen en el Señor. Por tanto, dice: *Él dará testimonio de mí y vosotros dais también testimonio*, ya que, deponiendo el temor precedente, decían sin ambages y trasmitían a otros lo que habían aprendido del Espíritu que les enseñaba interiormente. Porque ese mismo Espíritu iluminó sus corazones con la ciencia de la verdad y les elevó hasta la cumbre de la virtud, para que enseñaran lo que habían aprendido. Por eso, en Isaías, se llama con razón a ese mismo Espíritu, espíritu de fortaleza y de ciencia[6]. En efecto, es espíritu de ciencia, porque por Él conocemos lo que debemos hacer o incluso pensar rectamente; es asimismo espíritu de fortaleza, porque –también por mediación suya– aceptamos lo que sabemos perfectamente que debemos hacer, de manera que no desistimos por ninguna adversidad de los bienes que hemos iniciado.

5. *Y vosotros* –dice– *dais testimonio porque estáis conmigo desde el principio*[7]. Junto con la gracia del Espíritu que se les concedió, también ayudó a la fe de los discípulos esto: que estaban desde el principio con el Señor y por eso estaban en condiciones de predicar sin ninguna ambigüedad lo que vieron y oyeron de sus labios[8]. Por eso Pedro, al querer ordenar a otro apóstol en lugar de Judas, con razón no procuró elegir un neófito, sino un hombre probado por el tiempo, diciendo: *Es necesario, pues, que de los hombres que vinieron con nosotros todo el tiempo en que el Señor Jesús iba y venía con nosotros, uno de ellos sea con nosotros testigo de su resurrección*[9]. De ahí que él mismo, al predicar a Cristo a los gentiles, decía con toda confianza: *A este Dios le resucitó al tercer día y dispuso que se dejase ver, no de todo*

6. Cf. Is 11, 2.
7. Jn 15, 27.
8. Cf. 1 Jn 1, 3.
9. Hch 1, 21-22.

el pueblo, sino de los predestinados por Dios como testigos: nosotros, que hemos comido y bebido con Él, después de que resucitó de entre los muertos[10].

6. Mas, dado que al crecer los méritos de los elegidos, inmediatamente suele crecer la envidia del enemigo antiguo; dado que –bien por sí mismo de un modo oculto, bien abiertamente mediante hombres sometidos a su malignidad– el demonio intenta sofocar en su comienzo los gérmenes de piedad, el Señor hace bien mostrando a los discípulos –una vez prometida su asistencia en la predicación– que a la vez surgiría también la persecución por parte de quienes se resistirían a ella, añadiendo: *Os he dicho estas cosas para que no os escandalicéis. Os expulsarán de las sinagogas*[11].

Así pues, el piadoso maestro tuvo buen cuidado de predecir los futuros ataques de los impíos contra los discípulos, para que pudieran dañarles menos cuando se presentaran, porque no cabe duda de que suelen soportarse con más facilidad las adversidades que se pueden conocer de antemano[12]. En efecto, los males que se infieren a un ánimo desprevenido y que no los espera, muchas veces le hacen caer más profundamente del estado de su integridad. Por eso advierte Salomón con razón, diciendo: *Hijo, en entrando al servicio de Dios, persevera firme en la justicia y el temor, y prepara tu alma para la tentación*[13].

7. Pero el Salvador advirtió a los discípulos, no solo que serían arrojados lejos del trato con sus compatriotas, sino que incluso sufrirían peligros de muerte, porque sigue: *Y aún llega un tiempo en el que todo aquel que os mate pensará que rinde culto a Dios*[14]. Y piensan que rinden culto a Dios los judíos con el hecho de perseguir a los ministros

10. Hch 10, 40-41.
11. Jn 16, 1-2.
12. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XCIII, 4 (CCL 36, 561).
13. Sir 2, 1.
14. Jn 16, 2.

del Nuevo Testamento con odio y a muerte[15], porque como de ellos asegura el Apóstol: *Tienen celo por las cosas de Dios, pero sin discernimiento*[16]. Y de sí mismo dice: *Yo por mi parte estaba persuadido de que debía proceder contra el nombre de Jesús nazareno, como ya hice en Jerusalén*[17].

Por consiguiente, después de haber predicho las persecuciones de sus adversarios, Jesús añadió de repente, como para consolar a los discípulos: *Y aún llega un tiempo en el que todo aquel que os mate pensará que rinde culto a Dios*, como si dijera abiertamente: «Vais a padecer ataques de tribulaciones por parte de vuestros compatriotas, pero recibidlas con tanta más paz cuanto se os infieren, no por odio a vosotros, sino por odio a la Ley divina».

8. Recordando esta advertencia del Señor, el santo mártir Esteban, dobladas las rodillas, suplicaba con voz llena de piedad por aquellos que le mataban, diciendo: *Señor, no les hagas cargo de este pecado*[18]. Por tanto, los que observan la Ley piensan que prestan culto a Dios, cuando matan a los que anuncian la gracia; pero defienden en vano una Ley que fue promulgada por un servidor, quienes se niegan a aceptar la gracia que les ofrece el Hijo en persona; en vano piensan que agradan a Dios Padre los que se afanan en despreciar al Hijo de Dios, aún más en perseguirle y ofenderle.

9. Por eso se añade con razón: *Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí*[19]. En efecto, dado que el Hijo está en el Padre y el Padre en el Hijo, y que el que ve al Hijo ve también al Padre[20], está completamente claro que, quienes se resisten con mente obstinada a creer en el Hijo, dan pruebas de que tampoco conocen al Padre.

15. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XCIII, 3 (CCL 36, 559-560).
16. Rm 10, 2.
17. Hch 26, 9-10.
18. Hch 7, 60.
19. Jn 16, 3.
20. Cf. Jn 14, 9-10.

De ahí que también a esos mismos Juan, insinuando el dogma de la unidad divina, les dice: *Todo el que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre*[21]; e insiste: *Y todo aquel que ama al que engendró, ama al que nació de Él*[22]. Pero, dado que los discípulos –que conocían bien al Padre y al Hijo– habrían de sufrir mucho por la defensa y propagación del conocimiento del mismo, el Señor añade, con una providente advertencia: *Pero he dicho esto para que cuando llegue la hora os acordéis de que yo os lo he dicho*[23].

10. Hay que sopesar mucho lo que dice: *yo os lo he dicho.* «Yo, que voy a morir por vuestra vida y salvación, que voy a redimiros con mi sangre, que os ayudaré siempre en la tribulación, que después de ella os voy a dar premios eternos». Efectivamente, presta un gran alivio y una enorme gracia consoladora a los que luchan, cuando se recuerda que profetizó que llegarían esas luchas Aquel que acostumbra a ayudar a sus soldados, para que no puedan ser vencidos, y a darles la palma inmortal tras la batalla, para que no venzan inútilmente. Porque el que en este momento advirtió de antemano que llegaría la hora de la persecución, ese mismo, poco después, dentro ya de esa misma persecución, promete su ayuda a los fieles, diciendo: *En el mundo tendréis grandes tribulaciones; pero tened confianza, Yo he vencido al mundo*[24]. Él mismo en otro pasaje vuelve a prometer la corona de la vida a los que luchan según las leyes, diciendo: *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos*[25].

11. Hemos hecho un recorrido, queridísimos hermanos, por el pasaje del evangelio que se ha leído, explicándolo brevemente. Ahora quiero decir algo más profundo sobre la so-

21. 1 Jn 2, 23.
22. 1 Jn 5, 1.
23. Jn 16, 4.
24. Jn 16, 33.
25. Mt 5, 10.

lemnidad de la quincuagésima que celebramos[26]. Porque, así como al aproximarse la solemnidad de la Pascua, nos preparamos observando cuarenta días de ayuno, así –una vez acabados estos– celebramos con festiva devoción la quincuagésima, en razón de un misterio preciso.

Pues, dado que la santa Iglesia en algunos de sus miembros lucha todavía por el descanso eterno en la tierra, mientras que en otros –acabada ya la lucha– reina ya con Cristo en los cielos, en memoria de ambas vidas, nuestros antepasados establecieron estas dos solemnidades propias de una religión devota[27]. Esto es, cuarenta días de aflicción y ayunos, cuando ya se aproxima el momento de la resurrección del Señor y las alegrías pascuales, con el fin de recordarnos por medio de ellos con más frecuencia que debemos aspirar a los premios de la vida inmortal a través de esfuerzos y continencia, de vigilias y oraciones y todas las demás armas de santidad que recuerda el Apóstol[28].

12. Y, a la vez, quisieron comenzar la quincuagésima a partir del mismo día de la resurrección del Señor y celebrar más con alegrías y con cantos de alabanza que con ayunos, para con estas fiestas anuales en su honor enseñarnos a encender siempre nuestro deseo por conseguir, no unas fiestas anuales, sino continuas, no terrenas, sino celestiales; y a tener por seguro que la verdadera felicidad no debemos buscarla en este tiempo de mortalidad, sino en la eternidad de la futura incorruptibilidad; y que la verdadera solemnidad hay que ir a encontrarla allí donde –desaparecidas todas las

26. Esta expresión hace pensar que esta homilía se pronunció el día de Pentecostés mismo y no simplemente después de la ascensión como dice el título. La explicación podría ser que, como anota CCL, en Roma este pasaje del evangelio se leía el domingo después de la fiesta de la ascensión.

27. Cf. AMBROSIO, *Expositio evan. s. Lucam,* VIII, 25 (CCL 14, 307); AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.,* XVII, 4-6 (CCL 36, 171-174).

28. Cf. 2 Co 6, 4-7.

tribulaciones– la vida transcurre en la visión y la alabanza a Dios, según aquello que el profeta decía, exultando en el Dios vivo a la vez en su corazón y en sus labios: *Dichosos los que habitan en tu casa, te alabarán por los siglos de los siglos*[29].

13. De ahí que con razón, en memoria de esta nuestra actitud llena de paz y felicidad, durante los días de la quincuagésima solemos cantar con más frecuencia y solemnidad el Aleluya. En realidad, «aleluya» es una palabra hebrea que en latín se traduce: «¡alabad al Señor!»[30]. En definitiva, donde nosotros en los salmos cantamos «¡alabad al Señor!», los hebreos cantan siempre «Aleluya». Esto es lo que el evangelista Juan en su *Apocalipsis* cuenta que oyó cantar a las falanges de la milicia celestial[31]. Pero, incluso el venerable patriarca Tobías, al entender por una visión angélica cuál es la gloria de los habitantes del cielo y cuán grande la claridad de la misma Jerusalén celestial, decía esto en un tono místico: *Todas sus calles serán enlosadas de piedras blancas y relucientes y en todos sus barrios se oirá cantar ¡Aleluya!*[32].

14. Con toda razón y belleza, pues, se ha impuesto en la santa Iglesia universal la costumbre de que este poema de alabanza a Dios lo canten en hebreo todos los fieles de la tierra, por la reverencia que se debe a la primitiva autoridad. Esto ocurre para que, por medio de tal unidad en la devoción, sea advertida la Iglesia de que ya ahora tiene el deber de mantenerse en una sola fe, confesión y amor de Cristo y de apresurarse en el futuro hacia aquella patria en la que no existe ninguna diversidad de mentalidades, ninguna disonancia de lenguas. Porque, así como en otro tiempo en Jerusalén la gran multitud de creyentes era un corazón y

29. Sal 84, 5.
30. Cf. Jerónimo, *Nomina hebraica* (CCL 72, 159).
31. Cf. Ap 19, 1.
32. Tb 13, 22.

una sola alma y lo tenían todo en común[33], del mismo modo en aquella contemplación de suma paz de toda la multitud de quienes ven a Dios habrá un solo corazón y una sola alma: es decir, amar y alabar a Aquel por cuya gracia ven que han sido salvados. Y allí en verdad todos tendrán todo en común porque, como dice el Apóstol: *Dios será todo en todos*[34].

15. Simbolizando este tiempo y esta paz nuestra, digna de alabanza, los últimos siete salmos, que se cantan especialmente para gloria de Dios, se encabezan con el título: «Aleluya». Efectivamente la Ley nos manda llamar y tener al séptimo día como sábado[35]: es decir, como el día de descanso. De modo análogo también el libro de los *Salmos*, después de establecer tantas prescripciones de mandamientos divinos, revelar tantos misterios de secretos espirituales, formular tantas declaraciones saludabilísimas y textos de oraciones llenas de humildad, acaba con siete titulados Aleluya[36]. Porque todo el bien que hacemos en esta vida, todo lo que pronunciamos en honor de nuestro Redentor con boca exultante, todo lo que pensamos por añoranza de la patria celestial, todo eso se nos compensa sin duda con este don: que en el descanso eterno seamos dignos de escuchar la voz de su alabanza[37] y de bendecirle nosotros mismos con los santos, cantar la gloria de su reino y ensalzar la fuerza de su poder[38].

16. Es verdad que por esto muchos doctores de la Iglesia han pensado que durante la cuaresma se debía omitir el canto del Aleluya. Aunque en la Iglesia jamás se cesa de alabar

33. Cf. Hch 4, 32.
34. 1 Co 15, 28.
35. Cf. Gn 2, 2; Ex 20, 8-10; Dt 5, 12-14.
36. En la Septuaginta hay un último salmo –el 151– que comienza también con el Aleluya. En la Vulgata, que acaba con el 150, esos salmos son solo los seis últimos.
37. Cf. Sal 26, 7.
38. Cf. Sal 145, 11.

a Dios, sus dones se cantan cada día con otras palabras que significan exactamente lo mismo, de manera que la renovada repetición del «Aleluya» aumente y haga más alegre la celebración y el esplendor de la solemnidad pascual. Y en esto quisieron también poner de manifiesto de modo especial este misterio: que así como en la peregrinación de este destierro *nuestro conocimiento y nuestra profecía son imperfectas*[39], así también solo en parte alabamos al Señor, diciendo con el profeta: *¿Cómo cantaremos un cántico al Señor en tierra ajena?*[40]

17. Pero, cuando merezcamos entrar en nuestra patria –es decir, en la tierra de los vivos y en la morada del reino celestial que el Señor nos ha prometido–, entonces, al tiempo que le conocemos perfectamente. También podremos alabarle con perfección, según aquello del salmista: *Y en su templo todos dirán: ¡Gloria!*[41] Por lo que en otro lugar dice: *Los cielos pregonan la gloria de Dios*[42]. Ciertamente llama «cielos» a los ciudadanos de la patria celestial. Y es verdad que los habitantes de la tierra pueden narrar la gloria de Dios, pero los únicos que son capaces de proclamarla son los ciudadanos del cielo, que cuanto más de cerca la ven, con más certeza pueden proclamarla.

18. Es evidente que ambas solemnidades –esto es, la cuaresma y la quincuagésima– nos las ha confirmado, no la autoridad de simples hombres, sino la suprema del mismo Señor y Salvador nuestro. Concretamente, la cuaresma está basada en el hecho de que Jesús ayunó en el desierto cuarenta días y noches y –una vez vencida la astucia del tentador– disfrutó del ministerio de los ángeles[43]; así nos enseñó, con su ejemplo, que debemos evitar por medio de la mor-

39. 1 Co 13, 9.
40. Sal 137, 4.
41. Sal 29, 9.
42. Sal 19, 2.
43. Cf. Mt 4, 1-11.

tificación de la carne las maquinaciones del enemigo del alma y llegar a la unión con los ángeles. Por lo que respecta a la quincuagésima, nos muestra que en ella hay que observar alegría el hecho de que, tras la resurrección, Él mismo se apareció a los discípulos, dándoles muchas pruebas de que vivía durante cuarenta días, hablándoles del reino de Dios y comiendo con ellos, como leemos en los *Hechos de los Apóstoles*[44]. Así, por la frecuencia de sus visitas, les hizo tener este tiempo por festivo y digno de alegrarse en él.

19. Pero también, al ascender al cielo, no les privó en absoluto de la dulzura de su anterior presencia, sino que más bien la aumentó con la promesa de la unción del Espíritu Santo. Finalmente –tras prometerles que algunos días después serían bautizados con el Espíritu Santo[45], ascender bendiciéndoles y ser elevado al cielo cuarenta días después de su resurrección– ellos, después de adorarle, regresaron a Jerusalén con una gran alegría y permanecían siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios[46]. También con esta alegría, esta alabanza y bendición celestial –con la que esperaban la venida del Espíritu Santo hasta el quincuagésimo día, que los griegos llaman «pentecostés»– nos enseñaron que hay que prolongar la alegría de esta solemnidad.

20. En todo esto, hermanos queridísimos, hay que intuir perspicazmente que el Señor en esta convivencia de cuarenta días con los discípulos, no solo simbolizó de antemano el gozo del siglo futuro que tendremos junto con Él, sino que también nos mostró el inefable afecto de su piedad. Porque, a pesar de que ha dejado de lado, incluso dado fin a la debilidad del cuerpo, y la ha trasformado en virtud de la resurrección en gloria celestial, sin embargo se digna aún participar en la comida de los discípulos, con el fin de poder

44. Cf. Hch 1, 3-4.
45. Cf. Hch 1, 5.
46. Cf. Lc 24, 51-53.

tenerlos como compañeros en el cielo y encomendarles de modo más vivo –precisamente por su proximidad– los mandamientos por los que podrían llegar al reino de Dios.

21. Pues, ¿qué otra cosa, hermanos míos, qué otra cosa quiere decir la conjunción de estos verbos *apareciéndoseles, hablándoles del reino de Dios y comiendo con ellos*[47], sino mostrar con claridad que así se asociaba en sumo grado a su convivencia cuando les hablaba del reino de Dios con el fin de –al tomar alimentos terrenos entre aquellos a quienes mostraba su cuerpo celestial– unirles más estrechamente a los lazos de su amor y fortalecerles el recuerdo de aquel tiempo del que les hablaba antes de su pasión, cuando les prometía: *Y Yo os preparo el reino como mi Padre me lo preparó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino*[48]?

Por tanto, con razón nosotros en estos sacrosantos días también nos dedicamos a tener mejores comidas y a entonar himnos celestiales, exactamente por respeto a la resurrección del Señor, en recuerdo de su convivencia con los discípulos, a la vez que con la esperanza de nuestro futuro descanso y vida inmortal. Pero también por eso apenas doblamos la rodilla durante la oración, según es costumbre, porque es seguro que la genuflexión es un signo de penitencia y duelo.

También los Padres instituyeron que esto mismo se observara todos los domingos por causa de los misterios, tanto de la resurrección del Señor, como de la nuestra.

22. Los Padres han discutido de múltiples maneras sobre los números cincuenta y cuarenta. Pero nosotros, puesto que hemos prolongado este sermón, lo haremos brevemente. Basta decir a vuestra comunidad que se observen cuidadosamente las prescripciones del ayuno durante cuarenta días, para insinuar por este medio que durante todo el tiempo de esta vida debemos esforzarnos por conseguir la vida eterna.

47. Hch 1, 3-4.

48. Lc 22, 29-30.

Cuarenta son efectivamente cuatro veces diez y la vida presente se simboliza acertadamente con el número cuarenta, bien porque durante toda ella se suceden las cuatro estaciones del año, bien porque el mundo mismo en el que vivimos subsiste a base de cuatro elementos: a saber, fuego, aire, agua y tierra.

Y no sin acierto la felicidad de la vida futura se expresa con el número diez. Por eso es por lo que el señor de la viña dice que los obreros han sido remunerados con un denario[49]. Ahora bien, los obreros de la viña son los cultivadores de la santa Iglesia. Por su parte, el denario designa la perfección de la vida celestial en la que, *contemplando la gloria del Señor* –es decir, del Rey supremo–, *somos transformados en esa misma imagen*[50]; y ciertamente, no solo en el hecho de que tiene la imagen y la inscripción del rey, sino también porque consta de diez óbolos, que es un número perfecto y de donde toma su nombre. Por tanto, se llama con razón «cuarenta», es decir, cuatro veces diez días. Todos los años celebramos este ayuno para así advertirnos de una manera especial que durante el tiempo que vivimos en el mundo debemos trabajar continuamente para conseguir los premios celestiales.

23. Y también con razón veneramos simbólicamente durante cincuenta días el estado de nuestra futura bienaventuranza, concretamente relajando los ayunos, cantando «aleluya», orando en pie, que son presagios muy adecuados de perpetuo descanso, resurrección y alabanza. Porque siete veces siete hacen cuarenta y nueve. Y, es más claro que la luz, que frecuentemente con el número siete se designa el des-

49. Cf. Mt 20, 1-10. Diez es un número perfecto porque resulta de la suma de los cuatro primeros números. El término denario procede del distributivo latino *deni* «de diez en diez», «de diez cada uno». Inicialmente valía diez ases. Con el tiempo designa moneda en general.

50. 2 Co 3, 18.

canso. Ahora bien, la sucesión de siete veces siete simboliza la perfección de ese mismo descanso, que jamás se cierra con un fin, se mancha con un pecado, sino que encontrará su perfección con una gracia mayor –propia de la recuperación de los cuerpos– cuando llegue el día del juicio y la resurrección universal.

24. Y el hecho de que a las siete semanas se añada un día –es decir, el mismo domingo de Pentecostés en el que la Iglesia primitiva recibió el Espíritu Santo– para completar perfectamente el número cincuenta, muestra exactamente el momento del juicio y la resurrección de todas las criaturas, cuando el descanso de las almas santas –que ya ahora tiene lugar en aquella vida– se redoblará con la recepción de los cuerpos inmortales y se cumplirá aquella profecía del Apóstol: *Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de la muerte habita en vosotros, el que ha resucitado a Jesús de la muerte, dará vida también a vuestros cuerpos mortales, en virtud de su Espíritu que habita en vosotros*[51].

Pero, también el hecho de que no doblamos la rodilla para orar inmediatamente después de acabada la quincuagésima, sino que también durante esa semana todavía invocamos al Señor de pie; y el hecho de que seguimos pronunciando cada día el «aleluya», a pesar de haber iniciado de nuevo los ayunos que habíamos interrumpido, nadie debe pensar que ocurre sin una prudente reflexión y por una razón adecuada al misterio.

25. En efecto, dado que la gracia del Espíritu Santo es septiforme[52], es justo que la solemnidad de su venida se celebre al mismo tiempo con la correspondiente alabanza de himnos y la celebración de Misas. Y dado que en el tiempo de Pentecostés la Iglesia en todo el mundo acostumbra a

51. Rm 8, 11.

52. Cf. Is 11, 2-3.

añadir siempre nuevos pueblos por medio del agua de la regeneración, nosotros –alegrándonos merecidamente por su salvación–, mientras estén cubiertos con túnicas blancas y con el esplendor de sus vestidos muestren la luz de su mente purificada, ofrecemos a Dios un himno de devota alabanza, siguiendo el precepto de nuestro piadosísimo Pastor y Redentor, que nos dice: *Alegraos conmigo porque he encontrado mi oveja que había perecido*[53].

26. También en congruencia rezamos aún de pie, concretamente para significar la liberación de esos recién bautizados, por la que han merecido ser despertados de la muerte del alma a la vida y resucitar por medio del don del

Espíritu Santo. Con el don de su gracia esperamos asimismo que en el día final seamos revestidos de la inmortalidad de la carne y conducidos al gozo de la bienaventurada resurrección, según aquello que hemos enseñado hace un momento con el testimonio del Apóstol.

Pero el hecho de que, aún en medio de todo esto, se continúe la mortificación del ayuno, debemos creer que se ha tomado del ejemplo de los mismos apóstoles, quienes –una vez recibido el Espíritu Santo–, cuanto con más perfección disfrutaban de la nueva suavidad de los bienes celestiales, tanto más sublimemente apartaron su mente del recuerdo de los goces terrenales.

27. En efecto, había llegado ya el momento del que el Señor había dicho de antemano que los discípulos no podían ayunar mientras Él convivía con ellos, pero que ayunarían cuando les fuera arrebatado. Porque, cuando le interrogaron *los discípulos de Juan, diciendo: ¿Por qué mientras nosotros y los fariseos ayunamos con frecuencia, tus discípulos no ayunan?*, Él les dijo: *¿Acaso los amigos del esposo pueden andar*

53. Lc 15, 6.

afligidos mientras el esposo está con ellos? Ya vendrá el tiempo en que les será arrebatado el esposo y entonces ayunarán[54]. Así pues, los que antes de la pasión y después de la resurrección, por la presencia del Señor, no podían estar tristes y ayunar, consta con toda certeza que después de que desapareció de sus ojos se sometieron a ayunos voluntarios.

28. Porque, cuando fueron recreados por la recepción del Espíritu Santo, habían apartado radicalmente su mente del apetito de alimentos como de las demás restantes seducciones del mundo, alegrándose con el alimento del alma más que con el del cuerpo e insistiendo en ruegos y lágrimas saludables, recordando la patria celestial. Finalmente, sabemos por el relato de Lucas de aquellos tres mil varones que creyeron en el mismo día de Pentecostés, tras el discurso de Pedro, que se contentaron con una parca colación y llevaron en la tierra una vida sobria y celestial. Dice: *Perseveraban en la doctrina de los apóstoles y en la comunión; en la fracción del pan y en la oración*[55]. Y poco después: *Cada día, acudiendo unánimemente al templo y partiendo el pan en las casas, tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios*[56] y así sucesivamente.

29. Es necesario que nosotros nos adaptemos asiduamente a su ejemplo, su vida, sus costumbres, porque es un magisterio de vida perfecto imitar siempre los actos de la Iglesia primitiva y mantener hasta el fin aquella norma del edificio espiritual que manifiestamente nos proponen los mismos apóstoles en el inicio de la fe. Y no se debe dudar de que, siguiendo ahora sus huellas, llegaremos en el futuro a conseguir sus premios. Y es cierto, hermanos míos, que al presente llevamos con nosotros una prenda hermosísima de la felicidad futura, de la que hemos esbozado algunos rasgos.

54. Mt 9, 14-15.
55. Hch 2, 41-42.
56. Hch 2, 46-47.

Pero, debemos vivir de tal manera que, lo que cultivamos externamente en imagen, lo mantengamos con corazón sincero ante los ojos del juez interior.

30. Perseveremos, pues, también nosotros en la doctrina de los santos –es decir, aprendiendo y poniendo en práctica lo que enseñan–; dediquémonos a asiduas oraciones; esforcémonos por ser dignos de la comunión del Pan del Señor; perseveremos unánimemente en la Iglesia en las horas canónicas; extendamos el pan –o lo que podamos que les sirva de piadoso consuelo– al pobre que nos está próximo; demos al cuerpo alimento, para que más bien se alegre con el recuerdo íntimo del Pan vivo del alma; mantengamos en todo la sencillez de corazón, que consiste en hacer el bien con la única intención de la retribución celestial y entonemos un himno de alabanza a Dios con voz y mente unísona, que es lo que más conforme está con la fiestas de este mundo.

31. Porque solo así se pronuncia una alabanza agradable a nuestro Dios[57]: si lo que cantamos con la boca no lo atacamos con las obras, si cuando proferimos «aleluya» con los labios, llevamos con nosotros unas entrañas puras, lejos de todo pensamiento torpe y maligno. Solo con este método será nuestra alabanza agradable: si no nos deleitamos en cosas caducas e ínfimas, sino en el Señor[58]. Dígnese concedérnoslo Él que, por medio de los misterios pascuales, nos ha concedido tan grandes y preclaras prendas de sus beneficios, Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

57. Cf. Sal 147, 1.

58. Cf. Sal 37, 4.

HOMILÍA XVII

Domingo de Pentecostés

Jn 14, 15-21
PL 94, 189-197[1]

1. Queridísimos hermanos, puesto que hoy celebramos la venida del Espíritu Santo, nosotros mismos debemos estar en sintonía con la solemnidad que conmemoramos. Porque solo celebraremos como corresponde la alegría de esta fiesta con dignidad, si también nosotros –con la ayuda de Dios– nos hacemos aptos para que el Espíritu Santo se digne venir y habitar en nosotros. Y únicamente estamos preparados espiritualmente para la llegada y la iluminación del Espíritu Santo, si nuestros corazones y nuestros cuerpos están llenos de amor a Dios y dedicados a los mandamientos del Señor.

2. Por eso, al principio de la lectura del Evangelio de hoy, la Verdad dice a los discípulos: *Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Y Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador*[2]. Paráclito, efectivamente, quiere decir «Consolador[3]». Y con razón se llama Consolador al Espíritu Santo, porque eleva y rehace los corazones de los fieles, para que no desfallezcan en sus ansias de obtener la vida celestial en medio de las adversidades de este mundo. De ahí que en los

1. «En la Vigilia de Pentecostés» es el título de esta homilía en la edición de J.-P. Migne.

2. Jn 14, 15-16.

3. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XCIV, 2 (CCL 36, 562-563).

Hechos de los Apóstoles, cuando ya la santa Iglesia aumentaba, se dice: *E iba estableciéndose, procediendo en el temor del Señor y llena de los consuelos del Espíritu Santo*[4].

3. *Si me amáis, guardad mis mandatos. Y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador.* No hay duda de que en el día de hoy esto se ha cumplido ciertamente en las personas de los Apóstoles –que en verdad le amaban y obedecían sus mandatos– cuando, mientras oraban en el cenáculo, de repente se les apareció el Espíritu Santo en forma de fuego y, de una parte les enseñó por medio de la diversidad de lenguas[5], y de otra les fortaleció en su corazón por medio del consuelo de su amor.

Tenían ya antes consigo al Paráclito: es decir, al Señor que convivía con ellos en carne. La dulzura de sus milagros y la fuerza de su predicación solían animarles y confortarles para que no pudieran ser escandalizados por la persecución de los infieles.

4. Pero, dado que al ascender a los cielos después de la resurrección les había abandonado físicamente –aunque nunca les faltó la presencia de su divina majestad–, con razón añadió a propósito de este Paráclito –es decir, del Espíritu Santo– esto: *para que esté con vosotros eternamente*. En efecto, permanece eternamente con los santos a quienes siempre ilumina interiormente en esta vida de una manera invisible y en el futuro introducirá a la contemplación para siempre de la imagen de su majestad.

5. Mas, si también nosotros, hermanos queridísimos, queremos con perfección a Cristo, hasta el punto de probar la veracidad de nuestro amor hacia Él con la observancia de sus mandamientos, Él pedirá por nosotros al Padre y el Padre nos dará otro Paráclito. Rogará al Padre, por medio de su

4. Hch 9, 31.

5. Cf. Hch 2, 1-4.

Humanidad, Aquel que dará, junto con el Padre, a través de su Divinidad. Y no hay que pensar que solo rogó por la Iglesia antes de su pasión y no también ahora, después de la ascensión, dado que el Apóstol dice de Él: *El que está sentado a la diestra de Dios y que también intercede por nosotros*[6].

6. También nosotros tenemos un Paráclito, nuestro Señor Jesucristo a quien, aunque no podemos ver corporalmente, sin embargo tenemos escrito en los Evangelios lo que hizo y enseñó mientras estaba encarnado. Y si nos preocupamos de escuchar, leer, comentar entre nosotros y conservar en el corazón y en el cuerpo todas estas cosas, nos consta indudablemente que venceremos las tribulaciones de esta vida con toda facilidad, como si el Señor habitara siempre entre nosotros y nos consolara. Por tanto, si amamos a este Paráclito, si observamos sus mandatos, Jesús rogará al Padre y nos concederá otro Paráclito, esto es, infundirá en nuestros corazones clementemente la gracia de su Espíritu, que –en medio de las adversidades del presente destierro–, nos alegrará con la esperanza de la patria celestial, de manera que podremos decir con el profeta: *Señor, de acuerdo con la multitud de los dolores de mi corazón, alegraron mi alma tus paraclesis, es decir tus consuelos*[7].

7. Así pues, dice: *Os dará otro Consolador, para que esté con vosotros eternamente*, y añade: *El Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir*[8]. Llama «mundo» a los hombres de este mundo[9], dados al amor a él, así como por el contrario los santos –que arden en el deseo por las cosas celestiales– son llamados con razón «cielos», según dice el salmista: *Y anunciarán los cielos Su justicia al pueblo que surgirá*[10]. Esto significa decir abiertamente: «y los eximios

6. Rm 8, 34.
7. Sal 94, 19.
8. Jn 14, 16-17.
9. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, LXXIV, 4 (CCL 36, 514).
10. Sal 22, 32.

doctores anunciarán con la mente, con la palabra, con los actos, la justicia a su pueblo que, habiendo llegado recientemente a la fe, desea nacer en Él».

8. Por tanto, quien busca el consuelo fuera, en las cosas del mundo, no es capaz de ser transformado por dentro con el don de la consolación divina; todo aquel que anhela los deleites más bajos, no puede recibir el Espíritu de verdad. Porque el Espíritu de verdad huye del corazón al que ve sometido a la vanidad y rehace con el fulgor de su llegada a quienes ve que, por medio del amor, ponen en práctica los mandatos de la verdad.

Por eso, inmediatamente después de decir *a quien el mundo no puede recibir*, añade: *porque no le ve ni le conoce; pero vosotros le conocéis porque morará con vosotros y estará dentro de vosotros*[11]. Porque incluso los infieles vieron encarnado, antes de la pasión, al Señor nuestro Salvador, pero solo los fieles fueron capaces de ver que era el Hijo de Dios, porque era el Consolador enviado por Dios al mundo.

9. Los infieles, a su vez, ni podían ver con sus ojos al Espíritu Santo, ni eran capaces de conocerle con la inteligencia, porque se apareció a los discípulos sin revestirse de humanidad; al contrario, prefirió venir y permanecer con ellos de tal manera que consagró una sede gratísima para sí en el fondo de sus corazones. Por eso es por lo que dice: *pero vosotros le conocéis porque morará con vosotros y estará dentro de vosotros*. Y el que permanece en esta vida de una manera invisible con los elegidos, les proporciona también de una manera invisible la gracia para que le conozcan.

10. *No os dejaré huérfanos; volveré a vosotros*[12]. Los infieles pensaban que, al morir en la cruz, el Señor dejaría a los discípulos huérfanos. Pero no dejó huérfanos *a quienes*

11. Jn 14, 17. 12. Jn 14, 18.

se manifestó vivo después de su pasión dándoles muchas pruebas de que vivía durante cuarenta días[13]; y diez días después de su ascensión –es decir, hoy– les envió desde el cielo el don del Espíritu Santo. Nadie que sabe que la naturaleza, el poder y el operar de la Santísima Trinidad es inseparable, duda de que en ese momento llegó a ellos Cristo en persona. Éste, explicando con más amplitud en qué medida el caso de ellos es diferente al de la gente impía[14], aclara: *Todavía un poco de tiempo y el mundo ya no me verá. Vosotros me veis, porque Yo vivo y vosotros viviréis*[15]. Precisamente porque esto lo decía cuando se disponía a ir a la pasión, quedaba poco tiempo para que esta tuviera lugar, momento a partir del cual los réprobos no podrían verle nunca más.

11. En efecto, solo los justos, que estaban entristecidos por su muerte, merecieron contemplar el gozo de su resurrección. Porque los que, al ver su muerte, se alegraran, en ningún modo habrían de alegrarse al ver su resurrección, sino que al oír hablar de ella tendrían que abatirse y dolerse, como correspondía.

Y vosotros –dice– *me veis, porque Yo vivo y vosotros viviréis*. «Yo vivo», puso, con el verbo en presente, y «vosotros viviréis» en futuro, porque sin duda veía que estaba próxima –y por eso la expresaba como presente– la hora en la que Él en persona resucitaría a la vida eterna, tras haber destruido la muerte; y sabía que debía diferirse para el futuro la vida de aquellos que era conveniente que, de una parte lucharan uno por uno por el ingreso en la vida eterna hasta el momento previsto para su muerte, y de otra esperaran la resurrección de su cuerpo hasta el fin de los tiempos[16].

13. Hch 1, 3.
14. Cf. Sal 43, 1.
15. Jn 14, 19.
16. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, LXXV, 3 (CCL 36, 516).

12. Así pues, dice: *Todavía un poco de tiempo y el mundo ya no me verá. Vosotros me veis, porque Yo vivo y vosotros viviréis*, como si dijera abiertamente: «Todavía un poco de tiempo y los que aman el mundo dejarán de verme como mortal por siempre. Además, no serán capaces de verme resucitado porque no conocen aquella vida, cuya gloria solo los que aman mi resurrección merecen contemplar. Vosotros, por el contrario, podréis verme después de todo esto porque, de una parte Yo vivo tras haber resucitado de entre los muertos, y de otra vosotros sois dignos de ser confortados por el ejemplo de mi resurrección, porque vosotros mismos alcanzaréis la vida eterna y los gozos de la bienaventurada resurrección».

13. *En aquel día vosotros conoceréis que Yo estoy en mi Padre, y que vosotros estáis en mí y Yo en vosotros*[17]. Entonces los apóstoles habían conocido que Cristo estaba en el Padre, por la unidad de la Divinidad indivisible; habían conocido que ellos estaban en Cristo por haber recibido la fe en Él y de sus sacramentos; habían conocido que Cristo estaba en ellos por el amor y la observancia de sus mandamientos.

Y Él mismo les dijo: *Si uno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión en él*[18]. Ciertamente, todo esto lo habían sabido tanto entonces los apóstoles –metidos en Cristo–, como ahora lo sabe toda la Iglesia de Cristo, imbuida de las cartas apostólicas. Pero es evidente que los justos lo conocen mucho mejor el día en que comienzan de verdad a vivirlo –es decir, el día de la resurrección–, cuando conocen todo lo que debe saberse con tanta más perfección cuanto más de cerca contemplan sin fin la misma fuente de la ciencia.

17. Jn 14, 20. 18. Jn 14, 23.

14. Esto no hay ninguna duda de que ocurre también –y antes del momento de la resurrección– en algunos santos más perfectos, es decir aquellos que confiados en sus buenas obras pueden decir con el Apóstol: *Tengo el deseo de partir y estar con Cristo*[19], y: *Mi vivir es Cristo, y el morir, ganancia*[20]. Parece realmente como si el Señor dijera todas estas cosas especialmente a los apóstoles; pero, para que no pensemos que son solo para ellos y no también para nosotros –si seguimos su ejemplo–, introduce a continuación la frase en la que promete la felicidad universal del conocimiento divino y asegura a todos los que le aman los mismos premios de su visión y conocimiento, al decir: *Quien ha recibido mis mandamientos y los observa, ese es el que me ama. Y el que me ama será amado de mi Padre; y Yo le amaré y me manifestaré a Él*[21].

15. En estas palabras hay que considerar con toda atención que amar verdaderamente a Cristo consiste, no en profesar con los labios ese amor, sino en que debemos observar con obras los mandamientos de Cristo que tenemos, por haberlos aprendido. Por eso también Juan nos advierte cuando dice: *Hijitos míos, no amemos de palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad*[22]. Tenemos que comprender llenos de gozo que el premio a nuestro amor auténtico será tal como no puede haber otro mayor: es decir, que somos amados por el Padre y por el Hijo, que se nos revela para que la contemplemos por siempre la gloria del Hijo de Dios. Y no hay que dudar de que a aquellos a quienes se revelará la gloria del Hijo de Dios, a esos mismos les estará permitido asistir a la contemplación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, porque es una e inseparable la visión de aquellos cuya divinidad es única.

19. Flp 1, 23.
20. Flp 1, 21.
21. Jn 14, 21.
22. 1 Jn 3, 18.

16. De ahí, pues, que se diga: *El que me ve, ve también al Padre*[23]. Y hay que advertir que, cuando dijo en presente: *Y el que me ama*, añadió en futuro: *mi Padre le amará, y yo le amaré y me manifestaré a él en persona*. Porque también el Hijo, junto con el Padre, quiere ahora a los que le aman; pero ahora les quiere, para que vivan bien a partir de la fe que actúa por medio del amor[24]. Entonces les querrá, para que lleguen a la visión de la verdad que habían probado mediante la fe y por la que lucharon hasta la muerte. Y no habla en vano, al añadir: *y me manifestaré a él en persona*. Porque se manifestará a todos los hombres, pero en persona se manifestará solo a los elegidos.

En efecto, en el juicio los réprobos verán también a Cristo, pero como está escrito: *Verán a aquel a quien traspasaron*[25]. Sin embargo, solo los ojos de los justos verán al rey en su boato[26]. Por eso: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*[27].

17. Queridísimos, he expuesto a vuestra fraternidad –en la medida en que Dios me lo ha concedido– la lectura del Evangelio. Pero ahora parece oportuno decir aún algo brevemente a propósito de la solemnidad de hoy. Y en primer lugar hay que saber que esta solemnidad no solo está consagrada por las unciones evangélicas, sino que también desde antaño está simbolizada por los misterios de la Ley, y se ha celebrado a lo largo de los años con las ceremonias sagradas que el Señor ha ordenado. Porque en el día de hoy –como sabemos–, estando los discípulos en el cenáculo, de repente vino del cielo un ruido y el Espíritu Santo –apareciéndose en forma de fuego– les hizo don del conocimiento de todas las lenguas[28].

23. Jn 14, 9.
24. Cf. Ga 5, 6.
25. Jn 19, 37.
26. Cf. Is 33, 17.
27. Mt 5, 8.
28. Cf. Hch 2, 1-4.

18. Y cuando se corrió la voz, acudieron hombres piadosos que habían afluido a Jerusalén de diversas naciones para celebrar la Pascua y se asombraban llenos de admiración, porque cada uno les escuchaba en su propia lengua proclamando las maravillas de Dios[29]. Y, al exponer los discípulos que lo que veían era un don del Espíritu Santo –prometido en tiempos pasados por la voz de los profetas y enviado en ese momento por la intervención de Cristo–, entonces creyeron tres mil de aquellos varones y, después de ser bautizados, recibieron también ellos el don del Espíritu Santo[30]. Ésta es la celebración anual de este día, ésta la siempre grata festividad de la gracia celestial.

19. Para imprimir más profundamente en los corazones de los fieles la memoria de esta fiesta, se ha extendido en la santa Iglesia la hermosísima costumbre de que se celebren en ella los sacramentos del bautismo y que, bañados los creyentes en el agua saludable, se prepare un templo venerable al Espíritu Santo que desciende. Y así se celebra, no solo la memoria de un suceso antiguo, sino también –dentro de esa celebración– la nueva llegada del Espíritu Santo a los nuevos hijos por adopción. Así pues, hermanos míos, tomen nota vuestras caridades de cómo se compagina el tipo y la figura de la fiesta legal con nuestra festividad de hoy.

20. Liberados los hijos de Israel de la esclavitud egipcia por la inmolación del cordero pascual, anduvieron por el desierto hasta llegar a la tierra prometida y llegaron hasta el monte Sinaí[31]. Y, descendiendo el Señor en una nube de fuego sobre el monte, acompañado del sonido de la trompeta, de truenos y rayos, una vez pasados los cincuenta días de la Pascua, les entregó con clara voz el decálogo de la Ley[32] y, en memoria de esta entrega, estableció para aquel día que cada año se le ofre-

29. Cf. Hch 2, 5-6.
30. Cf. Hch 2, 14-41.
31. Cf. Ex 12, 2–19, 1.
32. Cf. Ex 19, 16–20, 17.

ciera en el altar un nuevo sacrificio de los frutos de esa misma cosecha: concretamente, dos panes de las primicias[33].

Para todo lector está claro que la inmolación del cordero pascual es la liberación de la esclavitud egipcia, porque evidentemente *el Cristo inmolado es nuestra Pascua*[34] y Él es el verdadero Cordero que quita los pecados del mundo[35], que con el precio de su sangre nos ha redimido de la servidumbre de los pecados y con el ejemplo de su resurrección nos ha mostrado la esperanza de vida y libertad perpetuas.

21. Ahora bien, la Ley se nos entregó cincuenta días después de la inmolación del cordero, al descender el Señor sobre el monte envuelto en fuego; e igualmente cincuenta días después de la resurrección de nuestro Redentor –es decir, hoy– se concedió la gracia del Espíritu Santo a los discípulos reunidos en el cenáculo. Esta gracia, mientras aparecía por fuera en forma de un fuego visible, iluminó sus corazones con la luz de la ciencia y los encendió en un fuego inextinguible de caridad. Y aquí la altura del cenáculo y allí la cumbre del monte son índice de la sublimidad de los preceptos y los dones celestiales. Y –dado que nadie que todavía está apegado a los deseos más bajos puede ser digno de someterse a los mandamientos divinos o a los dones supremos–, mientras aquí, para mayor señal de perfección, todos los que recibían el Espíritu se encontraban en el cenáculo, allí, para simbolizar los corazones de los débiles oyentes, todo el pueblo estaba al pie del monte y solo unos pocos ancianos habían subido a la falda del mismo[36].

22. Y solo Moisés subió hasta la cumbre, donde refulgía la majestad de Dios en medio del fuego y la nube[37], porque indudablemente solo los más perfectos están en condiciones

33. Cf. Lv 23, 15-17.
34. 1 Co 5, 7.
35. Cf. Jn 1, 29.
36. Cf. Ex 19, 27; 22, 24.
37. Cf. Ex 19, 20.

de captar y observar los sublimes y escondidos misterios de la Ley; mientras que el pueblo, contentándose con la superficie de la letra carnal, situado por así decir en la parte exterior e inferior, se aprestaba a escuchar la palabra celestial.

Pero ahora, derramada con más profusión la gracia del Espíritu Santo, los corazones de los fieles son elevados, para entender con más profundidad y cumplir con más perfección las palabras del santo Evangelio. Allí, entre las llamas del fuego y los rayos ardientes, sonaba el fragor de los truenos y el clamor de la trompeta; aquí, junto a la aparición de las lenguas de fuego, llegó del cielo un sonido, como de un espíritu vehemente[38].

23. Pero, bien es verdad que en una y otra donación –es decir, la de la Ley y la de la gracia–, se escuchó un sonido exterior; sin embargo aquí, por un milagro aún mayor, cuando fue percibido por el oído ese sonido, se presentó además la fuerza del don celestial que había de instruir interiormente, sin ruido, los corazones de los discípulos; mientras que allí, tras escuchar los edictos de la Ley, todo el pueblo con voz unánime respondió, diciendo: *Escucharemos y pondremos por obra todas las palabras que ha dicho el Señor*[39].

Aquí, recibida la iluminación del Espíritu, la comunidad de la naciente Iglesia cantaba las grandezas de Dios en las lenguas de todos los pueblos por gracia de una clara diferencia: que la observancia de la Ley se había dado para un solo pueblo, el judío; mientras que la palabra del Evangelio debía predicarse a todas las gentes del mundo, la buena nueva de la fe cristiana debía anunciarse en las lenguas de todos los pueblos, porque se había cumplido la profecía que dice: *Desde la salida del sol hasta el ocaso alabad el nombre del Señor; excelso es el Señor sobre todas las gentes*[40].

38. Cf. Hch 2, 2.
39. Ex 24, 3.
40. Sal 113, 3-4.

24. Pero, incluso lo que se ordenó en conmemoración de la aceptación de la Ley –que todos los años se inmolara al Señor un nuevo sacrificio el día de Pentecostés– no deja nunca de ocurrir de un modo espiritual en nuestra actual festividad, desde el día en que se recibió la gracia. En efecto, en este día la Iglesia ofrece un nuevo sacrificio, cuando el sábado –al comenzar la festividad de Pentecostés– consagra al Señor, mediante el bautismo, al nuevo pueblo de la adopción con un rito verdaderamente adecuado –como hemos recordado más arriba–, a fin de que no solo se renueve a los pueblos cristianos el recuerdo de aquel suceso antiguo, sino que se celebre un nuevo envío del Paráclito desde el Padre a la nueva estirpe de los que nacen otra vez.

En esta festividad, inmediatamente después de recibir el don del Espíritu, esos mismos apóstoles presentaron al Señor un nuevo sacrificio, cuando –tras evangelizar a los que habían acudido– convirtieron a muchos a la fe y –una vez renacidos por las aguas del bautismo[41] y santificados por la gracia del Espíritu– les ofrecieron a la comunión del altar del Señor como primicias del Nuevo Testamento.

25. Con razón se mandaba que se ofrecieran dos panes de las primicias de los nuevos frutos[42], porque es indudable que la Iglesia aúna a ambos pueblos –es decir, a los judíos y a los gentiles– para consagrarlos en una nueva familia a su Redentor.

Pero, en este contexto, hay que observar con atención que no sin gran misterio se ha tenido en cuenta el número cincuenta, así en la donación de la gracia como en la de la Ley. Porque, tanto esta –al pueblo, en el monte–, como aquella –a los discípulos, en el cenáculo–, les fueron enviadas en el quincuagésimo día después de la Pascua. Ahora bien, con este número se muestra la eternidad del descanso futuro.

41. Cf. Hch 2, 41.

42. Cf. Lv 23, 17.

Con razón, o bien se promulga como orden el decálogo de la Ley, o bien se concede la gracia del Espíritu Santo a los hombres en ese día cincuenta, para demostrar a las claras que todos aquellos que cumplen los mandatos de la Ley con la ayuda de la gracia del Espíritu, tienden con toda certeza al verdadero descanso.

26. Y, puesto que en la Ley se prescribe que el año quincuagésimo es un año jubilar[43] –es decir, del perdón o de la conversión[44]–, en el que el pueblo descansa de todo tipo de trabajo, se perdonan todas las deudas y los siervos son liberados, con razón ese mismo año se declara más importante que los demás con mayores solemnidades y alabanzas a Dios. Por medio de ese número se señala aquel famoso reposo propio de la paz suprema, cuando –como dice el Apóstol– al sonar la última trompeta *los muertos resucitarán y nosotros nos transformaremos*[45] en gloria.

Allí, desaparecidos los afanes de este mundo y abandonadas las dificultades debidas a nuestros pecados, todo el pueblo de los elegidos se alegrará en la contemplación exclusiva de la visión divina para siempre, cumplido ya el mandato ardientemente deseado de nuestro Señor y Salvador: *Deteneos y reconoced que Yo soy Dios*[46].

27. Como a este sosiego y visión de la verdad inconmutable no se llega, sino a través de la observancia de los preceptos celestiales y el don del Espíritu Santo, era oportuno que –tanto la Ley del decálogo, como la gracia del mismo Espíritu– fueran dados en el día que hace el número que designa el descanso. Y tampoco hay que pasar por alto que el número cincuenta se adecúa al significado del descanso interior, porque consta de siete veces siete más uno. En efec-

43. Cf. Lv 25, 8-12.
44. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 67).
45. 1 Co 15, 52.
46. Sal 46, 11.

to, está mandado en la Ley que el pueblo trabaje seis días y el séptimo descanse[47], que are seis años y al séptimo deje de recoger[48], porque también el Señor acabó la ornamentación del mundo en seis días y al séptimo cesó en su trabajo[49].

28. Con todos estos datos se nos advierte simbólicamente que quienes en este mundo –que consta de seis edades[50]– se ocupan de obrar el bien por el Señor, alcanzan el sábado en el mundo futuro: es decir, son introducidos por el Señor en el descanso eterno. Por lo que respecta a que siete días o años son multiplicados por siete, esto simboliza la inconmensurable abundancia de ese descanso, en el que se concede a los elegidos aquel premio sublime del que el Apóstol dice: *Lo que ni ojo vio ni oído oyó, ni pasó a hombre por el pensamiento, lo tiene Dios preparado para aquellos que le aman*[51]. Y, puesto que testifica que el corazón del hombre –o sea, de quien aún conoce solo las cosas de este mundo– no puede acceder al conocimiento de este premio, explica a continuación a partir de qué puede ser mostrado a los que aman a Dios y dice: *En cuanto a nosotros, Dios nos lo ha revelado por medio de su Espíritu*[52].

29. Así pues, por medio del Espíritu se revela la grandeza del premio eterno, porque Él mismo, mientras inflama los corazones que llena con el apetito por las cosas invisibles, manifiesta en qué medida esos mismos bienes invisibles son preclaros, cuán preferibles a todos los bienes terrenos. De ahí que el profeta describa ajustadamente como septiforme la gracia del mismo Espíritu[53], porque no hay duda de que por su inspiración se llega al descanso y en su plena percepción y visión se posee el verdadero descanso. En cuanto

47. Cf. Ex 20, 8-10.
48. Cf. Ex 23, 10-11.
49. Cf. Gn 2, 2.
50. Cf. a este propósito lo que se dice en la Introducción general.
51. 1Co2,9.
52. 1 Co 2, 10.
53. Cf. Is 11, 2-3.

al día –o el año– quincuagésimo, que sobrepasa a los siete por siete y era venerable sobre todos los demás por su mayor solemnidad, indica el tiempo de la futura resurrección, en el que aquel descanso, del que ahora disfrutan las almas de los elegidos, aumentará por la gloria de los cuerpos que recibirán.

30. En este punto, hermanos míos, hay que considerar despacio que el Espíritu Santo, no solo concede a los justos el descanso perfecto en el futuro, sino también el máximo en la vida presente, ya que enciende sus mentes con el fuego de la caridad celestial. Porque dice el Apóstol: *Y la esperanza no engaña, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por obra del Espíritu Santo que nos ha sido dado*[54]. Y este es ciertamente el verdadero –mejor aún, el único descanso de las almas-: llenarse del amor a Dios, de la esperanza de la retribución eterna; despreciar la prosperidad de este mundo, lo mismo que las adversidades; extirpar de raíz fuera de uno mismo las ambiciones terrenas; renunciar a las concupiscencias del siglo; alegrarse de los insultos y persecuciones sufridos por Cristo; poder decir con el Apóstol: *Y nos gloriamos esperando la gloria de Dios. Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones*[55].

31. Porque se equivoca el que confía poder descansar en los deleites y la opulencia de las cosas de este mundo, ya que de una parte es dominado por las frecuentísimas perturbaciones de ese mismo mundo y de otra –en definitiva– por sí mismo, ya que ha puesto el fundamento de su descanso sobre arena[56]. Por el contrario, quienes llevados por el Espíritu Santo han tomado sobre sí el yugo suavísimo del amor al Señor y –a ejemplo de Él– han aprendido a ser man-

54. Rm 5, 5.
55. Rm 5, 2-3.
56. Cf. Mt 7, 26; Lc 6, 49.

sos y humildes de corazón[57], incluso al presente gozan de una cierta imagen del futuro descanso, mientras –a raíz de la tribulación provocada por los hombres mundanos– se alegran con toda el alma, al recordar el rostro oculto de su Creador, y tienen sed de contemplarle, diciéndose con el apóstol Juan: *Sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a Él porque le veremos tal cual es*[58].

32. Si deseamos llegar al premio de su visión, hermanos queridísimos, conviene que, acordándonos siempre de esta lectura evangélica, nos mostremos inmunes a los halagos del mundo, con el fin de poder ser dignos de recibir la gracia del Espíritu Santo, que el mundo no puede recibir. Amemos a Cristo y los mandamientos que de Él tenemos, aceptándolos; mantengámosles, perseverando en ellos. Porque ocurre por concesión justa que –al amarle a Él– merecemos ser más amados por el Padre, e incluso que Él se digna concedernos una mayor gracia de su amor en la otra vida. En efecto, cuando nosotros le amamos, Él nos concede ahora que –al creer– esperemos en Él, y entonces, que le contemplemos cara a cara[59] y se nos manifieste a sí mismo[60]: o sea, en la claridad que tuvo antes de que el mundo existiese en la presencia del Padre[61], con el que vive y reina, Dios en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

57. Cf. Mt 11, 29.
58. 1 Jn 3, 2.
59. Cf. 1 Co 13, 12.
60. Cf. Jn 14, 21.
61. Cf. Jn 17, 5.

HOMILÍA XVIII

Octava de Pentecostés

Jn 3, 1-16
PL 94, 197-202

1. Hermanos queridísimos: como habéis escuchado en la lectura del santo Evangelio, un varón principal entre los judíos vino a Jesús de noche, deseando aprender con más profundidad –en una conversación secreta con Él– los misterios de la fe, cuyos rudimentos había percibido de algún modo a partir de la clara manifestación de sus milagros. Este hombre, dado que se preocupó prudentemente de entender lo que veía que Jesús realizaba, mereció descubrir con exactitud lo que solicitaba del Señor.

2. *Rabbí* –dice–, *sabemos que eres un maestro enviado por Dios. Porque ninguno puede hacer los milagros que tú haces, si Dios no está con él*[1]. Confesó, por tanto, que Jesús había venido para dar al mundo una enseñanza celestial, entendió que Dios estaba con Él –como mostraban los milagros–, pero no conoció que era Dios en persona.

Ahora bien, dado que se dirigió al que había reconocido como maestro de la verdad para ser instruido por Él a fondo –perfectamente docto como era–, con razón penetró en el conocimiento de su Divinidad, con razón percibió los mis-

1. Jn 3, 2.

terios de sus dos nacimientos –a saber, el divino y el humano– y también los de su pasión y ascensión, así como aprendió incluso, por revelación del Señor, el misterio de su segunda generación[2], su ingreso en el reino celestial y otros muchos misterios de la doctrina evangélica.

3. Por su parte *Jesús respondió y le dijo: En verdad, en verdad te digo que quien no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios*[3]. Esta verdad está patente con tanta claridad a los ojos de todos los fieles, cuanto consta que sin esa convicción no pueden ser fieles. Porque ¿quién puede conseguir sin el bautismo la remisión de los pecados y entrar en el reino de los cielos?

Pero Nicodemo[4], que vino por la noche a Jesús, no podía captar los misterios de la luz. Porque, incluso la noche en la que vino, es un símbolo de la ignorancia en la que estaba sumido. En efecto, aún no estaba asociado al número de los que dice el Apóstol: *En otro tiempo fuisteis tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor*[5], sino que permanecía más bien entre aquellos de los que dice Isaías: *Levántate, Jerusalén, recibe tu luz; porque ha venido tu lumbrera y ha nacido sobre ti la gloria del Señor*[6].

4. Así pues, respondió al Señor y dijo: *¿Cómo puede nacer un hombre, siendo viejo? ¿Puede acaso entrar de nuevo en el seno de su madre y renacer?*[7] En efecto, dado que, a pesar de

2. Es decir, la que se obtiene por la fe en Cristo y el consiguiente bautismo.

3. Jn 3, 3.

4. Nicodemo –nombre griego, que significa: «triunfador del pueblo»– aparece repetidas veces y en diversos contextos en el evangelio de Juan –3, 1-21; 7, 50; 19, 39–, siempre relacionado con el seguimiento de Cristo. Noticias sobre él aparecen en el Talmud, en el que recibe el nombre de Naqdemon o Nakai. Según esas fuentes fue considerado adicto al cristianismo y expulsado de la sinagoga.

5. Ef 5, 8. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XI, 4 (CCL 36, 111-112).

6. Is 60, 1.

7. Jn 3, 4.

que desconocía el segundo nacimiento, seguía interesándose por su salvación, necesitaba saber con exactitud si era posible que se repitiera el nacimiento que él conocía, o de qué manera se podía cumplir esa regeneración. Lo preguntaba, no fuera a ser que no pudiera participar de la vida celestial, por permanecer ignorando la existencia de ese nuevo nacimiento.

Y debe advertirse que lo que dice de la generación carnal, eso mismo hay que pensar también de la espiritual[8]: es decir, que en ningún modo es posible repetirla, una vez que se haya consumado. Porque, si un hereje o cismático o pecador bautiza en el nombre de la Santísima Trinidad, no es posible que quien haya sido bautizado de esa manera sea rebautizado por buenos católicos, para que no dé la impresión de que se anula la confesión o la invocación de un nombre tan sublime[9].

5. Y, puesto que, al recibir la primera respuesta del Señor, Nicodemo pregunta con interés cómo hay que entenderla, merece ser ya instruido con más claridad y escuchar que ese segundo nacimiento no es carnal, sino espiritual. Porque *Jesús* le *respondió: En verdad, en verdad te digo, que quien no naciere de nuevo del agua y del Espíritu Santo no puede entrar en el reino de Dios*[10]. Al exponer a continuación el modo de ese nacimiento, dice para distinguirle completamente del carnal: *Lo que ha nacido de la carne, carne es y lo que ha nacido del Espíritu es espíritu*[11].

Por naturaleza el espíritu es invisible, la carne visible, y por consiguiente la generación carnal se regula visiblemente con un crecimiento que es visible: el que nace en la carne,

8. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XII, 2 (CCL 36, 120-121).

9. Esta praxis, que se siguió siempre en la Iglesia, sigue vigente. El bautismo no se repite, aunque se haya impartido por un ministro extraordinario o haya tenido lugar en el seno de una confesión cristiana, no unida a Roma. En este último caso se suple de ordinario con una ceremonia de admisión.

10. Jn 3, 5.

11. Jn 3, 6.

avanza por las distintas etapas de la edad. Por el contrario, la generación espiritual se produce toda ella de modo invisible.

6. En efecto, el que es bautizado parece ciertamente que baja a la fuente, parece que es sumergido en el agua, parece que sale del agua, pero apenas se puede apreciar lo que ocurre en este lavatorio regenerativo. Solo la piedad de los fieles aprecia que desciende a la fuente un pecador, pero asciende purificado; desciende un hijo de la muerte, pero asciende un hijo de la resurrección; desciende un hijo del pecado, pero asciende un hijo de la reconciliación; desciende un hijo de la ira, pero asciende un hijo de la misericordia; desciende un hijo del diablo, pero asciende un hijo de Dios. Solo la madre Iglesia sabe lo que engendra.

7. Por lo demás, a los ojos de los insensatos parece que uno sale de la fuente como ha entrado en ella, que todo lo que se hace es un juego. Por lo cual, al ver al final la gloria de los santos, exclamarán gimiendo en medio de tormentos: *Estos son los que en otro tiempo fueron el blanco de nuestros escarnios y proponíamos como un ejemplar de oprobio; ¿cómo*, pues, *son contados entre los hijos de Dios?*[12] También el apóstol Juan dice: *Queridísimos, ahora somos hijos de Dios y todavía no ha aparecido lo que seremos*[13]. Por tanto, lo que ha nacido del Espíritu es espíritu, porque lo que vuelve a nacer del agua y del espíritu de una manera invisible se transforma en un hombre nuevo, se convierte de carnal en espiritual[14]. Por esto, con razón este hombre es llamado no solo espiritual sino espíritu, porque como la sustancia del espíritu es invisible a nuestros ojos, así quien es renovado por la gracia de Dios de una manera invisible se hace espiritual e hijo de Dios, aunque aparezca visiblemente ante todos como carne e hijo de un hombre.

12. Sb 5, 3.5.
13. 1 Jn 3, 2.
14. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XII, 5 (CCL 36, 123).

8. *No te extrañes de que te haya dicho: os es preciso nacer de arriba. El Espíritu sopla donde quiere y escuchas su voz, pero no sabes de dónde sale o adónde va. Eso mismo sucede al que nace del Espíritu*[15].

El Espíritu sopla donde quiere, porque Él tiene en su poder a qué corazón iluminar con la gracia de su visita; *y escuchas su voz*, cuando en tu presencia habla el que está lleno del Espíritu Santo. *Pero no sabes de dónde sale o* adónde *va*, porque aunque en tu presencia el Espíritu llene a alguno por un tiempo, no puedes ver cómo ha entrado en él, o cómo vuelve, porque por naturaleza el espíritu es invisible. *Eso mismo sucede al que nace del Espíritu*. Porque, como el Espíritu actúa de una manera invisible, incluso ese comienza a ser lo que antes no era, de tal modo que los infieles desconocen de dónde viene y adónde va; esto es, que viene de la gracia de la regeneración a la adopción de los hijos de Dios y va hacia la percepción del reino de los cielos.

9. Cuando Nicodemo pregunta aún cómo puede ocurrir todo eso, el Señor continúa diciendo: *¿Tú eres maestro en Israel y no sabes esto?*[16], no por querer hacer una afrenta al que es llamado maestro –por más que sea un ignorante de los misterios celestiales–, sino para provocarle al camino de la humildad, sin la cual no puede encontrarse la puerta celestial[17].

10. *Si os he hablado de cosas de la tierra y no me creéis, ¿cómo me creeréis si os digo cosas del cielo?*[18] Les dijo cosas de la tierra –como hemos visto en una lectura anterior[19]–, cuando hablaba de la pasión y resurrección de su cuerpo que había asumido de la tierra, al decirles: *Destruid este templo, y en tres días lo levantaré*[20].

15. Jn 3, 7-8.
16. Jn 3, 10.
17. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XII, 6 (CCL 36, 123-124).
18. Jn 3, 12.
19. Cf. *supra Hom.*, II, 1.
20. Jn 2, 19. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XII, 8 (CCL 36, 125).

Y es verdad que no creían la palabra que les dijo, pero ni siquiera eran capaces de entenderla, porque no se refería a otra cosa que al templo de su cuerpo. Por tanto, quienes no comprendían al escuchar cosas de la tierra, ¡cuánto menos capacidad tenían para comprender las celestiales, es decir los misterios de su generación divina! Pero el Señor añade aún la instrucción en los misterios celestiales y terrenos, cuando ve a uno que entiende sabia y diligentemente las cosas que oye. Porque es celestial su ascensión a la vida eterna, pero terrena su exaltación a la muerte temporal.

11. A propósito de las cosas celestiales dice: *Y nadie* subió *al cielo, sino Aquel que ha descendido del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo*[21]. Y añade, a propósito de las terrenas: *Y como Moisés en el desierto levantó la serpiente de bronce, así es menester que el Hijo del Hombre sea levantado*[22]. Con razón uno se pregunta cómo se puede decir que el Hijo del Hombre, lo mismo que ha descendido del cielo, así también estaba en el cielo durante el tiempo en que decía estas cosas en la tierra. Porque es conocida la verdad de la fe católica: que al descender del cielo el Hijo de Dios, asumió en el vientre virginal a un hijo de hombre y le resucitó de entre los muertos y le subió al cielo, tras haber completado las etapas de su pasión[23].

12. Por tanto, la carne de Cristo no descendió del cielo, ni estaba en el cielo antes del tiempo de la ascensión. Pues entonces, ¿por qué razón se dice: *sino Aquel que ha descendido del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo*, si

21. Jn 3, 13.

22. Jn 3, 14.

23. Se puede decir que el Hijo de Dios ha muerto y que Jesús está a la derecha del Padre, gracias a lo que los teólogos llaman *communicatio idiomatum*. Puesto que en Cristo la Humanidad y la Divinidad se unen en una única persona, se puede decir de la Divinidad lo que pertenece propiamente a la Humanidad y viceversa. Cf. G. SIMONETTI, *o. c.*, 440.

no es porque hay una sola persona en Cristo, que existe en dos naturalezas? Por esto con razón es llamado Hijo del Hombre y que descendió del cielo y que antes de la pasión estaba en el cielo: porque lo que no pudo tener en su naturaleza humana, eso lo tuvo en el Hijo de Dios por el que fue asumido. Lo mismo que por la misma persona del único Cristo, que consta de dos naturalezas, dice el Apóstol: *El Espíritu Santo os ha constituido obispos para gobernar la Iglesia de Dios, que Él compró con su propia sangre*[24]. Porque Dios no tuvo en su propia sustancia, sino en el hombre que había asumido, la sangre que había de derramar por su Iglesia. También por eso dice el salmista: *Subió Dios entre voces jubilosas*[25]. Porque Dios –que en la naturaleza de su majestad está siempre presente en todas partes– ¿de qué manera habría podido ascender, si no hubiera sido en un hombre?

13. Pero hay que preguntarse incluso en qué sentido se ha dicho: *nadie subió al cielo, sino Aquel que ha descendido del Cielo*[26], siendo así que todos los elegidos confían en ascender al cielo, según la promesa que les ha hecho el Señor: que *donde estoy Yo, allí estará también el que me sirve*[27]. Y el nudo de esta cuestión lo resuelve un razonamiento clarísimo: a saber, que *el mediador entre Dios y los hombres es el hombre Jesucristo*[28], la cabeza de todos los elegidos, e igualmente todos los elegidos son miembros de la misma cabeza, como dice el Apóstol: *Y le ha constituido cabeza de toda la Iglesia*[29]. E insiste: *Porque vosotros sois cuerpo de Cristo y cada uno un miembro de él*[30]. Por tanto, *nadie subió al cielo, sino el que ha descendido del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo*. Nadie ascendió al cielo fuera de Cristo, en su cuerpo

24. Hch 20, 28.
25. Sal 47, 6.
26. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XII, 8-10 (CCL 36, 125-126).
27. Jn 12, 26.
28. 1 Tm 2, 5.
29. Ef 1, 22.
30. 1 Co 12, 27.

que es la Iglesia[31]. Él ciertamente ascendió por sí mismo en primer lugar ante la mirada de los apóstoles, sin duda eminentes miembros suyos, y desde ese momento asciende y se reúne cada día en sus miembros en el cielo.

14. Por eso es por lo que ese mismo cuerpo suyo, comprimido entre las adversidades del mundo presente, se gloría y dice: *Y ahora mi cabeza se levanta por encima de mis enemigos*[32], como si dijera abiertamente: «Espero que el que resucitó de entre los muertos al Cristo a quien los judíos mataron –es decir, a mi cabeza– y le elevó a los cielos, haciendo inútiles todas las asechanzas de los enemigos, me una a mi cabeza en el reino, liberándome a mí también de los peligros de este mundo». Porque *nadie subió al cielo, sino el que ha descendido del cielo*, todo aquel que desea subir al cielo, únase en una verdadera unidad de fe y de amor a Aquel que ha descendido del cielo, comprendiendo plenamente que no será capaz de subir al cielo de otra manera, sino por medio de quien descendió del cielo.

15. De ahí que en otro lugar Él mismo en persona dice: *Nadie viene al Padre, sino por mí*[33]. Por eso, lo que se le dijo a Nicodemo se les dice a todos los catecúmenos: que, renaciendo, aprendan a incorporarse a los miembros de Aquel por el que pueden ascender al reino de Dios. Y dado que la ascensión o el ingreso en el reino no se puede lograr sin fe y sin los sacramentos de la pasión del Señor, se añade con razón: *Y como Moisés en el desierto levantó la serpiente de bronce, así es menester que el Hijo del Hombre sea levantado, a fin de que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna*. Con un arte admirable de pedagogía celestial el Señor introduce la doctrina de la Ley mosaica en el sentido espiritual de la misma Ley, recordando

31. Cf. Col 1, 24.
32. Sal 27, 6.
33. Jn 14, 6.

la Historia antigua y explicando que esa historia ha ocurrido como símbolo de su pasión y de la salvación humana.

16. En efecto, narra el libro de los *Números* que, hastiado el pueblo de Israel en el desierto por el largo viaje y su dureza, murmuró contra el Señor y Moisés, y que por eso el Señor envió contra él serpientes de fuego. Y, cuando clamaron ante Moisés por las heridas y las muertes de muchos de ellos y éste rogó por ellos, el Señor le mandó fabricar una serpiente de bronce y mostrarla como señal. Dice: *Todo aquel que, tras ser mordido, la mire vivirá*[34]. Y así sucedió. Las mordeduras de las serpientes de fuego son los pecados y los incentivos de los vicios, que condenan a una muerte espiritual al alma a la que tocan[35].

17. Y con toda razón era exterminado el pueblo que murmuraba contra el Señor por las mordeduras de las serpientes, para que reconociera –en razón de esa plaga exterior– qué gran mal padecía por dentro, a causa de la murmuración. Y la elevación de la serpiente de bronce, a cuya vista curaban quienes habían sido mordidos, es la pasión de nuestro Redentor en la Cruz, en cuya fe está la única victoria posible sobre el reino de la muerte y el pecado.

Porque con razón están simbolizados por medio de las serpientes los pecados que arrastran a la muerte a la vez al alma y al cuerpo, no solo porque son de fuego, porque son virulentos, porque son difíciles de destruir, sino también porque nuestros primeros padres fueron convencidos por la serpiente para pecar[36] y, al pecar, se transformaron de inmortales en mortales.

18. Correctamente se representa por medio de la serpiente de bronce al Señor, que vino en apariencia de carne pe-

34. Nm 21, 8.
35. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XII, 11-12 (CCL 36, 126-127).
36. Cf. Gn 3, 1-13.

cadora[37], porque así como la serpiente de bronce tenía ciertamente una apariencia semejante a las serpientes de fuego, sin que tuviera en sus miembros el fuego del veneno nocivo, sino que más bien curaba desde su altura a los que habían sido mordidos por las serpientes, del mismo modo indudablemente el Redentor del género humano no asumió la carne del pecado, sino una forma semejante a la carne del pecado en la que, al sufrir muerte de Cruz, liberaría de todo pecado y de la misma muerte a los que creen en Él.

19. Por tanto, dice: *como Moisés levantó en el desierto la serpiente de bronce, así es menester que el Hijo del Hombre sea levantado*. Porque, así como los que miraban a la serpiente de bronce –levantada como señal– se curaban por un tiempo de la muerte temporal y de la dolencia provocada por la mordedura de la serpiente, así también los que contemplan creyendo, confesando e imitando con sinceridad el misterio de la pasión del Señor, se salvan para siempre de todo tipo de muerte que, al pecar, han contraído tanto en el alma como en el cuerpo.

Por eso se añade con razón: *Para que todo aquel que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna*[38]. Está claro el sentido de esta frase: porque el que cree en Cristo, no solo evita el castigo de las penas, sino que también consigue la vida eterna. Y entre el símbolo y la realidad la diferencia es esta: que por el primero se prolongaba la vida temporal, mientras que por esta se da la vida que permanecerá para siempre.

20. Pero hay que procurar cuidadosamente que lo que el entendimiento comprende con claridad se convierta en la correspondiente operación, a fin de que la confesión ortodoxa de nuestra fe –a través de una conducta piadosa y sobria– merezca alcanzar la perfección de la vida que se nos

37. Cf. Rm 8, 3.

38. Jn 3, 15.

ha prometido. Pero, puesto que se dice todo esto del Hijo del Hombre que fue capaz de ser levantado en la Cruz y padecer la muerte, para que Nicodemo no pensara que Aquel de quien cabía esperar la vida para siempre era simplemente un hijo de hombre, el Señor en persona se preocupó de revelarle el misterio de su Divinidad y de mostrarle que uno y el mismo –Hijo de Dios e hijo de hombre– era el Salvador del mundo.

21. Por eso continúa: *Porque Dios amó tanto al mundo que le entregó a su Hijo unigénito, a fin de que todo el que cree en Él no perezca sino que tenga la vida eterna*[39]. Aquí hay que notar que, al decir: *a fin de que todo el que cree en Él no perezca sino que tenga la vida eterna*, está afirmando del Hijo de Dios unigénito lo mismo que había asegurado antes del hijo de hombre levantado en la Cruz[40]. Porque realmente el mismo Redentor y Creador nuestro, el Hijo de Dios que existe antes del tiempo, se ha hecho hijo de hombre al llegar la plenitud de los tiempos, para que el que nos había creado –por el poder de su divinidad– para disfrutar de la felicidad de la vida eterna, ese mismo nos restaurara –a través de la fragilidad de nuestra humanidad–, de modo que recibiéramos la vida que habíamos perdido.

22. Por tanto, hermanos queridísimos, para compensar los beneficios divinos, tratemos de amar con todo el corazón, todo el alma, todas nuestras fuerzas a Dios Padre[41] que nos amó primero, hasta el punto de que no perdonó a su Hijo, sino que le entregó por todos nosotros[42].

Amemos al mismo Hijo que, teniendo la forma de Dios, para nuestra libertad y vida tomó la forma de siervo y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de Cruz[43] y, *que* –como

39. Jn 3, 16.
40. Cf. Jn 3, 14-15.
41. Cf. Mc 12, 30.
42. Cf. Rm 8, 32.
43. Cf. Flp 2, 6-8.

dice el apóstol Juan– *nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre*[44].

Amemos al Espíritu Santo, del mismo Padre y del Hijo, por cuya gracia hemos vuelto a nacer, con cuya unción hemos sido marcados[45] en el día de la Redención, que sopla donde quiere y –allí donde sopla– enciende de inmediato el fuego de ese mismo amor divino.

Creamos que el mismo Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios y Señor nuestro y *ensalcemos su nombre todos a una*[46] con la alabanza que es debida a quien tiene la gloria, el imperio y el poder antes de todos los siglos de los siglos. Amén.

44. Ap 1, 5.
45. Cf. Ef 1, 13; 1 Jn 2, 20.
46. Sal 34, 4.

HOMILÍA XIX

En la vigilia del nacimiento de san Juan Bautista

Lc 1, 5-17
PL 94, 202-210[1]

1. Antes de encarnarse, nuestro Señor y Redentor envió por delante muchos testigos y heraldos de sus disposiciones que, surgidos en diferentes momentos y en diferentes tribus del pueblo israelita, cantaran de antemano –profetizándolo, no con diverso contenido, sino siempre en el mismo sentido– el misterio de su encarnación. El último de ellos, y a modo de frontera de la Ley e imagen del evangelio y la verdad, apareció Juan, como atestigua el Señor cuando dice: *La Ley y los profetas han durado hasta Juan. Desde entonces, es anunciado el reino de Dios*[2].

De ahí que también fue tenido por más que un profeta[3], porque Juan señaló primero –profetizando que vendría– y luego mostró –señalándole cuando ya había venido– a Aquel que los demás simplemente habían anunciado desde lejos por medio de sus profecías[4].

2. Se afirma que Juan, en razón de una Providencia precisa, no solo nació de padres justos, sino de una antigua es-

1. En la edición de J.-P. Migne esta homilía se titula simplemente: «En la vigilia de san Juan Bautista».
2. Lc 16, 16.
3. Cf. Mt 11, 9.
4. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, II, 11, 9 (CCL 77, 79).

tirpe de pontífices. En efecto, como hemos escuchado en la lectura del Evangelio, *hubo un sacerdote llamado Zacarías, de la clase de Abías, cuya esposa, llamada Isabel, era del linaje de Aarón. Ambos eran justos a los ojos de Dios*[5]. Ciertamente nació de parientes justos, para estar en condiciones de dar con más seguridad mandatos de justicia a las gentes, en cuanto que él no los había aprendido como algo novedoso, sino que los mantenía como por derecho hereditario, al haberlos recibido de sus progenitores[6]. Nació de un linaje sacerdotal, para que el cambio de sacerdocio se pregonara de una manera tanto más fuerte, cuanto más evidente era que él –personalmente– pertenecía a la clase sacerdotal.

3. Efectivamente nuestro Redentor, al encarnarse, al tiempo que se dignó hacerse para nosotros rey –dándonos un reino celestial–, así también se convirtió a sí mismo en pontífice, ofreciendo a Dios una ofrenda en olor de suavidad[7]. Por eso está escrito: *Juró el Señor y no le pesará su juramento: tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec*[8]. Y Melquisedec[9], sacerdote del Dios Altísimo –como leemos–, presentando pan y vino a su señor, precedió en el tiempo al sacerdocio legal[10].

Y por eso se dice que nuestro Redentor es sacerdote según el orden de Melquisedec: porque, abolidas las víctimas legales, instituyó que se ofreciera en el Nuevo Testamento un tipo análogo de sacrificio en el misterio de su Cuerpo y de su Sangre.

4. Por tanto, ¿quién podía profetizar de una manera más congruente la abolición del sacerdocio legal y su sustitución

5. Lc 1, 5-6.

6. Cf. AMBROSIO, *Expositio evan. s. Lucam*, I, 15 (CCL 14, 14).

7. Cf. Ef 5, 2.

8. Sal 110, 4.

9. Los dos elementos de este nombre hebreo –malkî-zadaq– ponen en relación la realeza con el sacerdocio. Este consorcio aparece claro en el encuentro entre este personaje –rey de Salem y sacerdote del Dios altísimo– con Abrahán: cf. Gn 14, 18-20.

10. Cf. Gn 14, 18; Hb 7, 1.

por el sacerdocio evangélico, que el hijo de un sumo sacerdote de la antigua Ley? Aunque él personalmente podía pasar por ser un sumo sacerdote según la Ley, prefirió –instruido interiormente por la inmutable lógica de la Verdad– ser pregonero del nuevo sacerdote, a sucesor y heredero del antiguo; prefirió –adoctrinado en su espíritu– predicar a las gentes que acudían al desierto los misterios del Nuevo Testamento, a presidir para quienes venían a él en el templo aquel famosísimo oficio, propio de los tiempos del antiguo sacerdocio; puso por delante de las continuas ceremonias de los sacrificios, el hambre y la sed prolongadas en el desierto; pospuso las vestiduras tejidas en oro de los sacerdotes, a los pelos de camello y al cinturón de cuero[11].

5. ¿Para qué sirve todo esto, hermanos míos, sino para que aquel que con razón se había atribuido la autoridad de predicar una justicia superior, también personalmente mostrara que sin ninguna duda era pregonero y precursor de un pontificado superior, al dejar de lado el sacerdocio de su padre?

Pero, si vuestra comunidad está interesada en escuchar quién fue Abías –de cuya clase se dice que procedía la estirpe de Zacarías–, ese tal era sumo sacerdote en tiempos del rey David[12]. Porque, si bien –por orden del Señor– Moisés constituyó al principio un solo pontífice en la Ley –Aarón–, a la muerte de este recibió el don del sacerdocio su hijo Eleazar[13]. Y, cuando este también murió, le sucedió en el sacerdocio su hijo Finés[14]. Y así hasta el tiempo de David, durante alrededor de cuatrocientos setenta y cinco años –uno detrás de otro– hubo herederos del pontificado.

6. Pero, cuando David –a impulsos de un gran celo religioso– quiso construir un templo al Señor, aunque deseaba

11. Cf. Mc 1, 6.
12. Cf. 1 Cro 24, 10.
13. Cf. Ex 28, 1; Nm 3, 2-4; 20, 25-28; Dt 10, 6.
14. Cf. Jos 24, 33; Jc 20, 28.

que más bien fuera su hijo Salomón el que lo ejecutara, no por eso dejó de ocuparse de preparar con solicitud lo que convenía para la futura construcción y dignidad del susodicho templo[15]. De ahí que instituyera cantores[16] que al tiempo del sacrificio cada día entonaran salmos con música y que levantaran los ánimos del pueblo circunstante a la memoria y el amor de las cosas celestiales, no solo con la sublimidad de las palabras que se pronunciaban, sino con la suavidad de las melodías que se cantaban.

7. Y, a impulsos de su voluntad de que, al aumentar el culto y la magnificencia del templo, creciera también el decoro de su ministerio y el número de los ministros, convocó a todo el linaje de los hijos de Aarón[17] –es decir, a los descendientes de Eleazar y de Itamar– y los dividió en veinticuatro clases. De cada una de ellas eligió a un pontífice y ordenó a todos los demás de cada clase que desempañaran el oficio de un sacerdocio menor –que ahora se llama presbiterado–, con la idea de que cuando acabara la vida de uno de los pontífices, el que fuera tenido por más digno de su clase pasara a sucederle en el pontificado.

Es decir, ordenó esas clases de tal manera que cada uno de los pontífices –junto con los sacerdotes que les estaban subordinados– atendieran el ministerio del templo durante ocho días, esto es de sábado a sábado[18].

8. Y, a pesar de que todos eran iguales en el orden sacerdotal, uno de ellos –el que parecía más digno, sobresaliente por su especial dignidad y prestigio– recibía el nombre de sumo sacerdote. Y el orden que debía guardarse entre esas mismas clases se sorteaba en presencia del rey David y de los príncipes de las familias sacerdotales y levíticas.

15. Cf. 2 S 7, 4-13; 1 Cro 22, 1-10.

16. Cf. 1 Cro 23, 5.30-31.

17. Cf. 1 Cro 24, 1-19.

18. Cf. 2 Cro 23, 8.

Pues bien, en el sorteo de ese turno consta que el octavo lugar correspondió a la clase de Abías, de la que procedía Zacarías[19]. Y con razón el profeta del Nuevo Testamento, en el que se declara al mundo la gloria de la resurrección, nace en una familia a la que había correspondido el octavo puesto porque, de una parte nuestro Señor resucitó de los muertos el día después del sábado –que es el día octavo de la Creación–, y de otra a nosotros se nos promete ya ahora para el final la octava edad de la resurrección eterna –después de las seis edades de este mundo y la séptima–, la del descanso de las almas que tiene lugar en la otra vida.

9. *Y ambos eran justos a los ojos de Dios, guardando irreprensiblemente todos los mandamientos y leyes del Señor*[20]. Con frecuencia ocurre que, quienes a juicio de los hombres son tenidos ya por perfectos, a los ojos del juez imparcial tienen aún algo menos perfecto; y, al contrario, suele ocurrir que algunos –afanándose sin moderación por poner en práctica algunas virtudes–, mientras buscan agradar a Dios, sin darse cuenta escandalizan a quienes están cerca de ellos[21].

Los padres de san Juan son declarados libres de ambas reprensiones. Cuando se dice de ellos que *ambos eran justos*, enseguida se apostilla: *a los ojos de Dios*. Y cuando se añade, *guardando todos los mandamientos y leyes del Señor*, a continuación se completa: *irreprensiblemente*, que es como decir que se comportaban –en sus acciones lo mismo que en sus pensamientos– de un modo tan sabio, que agradaban, tanto a las miradas divinas en lo oculto, como al juicio exterior de los hombres, según aquello del Apóstol: *Pues atendemos a portarnos bien, no solo delante de Dios, sino también delante de los hombres*[22].

19. Cf. 1 Cro 24, 10.
20. Lc 1, 6.
21. Cf. Ambrosio, *Expositio evan. s. Lucam*, I, 18 (CCL 14, 15).
22. 2 Co 8, 21.

10. *Y no tenían hijos, porque Isabel era estéril y ambos de edad avanzada*[23]. La divina Providencia dispuso que Juan naciera de una madre estéril y cuando ambos progenitores eran de edad avanzada, a fin de que incluso por el milagro de su nacimiento quedara claro que el hombre que nacía sería un varón de una gran virtud en el que constara que –por haber desaparecido ya todo exceso de concupiscencia carnal– en la concepción de ese niño no había habido ninguna motivación de placer, sino que se había tenido en cuenta solo la gracia espiritual.

11. De ese mismo modo –de padres ancianos y de una madre largo tiempo estéril– nació Isaac, el hijo de la promesa[24], que –como tipo de nuestro Redentor– fue obediente a su padre hasta la muerte[25]; así los patriarcas Jacob[26] y José[27]; así Sansón, el más fuerte de los caudillos[28] y el eximio profeta Samuel[29]: todos tuvieron madres por mucho tiempo estériles de cuerpo, pero siempre fecundas en virtudes, con el fin de que se conociera la dignidad de sus hijos a través de lo milagroso de su nacimiento y se probara que serían sublimes a lo largo de su vida los que al principio de la misma habían estado por encima de las leyes de la condición humana.

12. Pero, lo que sigue: *Sucedió, pues, que ejerciendo él las funciones del sacerdocio por su turno, le cupo en suerte, según la costumbre que había entre los sacerdotes, entrar en el santuario del Señor a ofrecer incienso*[30], deja claro a todos que, al volver –según el turno establecido– la semana de la clase en la que él estaba implicado –por ser de la clase de Abías–, Zacarías entró en el templo para ejercer su ministerio. Pero, quizá para algunos queda oscuro lo que la Es-

23. Lc 1, 7.
24. Cf. Gn 18, 10.
25. Cf. Gn 22, 9; Flp 2, 8.
26. Cf. Gn 25, 20-21.
27. Cf. Gn 30, 22-24.
28. Cf. Jc 13, 2.24.
29. Cf. 1 S 1, 2.20.
30. Lc 1, 8-9.

critura parece silenciar: en qué tiempo del año ocurrió todo esto. A esos hay que advertirles que la Escritura no pasa por alto ni siquiera eso, sino que lo da a entender de una manera oculta cuando añade: *Y toda la muchedumbre del pueblo estaba orando fuera a la hora del incienso*[31].

13. Efectivamente, solo había una solemnidad en el año en la que, al penetrar el pontífice en el *sancta sanctorum* para orar, a ningún hombre le estaba permitido permanecer en el interior del templo, sino que a todos se les ordenaba que oraran fuera durante el tiempo de la oblación. Estos eran los estatutos de la solemnidad del décimo día, en el séptimo mes a partir de la Pascua, que se llamaba de la Propiciación o Expiación, porque una vez ofrecidas las víctimas en el altar del holocausto, su sangre se introducía como expiación en el *sancta sanctorum*. Y no solo se rociaba la sangre allí, sino que también se quemaba incienso[32], que es lo que en esta lectura se recuerda que hacía Zacarías.

14. Por tanto, es de esta solemnidad de la que dice Moisés: *En el mes séptimo, a los diez días del mes ayunaréis y no trabajaréis*[33]. *El pontífice purificará el santuario, la tienda de la reunión y el altar y también a los sacerdotes y a todo el pueblo y esto será para vosotros Ley eterna: que roguéis por los hijos de Israel y por todos sus pecados una vez al año*[34]. Y un poco antes, cuando enseña el rito de esa expiación, dice entre otras cosas: *No haya persona alguna en el tabernáculo desde que entre el pontífice en el santuario para rogar por sí mismo, por su casa y por toda la congregación de Israel, hasta que salga*[35]. Resulta largo describir los testimonios de la Escritura a pro-

31. Lc 1, 10.

32. Beda especifica el incienso de que habla el evangelio empleando el término *timiama*, posiblemente ramas de tomillo, mezcladas con algún otro arbusto.

33. Lv 16, 29.

34. Lv 16, 33-34.

35. Lv 16, 17.

pósito de cada una de las ceremonias de ese día, pero más largo aún exponer de modo suficiente cómo, una por una, se observan actualmente de una manera espiritual en la Iglesia.

15. De ahí que a este punto me parezca muy oportuno exponer a los oídos de vuestra comunidad qué conveniente ha sido la elección del momento en el que se anunció el nacimiento y la fuerza futura del precursor del Señor. El día décimo del séptimo mes se dedica a este acontecimiento tan sagrado, porque indudablemente se predecía que iba a nacer el que había de predicar el final de la observancia de la Ley y el inicio de la gracia evangélica, ya que se anunciaba el nacimiento de aquel que sería el primero de todos en mostrar que estaba a punto de venir, y que ya estaba presente, el Señor, el Salvador del que está escrito: *Porque el fin de la Ley es Cristo, para justificación de todo el que cree*[36].

16. En efecto, el cumplimiento de la Ley se simboliza perfectamente con el número siete, por el sábado, y con el diez, por el decálogo. Era este un día de propiciación y de expiación, en el que estaba mandado que todo el pueblo estuviera exento de trabajar y llorara y se mortificara a través de la oración y la abstinencia. Esto concuerda mucho con la vida y la predicación de san Juan, quien de una parte –libre de tareas humanas– se dedicaba en persona a asuntos y anhelos espirituales, y de otra enseñaba a las multitudes que acudían a él a abstenerse del pecado, a expiar por la penitencia y la fe, y a consagrarse a Cristo[37], porque estaba punto de llegar el momento de la propiciación divina en el que se abriría la entrada del reino celestial a todos aquellos que la buscaran con piedad.

17. En cuanto a que en ese día se mandara al pontífice y también a los sacerdotes y a todo el pueblo purificar el

36. Rm 10, 4.

37. Cf. Mt 3, 1-8.

santuario, el tabernáculo del testimonio y el altar, Juan en persona manifiesta quién es ese pontífice y cuál esa purificación cuando, al acudir Jesús a su bautismo, exclama diciendo: *He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo*[38]. Esta expiación está establecido que se celebre una vez al año porque, como dice el Apóstol: *Cristo ha sido una sola vez inmolado para quitar los pecados de muchos y aparecerá una segunda vez, no para expiar los pecados, sino para salud de los que le esperan*[39].

18. Por lo que respecta a que, al penetrar el pontífice en el santuario para orar, no estaba permitido a ningún hombre permanecer en el tabernáculo hasta que saliera, simboliza la debilidad de la santa Iglesia, que todavía no estaba en condiciones de sufrir por su fe. Eso se puso de manifiesto en los mismos apóstoles que, al comenzar la pasión del Señor, *todos huyeron, abandonándole*[40]. Y el pontífice salía, una vez acabada la purificación, para dar la posibilidad a otros de entrar en el tabernáculo porque, consumado el sacrificio de su pasión, Cristo se apareció a los discípulos y –tras haberles dado la gracia del Espíritu Santo– robusteció sus corazones, no solo para ofrecer a Dios sacrificios de obras y oraciones devotas, sino incluso el de su propia sangre.

19. Hemos expuesto ampliamente todo esto a propósito del modo de observar la fiesta legal, para que vuestra caridad reconozca con cuánta congruencia se ha iniciado en ella la proclamación de la nueva gracia, en la que estaban simbolizadas ya de modo multiforme la obra de la misma gracia y la Redención de todo el mundo.

20. *Entonces se apareció a Zacarías un ángel del Señor, puesto en pie a la derecha del altar del incienso*[41]. Hay que ad-

38. Jn 1, 29.
39. Hb 9, 28.
40. Mt 26, 56.
41. Lc 1, 11.

vertir que este ángel da testimonio de la gracia que había venido a anunciar, no solo por la fuerza de las palabras que pronuncia, sino también por las circunstancias de tiempo y lugar en que se apareció. Efectivamente, se apareció en el momento de la ofrenda del sacerdote, para señalar que anunciaba al verdadero y eterno pontífice, a la verdadera ofrenda que había de venir para la salvación del mundo. Estaba en pie junto al altar del incienso, para enseñar que venía como pregonero del Nuevo Testamento. Porque en el templo había dos altares[42], que simbolizan los dos Testamentos de la Iglesia.

21. El primer altar, el del holocausto, estaba cubierto de bronce y situado ante las puertas del templo[43] para ofrecer víctimas y sacrificios: simboliza a los adoradores carnales del Antiguo Testamento.

Después estaba el altar del incienso, cubierto de oro[44], situado ante la puerta del *sancta sanctorum*, para ofrecer el incienso: este designa la gracia más interior y más perfecta del Nuevo Testamento y sus ceremonias. El ángel estaba también situado a la derecha de ese altar, para mostrar que prometía, no gozos terrenales e inferiores, sino los de la bienaventuranza celestial y eterna que se suele representar con la derecha. Se los prometía sobre todo a aquellos hombres que son capaces, por la limpieza de su corazón, de hacerse a sí mismos altar dorado; de mantenerse con disposición perseverante cerca de la entrada al reino celestial; de mantener encendido por el fuego de su amor a Dios el aroma de sus oraciones; de decir con el profeta: *Suba mi oración como incienso hasta tu presencia*[45].

22. Respecto a lo que el ángel dice a Zacarías: *Porque tu oración ha sido escuchada y tu esposa, Isabel, te dará un hijo*[46],

42. Cf. Ex 27, 1; 30, 1.
43. Cf. Ex 27, 2; 1 R 8, 64; 2 Cro 8, 12.
44. Cf. Ex 30, 3.
45. Sal 141, 2.
46. Lc 1, 13.

no se debe pensar que el pontífice que había entrado a orar por el pueblo –cambiando súbitamente de parecer– había empezado a rogar por sus asuntos privados: concretamente por unos hijos, de cuya generación había perdido toda esperanza, porque entretanto se había convertido en un hombre viejo y decrépito, hasta el punto de que ni siquiera podía creer al ángel que le prometía que podía nacerle uno.

Por el contrario, hay que saber con toda certeza que rogaba por la salvación del pueblo, al que sabía vejado por la suma debilidad de los pecados y además oprimido por el dominio de un emperador extranjero.

De ahí que, a través del anuncio del ángel, fue consciente de que había sido escuchado por el Señor y supo de qué manera habría de venir la salvación que buscaba: es decir, que le nacería un hijo que –siendo un profeta y maestro eximio– convertiría al pueblo al camino de la verdad y a la esperanza de la salvación que debía merecer; y que inmediatamente después seguiría el Salvador en persona, quien daría al pueblo los dones del reino celestial.

23. *Y le pondrás por nombre Juan* –dice– *y será para ti objeto de gozo y de júbilo. Y muchos se regocijarán en su nacimiento*[47]. Es una gran señal de alabanza y de fuerza, cada vez que en las Escrituras Dios impone o cambia el nombre a los hombres. Por tanto, es justo que mande llamar Juan al precursor de nuestro Redentor. En efecto, Juan significa «gracia de Dios» o «aquel en el que está la gracia»[48], porque de una parte él mismo recibió –por encima de los demás santos– la gracia especial que preparaba su venida, y de otra vino a predicar la hasta entonces para el mundo inaudita gracia del acceso al cielo.

Así pues, el que vivió lleno de gracia y al mismo tiempo anunció a los demás la gracia de Dios, es razonable que selle

47. Lc 1, 13-14.
48. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 146).

incluso con su nombre el anuncio de la gracia y con razón se profetiza que muchos se alegrarán en su nacimiento, dado que él mostrará al mundo al autor de su regeneración.

24. *Porque ha de ser grande en la presencia del Señor*[49]. Debe advertirse que el ángel pronuncia para Juan las mismas palabras de alabanza que el evangelista utiliza para sus padres. Porque de aquellos se dice que eran justos a los ojos de Dios[50]; de éste, que es grande en la presencia del Señor. Y cuán grande es a los ojos de Dios, lo insinúa el Señor –el único que se la dio y conoce la grandeza de su virtud– cuando dice: *No ha salido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan Bautista*[51].

Pero, también el ángel expone a continuación la múltiple grandeza de Juan a los ojos de Dios, diciendo: *No beberá vino ni sidra y estará lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre. Y convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor Dios suyo*[52].

25. Ciertamente con esto que dijo –que se abstendría de vino y sidra: es decir, de todo lo que puede embriagar– sugirió con claridad que permanecería inmune a todos los vicios y tentaciones del mundo, que suelen quitar el dominio de la mente. Y con eso de que desde el vientre de su madre estaría lleno del Espíritu Santo recordó –e incluso mostró– que, cuando viniera al mundo, estaría adornado de los frutos de todo tipo de virtudes. Porque, ¿qué virtud podía faltarle durante su vida y convivencia entre los hombres a uno que, a pesar de haber sido concebido como hombre en la iniquidad[53], contra la costumbre de la condición humana su madre no le había dado a luz en la culpa de la prevaricación, sino en la gracia del perdón?

49. Lc 1, 15.
50. Cf. Lc 1, 6.
51. Mt 11, 11.
52. Lc 1, 15-16.
53. Cf. Sal 51, 5.

26. En efecto, no hay que dudar de que el Espíritu Santo, que le llenó, también le absolvió de todos los pecados. Consta, en efecto, la sentencia auténtica de los Padres: que la Ley no limita el don del Espíritu Santo. Y por eso, el mismo que santificó con su gracia a Cornelio y su casa antes de la recepción del bautismo[54], con toda certeza inundó con el don de la gracia a Juan –no solo antes de la circuncisión, sino antes de su nacimiento–, de tal modo que desempeñó el oficio de Precursor para el Señor, cuando aún estaba en gestación. No podía hacerlo todavía hablando, pero sí alegrándose, como atestigua el pasaje del santo Evangelio, al narrar que, cuando entró la santa Madre de Dios y saludó a Isabel, su hijo saltó de alegría en su seno[55].

27. Y en eso que afirma el ángel –que Juan convertirá al Señor Dios suyo a muchos de los hijos de Israel– anuncia con claridad qué grande será ante Dios aquel de quien declara que llevará una vida de un comportamiento irreprochable. Porque, ¿qué mejor modo de vida, más sublime y más grato a Dios, puede haber entre los hombres que el de aquellos que renuncian a los vicios, que aplican su alma al ejercicio de las virtudes e incluso se afanan por convertir a otros a la gracia de su Creador con una ascesis cotidiana y –mediante la frecuente conquista de almas para la fe– aumentar cada vez más la felicidad de la patria celestial?

28. *Y él mismo irá delante de Aquel con el espíritu y la virtud de Elías.* Se dice que Juan precederá al Señor con el espíritu y la virtud de Elías porque, como Elías precederá con gran fuerza de espíritu la segunda venida del Señor[56], así Juan, dotado de un poder no menor de espíritu, prepara la primera; como aquel será precursor del Juez, este se convirtió en precursor del Redentor.

54. Cf. Hch 10, 44-47.
55. Cf. Lc 1, 40-41.
56. Ver *supra Hom.*, I, 10, 8; I, 24, 13.

Y Juan precedió al Señor con el espíritu y virtud de Elías, no solo por el orden de su llegada, sino también por la semejanza de su doctrina porque, como añade el ángel a propósito de Juan, (éste ha venido): *para encaminar hacia los hijos los corazones de los padres y hacer que los incrédulos tengan los sentimientos de los justos*[57].

29. Del mismo modo también el Señor emitió a través del profeta una opinión análoga sobre la predicación de Elías, cuando dijo: *He aquí que yo os enviaré al profeta Elías, antes de que venga el día grande y tremendo del Señor y convierta el corazón de los padres hacia sus hijos y el corazón de los hijos hacia sus padres*[58]. Por tanto, la misión de ambos es una y la misma: a saber, infundir con su predicación en las mentes de los hijos la fe y la comprensión que tuvieron los padres.

Porque se llama «padres» y «justos» a los santos de la antigüedad, de quienes el Salvador dice a los discípulos: *Muchos profetas y hombres justos desearon ver lo que vosotros veis y no lo vieron*[59]. Y se llama «hijos» e «incrédulos» a los hombres que no creyeron en aquel tiempo en el que Elías predicara o Juan predicaba. Y Juan convirtió el corazón de los padres hacia los hijos, porque vertió en los hijos la sabiduría que tuvieron los padres que creían en Cristo y deseaban su encarnación, al enseñarles a creer y a alegrarse de que Cristo se hubiera encarnado.

30. Convirtió a los incrédulos a la prudencia de los justos, porque a todos aquellos que encontró que sin la fe de Cristo se jactaban vanamente en las obras de la Ley, les enseñó a creer en Cristo, a someterse con toda intensidad a su gracia y a imitar la prudencia de los justos que les habían precedido, porque estos últimos de una parte se habían esforzado

57. Lc 1, 17.
58. Ml 4, 5-6.
59. Mt 13, 17.

con toda diligencia por cumplir la Ley, y de otra habían aprendido a esperar la salvación en la gracia del Señor Jesús y no en la justicia de sus obras. De ahí que uno de ellos dice: *Y el justo vive de la fe*[60].

31. Por eso añade también claramente: *Para preparar al Señor un pueblo perfecto*[61]. Y esta hermosísima perfección del pueblo del Señor es, de una parte la que Juan preparaba en su tiempo por medio de su predicación, y de otra la que ahora el Señor en persona logra de un modo más amplio en la tierra con sus dones, cuando nosotros –instruidos por la palabra evangélica y empapados en sus misterios– aprendemos a tener la misma fe y el mismo amor que está comprobado tuvieron los antepasados, ilustrados por los preceptos de la Ley.

Esta es la gloria sublime de la santa Iglesia, cuando consta que quienes hemos entrado en ella suspiramos por la dicha de la paz eterna y –para merecer entrar en ella– nos esforzamos por llevar una vida sobrenatural en la tierra y cuando –siguiendo el ejemplo de los padres– nada bueno de lo que hacemos o sentimos lo achacamos a nuestros méritos, sino que entrevemos en todo la gracia de nuestro Creador.

32. De eso nos instruyen también los testimonios de los antepasados: de que *Él es Dios, Él nos ha hecho y no nosotros mismos*[62]. Es decir, no solo para que seamos hombres, sino para que seamos hombres santos y felices. Si nosotros seguimos siempre con corazón puro e infatigable este don de la gracia, que Él en persona, de acuerdo con las promesas hechas a esos mismos padres, perdone nuestras iniquidades; que Él en persona sacie nuestro deseo de hacer el bien; que Él en persona nos conceda la corona de la vida eterna, no por las obras de justicia que hayamos podido realizar por

60. Rm 1, 17; cf. Hb 2, 4; 10, 38; Ga 3, 11.

61. Lc 1, 17.

62. Sal 100, 3.

nosotros mismos, sino en la compasión y misericordia[63] que nos ha dado, Él que vive y reina en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén[64].

63. Cf. Sal 103, 3-5.

64. En este último párrafo seguimos la versión de J.-P. Migne que, de acuerdo con los manuscritos C y L, lee estos verbos en subjuntivo.

HOMILÍA XX

En el nacimiento de san Juan Bautista

Lc 1, 57-68
PL 94, 210-214

1. El nacimiento del Precursor del Señor, como muestra el relato digno de la máxima veneración que se ha leído en el Evangelio, resplandece por la sublimidad de sus milagros. Porque sin duda era necesario que, aquel que apareció como el más grande de los nacidos de mujer, sobresaliera por encima de los demás santos ya en el mismo momento de nacer por el esplendor de sus virtudes[1]. Sus padres –ancianos e infecundos durante largos años– se alegran con el don de un hijo tan preclaro y al mismo padre –a quien la incredulidad había dejado mudo[2]– se le abre la boca y se le suelta la lengua, para ensalzar al heraldo de la nueva gracia. Y no solo se le restituye la facultad de bendecir a Dios, sino que también se le aumenta la capacidad de profetizar sobre el niño.

2. Removidos por la fama del suceso, todos los vecinos se llenan de admiración y temor y los corazones de todos los que lo oyeron en los alrededores se preparan para la venida de un nuevo profeta. De ahí que con razón en todo el mundo la santa Iglesia –que celebra tantas victorias de los santos mártires que merecieron la entrada en el reino de los

1. Cf. Mt 11, 11; Lc 7, 28.

2. Cf. Lc 1, 20-22.

cielos– ha adoptado la costumbre de celebrar también el día de su nacimiento solo en este caso, aparte del Señor.

Hay que creer que esto se ha convertido en costumbre, no sin la autoridad del Evangelio; por el contrario, hay que traer a la memoria atentamente que, así como al nacer el Señor el ángel dice a los pastores: *He aquí que os anuncio una gran alegría que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy un Salvador, que es Cristo Señor*[3], así también el ángel –al anunciar que Juan va a nacer– dice a Zacarías: *Será para ti alegría y regocijo y muchos se alegrarán en su nacimiento, porque será grande en la presencia del Señor*[4].

3. Con razón se celebra el nacimiento de ambos con devoción firme, pero en el del primero –en cuanto es el nacimiento de Cristo, el Señor; en cuanto es el del Salvador del mundo; en cuanto es el del Hijo de Dios omnipotente; en cuanto es el del sol de justicia[5]– se anuncia como una alegría para todo el pueblo; en el del segundo –por cuanto es el nacimiento del Precursor del Señor, el del siervo del Dios eximio, el de la lámpara que arde y alumbra[6]– se recuerda que muchos se alegrarán.

De este último se dice que será grande en la presencia del Señor; de Aquel atestigua el profeta que *el Señor es grande y digno de toda alabanza, y su grandeza no tiene fin*[7]. Éste, prescindiendo de cualquier contacto con el pecado, se abstenía de todo lo que puede embriagar[8]; Aquel, que ha convivido con los pecadores, permaneció inmune a todo pecado.

4. Éste fue lleno del Espíritu Santo, cuando aún estaba en el seno de su madre; en Aquel *habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente*[9], porque por don de su Espíritu con-

3. Lc 2, 10-11.
4. Lc 1, 14-15.
5. Cf. Ml 4, 2.
6. Cf. Jn 5, 35.
7. Sal 145, 3.
8. Cf. Lc 1, 15; 7, 33.
9. Col 2, 9.

sagró en persona para sí mismo la sede del seno virginal en el que habría de encarnarse. Éste –predicando– durante su vida convirtió para el Señor a muchos hijos de Israel; Aquel –iluminándoles por dentro– no deja cada día de convertir a su fe a muchos de entre todas las naciones del orbe. Éste precede a Aquel con el espíritu y la fuerza de Elías[10], para –bautizándole en agua– enseñar a ser perfecto al pueblo con el fin de que le acogiera allí donde apareciera; le sucedió Aquel, con el espíritu y la verdad de Dios Padre, a fin de –bautizándole en el Espíritu Santo y en el fuego[11]– conceder a su pueblo ser perfecto para contemplar la faz de su Padre.

5. Al nacer Juan, felicitaban a su madre sus vecinos y parientes, porque el Señor en ella había dado pruebas magníficas de su misericordia[12]; pero, al nacer el Señor, felicitaban a la Iglesia *–porque ha llegado el tiempo de que el Señor tenga misericordia con ella*[13]– los espíritus angélicos, que son sus vecinos y parientes: es decir, los ciudadanos de la patria celestial que ella misma espera. Estos, que cantan también un himno a la gloria de Dios[14], fueron los primeros desde el cielo que advertían de lo que la Iglesia había de realizar en todo el orbe de la tierra.

6. Por tanto, con toda razón se celebra el nacimiento de aquel que con un poder de tal magnitud se acercaba a las obras del Señor. Con razón se celebra como solemnidad el nacimiento de aquel cuya vida es tan sublime, que cualquier cosa más excelsa que él no hay duda de que –por eso mismo– trasciende la naturaleza humana. De ahí que el Señor –cuando aseguró que no había nadie mayor que él entre los nacidos de mujer– se apresuró a decir: *Y el menor en el reino de los cielos es mayor que él*[15]. Aludía sin duda a sí

10. Cf. Lc 1, 17.
11. Cf. Mt 3, 11; Lc 3, 16.
12. Cf. Lc 1, 58.
13. Sal 102, 14.
14. Cf. Lc 2, 13-14.
15. Mt 11, 11.

mismo que es posterior al nacimiento de Juan, pero está más alto que él, en la cima del reino de los cielos. Y no está exento de misterio el hecho de que se recuerda que el nacimiento de Juan ocurrió cuando los días empiezan a acortarse y el del Señor, cuando comienzan a crecer. Efectivamente, el secreto de esta distancia lo revela el mismo Juan que, cuando las muchedumbres creyeron que él era el Cristo –por la grandeza de sus virtudes–, mientras algunos tenían al Señor, no por el Cristo, sino por un profeta –habida cuenta de su debilidad humana–, dijo: *Conviene que Él crezca y yo disminuya*[16].

7. En efecto, el Señor creció, porque para los fieles en todo el mundo resultó evidente que –el que era tenido por un profeta– era el Cristo. Decreció y disminuyó Juan, porque se aclaró que –el que era tenido por Cristo– realmente no era Cristo, sino uno que anunciaba a Cristo. Por tanto, es justo que comience a acortarse la luz del día una vez nacido Juan, cuya fama de ser Dios estaba a punto de desaparecer y cuyo bautismo acabaría en breve tiempo. Es justo también que, al nacer el Señor, el día que se había acortado vuelva a aumentar su luz, porque no hay duda de que ha aparecido Aquel que difundiría la luz de su conocimiento –que antes poseía exclusivamente la Judea, y eso solo en parte– a todos los pueblos y extendería el calor de su amor a toda la extensión del mundo.

8. Y hay que advertir que este mismo nacimiento de san Juan no deja de tener alguna semejanza con la llegada del Señor y la gracia que venía a predicar. Porque también resulta muy adecuado que Aquel de quien dieron testimonio todos los profetas y patriarcas anteriores con su nacimiento, su muerte, su vida o su predicación, sea señalado con mucha

16. Jn 3, 30.

más amplitud por su Precursor –que fue más que un profeta–, no solo a través de su vida y de su pasión, sino ya en su mismo nacimiento. Porque, ¿qué sentido tiene el hecho de que Juan haya nacido de padres ancianos, sino que al suyo seguiría inmediatamente el nacimiento de Aquel que, al declarar los dones espirituales del Nuevo Testamento, iba a enseñar que se debía ya poner fin a la observancia carnal de la Ley y al sacerdocio antiguo? Porque, lo que es antiguo y se hace viejo, está cerca de la muerte[17].

9. ¿Qué significa el hecho de que el precursor del Señor haya nacido de un padre mudo –es decir, de un príncipe de los sacerdotes de entonces–, sino que, al aparecer en persona el Señor, la lengua del sacerdocio antiguo –ya en gran parte alejada de la doctrina de sentido espiritual– había enmudecido, porque los escribas y peritos de la Ley solo se ocupaban y enseñaban la salvaguarda de la letra, e incluso –según lo que está probado que el Señor les reprocha repetidas veces en el evangelio– corrompían la misma letra en muchos pasajes por culpa de sus tradiciones[18]? Y ¿qué sentido tiene que nazca de una madre estéril, sino que la Ley –a la que se había ordenado dar a luz a Dios una estirpe espiritual con la ayuda del oficio sacerdotal– no conduce a nadie a ser perfecto[19], porque no hay duda de que no ha sido capaz de abrir las puertas del reino celestial a quienes la observaban?

Pero, concebido bajo la Ley[20], el mismo autor de la Ley la privó del oprobio de la esterilidad, porque mostró que debía ser entendida de un modo espiritual y enseñó que en ella se encontraba ya desde antiguo prefigurada –y por así decir concebida– la gracia de la felicidad eterna, que ahora luce con toda claridad en el evangelio.

17. Cf. Hb 8, 13.
18. Cf. Mt 15, 3; Mc 7, 7-8.
19. Cf. Hb 7, 19.
20. Cf. Ga 4, 4.

10. *Y ocurrió* –dice– *que en el día octavo vinieron a circuncidar al niño y querían llamarle con el nombre de su padre, Zacarías. Pero su madre tomó la palabra y dijo: No, se llamará Juan*[21]. Juan quiere decir «gracia de Dios» o «aquel en el que está la gracia»[22]. Con ese nombre se expresa, de una parte toda la gracia de la economía evangélica que Juan predicaba, y de otra especialmente al mismo Señor, por cuya mediación se concedió al mundo esa misma gracia. Por el contrario, los que pensaban que al niño había que ponerle el nombre de su padre Zacarías, en lugar de Juan, simbolizan a quienes, cuando el Señor proclamaba los nuevos dones de la gracia, quisieron que predicara más bien los habituales preceptos del antiguo sacerdocio.

11. De ahí que con razón el nombre de Zacarías se interpreta como «memoria del Señor»[23], porque evidentemente expresa el recuerdo de la observancia antigua que el Señor ciertamente concedió de un modo figurado. Por tanto, discutían sobre el nombre del profeta recién nacido, de una parte los que se habían reunido y preferían llamarle Zacarías, y de otra –por el contrario– la madre, de palabra, y el padre, por escrito, que insistían en que debía llamarse Juan.

Es verdad que ha habido algunos menos expertos en los misterios celestiales que, cuando comenzó a resplandecer el Evangelio, pensaban que aún debían observarse al mismo tiempo las leyes carnales del sacerdocio legal. A esos la misma doctrina de la Ley les confirma –como Isabel de viva voz a propósito del nombre de Juan– que están obligados a recibir la gracia de Cristo, diciendo por medio de Moisés, el promulgador de la Ley: *Vuestro Señor hará surgir un profeta de entre vuestros hermanos. Vosotros le escucharéis todo lo que dijere, como a mí mismo*[24].

21. Lc 1, 59-60.
22. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 146.155).
23. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 122.138).
24. Dt 18, 15; Hch 3, 22.

12. El mismo sacerdocio de la Ley con los símbolos silenciosos de sus ceremonias –como Zacarías con las figuras mudas de las letras–, da testimonio de la gracia que nace, porque se debe creer que no hay en absoluto ningún acto o dicho en todas las ceremonias del sacerdocio antiguo que no exprese la gracia del evangelio, si se le interpreta correctamente.

Por lo que respecta a que, una vez hecha esta declaración y por consiguiente confirmado el nombre de Juan, se abrió la boca de Zacarías y hablaba bendiciendo a Dios, es evidente que, después de que por medio de los apóstoles se manifestó la gracia del Nuevo Testamento, también un gran número de sacerdotes seguía la fe y, abandonada la incertidumbre nociva, se sometía devoto a confesar, alabar y predicar los dones de su Redentor.

13. Y ciertamente en el día de la circuncisión de Juan, cuando también recibió el nombre, *se apoderó el temor de todos los vecinos y en toda la montaña de Judea se contaban todos estos sucesos*[25]. También al tiempo de la resurrección del Señor, cuando –tras haber sido enviado el Espíritu desde lo alto– se dio a conocer al mundo la gloria de su nombre a través de los apóstoles, invadió de repente un temor sumamente saludable los corazones, no solo de los judíos que estaban cercanos –bien por la situación del lugar, o bien por su conocimiento de la Ley–, sino también de los pueblos extranjeros hasta los últimos confines de la tierra.

Y la fama de su virtud trascendió no solamente toda la montaña de Judea, sino también todas las cumbres del reino de este mundo y de la sabiduría humana hasta tal punto que –abandonada en todas partes la cultura de vida precedente– acudieron todos a recibir los sacramentos de la fe de Juan.

25. Lc 1, 65.

Pues con razón la circuncisión anuncia en imagen la resurrección del Señor, porque también esta tuvo lugar al octavo día, esto es el día después del sábado. Y como la primera solía liberar de la pena de la muerte perpetua, así la segunda, de una parte reveló en nuestro Creador la perfecta novedad de la vida inmortal, y de otra demostró que debíamos esperarla en nosotros.

14. Por lo que respecta a que entretanto Zacarías se llena del Espíritu Santo y pronuncia profecías sobre nuestro Redentor, a la vez que sobre nuestra redención, esto significa alegóricamente que muchos de la estirpe sacerdotal, que durante largo tiempo habían mantenido sus labios lejos de la confesión del Cristo, a partir de este momento –cuando recibieron la fe en Él– van a estar llenos de la fuerza del Espíritu Santo, elevados por el don de profecía y presentados a los pueblos para el ejercicio de su magisterio pastoral. Aunque la recepción del Espíritu y la profecía de Zacarías son lo mismo, sin embargo en sentido figurado conviene también creer esto: que entonces había llegado el momento en el que quedaría patente ante los fieles que todos los ritos y ceremonias del sacerdocio de la Ley rezumaban por dentro de ciencia espiritual y misterios proféticos y que daban testimonio a favor del mediador entre Dios y los hombres[26], el hombre Jesucristo, tanto de su condición humana, como de su Divinidad eterna. Por eso Él en persona afirma, al reprochar la dureza de los judíos: *Si creyerais en Moisés, creeríais en mí, pues de mí escribió él*[27].

15. Pero, escuchemos lo que dijo Zacarías, profetizando y bendiciendo a Dios: *Bendito el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo*[28]. En estas palabras hay que advertir ciertamente que el bienaventurado Zacarías

26. Cf. 1 Tm 2, 5.
27. Jn 5, 46.
28. Lc 1, 68.

contaba –como si hubiera ya sucedido– lo que con antelación, en espíritu, había visto que se había iniciado y estaba a punto de suceder, como es habitual en las profecías.

En efecto, al aparecer encarnado, el Señor nos ha visitado a nosotros que nos encontrábamos muy lejos de Él y a quienes se ha ocupado de buscar y perdonar, cuando yacíamos en el pecado. Nos ha visitado como un médico a los enfermos y nos ha dado un nuevo ejemplo de su humildad para sanar el arraigado vicio de nuestra soberbia. Consumó la redención de su pueblo Aquel que, al pagar el precio de su sangre, liberó a los que estábamos vendidos al pecado y asignados al servicio del enemigo antiguo. De ahí que con toda razón el Apóstol nos exhorte, diciendo: *Puesto que habéis sido comprados a un alto precio, dad gloria y llevad a Dios en vuestro cuerpo*[29].

16. Y le llama su pueblo, no porque a su llegada se encuentre a un pueblo que le pertenece, sino porque lo ha convertido en suyo al visitarle y redimirle. En efecto, hermanos míos, ¿queréis escuchar cómo lo encontró y cómo lo entregó? El fin de este cántico –que por ser conocido y al mismo tiempo denso me ha resultado demasiado largo exponerlo y explicarlo en su totalidad a vuestras caridades– lo anuncia claramente, cuando dice: *Nos ha visitado naciendo de lo alto, para iluminar a los que están sentados en tinieblas y sombras de muerte, para enderezar nuestros pies por el camino de la paz*[30].

Por tanto, nos encontró sentados en tinieblas y en las sombras de la muerte, esto es, oprimidos por la prolongada ceguera del pecado y la ignorancia, engañados por el fraude del enemigo antiguo y poseídos por el error. Pues con razón se llama al enemigo «muerte» y «mentira»[31], como por el

29. 1 Co 6, 20.
30. Lc 1, 78-79.
31. Cf. Jn 8, 44.

contrario al Señor se le llama «verdad» y «vida»[32]. Y nos ha traído la verdadera luz de su conocimiento, a la vez que nos ha abierto un camino seguro a la patria celestial, una vez desechadas las tinieblas del error. Ha dirigido los pasos de nuestras acciones, para que podamos entrar por el camino de la verdad que nos enseñó y penetrar en la mansión de la paz eterna que nos prometió.

17. Hermanos queridísimos, teniendo en nuestro poder estos dones de la suprema bondad, estas promesas de los bienes eternos, bendigamos también nosotros al Señor en todo momento[33], porque nos ha visitado y ha redimido a su pueblo. Esté siempre su alabanza en nuestros labios[34], mantengamos su recuerdo y anunciémonos unos a otros las virtudes del *que nos ha llamado de las tinieblas a su admirable luz*[35]. Pidamos de continuo su ayuda, con el fin de que Él mismo mantenga la luz de la ciencia que nos ha otorgado y nos conduzca hasta el día de la perfección. Y, para que seamos dignos de ser escuchados, rechacemos nosotros mismos al rezar las obras de las tinieblas y revistámonos con las armas de la luz[36]. Porque, rezando así, enseguida recibimos lo que deseamos, ya que sin duda la fuerza de un comportamiento piadoso apoya las palabras de una oración devota.

18. Y, ya que hoy celebramos el nacimiento del santo precursor, conviene que busquemos como intercesor de nuestra oración al que recibimos como heraldo de la salvación eterna. Por tanto, roguemos que, gracias a su intercesión, consiga que merezcamos alcanzar aquella luz, vida y verdad[37] de la que él dio testimonio, Jesucristo, Dios y Señor nuestro, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

32. Cf. Jn 14, 6.
33. Cf. Sal 34, 1.
34. Cf. *Ibidem.*
35. 1 P 2, 9.
36. Cf. Rm 13, 12.
37. Cf. Jn 14, 6.

HOMILÍA XXI

Santos Juan y Pablo[1]

Mt 20, 20-23
PL 94, 228-223

1. El Señor, Creador y Redentor nuestro, que desea curar las heridas de nuestra soberbia, y Él mismo –*existiendo en la forma de Dios*, una vez asumida la forma de hombre– *se humilló hecho obediente hasta la muerte*[2], también nos recomendó emprender el camino de la humildad, si queremos alcanzar la cima de la verdadera grandeza, si deseamos contemplar la verdadera vida. Y nos mandó llevar con paciencia

1. Dejamos el título que aparece en CC, si bien con muchas reticencias. En la edición de J.-P. Migne esta homilía se titula: En el natalicio de Santiago apóstol y se pone en relación con Mc 10. La anotación de los mejores manuscritos (S P L) en el sentido de que esta homilía se debe leer (o pronunciar) en el día del nacimiento de Santiago Apóstol es un indicio claro –corroborado por el texto mismo– de que el título debería ser más bien «Santos Juan y Santiago». Concretamente S la titula: *Homelia eiusdem lectionis dicenda in natale Sancti Iacobi Apostoli*. De otra parte, es verdad que en el canon romano aparecen los santos Juan y Pablo, dignatarios de la corte que, según una *Passio* del s. VI a ellos dedicada, fueron martirizados por orden de Juliano el Apóstata (361-363). Fuera de ese contexto no se encuentra en la tradición el binomio «Juan y Pablo». Se entiende, por tanto, que en la traducción de Martin L. T. and Hurst D. esta homilía se titule: *Saints John and Paul (or St James)*.

2. Flp 2, 6-8.

las adversidades del mundo presente, e incluso la misma muerte. Nos prometió los dones de la gloria, pero hizo que antes les precedieran los combates de la lucha. Al hacernos la promesa, dijo: *Vuestro premio será abundante y seréis hijos del Altísimo*, pero en tono imperativo anunció: *Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperanza de remuneración*[3].

2. Así pues, promete premios a los elegidos, para de ese modo mostrar de antemano los méritos que los merecen; y concede la vida eterna, para determinar que se debe llegar a ella a través de una puerta estrecha y por un camino angosto. Por eso dice: *Esforzaos en entrar por la puerta angosta*[4]. En efecto, es necesario un esfuerzo no pequeño, si alguien quiere subir a una cima alta. Y, si subimos a las cumbres de los montes con tanto sudor, cuán necesario es que intentemos merecer tener nuestra conversación en los cielos[5] y descansar en el monte alto del Señor, del que el salmista pronuncia cantos de alabanza[6]. De ahí también que en la lectura del evangelio de hoy, cuando los hijos del Zebedeo piden al Señor los tronos del reino, enseguida les conmina a beber su cáliz –esto es, a imitar el combate de su pasión–, para recordarles que no debían buscar la cumbre de los cielos, sino por medio de los sucesos viles y duros de la tierra.

3. La lectura dice: *Se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose para pedirle algo. Díjole Él: ¿Qué quieres? Ella le contestó: Di que estos dos hijos míos se sienten uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu reino*[7]. Y nadie piense que la madre pidió esto para los hijos sin el consentimiento y el deseo de éstos, sino más bien entienda que esto fue decidido de común acuerdo, para que

3. Lc 6, 35.
4. Lc 13, 24.
5. Cf. Flp 3, 20.
6. Cf. Sal 15, 1.
7. Mt 20, 20-21.

de esa manera los discípulos pudieran expresar a Jesús su deseo por medio de su madre, a quien sabían que el Señor amaba especialmente.

4. Por eso, al narrar esta escena, el evangelista Marcos –silenciando la intervención de la madre– menciona solamente la de los discípulos, cuyo deseo íntimo conocía, y dice: *Se le acercaron Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, diciéndole: Maestro, queremos que nos hagas lo que vamos a pedirte. Díjoles Él: ¿Qué queréis que os haga? Ellos le respondieron: Que nos sentemos el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda en tu gloria*[8]. Así pues, el evangelista narra que se acercaron al Señor y le rogaron solo ellos, cuya voluntad considera más eficaz a la hora de pedir, y cuya madre sabía que les había aconsejado vivamente que lo pidieran. Efectivamente hay que pensar que la razón que incitó, bien el afecto femenino propio de una madre[9], bien los ánimos todavía humanos de los discípulos, fue sobre todo esta: se acordaron de la palabra del Señor que dice que *cuando el Hijo el Hombre se siente en el trono de su majestad, también vosotros os sentaréis sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel*[10], y sabían que el Señor les amaba especialmente entre los discípulos, que ellos –junto con Pedro– habían sido hechos sabedores con frecuencia de secretos que los demás ignoraban, como indica repetidas veces el texto del santo evangelio.

5. Por eso, de aquí viene el hecho de que –como a Pedro– Jesús les haya impuesto otro nombre, de manera que, como el que antes se llamaba Simón recibió el apelativo de Pedro, por la fortaleza y la estabilidad de su fe inexpugnable[11], así también estos se llamaron Boanerges, es decir «hijos del true-

8. Mc 10, 35-37.
9. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, III, 20, 20-21 (CCL 77, 177).
10. Mt 19, 28.
11. Cf. Mc 3, 16.

no»[12], porque de una parte habían escuchado, a la vez que Pedro, la voz glorificada del Padre sobre el Señor[13], y de otra conocían más misterios arcanos que los demás discípulos. Además –y esto estaba muy en relación con este asunto–, ellos sentían que estaban unidos al Señor con corazón sincero y que Él les acogía con enorme cariño. Por eso no desconfiaban de que pudiera ocurrir que ellos en persona estuvieran sentados más cerca de Él en el reino, sobre todo cuando veían que Juan –por la singular pureza de alma y de cuerpo– era distinguido con tanto amor que descansaba en el regazo del Señor durante la cena[14].

6. Mas, escuchemos lo que respondió a quienes buscaban la dignidad de los tronos el que conoce los méritos y distribuye los tronos. El texto dice: *Respondiendo Jesús, dijo: No sabéis lo que pedís*[15]. Efectivamente, no sabían lo que pedían quienes pensaban que en el reino de la patria celestial cualquiera iba a sentarse a la izquierda de Cristo, cuando se lee que en aquel discernimiento del juicio final todos los elegidos serán colocados a la derecha del máximo Rey y Juez[16].

Ciertamente en aquella vida no hay nada situado a la izquierda[17], la felicidad eterna no tiene nada reprobable, la paz para siempre no admite nada caduco. La vida presente de la santa Iglesia se interpreta como la izquierda de Cristo, cuando se aprovecha para el bien. De ahí que está escrito: *Lleva en su diestra la longevidad y en su siniestra la riqueza y los honores*[18].

12. Cf. Mc 3, 17.
13. Cf. Mt 17, 5.
14. Cf. Jn 13, 23. El empleo del imperfecto, tanto de indicativo como de subjuntivo, en esta frase parece indicar que Beda alude a una acción iterativa, índice de la intimidad de Juan con Jesús, aún antes de que se celebrara la última cena.
15. Mt 20, 22.
16. Cf. Mt 25, 33.
17. El término utilizado –*sinistrum*–, tiene sobre todo un sentido moral: malo, pecaminoso.
18. Pr 3, 16.

7. Ciertamente en su diestra está la longevidad, es decir la sabiduría de nuestro Redentor, porque en aquella patria de la morada celestial, se da a los elegidos –tanto a los ángeles, como a los hombres– una luz sin defecto. Y en su siniestra la riqueza y la gloria, porque también en el exilio de esta peregrinación nos alimentamos con la riqueza de las virtudes y la gloria de la fe, hasta que lleguemos a la eternidad. De esa gloria precisamente dice el Apóstol: *Y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios. Y no solo esto, sino que nos gloriamos hasta en las tribulaciones*[19]. Asimismo dice de esa riqueza: *Porque en Él habéis sido enriquecidos en todo: en toda palabra y en todo conocimiento*[20].

8. No sabían lo que pedían, porque pretendían –juzgando a lo humano– poder elegir de antemano cada uno el lugar que ocuparía en el futuro, el premio que recibiría, y no rogaban más bien al Señor ser capaces de conducir hasta una meta segura –a base de merecerlas– la fe y la gloria de la esperanza que tenían, ya que Él retribuiría con un premio inestimable todo el bien que pudieran hacer. Y esta piadosa sencillez suya es ciertamente digna de alabanza, porque pedían, con la confianza de un corazón piadoso, sentarse en el Reino junto al Señor. Pero con mucha más razón será alabada la prudente humildad de quien, consciente de su propia fragilidad, exclamaba: *Prefiero estar a la puerta en la casa de Dios a habitar en las mansiones de los pecadores*[21]. No sabían lo que pedían quienes solicitaban del Señor la gloria de los premios, más que la perfección de sus obras.

9. Pero el Maestro divino, a la vez que les sugería qué debían buscar en primer lugar, les devuelve al camino del esfuerzo, a través del cual estarían en condiciones de alcanzar el premio de la retribución. Les dice: *¿Podéis beber el*

19. Rm 5, 2-3.
20. 1 Co 1, 5.
21. Sal 84, 11.

cáliz que yo tengo que beber?[22] Llama efectivamente su cáliz a la amargura del sufrimiento, a la que con frecuencia somete a los justos la crueldad de los infieles. Porque, todo aquel que la soporta humilde, paciente y alegremente por Cristo, por eso mismo reinará en los cielos. Por tanto, puesto que los hijos de Zebedeo deseaban sentarse con Él, les amonesta a que en primer lugar sigan como ejemplo su pasión y así –al final– logren la cumbre de la majestad a la que aspiran. El Apóstol enseña que todos los fieles deben seguir este orden de vida, cuando dice: *Porque si hemos sido injertados en Él por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección*[23].

10. *Dijéronle: Podemos*[24]. Es cierto que exponían ante el Señor con sencillez su actitud devota, tal y como era en ese momento, cuando aseguraban que podían beber su cáliz, pero poco después daban muestras patentes de cuán débiles eran aún, cuando al llegar la hora en la que el Señor bebiera ese mismo cáliz, ellos junto con los demás discípulos *abandonándole, huyeron*[25]. Pero ese mismo miedo a beber el cáliz no oprimió su corazón mucho tiempo, sino que más bien, por el contrario, los que huyeron ante la pasión del Señor, una vez resucitado, volvieron enseguida, y los que habían temblado durante el torbellino terrorífico de la pasión, al brillar el triunfo de su resurrección, se arrepintieron. Y sobre todo, una vez recibida la gracia del Espíritu, en lo sucesivo mantenían su corazón firme para beber el cáliz del Señor, porque comenzaron a sufrir y morir por Él, ya invencibles, dado que se había cumplido su promesa por la que les dijo que beberían su cáliz.

11. En efecto, sigue: *Él les respondió: Ciertamente beberéis mi cáliz*. Y continúa: *Pero sentarse a mi diestra o a mi siniestra*

22. Mt 20, 22.
23. Rm 6, 5.
24. Mt 20, 22.
25. Mt 26, 56.

no me toca a mí otorgároslo; es para aquellos para quienes está dispuesto por mi Padre[26]. Se sienta a la derecha del Salvador quien en la felicidad celestial se alegra con su contemplación. Se sienta a la izquierda quien en esta peregrinación está al frente de su santa Iglesia con potestad sacerdotal.

Ahora bien, hay que observar cuidadosamente cómo es que el Maestro veraz puede decir a los discípulos que se lo piden: *no me toca a mí otorgároslo; es para aquellos para quienes está dispuesto por mi Padre*, siendo así que en otro lugar dice Él mismo: *Todo me ha sido entregado por mi Padre*[27], y por tanto consta que todos los dones que el Padre haga o prepare para los fieles, el Hijo los prepara o los da junto con Él.

12. Porque, también hablando del Padre, repite el Señor: *Porque lo que el Padre hace, lo hace igualmente el Hijo*[28]. Por tanto, si todo lo que hace el Padre, lo hace igualmente el Hijo, ¿cómo es que dice el Hijo *no me toca a mí otorgároslo; es para aquellos para quienes está dispuesto por mi Padre*, si no es porque el mismo Hijo es a la vez Dios y hombre? Por tanto, en su Evangelio habla unas veces con la voz de la divina majestad, por la que es igual al Padre, y otras con la voz de la Humanidad que ha asumido, por la que se ha hecho igual a nosotros. Y en esta lectura habla de un modo especial con la naturaleza del hombre que ha asumido, porque iba a mostrar a los hombres el camino de la humildad.

13. En efecto, cuando al principio se llega hasta Él la madre con los hijos para hacerle una petición, le preguntó qué quería, interrogándola como un hombre, como si ignorara las cosas ocultas, como si no conociera el futuro, Él que en la eternidad del poder divino lo conoce todo antes de que suceda. Y teniendo en cuenta que ella, al pedir para sus hijos el trono de la derecha y la izquierda, pone por delante en sus ruegos

26. Mt 20, 23.
27. Mt 11, 27.
28. Jn 5, 19.

el pensamiento en su Humanidad más que en su Divinidad, Aquel que en su hábito corporal tuvo derecha e izquierda, pero en su divina majestad no está compuesto de miembros corporales, puso en primer lugar –callándose la gloria de su Divinidad impasible– la memoria de la pasión, que estaba a punto de sufrir en cuanto hombre. Y se la propuso a los discípulos para que la imitaran, cuando confirmó la piadosa disposición de estos con su propio testimonio, al decirles: *Ciertamente beberéis mi cáliz*, añadiendo lógicamente: *Pero sentarse a mi diestra o a mi siniestra no me toca a mí otorgároslo; es para aquellos para quienes está dispuesto por mi Padre*. Es como si dijera abiertamente: «Vosotros, con vuestra pasión, seguiréis ciertamente la que sufro en mi carne; pero, según esa misma sustancia de fragilidad humana, no me compete a mi otorgaros los bienes de los dones celestiales.

Esos están preparados por el Padre para todos aquellos que son dignos de recibirlos, si bien es verdad que Yo los preparo y los otorgo junto con Él en la misma Divinidad, porque todo lo que Él hace, Yo mismo también lo hago igualmente por la unidad del poder divino».

14. Y, dado que estos mismos hijos de Zebedeo tenían el ánimo dispuesto a beber el cáliz del Señor, consta que efectivamente ellos, junto con los demás apóstoles, lograron la dignidad de los tronos que pedían. No ciertamente por ese orden que buscaban –sentarse en el reino uno a su derecha y el otro a su izquierda–, sino de acuerdo con el que hemos expuesto más arriba: ambos merecieron sentarse primero a su izquierda, por un tiempo, y ambos ahora a su derecha, para siempre.

En efecto, se sentaban a la izquierda de Cristo cuando en esta vida presidían a los pueblos de los fieles que debían gobernar con derecho apostólico, naturalmente en el reino del que Él mismo afirma: *El Reino de Dios está dentro de vosotros*[29].

29. Lc 17, 21.

Ahora se sientan a su derecha en aquella vida que no conoce la muerte, como jueces del mundo, junto con Aquel mismo Hijo que, a una con el Padre, les ha preparado ambas sedes. Porque no se puede separar la concesión de los dones en aquellos en quienes siempre permanece inseparable la unidad de su naturaleza. Eso atestigua el Hijo, cuando afirma: *Yo y el Padre somos una sola cosa*[30].

15. Y no debemos pasar por alto, sin considerarlo, el modo como el Señor dijo de una manera indiferenciada a los hijos de Zebedeo que beberían su cáliz, cuando sabemos que uno de ellos, concretamente Santiago, acabó su vida derramando su sangre, mientras el otro –es decir, Juan– descansó en la paz de la Iglesia. En efecto, a propósito del martirio de Santiago está demostrado claramente en Lucas que *el rey Herodes se apoderó de algunos de la Iglesia para atormentarlos. Y dio muerte a Santiago, hermano de Juan, por la espada*[31]. De su martirio también la *Historia eclesiástica* refiere algún suceso digno de recordar. Dice: *Dado que aquel que le había presentado –esto es, a Santiago– al juez para su martirio, removido, confesó que también él era cristiano, fueron conducidos al suplicio ambos a la vez. Y en el camino, cuando eran conducidos, rogó a Santiago que le perdonara. Y él, después de pensarlo un poco, le dijo: «La paz sea contigo», y le besó. Y así ambos fueron castigados a la vez con la pena capital*[32].

16. En cuanto a Juan, narran con certeza historias verídicas que, cuando fue consciente de que había llegado el día de su muerte, tras convocar a los discípulos en Éfeso, dando testimonio de Cristo por medio de muchos portentos visibles, descendió al lugar cavado para su sepultura y, tras hacer oración, fue depositado junto a sus padres, tan ajeno al dolor

30. Jn 10, 30.
31. Hch 12, 1-2.
32. RUFINO, *Historia eclesiástica*, IX, 125, 19-24.

de la muerte, como se encuentra alejado de la corrupción de la carne[33]. ¿Cómo se dice, pues, que bebió el cáliz del Señor uno de quien consta que no salió de su cuerpo mediante una muerte violenta, si no es porque ese cáliz se bebe de dos modos: uno, cuando se recibe con paciencia la muerte infligida por un perseguidor, y otro cuando el alma se encuentra dispuesta a padecer, cuando se lleva una vida digna del martirio?

17. Porque también Juan demostró en qué medida estaba dispuesto a beber por el Señor el cáliz de la muerte, cuando sufría con ánimo alegre –junto con los demás apóstoles, como leemos en los Hechos de los mismos[34]– cárcel y golpes; cuando por la palabra de Dios y por su testimonio sobre Jesús, fue condenado al exilio en la isla de Patmos[35]; cuando –como narra la *Historia eclesiástica*– fue arrojado por el emperador Domiciano a una caldera de aceite hirviendo del que sin embargo, con la ayuda del Señor, salió tan ileso y limpio como había sido castísimo de mente y de conducta; lo mismo que en el destierro, por gracia del mismo Señor, cuanto más parecía estar privado de alivio humano, tanto más mereció ser consolado por el trato frecuente con los habitantes del cielo[36]. De ahí que se entiende que él también bebió en verdad el cáliz del Señor lo mismo que su hermano Santiago, que fue matado con la espada, porque el que ha soportado tantas cosas por la verdad demuestra que también habría recibido sin dudar la muerte, si se le hubiera presentado la ocasión.

18. Pero también nosotros, hermanos queridísimos, aunque no suframos nada semejante, si bien es verdad que no aguantamos por la justicia ni cadenas, ni golpes, ni cárceles, ni torturas corporales, ni persecución alguna por parte de

33. Cf. *supra Hom.*, I, 9, 13.
34. Cf. Hch 4, 3; 5, 18. 40-41.
35. Cf. Ap 1, 9.
36. Cf. *supra Hom.*, I, 9, 12.

los hombres[37], sin embargo podemos beber el cáliz del Salvador[38] y obtener la palma del martirio, si procuramos castigar nuestro cuerpo y someterle a servidumbre[39], si nos acostumbramos a suplicar al Señor en espíritu de humildad y con ánimo contrito[40], si nos esforzamos por aceptar con ánimo sereno las ofensas que nos infiere el prójimo, si es para nosotros un gozo amar incluso a aquellos que nos odian, que nos injurian, hacerles el bien[41], rezar por su vida y salvación, si nos esforzamos por adornarnos con la virtud de la paciencia y los frutos de las buenas obras.

19. Porque, si nos comportamos así y mostramos nuestros cuerpos –siguiendo la recomendación del Apóstol– como una hostia viva, santa, agradable a Dios[42], por la misericordia divina Él proveerá para que seamos premiados con una gloria igual a la de quienes entregaron sus miembros a la muerte por el Señor, porque nuestra vida se hace preciosa a los ojos de Dios, como la muerte de aquellos[43]. Y, una vez rotos los vínculos de la carne, también nosotros mereceremos penetrar en los atrios de la ciudad celestial y rendir acciones de gracias entre los coros de los santos mártires a nuestro Redentor, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

37. Cf. Mt 5, 10.
38. Cf. Sal 116, 13.
39. Cf. 1 Co 9, 27. Esta expresión tiene un valor simbólico, si se tiene en cuenta que durante los tres primeros siglos de la Historia de la Iglesia el martirio era el único título de santidad reconocido.
40. Cf. Dn 3, 39.
41. Cf. Mt 5, 44.
42. Cf. Rm 12, 1.
43. Cf. Sal 116, 15.

HOMILÍA XXII

Santos Pedro y Pablo[1]

Jn 21, 15-19
PL 94, 214-219

1. La lectura del santo evangelio de hoy nos recomienda la virtud de la perfecta caridad. En efecto, la caridad perfecta es aquella por la que se nos manda amar al Señor con todo el corazón, toda el alma, todas las fuerzas, y al prójimo como a nosotros mismos[2]. Y ningún amor de estos puede ser perfecto sin el otro porque, ni Dios puede ser amado verdaderamente sin el prójimo, ni el prójimo sin Dios. De ahí que el Señor, todas las veces que preguntó a Pedro si le amaba, y Pedro le respondió poniéndole por testigo que le quería, añadió cada vez como conclusión: *apacienta a mis ovejas* o *apacienta a mis corderos*[3], como si quisiera decir claramente: «esta es la única y auténtica prueba del amor a Dios: si te esfuerzas por cuidar a tus hermanos con solícito esmero». Porque, el que descuida impartir a su hermano la dedicación piadosa de que es capaz, da muestras de querer menos de lo que es justo al Creador, cuyo mandamiento de atender a las necesidades del prójimo menosprecia.

1. El título: «En la vigilia de los santos apóstoles Pedro y Pablo», encabeza esta homilía en la edición de J.-P. Migne.
2. Cf. Mc 12, 30-31.
3. Cf. Jn 21, 15-17.

2. Seguramente el Señor insinúa en cierta manera –de un modo tácito– que esta caridad apenas es posible lograrla sin la gracia de la inspiración divina cuando, al preguntar a Pedro sobre ella, le llama Simón, hijo de Juan, cosa que no hace en ningún otro sitio. Le dice: *Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?*[4] Aunque aquí también se puede entender que se hace una simple mención de su padre de la tierra, sin embargo no está fuera de lugar si uno quiere interpretar de un modo místico que con el nombre de Juan se alude a la casa de la generación celestial, de la que el apóstol Juan afirma: *Queridísimos, amémonos unos a otros porque la caridad procede de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios*[5]. En efecto, Simón significa «el que obedece»[6] y Juan «gracia de Dios»[7]. Por eso con razón el primero de los apóstoles, cuando es interrogado sobre su amor, es llamado Simón, hijo de Juan –es decir, obediente a la gracia de Dios–, para demostrar con claridad a todos esto: que no es una cuestión de mérito humano, sino de un don divino el hecho de que siga con más obediencia que los otros los mandamientos del Señor y le ame con una caridad más ardiente.

3. De ahí que el apóstol Pablo, fortalecido por la misma gracia, diga: *Porque la caridad divina se ha difundido en nuestros corazones gracias al Espíritu Santo que se nos ha dado*[8]. Por tanto, al que da pruebas de querer al Señor con más ardor que los demás, se le da el nombre de hijo de Juan, ya que sin duda la fuerza de ese amor se recibe solo por gracia del Espíritu.

Y hay que advertir con cuánta cautela y circunspección el mismo Pedro da testimonio de su amor, cuando el Señor

4. Jn 21, 15.
5. 1 Jn 4, 7.
6. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 148).
7. *Ibidem* (CCL 72, 146).
8. Rm 5, 5.

quiere saber si le quiere más que los otros, porque no se atrevió a responder: «Sí, tú sabes que te amo más que estos», sino que dice con voz moderada y sencilla: *Sí, Señor, tú sabes que te amo*[9]. Lo que equivale a decir: «Sé con toda certeza que Tú mismo, siendo quien eres, sabes mejor que te amo con todo el corazón; si los otros te quieren, no lo sé; pero tú lo sabes todo».

4. La cautela de su respuesta es una lección, tanto para nuestras palabras, como para nuestros pensamientos, concretamente para que aprendamos de su ejemplo a presumir menos de la pureza de nuestra conciencia, a juzgar menos temerariamente sobre las cosas ocultas en la conciencia de nuestros hermanos, sumamente dudosas y que somos incapaces de calibrar con qué intención o necesidad se realizan. Porque de los errores externos de nuestros hermanos tenemos del Señor –no solo la potestad, sino el mandamiento de juzgar–, para que sean corregidos, cuando dice: *Si tu hermano peca, corrígele, y si hace penitencia, perdónale*[10]. Pero se nos manda reservar más bien al juicio divino sus acciones poco claras y que pueden interpretarse de distintas maneras. Porque el Apóstol dice: *No queráis juzgar antes de tiempo, hasta que venga el Señor, que iluminará lo que está oculto en las tinieblas y pondrá de manifiesto las decisiones de los corazones*[11].

5. Es verdad que el mismo Pedro se veía obligado a responder con cautela a la pregunta del Señor, porque recordaba que anteriormente –cuando era inminente su pasión– se había atribuido a sí mismo más fortaleza de la que en realidad tenía, jactándose de que estaba dispuesto a ir con Él a la cárcel y a la muerte[12], él que todavía no era capaz al menos de confesar, ante un peligro acuciante, que le conocía[13] o que alguna

9. Jn 21, 15.
10. Lc 17, 3.
11. 1 Co 4, 5.
12. Cf. Lc 22, 33.
13. Cf. Lc 22, 57.

vez había estado con Él[14]. Por tanto, aleccionado por la precedente caída, había aprendido a hablar más cautelosamente con el Señor, que conocía el estado de la conciencia humana mucho mejor de lo que ésta era capaz de saber de sí misma. Y no se atreve de ningún modo a determinar sobre las cosas ocultas en el corazón de sus hermanos; pero de la integridad de su amor da, no el suyo propio, sino el testimonio del Señor que le preguntaba, al decir: *Señor, tú sabes que te amo.*

6. ¡Oh, qué bienaventurada y pura conciencia aquella que no tuvo miedo de decirlo todo a su Creador, a cuyos ojos todo está desnudo y patente[15]: *Señor, tú sabes que te amo*! ¡Qué alma pura y santa, que no duda en abrir su pensamiento al Señor y no sabe pensar otra cosa que aquello que el Señor alaba! De ahí que en el *Apocalipsis* los corazones de los santos se comparan con copas de oro, como dice Juan: *Y tenía cada uno cítaras y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos*[16]. Los elegidos tienen ciertamente cítaras de oro, porque todas sus palabras, todo lo que de sus actos propaga la fama –que divulga las noticias para conocimiento de nuestros semejantes– aparece radiante por la luz de su puro amor. También tienen copas de oro, que son vasos de amplia abertura, porque sus corazones, cuanto más sinceramente sienten que resplandecen con el solo fuego de su amor, tanto más se complacen en abrirse de par en par a las miradas divinas. De ahí que con razón se añade: *llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos*. Porque las copas de oro rebosan de abundantes perfumes, cuando lo más íntimo de los corazones de los justos, con su caridad resplandeciente, llega a ser conocido por sus allegados, también por la fama de sus virtudes espirituales.

14. Cf. Lc 22, 59-60.
15. Cf. Hb 4, 13.
16. Ap 5, 8.

7. Y el mismo Juan, que veía todo esto, añade de un modo hermoso, interpretando la expresión: *que son las oraciones de los santos*. En efecto, las oraciones de los santos son los perfumes de esas copas, porque todo lo bueno que hacen o dicen quienes sirven a Dios con pureza de intención, todo eso sin duda juega para ellos el papel de oración, cada vez que la devoción de sus mentes se confía a los ojos de Dios. Porque no podemos cumplir aquel precepto del Apóstol que dice: *orad sin interrupción*[17] de otra suerte, que si dirigimos al Señor, que nos los ha dado, todas nuestras acciones, palabras, pensamientos, incluso silencios, de tal manera que cada uno de ellos sea dirigido por el respeto al temor a Él y todos se conviertan en algo provechoso para nuestra salvación eterna.

Y el Señor, con providente piedad, pregunta por tres veces a Pedro si le ama, para desatar con esa misma triple confesión los lazos que le ligaron al negarle tres veces; y así, cuantas veces él –aterrorizado por la pasión– había negado conocerle, otras tantas –rehecho por su resurrección– da fe de que le quiere con todo su corazón. Con una economía providencial Jesús encomienda, al que tres veces confiesa su amor, igualmente por tres veces el cuidado de sus ovejas, porque era conveniente que cuantas veces había titubeado en la fe en su pastor, tantas otras con renovada fe en el pastor se le mandara también apacentar a los miembros de su pastor[18].

Porque lo que le dice: *Apacienta a mis ovejas*[19], es exactamente lo que antes de la pasión le había profetizado con claridad: *Y yo he rogado por ti, para que no desfallezca tu fe. Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos*[20].

17. 1 Ts 5, 17.
18. Cf. Mt 26, 70-75; AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, CXXIII, 5 (CCL 36, 678).
19. Jn 21, 16.
20. Lc 22, 32.

8. Así pues, apacentar las ovejas de Cristo es confirmar a los que creen en Cristo, para que no desfallezcan en la fe y trabajar con ahínco para que avancen más y más en la fe. No obstante, hay que tener muy en cuenta que esta misma atención al rebaño del Señor no hay que ejercerla con una solicitud uniforme, sino variada. Porque es necesario que el que gobierna provea diligentemente, a fin de que a sus súbditos no les falte la ayuda incluso material, y que –solícito– les dé ejemplo de virtud, al mismo tiempo que les exhorta de palabra. Y si sorprende a algunos que se oponen a los bienes espirituales –o incluso a los materiales que pertenecen a todos–, debe resistir todo lo que pueda a su violencia, corregir a esos mismos individuos –si acaso se equivocan– e incluso castigarles con justicia a la vez que misericordia, según la palabra del salmista[21], y no adular sus corazones con el óleo de un consentimiento nocivo.

9. Porque también esto pertenece a la tarea de pastor. En efecto, el que descuida corregir los errores de los súbditos y curar las heridas de los pecados en ellos, en la medida de sus fuerzas, ¿con qué derecho pretende contarse entre los pastores de las ovejas de Cristo? Porque el pastor tiene que tener asentado en su corazón que no puede olvidar tratar a sus súbditos, no como algo propio, sino como rebaño de su Señor, según lo que se le dice a Pedro: «si me amas, *apacienta a mis ovejas*». Dice «mías», no «tuyas». «Ten en cuenta que mis ovejas te han sido encomendadas y, si me amas con perfección, acuérdate de gobernarlas como mías, con el fin de que busques en ellas mi gloria, mi imperio, mi ganancia, no los tuyos».

10. Porque hay algunos que apacientan las ovejas de Cristo, no por amor a Cristo, sino por su propia gloria, o dominio o provecho. El apóstol Pablo, dolido por la multitud

21. Cf. Sal 141, 5.

de estos, dice a los Filipenses: *Espero en el Señor Jesús poder enviaros pronto a Timoteo. Porque a ningún otro tengo tan unido a mí que sinceramente se preocupe de vuestras cosas, pues todos buscan sus intereses, no los de Jesucristo*[22]. Por eso, el Señor en el evangelio llama a los tales, no «pastores», sino más bien «mercenarios», porque al venir el lobo *el mercenario huye porque es mercenario y no se preocupa de las ovejas*[23]. Pero una evidente y auténtica señal del verdadero pastor, que se ocupa sinceramente de las ovejas, es que está dispuesto, no solo a privarse de todas las comodidades de esta vida terrena, sino a exponer su vida por el rebaño de Cristo.

11. De ahí que ahora Él mismo, tras haber encomendado sus ovejas a Pedro para que las apaciente –es decir, para que las instruya y las gobierne–, añade estas palabras: *En verdad, en verdad te digo: Cuando eras joven tú te ceñías e ibas a donde querías; cuando envejezcas, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras*[24].

En efecto, con el extender de las manos alude a la posición de esos miembros en aquel que va a ser crucificado; en el ser ceñido por parte de otro expresa la imposición de las cadenas, con las que el perseguidor le apresaría; en el ser llevado a donde no querría indica la misma dureza de la muerte y el martirio, ante la que la debilidad de su cuerpo sentía horror, si bien la firmeza de su espíritu se alegraba de sufrirlo todo, incluso las adversidades, por el Señor[25]. Porque buscaba la voluntad de quien le había enviado, Cristo, y no su propia voluntad[26].

12. Así pues, el Señor, después de haber profetizado que pastorearía sus ovejas, inmediatamente da por añadidura al

22. Flp 2, 19-21.
23. Jn 10, 12-13.
24. Jn 21, 18.
25. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, CXXIII, 5 (CCL 36, 678-680).
26. Cf. Jn 5, 30.

primero de sus pastores el triunfo de su propio martirio, al decirle: *extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras*, como para decirle claramente: «darás una prueba inequívoca de cuánto me quieres, cuando, luchando por la vida de mis pequeños, llegues hasta la muerte y, para que ellos puedan ser salvados al mismo tiempo en su cuerpo y en su alma, tú mismo soportes con una constante fuerza de ánimo todos los tormentos corporales que el adversario quiera infligirte».

13. Esto es también lo que sugiere a continuación el evangelista, cuando dice: *Esto lo dijo indicando con qué muerte había de glorificar a Dios*[27]. Ciertamente glorificó Pedro a Dios con su muerte, cuando con esta prueba demostró a todos en qué medida había que dar culto a Dios y amarle, desde el momento en que él –al presentársele la alternativa– prefirió sufrir el suplicio de la cruz antes que desistir de la predicación de la palabra de Dios. Hay que advertir que él glorificó a Dios, no solo con la muerte, sino con su vida y los tormentos que habían precedido a la muerte. Porque glorificó a Dios con su vida el que buscó en todo lo que hizo, no la suya propia, sino la voluntad y la gloria de su Creador. Y le glorificó también con sus tormentos aquel a quien ninguna presión por parte de los que le persiguieron fue capaz de apartarle de sus propósitos de servicio al Amor supremo.

14. Pero, puesto que junto con la memoria de san Pedro, veneramos también hoy el nacimiento de su compañero en el apostolado, Pablo, veamos, hermanos queridísimos, si también este glorificó al Señor, tanto por su vida, como por sus sufrimientos y su muerte. Sí, también este le glorificó. En efecto, lo testifica el evangelista Lucas, que llenó el libro de los *Hechos de los Apóstoles* en su mayor parte, describiendo sus luchas y trabajos por Cristo; lo testifica el mismo

27. Jn 21, 19.

Pablo, que perfumó el cuerpo de sus escritos –que comprende catorce epístolas–, por decirlo así, solo con el olor de Cristo. Porque todo lo que allí se lee, o revela los secretos de la fe, o muestra los frutos de las buenas obras, o promete los gozos del reino celestial, o describe las tribulaciones que hubo de soportar por predicar esas verdades, o narra los consuelos divinos que recibió en medio de esa tribulación, o insinúa en un tono exhortativo que no pueden faltar persecuciones a todos *los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo*[28].

15. Da fe de cuánto glorificó a Dios con su vida, cuando –puesto en prisión y acercándose al martirio– propone a Timoteo en una carta el ejemplo de su obra, diciéndole: *He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe*[29]. Explicó con qué muerte había de glorificar a Dios, cuando anticipó: *Estoy a punto de derramarme en libación y se acerca el tiempo de mi partida*[30].

¡Oh, cuán valiosa a los ojos de Dios la muerte de aquel santo[31] que había visto con suma claridad, que había profetizado con plena libertad que ser martirizado por causa del Señor no era otra cosa que ofrecerse a Él como una ofrenda gratísima y sumamente limpia! Por tanto, también Pablo glorificó a Dios, también le glorificaron los demás apóstoles, porque también ellos amaban a Cristo con corazón puro, ellos cuidaban las ovejas de Cristo con total dedicación.

16. Porque, lo que se le dijo a Pedro *–apacienta mis ovejas–* se les dijo con certeza a todos. En efecto, los demás apóstoles eran lo que fue Pedro, pero a éste se le encomienda el primado[32], a fin de garantizar la unidad de la Iglesia. Todos son pastores, pero se muestra que el rebaño es uno, que

28. 2 Tm 3, 12.
29. 2 Tm 4, 7.
30. 2 Tm 4, 6.
31. Cf. Sal 116, 15.
32. Cf. Mt 16, 18-19.

era apacentado por todos los apóstoles: entonces con un consenso unánime y, en lo sucesivo, con una dedicación común por sus sucesores. De entre ellos, la mayoría consta que glorificaron a su Fundador con su muerte y todos con su vida. No solo aquellas sumas lumbreras de la Iglesia, sino el resto de la multitud de los elegidos glorifica a Dios, bien con su vida, bien con su muerte, cada uno en su época.

17. Nosotros también, hermanos queridísimos, conviene que sigamos sus huellas en nuestro tiempo: a saber, orientando nuestra vida hacia el ejemplo de los santos y manteniendo nuestros propósitos con la rectitud de vida hasta la muerte con el fin de que –viviendo como compañeros de su comportamiento– merezcamos también transformarnos en compañeros de su remuneración. Y lo lograremos si, de acuerdo con el tenor de este pasaje excelso, de una parte abrazamos a nuestro Redentor con el afecto que le es debido, y de otra vigilamos con solicitud fraternal por la salvación de nuestros prójimos, con el apoyo de Aquel que nos manda hacer esto y además nos promete premiar lo que hagamos, Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina con el Padre, Dios en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXIII

En la degollación de san Juan Bautista

Mt 14, 1-12[1]
PL 94, 237-243

1. Hermanos queridísimos, al celebrar el nacimiento de san Juan es preciso que, no solo recordemos con piadosa devoción la fortaleza de su pasión, sino que convirtamos en medio de salvación para nosotros la malicia de aquellos hombres que le martirizaron. Porque, aplicamos útilmente nuestro ánimo a la santas Escrituras, cuando proponemos ante nuestros ojos, no solo las virtudes y los premios de los justos que hay en ellas, sino también los vicios y pecados de los réprobos, que nos animan a hacer el bien.

Precisamente esto nos enseña también el ejemplo del mismo Señor quien, para quebrar la cerviz de la soberbia humana e imponernos el yugo sublime de su humildad, no solo nos insinúa el modelo de su humildad –para que lo sigamos–, cuando nos dice: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*[2], sino que trae a nuestra memoria –para que la evitemos– la abyección de la soberbia de los ángeles, al decirnos: *Veía a Satanás cayendo del cielo como un rayo*[3]. Así, nos enciende a observar el más alto grado de virtud, no solo con el ejemplo de su divina bondad, sino también con el de la malicia del demonio.

1. En la edición de J.-P. Migne se alude también a Mc 6 y Lc 9.
2. Mt 11, 29.
3. Lc 10, 18.

2. Así pues, *oyó el tetrarca Herodes la fama de Jesús y dijo a sus cortesanos: Este es Juan el Bautista que ha resucitado de entre los muertos y por esto actúan en él poderes sobrehumanos*[4]. Ciertamente comprendió bien que un ser humano muerto podía ser resucitado a la vida; bien intuyó la gloria de la resurrección aquel que captó que los justos tendrán después de la resurrección una fuerza mayor de la que cabe en la fragilidad humana. Pero, lamentablemente, lo que fue capaz de creer espontáneamente a propósito de un mero hombre, no consintió en creerlo por ningún concepto del Dios hecho hombre, a pesar de que lo confirmaban tantos milagros y tantos anuncios de los profetas.

3. Hermanos queridísimos, ¿por qué ocurre esto, si no es para que nosotros comprendamos con claridad que lo increíble no es el milagro de la resurrección, sino que las almas de los malvados, por culpa de sus pecados, estén impedidas para acoger la gracia de la fe y demos más gracias a Aquel que, tras haber retirado el velo del error, se ha dignado descubrir la luz de la verdad a nuestros corazones?

4. *Herodes, en efecto, había prendido a Juan, lo había encadenado y puesto en la cárcel a causa de Herodías, la mujer de su hermano Filipo, porque Juan decía: No te es lícito tenerla*[5].

Vemos cumplido en Juan lo que de él había profetizado el ángel a Zacarías, antes de que naciera: que precede al Señor con el espíritu y el poder de Elías[6]. Porque ambos vivieron sobriamente, ambos no cuidaron sus vestidos, ambos vivieron en el desierto, ambos predicaron la verdad, ambos padecieron la persecución del rey y de la reina a causa de la justicia: el uno la de Ajab y Jezabel[7], el otro la de Herodes

4. Mt 14, 1-2.
5. Mt 14, 3-4.
6. Cf. Lc 1, 17.
7. Cf. 1 R 19, 1-3.

y Herodías[8]. Aquel fue arrebatado en un carro de fuego[9], para no ser matado por los impíos; éste, para no ser vencido por los impíos, superado el combate del martirio, buscó en espíritu el reino de los cielos, eso sí contando con la asistencia de los ángeles de quienes está escrito: *El carro de Dios son miríadas de seres bienaventurados y el Señor está en medio de ellos*[10]; y en otro lugar: *El que hace a los espíritus sus mensajeros y sus ministros a las llamas ardientes*[11].

5. Pero es posible que alguno se pregunte quién es ese Herodes, quién su hermano y también quién es Herodías, de quienes se habla aquí. Ese Herodes, que de una parte mandó degollar a Juan y de otra dio su consentimiento a Pilato en la pasión de nuestro Redentor[12], es el hijo de aquel Herodes bajo cuyo reinado nació el Señor[13]. Éste reinó poco tiempo tras el nacimiento del Señor y –como testifica la historia evangélica[14]– fue sucedido por su hijo Arquelao. Éste, que ejerció el poder apenas diez años, cuando los judíos se quejaron de su insolencia, fue expulsado del reino por Augusto y condenado a un destierro perpetuo. Después, para disminuir el poder del reino judío, Augusto dividió en cuatro partes la provincia y puso al frente de cada una, para que la gobernaran, a cuatro hermanos de Arquelao[15] que –por ser príncipes cada uno de una cuarta parte– fueron llamados con el nombre griego de «tetrarcas».

6. De ellos, Felipe tomó por esposa a Herodías, la hija del rey árabe Aretas[16]. Este mismo, poco después, quitándosela a Felipe, se la entregó a Herodes porque tenía mayor poder y fama, produciéndose así un adulterio público. Del

8. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, II, 14, 3-4 (CCL 77, 117).
9. Cf. 2 R 2, 11.
10. Sal 68, 17.
11. Sal 104, 4.
12. Cf. Lc 23, 7-11.
13. Cf. Mt 2, 1.
14. Cf. Mt 2, 22.
15. Cf. Lc 3, 1.
16. Cf. FLAVIO JOSEFO, *Antiquitates iudaeorum*, XVIII, 5, 1.

mismo modo que esto fue un motivo de perdición para los malvados, así también resultó un motivo de triunfo para el mensajero fidelísimo de nuestra redención quien, al prohibir este crimen del rey injusto, mereció ser aniquilado por una muerte injusta. Pero, después de haber sufrido la muerte, recibió de manos del Rey de la justicia, de quien daba testimonio, la justa corona de la vida eterna.

7. Y *Juan le decía: No te es lícito tenerla. Y aunque quería matarlo, temía al pueblo, porque lo tenían como profeta*[17]. No solamente el pueblo, sino también el mismo Herodes tenía a Juan por profeta, como asegura Marcos, el evangelista, que dice: *Porque Herodes temía a Juan, sabiendo que era un varón justo y santo, y le protegía; y al oírlo tenía muchas dudas pero le escuchaba con gusto*[18].

Pero le venció el amor a una mujer y se atrevió a poner las manos encima de aquel de quien sabía que era santo y justo. Y, por no querer frenar su lujuria, cayó en el crimen de un homicidio y a aquel, para quien un pecado menor fue causa de un pecado mayor –por impedir el juicio divino–, le aconteció que, por culpa de su apetito por una adúltera –a la que sabía que debía odiar–, derramó la sangre de un profeta que sabía era agradable a Dios. Porque esta es la famosa economía de la justicia divina, de la que se dice: *El que hace el mal, hágalo todavía y el que está en la inmundicia, mánchese aún más*[19].

Por contraste, lo que sigue –*y el santo, santifíquese más aún*– se puede aplicar propiamente a la persona de san Juan quien, siendo santo, se santificaba aún más, mientras alcanzaba la palma del martirio a causa de su tarea evangelizadora.

8. *El día del cumpleaños de Herodes salió a bailar la hija de Herodías y gustó tanto a Herodes que juró darle cual-*

17. Mt 14, 4-5.
18. Cf. Mc 6, 20.
19. Ap 22, 11.

quier cosa que le pidiese[20]. Escuchamos tres crímenes de los impíos a la vez: la celebración infausta del cumpleaños, el baile lascivo de la muchacha y el juramento temerario del rey. Conviene que nos detengamos en cada uno de ellos, con el fin de que nosotros no hagamos nada semejante.

No debemos recordar con fiestas el día de nuestro nacimiento, ni conceder un solo momento a deleites carnales, sino más bien prevenir el día de nuestra muerte con lágrimas, oraciones y frecuentes ayunos. Por eso es por lo que el varón sabio nos advierte, diciendo: *En todas tus obras acuérdate de tus postrimerías y no pecarás nunca*[21].

9. Tampoco es decente que nuestros miembros, que han sido consagrados ya al Señor, se entreguen a juegos y movimientos inadecuados. Porque dice el Apóstol: *¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? Por tanto, ¿voy a tomar los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una meretriz? De ninguna manera*[22]. Por eso en otro lugar pide por la misericordia de Dios que ofrezcamos nuestros cuerpos como una ofrenda viva, santa, agradable a Dios[23].

10. De otra parte, el Señor en persona en el Evangelio[24] y Santiago en su epístola nos muestran en qué medida debemos evitar la temeridad del juramento, al decirnos: *Ante todo, hermanos míos, no juréis. Ni por el cielo ni por la tierra, ni con cualquier otro juramento. Que vuestro sí sea sí y vuestro no sea no, para que no incurráis en sentencia condenatoria*[25].

Es decir, en aquella sentencia en la que incurrió Herodes, tanto por jurar, como por ponerse en la necesidad de cometer otro crimen para no faltar a su juramento. Y si por incautos nos ocurre que hacemos un juramento cuyo cumplimiento desemboca en una salida aún peor, sepamos cam-

20. Mt 14, 6-7.
21. Si 7, 40.
22. 1 Co 6, 15.
23. Cf. Rm 12, 1.
24. Cf. Mt 5, 34-37.
25. St 5, 12.

biarlo libremente por una decisión más saludable, dado que urge más la necesidad de que perjuremos, que caer en un crimen más grave por evitar un perjurio.

11. En definitiva, también David juró en nombre de Dios matar a Nabal, un hombre estúpido e impío y que todas sus propiedades fueran destruidas, pero a la primera intercesión de Abigail, mujer prudente, inmediatamente retiró sus amenazas, volvió la espada a su vaina y se arrepintió de haber contraído una culpa por semejante perjurio[26].

Herodes juró dar a la bailarina lo que le pidiera y, para no ser llamado perjuro por los comensales, mancilló el mismo banquete con sangre, cuando convirtió la sangre del profeta en premio del baile. Y no solo en el jurar, sino en todo lo que hacemos, debemos observar con cuidado esta regla: que si, engañados por las insidias del enemigo, caemos en una falta similar, de la que no podemos levantarnos sin ninguna mancha de pecado, busquemos ante todo aquella salida en la que vemos que corremos menos peligro, siguiendo el ejemplo de quienes, encerrados en murallas enemigas, cuando desean huir, pero se dan cuenta de que les está cerrado el acceso a todas las puertas, se ven en necesidad de elegir para arriesgarse aquel lugar donde, por haber un muro más bajo, incurren al caer en un mínimo de peligro.

12. Continúa: *Y ella, instigada por su madre, dijo: Dame en esta bandeja la cabeza de Juan Bautista. Y el rey se entristeció*[27]. La tristeza del rey no es una absolución, sino la confesión de un crimen. Esta es, en efecto, la justicia del juicio divino: que muchas veces los réprobos reconocen e incluso confiesan que se han equivocado y sienten un cierto arrepentimiento por su error, pero no cesan sus errores por cuanto con esa misma confesión y dolor dan testimonio contra sí mismos, porque no pecan por ignorancia mientras se niegan a

26. Cf. 1 S 25, 2-35.

27. Mt 14, 8-9.

prescindir del pecado del que se culpan; y así se pierden con tanta más justicia por cuanto desprecian evitar la fosa de perdición que han sido capaces de ver de antemano.

13. La tristeza de Herodes es ciertamente del mismo tipo que la del faraón[28] y la de Judas[29], cada uno de los cuales, después de que al acusarle su conciencia sacó a la luz sin querer sus crímenes, aumentó su perfidia.

Así pues, Herodes, cuando se le pidió la cabeza de Juan, mostraba ciertamente tristeza en su rostro. Con ella se condenaba a sí mismo, mostrando a todos claramente que sabía que era inocente y santo aquel que estaba a punto de entregar a la muerte. Pero, si examinamos más a fondo ese corazón pervertido, se alegraba en secreto de que se le pidiera algo que antes había determinado hacer, si encontraba una excusa[30]. Si se le hubiera pedido la cabeza de Herodías, no hay ninguna duda de que se habría negado a concederlo, verdaderamente entristecido.

14. *Pero por el juramento y por los comensales, ordenó dársela. Y envió a decapitar a Juan en la cárcel y se trajo su cabeza en una bandeja*[31]. El rey ofreció ciertamente un espectáculo indigno en el día de su nacimiento, al presentar la cabeza del mártir en una bandeja a los príncipes, tribunos y caudillos del pueblo a los que había invitado a comer.

Indignos igualmente los comensales, o más bien cómplices de quien les había invitado, puesto que entre ellos no hubo ninguno que impidiera que –en medio de los festejos de los comensales– fuera castigado a muerte un justo por adúlteros, un juez por culpables. Sobre todo si se tiene en cuenta que el rey, adoptando una mueca de tristeza, aseguraba que hacía esto obligado y que lo oportuno habría sido que debiera de-

28. Cf. Ex 9, 27; 10, 16.
29. Cf. Mt 27, 3-4.
30. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, II, 14, 9 (CCL 77, 118).
31. Mt 14, 9-10.

sistir del crimen que había prometido, a exhortación de los convidados. Pero éstos sabían que él había preparado todo esto de antemano y a propósito: más aún, también a ellos les seducía un amor similar a ese mismo crimen.

15. Pero el santo Precursor del nacimiento, la predicación y la muerte del Señor puso de manifiesto ante las miradas divinas una virtud digna de su combate. Él, como dice la Escritura, *a pesar de que* sufrió *tormentos,* su *esperanza está llena de inmortalidad*[32]. Con razón repetimos con una celebración festiva su nacimiento. Él mismo lo ha convertido en una solemnidad con su martirio, lo ha adornado con el brillo rojo de su sangre. Merecidamente veneramos con un gozo espiritual la memoria de aquel que selló el testimonio que dio en pro del Señor con la señal del martirio. Porque no se debe dudar de que san Juan sufrió cárcel y cadenas en testimonio de Aquel a quien precedía, ni de que entregó su alma por Él mismo. Porque aunque el perseguidor no le pidió que negara a Cristo, sino que ocultara la verdad, sin embargo murió por Cristo. En efecto, puesto que Cristo en persona dice: *Yo soy la verdad*[33], por eso sin duda Juan murió por Cristo, porque derramó su sangre por la verdad. Y del mismo modo que dio testimonio de quien nacería, predicaría, bautizaría, al nacer, predicar y bautizar él antes, así también señaló al que había de padecer, padeciendo antes él mismo.

16. No obstante, sucedió que las pasiones de ambos tuvieron lugar a un nivel distinto por una clara disposición de la Providencia divina; a saber, nuestro Redentor fue levantado en la cruz fuera de la puerta de la ciudad con todo el pueblo en pie. El Precursor, por el contrario, sería decapitado, en oculto y en el fondo de una cárcel, por un esbirro a quien se envió, mientras estaban reunidos en el lugar de un banquete los magistrados y los nobles del pueblo.

32. Sb 3, 4.

33. Jn 14, 6

Es verdad que parecía oportuno que un Juan crucificado prefigurara el misterio de la Cruz del Señor. Pero, puesto que el mismo Juan, al dar testimonio del Señor, decía: *conviene que Él crezca y yo disminuya*[34] –es decir, conviene que entendáis que Aquel a quien vosotros admiráis como gran profeta es el Cristo, el verdadero Señor y Dios, pero yo, a quien vosotros tenéis por el Cristo, será evidente que no soy el Cristo, sino el profeta del Cristo–, también el diverso modo de su pasión insinúa la diferente calidad de uno y otro, que no radica en la calidad del poder de los verdugos, sino en lo previsto por la Providencia celestial.

17. En efecto, lo que de nuevo dice el mismo Juan: *El que procede de la tierra es terreno y habla de la tierra; el que viene del cielo está por encima de todos*[35], designa la ya citada menor categoría del que es de la tierra: la famosa degollación en la cárcel y la decapitación cometida en la oscuridad. A su vez, el crecimiento de Aquel que viene del cielo y está por encima de todos, anuncia la elevación en la Cruz que se ha consumado a la luz del día a los ojos de Dios y de todo el pueblo. Realmente elevado en la Cruz, la cabeza levantada hacia el cielo, elevó las manos sobre la tierra, las tendió hacia el Aquilón y el Austro[36], para dar a entender –también con la misma postura de su cuerpo– que Él era el Señor del cielo y de toda la tierra, que todas las potestades del aire están sometidas a su poder. La parte inferior de la misma cruz penetraba las entrañas de la tierra para significar que en su pasión era traspasado y destruido el reino de los infiernos.

18. Los hebreos, griegos y romanos que estaban presentes[37] leían en la inscripción escrita en la cruz que éste era el

34. Jn 3, 30.
35. Jn 3, 31.
36. Vientos que soplan del N. y del S. respectivamente.
37. Cf. Lc 23, 38; Jn 19, 20.

rey de los creyentes, para que quedara claro que su imperio había de extenderse a todas las gentes. Todo esto lo expresa brevemente el Apóstol con una sola frase, diciendo: *Y se hizo obediente hasta la muerte, muerte de cruz; por lo cual, Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre*[38].

19. Una vez degollado Juan y entregada su cabeza en una bandeja, sigue: *Y se entregó a la joven y ésta se la llevó a su madre. Y vinieron sus discípulos, tomaron el cadáver y lo sepultaron*[39]. Y esto también pertenece a la disminución del precursor del Señor: que su cuerpo es entregado a la sepultura sin cabeza. En efecto, como encontramos en las historias eclesiásticas, su cuerpo fue inhumado en la ciudad de Samaria, que ahora se llama Sabaste, mientras su cabeza está en Jerusalén. Pero fue degollado en un castillo de Arabia al que llaman Maqueronte.

20. Por cierto, en esas mismas historias encontramos también esto: que el lugar de su santísima cabeza fue revelado por él mismo, mucho tiempo después de su degollación, a dos monjes orientales que habían venido a Jerusalén para rezar y desde allí fue trasladada a Emisa, ciudad de la Fenicia, acompañada de los debidos honores por parte de los fieles.

Pero sus huesos, con el transcurso del tiempo, fueron trasladados de Samaria a Jerusalén y enseguida enviados a Alejandría, donde ahora se conservan en una iglesia consagrada en honor de su mismo nombre. Consta que todo esto ocurrió por Providencia divina: a saber, que por todas partes donde fueron trasladadas las reliquias del santo mártir se produjeron muchos prodigios y que muchos, al recordar su doctrina

38. Flp 2, 8-11.

39. Mt 14, 11-12.

y su vida, acudieron a la fe y el amor de Aquel a quien Juan anunciaba.

21. Ante todo esto, hay que considerar y encomendar atentamente a la memoria, de qué manera Dios omnipotente permite que sus elegidos y amados siervos –a los que ha predestinado a la vida y el reino eterno–, mientras tanto, en esta vida, sean golpeados por la persecución de los malvados y consumidos por numerosos y enormes tipos de penas y de castigos. Esto ocurre para que, al contemplar los sufrimientos de estos santos varones, nos quejemos menos de las adversidades que quizás nos ocurren y más bien aprendamos a tener por un gozo inmenso cuando caigamos en las diversas tentaciones[40], recordando que *el Señor reprende a quien ama y azota a todo el que recibe por hijo*[41].

22. Porque, aunque es evidente el principio general de que *todos ofendemos en muchas cosas*[42], sin embargo, ¿quién de nosotros se atreve a decir que san Juan pecó de acción o de palabra, o con su forma de vestir o de comer; él, cuya austeridad en el vestido, cuya sobriedad en la comida[43] alaba la historia evangélica, cuya palabra en su totalidad, o bien da testimonio de la verdad, o bien recrimina a quienes la contradicen, cuyas obras de justicia contaban con la veneración incluso de quienes no amaban esta virtud? ¿Qué lugar para el pecado podía haber en el corazón de aquel a quien la llegada del Espíritu Santo consagró antes de que naciera? ¿Cuándo pudo ser apartado ni un ápice del camino de la virtud –ni siquiera el respeto al modo de vivir humano– el que pasó toda su vida en solitario desde el inicio de su infancia?[44]

23. Y, sin embargo, un varón tan grande, de tal calidad moral, aceptó el final de la vida presente con la efusión de su

40. Cf. St 1, 2.
41. Hb 12, 6.
42. St 3, 2.
43. Cf. Mt 3, 4.
44. Cf. Lc 1, 80.

sangre, tras un largo encarcelamiento. El que anunciaba la libertad de la paz celestial, es encadenado por los impíos; es encerrado en la oscuridad de una cárcel, el que vino a dar testimonio de la luz[45] y mereció ser llamado, por la misma luz que es Cristo, lámpara que arde e ilumina[46]; el mayor de entre los nacidos de mujer[47], es condenado a muerte, a petición de las más depravadas de las mujeres; y es bautizado con la propia sangre aquel a quien fue concedido bautizar al Redentor del mundo, escuchar la voz del Padre sobre Él y contemplar la gracia del Espíritu Santo que descendía sobre Él[48].

24. Pero, para esas personas no era grave –es más, era leve y deseable– sufrir tormentos físicos por la verdad, porque sabían que serían remunerados con alegrías eternas. Tenían por deseable aceptar la muerte que, por haber confesado el nombre de Cristo, se imponía insoslayable –por necesidad de la naturaleza– junto con la palma de la vida para siempre. De ahí que el Apóstol diga bien: *Porque os ha sido otorgado, no solo creer en Cristo, sino también padecer por Él*[49].

Afirma que es un don de Cristo que los elegidos padezcan por Él porque, como igualmente dice: *Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros*[50]. Por tanto, cuando vemos que herederos tan eminentes del reino de los cielos sufren tanto en el destierro de esta vida mortal, ¿qué nos queda por hacer a nosotros, hermanos queridísimos, si no es humillarnos a la vista de nuestro piadoso Creador y Redentor, tanto más cuanto advertimos claramente que no somos capaces de imitarles ni en su vida ni en su muerte?

45. Cf. Jn 1, 7.
46. Cf. Jn 5, 35.
47. Cf. Lc 7, 28.
48. Cf. Mt 3, 13-17.
49. Flp 1, 29.
50. Rm 8, 18.

25. Así pues, siguiendo la palabra de nuestro primer Pastor, humillémonos bajo la poderosa mano de Dios, a fin de que Él nos exalte en el momento de su visitación[51]; ayunemos con Juan y elevemos asiduas plegarias[52]; alegrémonos de rebajarnos ante los hombres y disminuya poco a poco nuestro espíritu –repito, «nuestro», es decir el carnal y soberbio que solía enorgullecernos–, con el fin de que, progresando en buenas acciones, seamos capaces de crecer en su presencia y ser ensalzados con Él, que se ha dignado venir a la tierra desde el cielo para elevarnos hasta los cielos a nosotros que somos de la tierra: Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

51. Cf. 1 P 5, 6.

52. Cf. Lc 5, 33.

HOMILÍA XXIV

En la dedicación de una iglesia

Jn 10, 22-30
PL 94, 243-249

1. Hermanos queridísimos, hemos oído en el lectura del evangelio que *se celebraban en Jerusalén las Encenias*[1]. Pues bien, se llamaba «encenia[2]» a la solemnidad de la dedicación del templo que el pueblo de Dios acostumbraba a celebrar cada año, según una antigua tradición de los antepasados[3]. Hoy nosotros, siguiendo sus huellas, de acuerdo con la costumbre del orbe cristiano, hemos procurado celebrar con alabanzas a Dios y vigilias[4] el día del solemne aniversario de la dedicación de nuestra Iglesia. Y es necesario que celebremos esta fiesta con tanta más devoción, cuanto más conscientes somos de que también es gratísima a nuestro Redentor, hasta tal punto que en

1. Jn 10, 22.

2. En griego *kainon* significa «nuevo». De ahí que, a la ceremonia de dedicar algo nuevo se le llamaba «encenia». Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.,* XLVIII, 2 (CCL 36, 413).

3. Como se explica más adelante –n. 19– esta fiesta había sido instituida tras la restauración del templo por parte de Judas Macabeo en 165 a. C.

4. El término *vigilia* tiene para un creyente un sentido diverso que para judíos y paganos. Mientras para estos últimos tenía un valor puramente cronológico (las partes –tres o cuatro, respectivamente– en las que se dividía la noche), para los cristianos, y de modo especial en una comunidad religiosa, significaba permanecer en vela, rezando y preparando una celebración litúrgica de especial relieve.

aquel día Él se ha dignó entrar en persona en el templo, predicar al pueblo y revelar los misterios de su Divinidad.

2. *Se celebraba en Jerusalén la Dedicación* –dice– *y era invierno y Jesús paseaba en el templo por el pórtico de Salomón*[5]. Por tanto, si quiso pasear en un templo en el que se ofrecía el cuerpo y la sangre de animales irracionales, mucho más le alegrará visitar nuestra casa de oración, donde se celebran los sacramentos de su Cuerpo y de su Sangre. Si no tuvo a menos deambular por el pórtico de Salomón, en el que en otro tiempo solía estar en pie orando aquel rey mortal y de este mundo –por más que fuera sumamente poderoso y sabio– , cuánto más desea ahora penetrar e iluminar lo más profundo de nuestros corazones, a condición de que pueda contemplar que ellos son el pórtico de Salomón: esto es, que tienen el temor de Dios, que es el inicio de la sabiduría[6].

3. Porque no se debe pensar que es templo del Señor solamente la casa en la que nos reunimos para orar o para celebrar los sacramentos y no que nosotros mismos –los que nos reunimos en el nombre del Señor– somos y nos llamamos por extensión templo suyo, cuando claramente dice el Apóstol: *Vosotros sois templos de Dios vivo, según Dios dijo: «Yo habitaré y andaré en medio de ellos»*[7]. Por tanto, si somos templo de Dios, procuremos con diligencia y hagamos el esfuerzo de portarnos bien, para que Él en persona se digne venir con más frecuencia a ese mismo templo suyo y hacer en él su morada.

4. Evitemos imitar al invierno, no sea que a la llegada del Señor encuentre nuestros corazones tibios en el fuego de la caridad y por eso –al verse rechazado– los abandone antes. Porque, ¿qué otro motivo tuvo el evangelista para recordar que era invierno, sino porque –por medio de la aspereza de

5. Jn 10, 22-23.
6. Cf. Sal 111, 10; Si 1, 16.
7. 2 Co 6, 16.

los vientos envueltos en brumas– quiso aludir a la pérfida dureza de los judíos, y porque a muchos de aquellos a quienes encontró en el templo se les aplicaban aquellas palabras que pronunció: *Y porque abundará la maldad, se enfriará la caridad de muchos*[8]?

5. Como también el evangelio a continuación advierte con claridad: *Le rodearon, pues, los judíos y le decían: ¿Hasta cuándo vas a tener en suspenso nuestra alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo claramente*[9]. En realidad decían esto, no para buscar la verdad de la fe, sino para acosar al que preguntaban y montar una calumnia[10]. En efecto, ellos creían que el Cristo –de quien la fe ortodoxa confiesa que es verdadero Dios y verdadero hombre–, sería solamente un mero hombre, pero no Dios, porque se acordaban de que el Señor, a propósito de su misma Humanidad, había jurado a David que se sentaría sobre su sede un fruto de su vientre[11].

6. Pero olvidaban que, a propósito de su Divinidad, Él mismo había entonado estas palabras por boca del mismo David: *El Señor me ha dicho: «Tú eres hijo mío»*[12]. Creían por tanto que nacería un Mesías de la estirpe de David y que llegaría un rey superior a todos los demás: una demencia de la que sus sucesores no desisten hasta el presente, incluso hasta llegar a recibir al anticristo como si fuera el Mesías.

Y si el Señor Jesús hubiera afirmado que Él era el Mesías, tramaban entregarle a la autoridad del gobernador para que fuera castigado como uno que, oponiéndose a Augusto, usurpara para sí mismo un poder ilícito.

7. Pero Él, pensando en la salvación nuestra –para quienes habría de escribirse todo esto–, formuló su respuesta de manera que, de una parte cerró la boca de los calumniadores

8. Mt 24, 12.
9. Jn 10, 24.
10. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XLVIII, 3 (CCL 36, 413).
11. Cf. Sal 132, 11.
12. Sal 2, 7.

y de otra dijo abiertamente a los fieles que Él era el Mesías. Ellos preguntaban por un Mesías humano, Él personalmente les describe claramente el misterio de su Divinidad, que es igual a la del Padre.

8. Rodeémosle por tanto también nosotros, queridísimos, no tratando de atraparle con insidias como los judíos, sino preparándole en nosotros –como casa fidelísima suya que somos– un lugar agradable, de modo que se pueda decir con razón de nosotros: *El Dios Altísimo santificó su morada: está en medio de ella, no podrá temblar*[13].

Busquémosle, no para decirle llenos de furia: *¿Hasta cuándo vas a tener en suspenso nuestra alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo claramente.*

9. Pues, ¿qué puede haber más insensato que quejarse de que el maestro de la verdad tiene en vilo su alma porque no les desvela los secretos de su majestad, dada su incredulidad y su abierta oposición a Él?

Por el contrario, como advierte la Escritura, si se piensa con bondad en Él y se le busca con sencillez de corazón, *se deja hallar por quienes no le tientan, se manifiesta a los que tienen fe en Él*[14].

10. Digámosle, suplicando: «Tú eres el Mesías, sabemos que eres el Hijo unigénito de Dios Padre, coeterno con el Espíritu Santo y consustancial a Él en su Divinidad, que te has hecho partícipe de nuestra sustancia en el tiempo. Concédenos contemplar en el futuro con plena visión lo que mientras tanto veneramos con una fe piadosa, porque esta es la única salvación y vida de nuestra alma: contemplar por siempre tu rostro, tu luz».

11. Y no debemos dudar de que nos escucha, cuando le rogamos, cuando pedimos lo que Él mismo nos ha ordena-

13. Sal 46, 5-6.

14. Sb 1, 2.

do, cuando rogamos con intensidad lo que Él mismo desea darnos. Porque, ¿cómo se puede creer que Él niegue a los siervos que le suplican piadosamente los dones que no se ha negado conceder, incluso más allá de lo que pedían, a los rebeldes? Cuando éstos le preguntaron si era el Mesías, un hombre, Él en persona no ocultó que era no solo un hombre, sino también el Mesías, Dios e Hijo de Dios.

En efecto, les respondió diciendo: *Os lo he dicho y no lo creéis. Las obras que hago en nombre de mi Padre, esas dan testimonio de mí. Pero vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas*[15].

12. Por tanto, el que da fe de que realiza sus obras en nombre del Padre, sugiere que se debe creer que es Hijo de Dios. Pero los judíos son culpables de un doble pecado: porque no podían ser movidos a la fe, ni por las palabras que pronunciaba, ni por los hechos con los que probaba la veracidad de sus palabras. Con razón no son contados entre sus ovejas: porque se esforzaban, no por seguir a su pastor con la obediencia propia de ovejas, sino más bien de perseguirle con la rabia de las fieras.

13. Pero, como hay algunos que profesan la fe solo de palabra y ocultan su corazón felino bajo una piel de oveja, inmediatamente después el pastor mismo muestra la vida y el premio de sus ovejas: *Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y me siguen. Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás*[16].

Así pues, todo aquel que desea evitar la muerte eterna y contemplar la vida eterna, es necesario que siga la voz del pastor, no solo oyéndola y creyendo en ella, sino viviendo bien.

En cuanto a lo que dice –que conoce a sus ovejas–, significa que las ha elegido con toda certeza y las ha predesti-

15. Jn 10, 25-26. 16. Jn 10, 27-28.

nado para el reino de los cielos. De ahí que Salomón dice: *Porque el Señor conoce los caminos que están a la derecha*[17]. Por el contrario, el Apóstol dice de los réprobos: *El que ignora, será ignorado*[18].

14. Y dice con belleza, a propósito de los que escuchan su voz y le siguen: *Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás*. Porque, a los ojos de los insensatos, dio la impresión de que los mártires morían[19], pareció que perecían cuando perdieron la vida mortal, sometidos a diferentes tipos de torturas; pero no perecerán para siempre, no conocerán la muerte eternamente[20] quienes, liberados de la cárcel de la carne, reciben el premio debido a su combate. De ellos se dice a continuación justamente: *Nadie las arrebatará de mi mano*[21]. En efecto, los pérfidos perseguidores intentaban arrebatar a los piadosos testigos de Cristo de las manos de éste, cuando les obligaban a base de torturas a renegar de la fe para arrebatar sus almas a Cristo; o cuando, a pesar de que habían sido vencidos por los mártires, no obstante arrojaban sus cuerpos exánimes, o a las aguas para que se disolvieran, o al fuego para que ardieran, para así quitar a Cristo la posibilidad de resucitarlos.

15. Pero nadie les arrancará de sus manos, como Él mismo dice en otro lugar: *Todo me ha sido entregado por el Padre*[22]. Porque, de una parte ayuda a los que luchan para que venzan, y de otra corona a los vencedores a fin de que reinen para siempre; y a esos mismos, a su tiempo, les devolverá la carne en la que lucharon convertida en inmortal. Con esas palabras rechaza también la temeridad de aquellos que le preparaban trampas mortales, al insinuar con toda claridad que de un modo insensato planeaban dolosamente

17. Pr 4, 27.
18. 1 Co 14, 38.
19. Cf. Sb 3, 2.
20. Cf. Jn 8, 51.
21. Jn 10, 28.
22. Mt 11, 27.

la perdición de Aquel que podía conceder vida inmortal, de Aquel a quien nadie era capaz de arrebatar a uno solo de los que había previsto antes de todos los siglos que le pertenecerían.

16. Mas, para que no pareciera que al hablar así buscaba su gloria, remite todo su poder a la gloria del Padre, cuando añade: *Lo que mi Padre me ha dado es mayor que todo*[23]. Efectivamente es mayor que todo, lo que el Padre ha entregado al mediador entre Dios y los hombres, al hombre Jesucristo[24]: es decir, ser su Hijo unigénito que, respecto a todo ser creado, no es ni distinto por naturaleza, ni inferior por su poder, ni posterior en el tiempo. Esa igualdad la recibió el Señor en su Divinidad antes de que el mundo fuera hecho[25], cuando estaba junto al Padre; en la Humanidad, cuando se encarnó en el tiempo[26].

Y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre[27]. Más arriba dice a propósito de las ovejas: *Nadie las arrebatará de mi mano*[28] y ahora añade: *Y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre*, dando a entender con claridad que la mano es una sola, semejante en todo –es decir, su poder y el del Padre– y que, por tanto, se debe creer que Él es el Mesías, que no ha sido santificado como los demás por la gracia y en el tiempo, sino que ha existido desde siempre como Hijo de Dios[29].

17. Esto aparece también a la luz aún con más claridad, cuando dice: *Yo y el Padre somos uno*[30]. Es decir, «somos una sola sustancia, tenemos una sola divinidad, una igualdad perfecta, ninguna desemejanza». Está claro que con esas pa-

23. Jn 10, 29.
24. Cf. 1 Tm 2, 5.
25. Cf. Jn 17, 5.
26. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XLVIII, 6 (CCL 36, 415-416).
27. Jn 10, 29.
28. Jn 10, 28.
29. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XLVIII, 7 (CCL 36, 416-417).
30. Jn 10, 30.

labras, no solo contestó a la actual cuestión de los judíos –por la que le preguntaban si era el Mesías–, sino que también se adelantó a la futura perfidia de los herejes, y mostró en qué medida es execrable.

Porque Fotino dice: «Cristo es solo hombre, no es Dios». Por el contrario, cuando Él en persona dice: *Yo y el Padre somos uno*, muestra a todas luces que el que es sustancialmente uno con el Padre no puede ser mero hombre. Y, dado que Cristo es lo mismo que el Padre, debe rechazarse la herejía de Focio, que prohíbe creer que Cristo es Dios.

18. Arrio, por su parte, afirma que Cristo fue hecho por el Padre, no ha nacido de Dios y, por tanto, se debe creer que es menor que el Padre. Le contradice Jesús mismo, cuando asegura: *Yo y el Padre somos uno*. Porque, ¿quién no es capaz de ver con facilidad que ninguna creatura es capaz de existir en unidad de naturaleza con Aquel que lo ha creado todo? Y, dado que Cristo es por naturaleza uno con el Padre, hay que condenar la contumacia de Arrio, porque afirma que es una creatura.

Sabelio dice, a su vez, que no se debe confesar que el Padre y el Hijo son dos personas, sino que el mismo Padre cuando quiere es Padre y cuando quiere es Hijo, pero que es uno y el mismo[31]. El mismo Hijo le condena con la frase que se ha citado. Pues es evidente que no se puede decir de una persona *Yo y el Padre somos uno*: no concuerda que se diga *somos* de una sola persona. Por tanto, rechazando también con todos los demás el error de Sabelio, debemos seguir la fe apostólica de san Pedro, con la que confiesa al Señor: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*[32].

19. Hemos recorrido estas palabras de la lectura del Evangelio, aclarándolas en la medida en que el Señor nos lo ha concedido; pero querría aún explicar con más amplitud

31. Cf. *supra Hom.*, I, 8, 4.

32. Mt 16, 16.

a vuestra comunidad, hermanos, algo sobre la solemnidad de la Purificación, que se celebraba entonces en Jerusalén y hoy celebramos nosotros. Ante todo, hay que hacer notar que la Purificación que conocemos se hizo en este pasaje del Evangelio, no se refiere a la primera, sino a la última dedicación del templo. Esto se desprende fácilmente de que se dice que era invierno.

En efecto, la primera dedicación la hizo Salomón, en otoño[33]; la segunda, la llevaron a cabo Zorobabel y Jesús, el sacerdote, en primavera[34]; y la última, Judas Macabeo en invierno[35], cuando se lee que se decidió expresamente que esa misma dedicación se renovara cada año en memoria de esas ceremonias solemnes, costumbre que se observó hasta el tiempo de la encarnación del Señor, como hemos escuchado hace un momento cuando se leía el evangelio.

20. El motivo de la segunda y la tercera dedicación fue el siguiente: Salomón concluyó en siete años la obra del templo que había dedicado a Dios y en el año octavo le dedicó con gran boato[36] el décimo día del séptimo mes que nosotros llamamos octubre, día que evidentemente –ya incluso antes– había sido considerado solemne por la Ley[37], hasta tal punto que en él todo el tabernáculo debía ser purificado con víctimas más numerosas[38].

Pues bien, precisamente cuando accedió al altar para el servicio de esos sacrificios expiatorios el padre de san Juan Bautista, Zacarías, fue instruido por la aparición del ángel en el misterio del nacimiento del Señor y en la alegría de la Salvación de la humanidad[39].

33. Cf. 1R 6, 38; 8, 63; 2 Cro 7, 5-10.
34. Cf. Esd 6, 15-19; Flavio Josefo, *Antiquit.*, XI, 4, 7.
35. Cf. 1 M 4, 52-59.
36. Cf. Flavio Josefo, *Antiquit.*, VIII, 4, 1.
37. Cf. Lv 16, 29-34.
38. Cf. *supra Hom.*, II, 19, 14.
39. Cf. Lc 1, 8-14.

21. Ahora bien, los caldeos incendiaron ese templo de Salomón cuatrocientos treinta años más tarde y –tras haber destruido la ciudad de Jerusalén– llevaron a Babilonia cautivo al pueblo de Israel que, tras setenta años bajo el reinado de los persas, fue reenviado a su patria.

De nuevo se edificó el templo durante cuarenta y seis años[40] y el tercer día del duodécimo mes[41], que nosotros llamamos marzo, se concluyeron las obras. Consta que aquellas obras las dirigieron los caudillos del pueblo –sumamente aguerridos, como hemos dicho– Zorobabel –de estirpe real– y el sumo sacerdote Jesús; pero también les ayudaron los profetas Ageo y Zacarías[42], que fortalecieron el corazón del pueblo contra las asechanzas de quienes se oponían a la construcción.

22. A partir de ahí, tras aproximadamente trescientos cincuenta y seis años, Antíoco, el más funesto rey de Grecia –tras tomar Jerusalén con engaño–, profanó ese mismo templo con la inmundicia de los ídolos, arrancando de allí y rompiendo en pedazos el altar de oro del Señor, la mesa de la proposición, el candelabro y los demás vasos de oro del templo que pudo encontrar, pero también colocando allí una imagen de Júpiter y obligando al pueblo a sacrificar a los ídolos por medio de torturas[43]. Muchos del pueblo fueron atormentados durante esta persecución por observar la ley de Dios; entre ellos aquella famosa madre de siete hijos que con razón ha merecido la nobilísima corona del martirio por el Señor, junto con su prole[44].

23. Pero Judas Macabeo, que era de la estirpe sacerdotal, reclutó un ejército de fieles, levantándose en armas contra las tropas de Antíoco y –expulsándolas de Judea– puso fin

40. Cf. Jn 2, 20.
41. Cf. Esd 6, 15.
42. Cf. Esd 5, 1-2.
43. Cf. 1 M 1, 11-58.
44. Cf. 2 M 5, 21–7, 41.

a una crudelísima persecución. Y, después de limpiar el templo de imágenes de los dioses y haber mandado hacer de nuevo los altares y los demás vasos y ornamentos, volviéndolos a poner en el templo, los dedicó junto con este –al que purificó y renovó– el día veinticinco del noveno mes que nosotros llamamos diciembre y para todo el mundo está claro que cae en invierno[45]. Y –como ya hemos dicho– publicó un decreto para que se celebrara cada año con devoción especial el día de las *encenias*: es decir, el de la renovación y dedicación del templo.

24. Todo esto, como enseña el Apóstol, *ocurrió en figura nuestra*[46], fue escrito ciertamente para nuestro provecho y por eso debemos dilucidar con solicitud su sentido espiritual. En primer lugar, el rey Salomón –que significa «pacífico»[47]– es el tipo de nuestro mismo Redentor, del que Isaías dice: *Multiplicaré su imperio y no habrá fin para la paz*[48]. El templo que edificó es su Iglesia católica que, de todos los fieles difundidos por el mundo –como si fueran piedras vivas[49]–, arma un solo conglomerado de fe y de caridad. El dato de que el templo se edificó en siete años[50] significa que, a lo largo de todo el tiempo que dura este mundo –que se desarrolla en siete días[51]–, la estructura de la Iglesia santa no cesa jamás de crecer.

25. El hecho de que fue dedicado en el octavo año, y de que Salomón estableciera aquella máxima solemnidad para todos los hijos de Israel el día en que se realizó la dedicación, insinúa de un modo alegórico que al final del mundo,

45. Cf. 2 M 8, 1–10, 6.
46. 1 Co 10, 6.
47. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 138).
48. Is 9, 7.
49. Cf. 1 P 2, 5.
50. Cf. 1 R 5, 38.
51. Es decir las siete edades de las que Beda –celoso cronologista– habla una y otra vez. Véase a este propósito la Introducción general.

una vez completado el número de los elegidos, seguirá la fiesta de la largamente deseada inmortalidad e inmediatamente –una vez realizado el milagro de la resurrección universal– todos aquellos que son súbditos del reino del verdadero rey pacífico[52] –es decir, de Salomón– entrarán con él en el gozo eterno de la patria celestial. Y, puesto que nuestro Señor quiso resucitar de la muerte al octavo día –es decir, después del día séptimo, sábado– correctamente el número ocho designa la fiesta que está también por llegar: la de nuestra resurrección.

26. El hecho de que el templo incendiado por los enemigos se vuelva a construir por la misericordia de Dios y el que, después de manchado por la idolatría, de nuevo se limpie con la ayuda de la piedad divina, vaticina varios acontecimientos de la santa Iglesia, que unas veces se ve presionada por la persecución de los infieles y otras –dejada más libre de persecuciones– presta al Señor un servicio sosegado; unas veces es acosada en algunos de sus miembros por insidias del viejo enemigo, y otras –gracias a la solícita actuación de personas doctas y fieles– recibe, una vez arrepentidos por la penitencia, a los que parecía haber perdido por un tiempo.

27. Por lo que respecta al templo que fue edificado por segunda vez en cuarenta y seis años, se refiere de un modo especial al cuerpo que el Señor tomó de la Virgen y del que Él mismo dice a los judíos: *Destruid este templo y en tres días lo levantaré*[53], porque en efecto Él mismo resucitó al tercer día a la vida el cuerpo que había sido destruido por la pasión. Efectivamente, afirman que el cuerpo humano al día cuarenta y seis desde el inicio de la concepción[54] toma forma con distinción de sus miembros y que por eso no

52. Cf. 1 Cro 22, 9.
53. Jn 2, 19.
54. Cf. *supra Hom.*, II, 1, 16.

ocurrió por azar, sino que fue previsto por Dios que el templo fuera edificado en el mismo número de años que los días en que fue necesario que el cuerpo del Señor –prefigurado en el templo– se formara en el seno virginal.

28. Por lo que respecta a que se estableció que la Purificación se celebrara todos los años, eso nos enseña con certeza a tener siempre en el ánimo la conmemoración, tanto de la resurrección del Señor –que creemos ha sucedido ya–, como de la nuestra que esperamos ocurra; y a actuar de tal manera que no merezcamos resucitar para ser condenados, sino para vivir, como el Señor prometió a los que hayan hecho el bien[55]. Y no hay que pasar por alto sin considerarlo que al dedicar Salomón el templo, después de haber pronunciado las oraciones, descendió fuego del cielo y devoró el holocausto y las demás víctimas[56]. Porque el holocausto y las víctimas del verdadero Salomón somos nosotros, el holocausto y las víctimas del Rey supremo son todos sus elegidos, de los que dice el apóstol Pedro: *Porque también Cristo murió una sola vez por nuestros pecados, el justo por los injustos, con el fin de ofrecernos a Dios, mortificados ciertamente en la carne, pero vivificados en el espíritu*[57].

29. Por su parte, el fuego celestial es el celo de la caridad suprema con el que los ciudadanos de la patria celestial se gozan en arder para siempre, de una parte en su mutua felicidad y de otra en la claridad que contemplan de su Creador. De ahí que las cohortes de las virtudes celestiales que, por la singular cercanía a su Creador arden con un amor incomparable, reciben el nombre específico de serafines, esto es «los que arden y se incendian»[58]. Así pues, al acabar la dedicación del templo, un fuego bajado del cielo devoró las

55. Cf. Jn 5, 29.
56. Cf. 2 Cro 7, 1.
57. 1 P 3, 18.
58. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 121-122).

víctimas ofrecidas al Señor porque, cumplido el tiempo de nuestra resurrección, cuando sus siervos fieles entren en el gozo de su Señor[59], el fuego del verdadero amor con el que ahora se inflaman las virtudes angélicas absorberá también sus mentes, al ver la hermosura de su Redentor.

30. No cabe ninguna duda de que ya ahora muchos de los elegidos están en aquella ciudad celestial completamente absortos en el fuego del amor. Pero esto mismo se cumplirá con mucha más perfección cuando, al recibir su carne inmortal, al recibir en esa misma bienaventuranza a sus compañeros de servidumbre y a todos los hermanos a quienes aún contemplan luchar en la tierra, a partir de ese momento no tendrán ningún lugar al que enviar hacia fuera la mirada de su pensamiento –aunque fuera solo un poco– porque tienen dentro de sí a Dios –de cuya visión eterna gozan–, teniendo además consigo a sus allegados, de cuya felicidad sempiterna se alegran.

31. Allí se cumplirá en su totalidad el primero y mayor mandamiento del Señor, a cuya perfecta observancia están obligados los justos en esta vida, cada uno según sus fuerzas: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente y amarás a tu prójimo como a ti mismo*[60]. Porque, cuanto más de cerca contemplan el rostro presente del Señor, tanto más ardientemente se dedican por completo a amarle; en cuanto son conscientes de que todos sus allegados son elegidos y queridos por Dios, en cuanto observan que los corazones de esas personas no están menos llenos de un amor sincero que los suyos, en esa medida ellos mismos se deleitan en amarles, no menos que a sí mismos.

32. Pero también se debe advertir esto: que después de haber descrito la Dedicación y la consiguiente festividad, la

59. Cf. Mt 25, 21.

60. Mt 22, 37-39.

Escritura concluye así: *Y Salomón despidió al pueblo y ellos bendiciendo al rey marcharon a sus tiendas alegres con el corazón lleno de gozo por todos los bienes que el Señor había concedido a su siervo David y a su pueblo Israel*[61]. En efecto, el Señor, una vez consumado el don de la resurrección, despide a sus elegidos que marchan alegres a las moradas eternas. Y ciertamente no les aparta ya más de su presencia, sino de la condenación del juicio –que sabemos tendrá lugar en el aire, según dice el Apóstol[62]–, enviándoles a la morada de la patria celestial para que, cada uno según sus méritos, reciba el lugar prometido en el reino.

33. Porque lo que aquí se dice de que el pueblo se marchó a sus tiendas es en realidad lo que el Señor dice en el evangelio: *En la casa de mi Padre hay muchas mansiones*[63]. Y con razón se afirma que se marcharon a sus tiendas, bendiciendo al rey, porque sin duda esa era la acción más adecuada y gozosa de los ciudadanos del cielo: entonar himnos de acción de gracias a su Creador. Porque a este respecto se ha escrito: *Dichosos los que habitan en tu casa; te alabarán por los siglos de los siglos*[64]; también a este respecto el mismo profeta compuso los últimos siete salmos del salterio[65], escritos en la suavidad de la alabanza a Dios, y el octavo comenzando por el final, alabando a Dios a propósito de la victoria en la que había derrotado al gigante[66].

34. Allí demuestra claramente que todos los que aquí en la tierra superan las batallas contra el maligno enemigo, allí cantan la alabanza de su Creador y Protector en la verdadera paz. Dice: *Bendiciendo al rey marcharon a sus tiendas alegres con el corazón lleno de gozo por todos los bienes que el*

61. 3 R 8, 66.
62. Cf. 1 Tes 4, 17.
63. Jn 14, 2.
64. Sal 84, 5.
65. Es decir los salmos 144-150.
66. En el cómputo tradicional de los salmos, este es el 143.

Señor había concedido a su siervo David y a su pueblo Israel. Ciertamente los justos entran en las tiendas de las moradas celestiales, alegres por los bienes que reciben del Señor porque, aunque los trabajos de este mundo sean pesados, aunque sean duraderos, sin embargo parece breve y ligero todo lo que acaba en la felicidad eterna.

35. Por eso es necesario, hermanos queridísimos, que cada uno de nosotros persevere en la edificación de la casa de Dios exhortando, rogando, insistiendo él mismo en las buenas acciones[67], afanándose en la medida de sus fuerzas, no vaya a ser que el Rey celestial, al ver a alguno perezoso en la construcción de su templo, le expulse a la hora de la dedicación de su gran solemnidad. Esforcémonos con la mutua ayuda de la caridad a fin de que, al encontrarnos a todos con corazón gozoso, e incansables en las obras que Él mismo nos ha ordenado, nos introduzca a todos al premio de la contemplación para siempre, Jesucristo nuestro Señor que vive y reina con el Padre y es Dios en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

67. Cf. 2 Tm 4, 2.

HOMILÍA XXV

En la dedicación de una iglesia

Lc 6, 43-48
PL 94, 433-439[1]

1. Hermanos queridísimos, puesto que por bondad divina celebramos la solemnidad de la dedicación de la iglesia, debemos ponernos en consonancia con la fiesta que conmemoramos a fin de que, como hemos adornado con más cuidado los muros del edificio, hemos encendido las luces, hemos aumentado el número de las lecturas y añadido el canto de los salmos, hemos pasado como de costumbre la noche en vigilia, así también decoremos lo más íntimo de nuestros corazones con los siempre necesarios adornos de las buenas obras, aumente siempre en nosotros la llama del amor a Dios junto con el amor fraterno, resuene sin cesar en el santuario de nuestro pecho el recuerdo de los preceptos divinos y la sagrada suavidad de la loa evangélica.

2. Porque estos son los frutos del árbol bueno, estos los tesoros del buen corazón, estos los cimientos del prudente arquitecto, que nos recomienda la lectura del santo evangelio de hoy: que tengamos no solo la formalidad de la piedad, sino más bien su fuerza. Esto nos lo insinúa también con

1. En la edición de J.-P. Migne esta homilía se encuentra, entre las añadidas que componen el libro tercero, con el número 65.

elocuencia la interpretación alegórica del Antiguo Testamento, cuando Moisés construyó el tabernáculo o Salomón el templo para el Señor, como tipo de la santa Iglesia.

En efecto, se narra que ambas casas estaban firmemente asentadas. El tabernáculo tenía paredes compactas compuestas de tablas sobre bases de plata[2]. Por su parte, el templo estaba sobre piedras cuadradas ensambladas en el fundamento[3]. Sus maderas además eran incorruptibles[4]: de una parte toda la fábrica del tabernáculo y de otra los adornos interiores y el techo del templo resplandecían de ellas.

3. También se exhibía, como parte más valiosa del tesoro, oro de la mejor calidad. De él estaban revestidas, tanto las paredes internas y externas del tabernáculo, como no solo los muros sino también los artesonados, las vigas, las puertas, los dinteles y los suelos del templo. Pero incluso los vasos o los utensilios de ambos edificios eran casi todos de oro y no estaba permitido hacerlos, si no de oro de la mayor pureza[5]. También los frutos de los árboles que se ofrecían en la casa de Dios –es decir, la vid, las olivas, el incienso, la mirra o la esencia de esta y demás productos de este tipo– estaba mandado que fueran purísimos y exquisitos[6].

4. Es evidente que todas estas cosas –interpretadas de una manera alegórica– aluden a la autenticidad de nuestra fe y nuestra conducta. Porque, como dijimos, ambas casas prefiguran la Iglesia universal. Y nadie piense que es incongruente que haya dos casas del Señor construidas de acuerdo con la Revelación, cuando ningún fiel duda de que la única casa de Cristo es la Iglesia. En efecto, se construyeron dos casas para significar que ambos pueblos –los judíos y los gentiles– lle-

2. Cf. Ex 26, 15-19.
3. Cf. 1 R 5, 17.
4. Cf. 1 R 5, 8; 6, 14-15.
5. Cf. Ex 26, 29. 37; 30, 3-5; 2 Cro 4, 7-22; FLAVIO JOSEFO, *Antiquit.*, VIII, 3, 2.
6. Cf. Ex 30, 23-24. 34.

garían a la misma fe. Por eso está bien que construyera el tabernáculo solo el pueblo hebreo en el desierto, mientras los prosélitos –es decir, los advenedizos de todos los pueblos que entonces se podían encontrar mezclados con el pueblo de Israel– fueron quienes levantaron con fe devota la estructura del templo.

5. Pero incluso el poderosísimo rey de Tiro, contratado por Salomón, contribuyó con muchísimo gusto aportando artesanos y maderas[7], porque sin duda Dios era conocido solo en Judea antes de la encarnación del Señor[8]. Pero, una vez que Él –Dios– resucitó de entre los muertos con el cuerpo en el que había nacido y padecido y fue exaltado sobre los cielos[9], brilló enseguida sobre toda la tierra la gloria de su nombre y todo el universo acudió gozoso a construir su casa, una vez recibida la promesa de los dones celestiales.

Así pues, escuchemos lo que nuestro Creador y Redentor en persona nos dice a propósito de la construcción de su casa –que somos nosotros– en la lectura del santo evangelio que se nos ha recitado hace un momento.

6. *No hay árbol bueno que dé fruto malo, ni tampoco árbol malo que dé fruto bueno*[10]. Por tanto, el rey prudente busca árboles buenos y sus buenos frutos para la construcción, o para el servicio de su templo. Por el contrario, enseña en otro pasaje cuál es el fin del árbol malo, cuando dice: *Todo árbol que no dé fruto, será cortado y arrojado al fuego*[11]. Porque llama árboles a los hombres y frutos a sus obras. Y ¿queréis saber cuáles son los árboles malos, cuáles los malos frutos? El Apóstol lo enseña, al decir: *Ahora bien, las obras de la carne son manifiestas, a saber: fornicación, impureza, lascivia, idolatría, hechicería, odios, discordias, ce-*

7. Cf. 1 R 5, 1-10.
8. Cf. Sal 76, 1.
9. Cf. Sal 57, 5.
10. Lc 6, 43.
11. Mt 3, 10.

los, iras, rencillas, disensiones, divisiones, envidias, homicidios, embriagueces, orgías y otras como éstas[12].

7. ¿Queréis escuchar si árboles que hacen tales frutos forman parte del templo celestial del rey eterno? El Apóstol sigue con estas palabras: *De esto os prevengo, como antes lo hice, que quienes tales cosas hacen no conseguirán el reino de Dios*. Y a continuación enumera también los frutos del árbol bueno, diciendo: *A su vez los frutos del espíritu son: caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza*. Sobre esos frutos advierte en otro pasaje: *Andad como hijos de la luz; y el fruto de la luz es todo bondad, justicia, verdad*[13]. Sin duda, todos ellos, junto con los árboles de los que proceden, encajan ciertamente aquí en la casa de la fe y allí en la morada de la bienaventuranza eterna.

8. Escuchemos finalmente al árbol bueno que se alegra del éxito de sus buenos frutos: *Yo por mi parte, como el olivo fructífero en la casa de Dios, esperé en la misericordia divina para siempre y por los siglos de los siglos*[14]. Indudablemente el fruto del olivo es una reluciente obra de misericordia y, por eso, pone con razón su esperanza en la misericordia divina, en el templo de la eternidad, aquel que en la casa presente resplandece por gracia de la misericordia de Dios. Un hombre así, confiando con razón en pertenecer al templo del gran rey, dice en otro lugar: *Y su misericordia me acompañará todos los días de mi vida y habitaré en la casa del Señor por muy largos años*[15].

9. En contraposición, veamos qué frutos produce el árbol malo y evitemos producirlos nosotros mismos. Dice el profeta Jeremías: *Maldito el hombre que confía en un hombre*

12. Ga 5, 19-23.
13. Ef 5, 8-9.
14. Sal 52, 10.
15. Sal 23, 6.

y de la carne hace su apoyo y aleja su corazón del Señor, porque será como un tamarindo en el desierto[16]. El tamarindo, en efecto, es un arbusto infructuoso y débil, de sabor excesivamente amargo, indigno de cualquier cultivo por parte del hombre y que por eso crece en el desierto[17]. Con razón se le equipara al hombre que, apartándose del temor y del amor a Dios, espera poder y riquezas de los hombres. El profeta expresa hasta qué punto hay que pensar que ese hombre está apartado del decoro de la casa de Dios, cuando añade: *Y no sentirá aunque le venga algún bien, sino que habitará en las arideces del desierto, en tierra salitrosa e inhabitable*[18].

10. Por tanto, hermanos, ninguno se deje seducir viviendo secretamente del favor del vulgo como si fuera bueno, porque por más que produzca hojas sobremanera hermosas de palabras y la flor olorosa de la fama, *no es un árbol bueno que produce malos frutos.* Nadie desespere de su salvación cuando hace con recta intención el bien que puede, porque no hay un árbol malo que dé frutos buenos. *Cada árbol se conoce por su fruto*[19]. Hay que entender que este conocimiento solamente se refiere a los vicios o las virtudes manifiestas, como hemos recordado más arriba a partir de la declaración del Apóstol. Porque hay algunos actos que el prójimo no sabe con qué intención se realizan y se pueden interpretar en ambos sentidos. Pero esas acciones ambiguas las interpretan para bien aquellos que aman el bien, para que se cumpla aquello del Apóstol: *No queráis juzgar antes de tiempo*[20].

11. *Porque no se cogen higos de los espinos, ni de la zarza se vendimian racimos*[21]. Los espinos y la zarza, árboles lle-

16. Jr 17, 5-6.
17. Cf. Isidoro, *Etim.*, XVII, 7, 49.
18. Jr 17, 6.
19. Lc 6, 44.
20. 1 Co 4, 5.
21. Lc 6, 44.

nos de espinas, simbolizan los corazones de aquellos que se manchan a sí mismos a estímulos de la lujuria, la envidia, la concupiscencia, o se comportan como personas duras con el prójimo y casi intratables por la aspereza de su carácter airado, difamador, soberbio y amargo. A su vez, el higo es señal del dulce pensamiento en el reino de los cielos y la uva de la fragancia que desprende el amor de Dios. Por tanto, de los espinos no se recogen higos, ni de la zarza se vendimian uvas, porque quienes aún están aturdidos por los aguijones de los vicios, de ningún modo están en condiciones de dar a su prójimo de una manera digna ni ejemplo ni doctrina de virtudes.

12. *El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas, y el malo saca cosas malas de su mal tesoro*[22]. El tesoro del corazón es la intención de la mente, sobre la que el juez divino juzga la calidad de la acción. Por eso ocurre con frecuencia que las obras de menor importancia operan en muchos un mayor premio de gracia celestial, precisamente por la intención de su corazón, que habría querido hacer mayores bienes, si hubiera podido. Y otros, que ostentan actos mayores de virtud, obtienen menos premios del Señor a causa del descuido de su tibio corazón. En definitiva, la obra de la viuda que depositó dos monedas en el templo tuvo para el que escruta por dentro los corazones más valor que los copiosos dineros de los ricos[23].

13. *Porque de la abundancia del corazón habla la lengua*[24]. Ciertamente el juicio humano con frecuencia se equivoca, porque el corazón del prójimo no sabe medir más que lo que procede de la boca o de la acción, mientras el Señor sopesa esa misma acción y nuestras palabras desde la raíz de nuestro corazón. Porque para Él la boca habla de la

22. Lc 6, 45.
23. Cf. Mc 12, 42-44.
24. Lc 6, 45.

abundancia del corazón, ya que no ignora con qué intención se pronuncian las palabras. Lo cual también trae como consecuencia poner en evidencia que buenas palabras, sin el testimonio de las obras, no sirven para nada[25].

14. Continúa, *¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo?*[26] En realidad, llamar al Señor parece un don del buen tesoro, un fruto del árbol bueno. Porque todo el que invocare el nombre del Señor será salvo[27]. Pero, si el que invoca el nombre del Señor, rechaza –viviendo de un modo perverso– los mandamientos del Señor, es a todas luces evidente que el bien que la lengua ha pronunciado no ha salido del buen tesoro del corazón y que el fruto de esa declaración, no lo ha producido la raíz de la higuera, sino del espino: es decir, una conciencia sucia por los vicios y no cargada con la dulzura del amor divino.

Acto seguido el Señor señala con otra imagen cuál es la verdadera diferencia entre los frutos buenos y los malos.

15. *Todo el que viene a mí y oye mis palabras y las pone por obra, os diré a quién es semejante. Es semejante al hombre que edifica una casa*[28]. Y el hombre que aquí edifica una casa es el *Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo*[29] en persona, que se ha dignado edificar y consagrar una casa santa, querida para El –es decir, la Iglesia–, en la que permanecer por siempre. *Ese hombre cava hondo y cimienta sobre roca*[30], porque se ha esforzado por extirpar completamente en el corazón de sus fieles lo que ha encontrado de visión terrena hasta que, arrojados todos los vestigios de la antigua costumbre y los pensamientos superficiales, puede tener en ellos una mansión estable e inconmovible.

25. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, I, 7, 21 (CCL 77, 44-45).
26. Lc 6, 46.
27. Cf. Jl 2, 32; Hch 2, 21; Rm 2, 13.
28. Lc 6, 47-48.
29. 1Tm2,5.
30. Lc 6, 48.

16. Porque Él mismo es la piedra sobre la que ha colocado los cimientos de semejante casa. En efecto, así como en una casa por edificar nada antecede a la piedra sobre la que ha de ir el fundamento, del mismo modo la Iglesia santa tiene su piedra –es decir, Cristo– metida en lo más hondo del corazón y no pone nada por delante de la fe en Él y su amor, hasta el punto de que incluso no duda en sufrir la muerte por ese amor. El príncipe de la Iglesia recibió sin duda el nombre de esa piedra, por haber mostrado su adhesión con toda firmeza, cuando escuchó: *Porque tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*[31].

17. *Y, al sobrevenir una inundación, el río fue a chocar contra aquella casa, pero no pudo removerla porque estaba construida sobre piedra*[32]. La interpretación está clara: la Iglesia es sacudida frecuentemente por dificultades, pero no abatida. Y si algunos creyentes han caído –vencidos por el mal– es porque no pertenecían a esta casa ya que, si hubieran estado fundados sobre la piedra de la fe y no más bien sobre la arena de la perfidia y la debilidad, habrían permanecido en pie, jamás habrían podido ser derruidos.

18. Y hay que poner de relieve que esta inundación afecta a la Iglesia de tres maneras. En efecto, o bien uno es tentado por su propia concupiscencia, una vez separado y seducido[33]; o es acosado por la falta de honradez de falsos hermanos; o es blanco de insidias más abiertas por parte de personas ajenas. A estas tentaciones el Señor las llama en otro lugar «puertas del infierno»; y con razón, porque –si salen triunfantes– arrastran a la muerte eterna. Dice el Señor: *Y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*[34]. Por tanto, aunque golpean, las puertas del diablo no destruyen la Iglesia de Cristo, aun-

31. Mt 16, 18.
32. Lc 6, 48.
33. Cf. St 1, 14.
34. Mt 16, 18.

que se vuelca la inundación de la perfidia, no horada la casa de la fe. Efectivamente, ella puede decir a su Protector con toda verdad: *Cuando se angustiaba mi corazón, me pusiste en una roca inaccesible*[35].

19. No es abatida por los extraños, porque supera la rabia de los infieles perseguidores, sufriendo con la corona del martirio; no es corrompida por falsos hermanos, porque con la rectitud de su fe refuta los dogmas de los herejes y –con su vida sobria, justa y piadosa[36]– evita los ejemplos viciosos de algunos católicos; no es obcecada por el humo de su propia concupiscencia, porque por dentro arde solo con el fuego del amor al Señor.

20. A este Hombre[37] –es decir, a nuestro Redentor–, que ha vinculado consigo mismo a la Iglesia universal, dotándola de una invencible fortaleza moral, intentan imitar algunos elegidos cuando, cada uno a su manera, se ocupa de realizar específicamente en su propio corazón lo que Él de un modo general hace en toda la Iglesia. Porque, como si cavaran hondo, examinan diligentemente su conciencia, buscan con solicitud, no vaya a ser que en ella se oculte algo sórdido, eliminan con la fuerza de una prudencia acendrada las tinieblas de los pensamientos vanos que salen del fondo del corazón, para preparar en su interior una estable y pacífica sede a esa piedra firmísima que es Cristo. Y así ocurre que –por su presencia– se mantienen invencibles entre las adversidades de este mundo que aterra y las prosperidades de este mundo que halaga.

21. Con la ayuda del Señor, hermanos queridísimos, hemos recorrido la narración de este pasaje evangélico. Pero me parece adecuado a la solemnidad de la edificación del templo

35. Sal 61, 3.
36. Cf. Tt 2, 12.
37. Beda cambia bruscamente el tenor de sus reflexiones, basado en la identificación que ha hecho entre Cristo y la Iglesia.

que conmemoramos, recordar algunas cosas y exponer hasta qué punto su ornamentación se adecúa a significar la Iglesia.

En efecto, narra la Escritura que Salomón ordenó *que trajeran piedras grandes, piedras escogidas para los cimientos del templo y que los cortasen en cuadrados*[38]. Y esas piedras grandes y escogidas, que situadas en los cimientos soportan todo el peso del templo puesto encima de ellas, simbolizan a los eximios doctores de la santa Iglesia; son grandes sin duda por la excelencia de sus méritos, valiosos por el esplendor de los milagros que –tras haber escuchado la palabra de labios del mismo Señor– levantaron con su predicación todo el edificio de la naciente Iglesia.

22. Porque, cuando en las Escrituras se habla de fundamentos –en plural–, se alude tanto a los predicadores santos, como a las firmes convicciones de los justos. De ahí viene aquello del salmista: *Sus fundamentos están en los montes santos*[39]. Por el contrario, cuando se pone fundamento –en singular–, la mayor parte de las veces se hace referencia al Autor de todos los bienes en persona. De Él dice el Apóstol: *En cuanto al fundamento, nadie puede poner otro sino el que está puesto, que es Jesucristo*[40]. De Él dice otra vez a los que creen: *Pero vosotros sois conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas*[41].

23. Así pues, sobre este fundamento han sido puestas las piedras grandes y escogidas que soportan todo el templo, porque a través de Él –primero los patriarcas y los profetas y luego los apóstoles– han sido puestos para propagar la Iglesia por todo el orbe. Todos ellos, cuanto más unidos estaban a su amor, tanto más firmemente sustentaban a sus seguidores en este edificio celestial. Evidentemente el rey

38. 3 R 5, 17.
39. Sal 87, 1.
40. 1 Co 3, 11.
41. Ef 2, 19-20.

mandó que las cortasen en cuadros, para significar que los maestros de la Iglesia debían ser moderados de costumbres y estables de ánimo. Porque, del mismo modo que una piedra cuadrada permanece estable por cualquier parte que se la vuelva, así también sin duda la vida de los perfectos –que está orientada intensamente hacia la verdad– no debe desestabilizarse a impulsos de ninguna tentación.

24. Por su parte, el templo estaba construido con mármol de Paros, que es una piedra blanca[42], para expresar el candor de la castidad de la Iglesia, del que el Señor dice en el *Cantar de los cantares*: *Como lirio entre los cardos es mi amada entre las doncellas*[43].

Tenía sesenta codos de longitud, veinte de anchura y treinta de altura[44]. Ahora bien, la longitud del templo designa la fe de la santa Iglesia, gracias a la cual soporta con longanimidad entre sus buenas obras las adversidades de los pervertidos. La anchura simboliza la caridad por medio de la cual regula su vida interna con entrañas de piedad; la altura es la esperanza por la que aguarda los premios de la vida celestial, como consecuencia de los bienes que pone por obra a través de la caridad.

25. Y está bien que la longitud sea de sesenta codos, porque con el número seis se suele designar la perfección de las buenas obras ya que, de una parte el Señor completó en seis días la ornamentación del mundo[45], y de otra son seis las edades de este mundo, en las que la santa Iglesia se aplica a realizar actos piadosos para conseguir el descanso eterno[46].

42. Cf. Flavio Josefo, *Antiquit.*, VIII, 3, 2.

43. Ct 2, 2.

44. Cf. 1 R 6, 2. Como medida de longitud natural, el codo designa la distancia de este hasta la punta de los dedos. Ahora bien, su valor exacto oscila: el codo hebreo standard era de 44,45 cm., si bien en tiempos de Salomón se puede concluir que el llamado «codo real» estaba alrededor de los 50 cm.

45. Cf. Gn 2, 1-2.

46. Cf. *supra Hom.*, I, 11, 14; 14, 9.20.

También es apropiado que sean veinte los codos de anchura, porque son dos los preceptos de la caridad, por la que la Iglesia se extiende en medio de la tribulación, cuando cada hombre santo intenta amar con todo su corazón, toda su alma, toda su fuerza, tanto al Creador, como al prójimo como a sí mismo[47].

Es adecuado que sean treinta los codos de altitud, porque toda la esperanza de los elegidos se prepara a la contemplación de la santa Trinidad, ejercitándose y purificándose en la medida en que es capaz.

26. Por tanto, el seis se acomoda a la longanimidad de la fe, el tres a la excelsitud de la esperanza, el dos a la extensión del amor: todo el edificio de la Iglesia santa se apoya en estas virtudes insignes. Y el hecho de que cada uno de estos números se multiplica por diez –que es el número perfecto– indica en sentido figurado el aumento multiplicador de su perfección.

Hay que tomar nota, además, de que los treinta codos de altura no llegaban hasta el techo superior del templo, sino al artesonado; de otra parte, hasta el artesonado de la habitación intermedia se añadían otros treinta codos de altura. Finalmente, la tercera habitación –que era la más alta– tenía otros sesenta codos de altura y así toda la altura del edificio sumaba ciento veinte codos[48].

47. Cf. Mc 12, 30-31.

48. Cf. 2 Cro 3, 4; FLAVIO JOSEFO, *Antiquit.*, VIII 3, 2. La descripción que aquí hace Beda coincide con las reproducciones arqueológicas del templo de Salomón de acuerdo con los textos bíblicos: 1 R 6, 2 ss.; 2 Cro 3, 3 ss. Según ella los techos interiores iban bajando desde los ciento veinte codos del pórtico (*ulam*), a los sesenta de la estancia principal (*hekhal*) –o *sanctus* (*haqqōdäsch*)-, donde se encontraban la mesa de los panes, los candelabros y el altar del incienso, hasta los treinta del santo de los santos (*debîr*) –también llamado *qōdäsch haqqōdäschîm*-, en que estaba el arca de la alianza custodiada por los querubines. Cf. H. BURKHARDT – F. GRÜNZWEIG – F. LAUBACH – G. MAIER, *Das grosse Bibellexikon*, vol. 3, Wuppertal-Zürich, 1989, p. 1535.

27. Por tanto, la primera habitación se yergue a treinta codos de altura, porque la Iglesia actual se orienta con toda intensidad a contemplar la imagen de la santa Trinidad. La siguiente habitación se eleva igualmente otros treinta codos porque las almas de los santos, desligadas de sus cuerpos, disfrutan de una visión actualizada de esa misma santa e indivisa Trinidad. La última habitación tiene sesenta codos más de altura porque todos los elegidos, resucitados de entre los muertos con inmortalidad eterna de alma y de cuerpo, gozarán de la contemplación de ese mismo Creador suyo que es un Dios en tres personas. Y en el templo[49] se construyó una pared intermedia de veinte codos de altura, hecha de madera de cedro, para dividir el oráculo, es decir el *sancta sanctorum* de la primera parte del templo[50].

28. Este oráculo tenía veinte codos de longitud, veinte de anchura y veinte de altura[51]. A su vez, la habitación del templo ante las puertas del oráculo, medía cuarenta codos[52]: en ese recinto estaban las mesas y los candelabros de oro, pero el altar de oro estaba situado junto a la puerta del oráculo[53] con el fin de que, al quemar en él el incienso, la nube del humo ascendente cubriera el oráculo donde estaba el Arca de la Alianza[54] *y sobre ella los querubines de la gloria, que cubrían el propiciatorio*[55].

Así pues, el primer recinto simboliza el estado de la Iglesia de este mundo; el recinto interior, por su parte, el ingreso en la vida celestial. Por eso, en el primero están situados con razón la mesa y los candelabros, porque indudablemente en esta vida necesitamos la luz de las Sagradas Escrituras

49. Es decir, excluido el pórtico, en el templo propiamente dicho, esta pared separaba el *debir* del *hekhal*, al que aquí considera primera parte del templo.

50. Cf. 1 R 6, 16.

51. Cf. 1 R 6, 20.

52. Cf. 1 R 6, 17.

53. Cf. Ex 25, 23-31; 30, 1-6.

54. Cf. Lv 16, 13.

55. Hb 9, 5.

y el alimento de los sacramentos del cielo; en el futuro, sin embargo, no necesitaremos tales ayudas, porque todos los que allí aparecen –como dice el salmista– serán saciados con la justicia de la gloria del Señor que se les ha manifestado[56].

29. También en esta vida los corazones de los justos brillan espléndidos como el altar de oro del incienso, gracias a la pureza de su santidad, sostenidos por los perfumes de sus anhelos espirituales arden en las llamas de un amor constante y, por estar situados junto a la entrada del cielo, producen al suavísimo olor de su oración junto al *sancta sanctorum*, *donde Cristo está sentado a la diestra de Dios Padre*[57]. A Cristo le simboliza de un modo sumamente adecuado el Arca de la Alianza –que está al otro lado del velo[58]–, *en cuyo interior* había *una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que había florecido y las Tablas de la alianza*[59].

30. En efecto, el arca misma simboliza la naturaleza de la Humanidad (de Cristo); la urna con el maná, la plenitud de su Divinidad; la vara de Aarón, la potestad inviolable de su sacerdocio; las tablas de la Alianza, que Él mismo es quien dio la Ley y quien dará su bendición a los que la cumplen[60].

Era adecuado, por tanto, que el recinto ante las puertas del oráculo tuviera cuarenta codos de longitud, porque en esta vida conviene que aún nos castiguemos con ayunos y continencia, con el fin de merecer llegar a la saciedad de una dulzura espiritual. Porque entiende que este número significa el castigo de la vida presente todo aquel que ha querido entender rectamente el ayuno de cuarenta días de Moisés[61], o de Elías[62], o del mismo Señor[63].

56. Cf. Sal 17, 15.
57. Col 3, 1.
58. Cf. Ex 30, 6.
59. Hb 9, 4.
60. Cf. Sal 84, 6-7.
61. Cf. Ex 34, 28.
62. Cf. 1 R 19, 8.
63. Cf. Mt 4, 2.

31. Con razón el mismo oráculo en el que los querubines de la gloria guardaban el arca tenía veinte codos de altura, anchura y altitud, porque –como hemos dicho– ese número insinúa la perfección del doble mandamiento de la caridad, ya que todo lo que en esta peregrinación se hace por el Señor se perfecciona en la sola magnitud del amor en aquella mansión de la patria eterna, donde su magnificencia es elevada por la continua alabanza de las almas santas.

Ante el templo había un pórtico de veinte codos de longitud a todo lo ancho de la fachada del templo[64], con una puerta enfrente de la puerta del templo[65] y diez codos de anchura mirando al oriente[66]. Ese pórtico es imagen de aquel pueblo de la santa Iglesia que, a pesar de haber precedido en el tiempo a la encarnación del Señor, sin embargo no ha sido excluido de la fe en esa misma encarnación.

32. Porque esto es lo que significa que la puerta del pórtico está situada frente a la puerta del templo que mira al oriente: que la fe en Cristo del pueblo anterior es la misma que la del pueblo siguiente[67] y que los corazones de todos los fieles están iluminados por la misma luz de la gracia del oriente. Por eso se dice con razón que había situadas en ese mismo pórtico, cerca de la entrada en el templo, dos columnas de bronce de enorme y admirable factura y sobre ellas sendos capiteles rematados en forma de flor de loto[68].

33. Y estas columnas están ante la puerta del templo, porque a la llegada de nuestro Redentor –que dice: *Yo soy la puerta: el que por mi entrare se salvará*[69]– le precedieron egre-

64. Cf. 1 R 6, 3.

65. Es decir, las puertas del *ulam* al *hekahl* y de este al *debir* estaban situadas en línea recta.

66. En efecto, el pórtico estaba orientado hacia el Este, mientras el oráculo (*sancta sanctorum*, *debir*) estaba situado al Oeste.

67. Cf. *supra Hom.*, II, 15, 2.

68. Cf. 1 R 7, 15-22.

69. Jn 10, 9.

gios doctores, de los que dice el Apóstol: *Santiago, Cefas y Juan, que pasan por ser las columnas*[70], los cuales dieron a Pablo testimonio de la llegada del mismo. Y una estaba a la derecha y otra a la izquierda de la puerta, porque anunciaban entonces la futura encarnación de su redentor al pueblo de Israel, que ardía en fe y caridad divinas y de igual modo predicaban a los gentiles –que aún yacían en el frío de la perfidia, como si estuvieran expuestos al viento del norte– que debían dar paso a su Redentor.

34. El hecho de que los capiteles de las columnas estuvieran rematados por una flor en forma de loto significa que el resumen de toda su predicación rezumaba de la claridad de la felicidad eterna y prometía a sus oyentes que contemplarían la gloria de aquel que –siendo Dios eterno antes de todos los siglos– se había hecho hombre al llegar la plenitud de los tiempos, de modo semejante a la flor de loto, que tiene un color dorado hacia fuera y blanco hacia dentro.

Pues, ¿qué otra cosa es el color del oro en el blanco, sino el resplandor de la Divinidad en el hombre? Porque es evidente que, de una parte y en primer lugar mostró a un hombre preclaro por sus virtudes y de otra –después de la muerte– le revistió del níveo esplendor de la incorrupción.

35. Queridísimos, ha sido un placer haber expuesto a vuestra comunidad, en la alegría de la fiesta de hoy, algunos de entre los muchos temas a propósito de la construcción del templo con la idea de que, por una parte el edificio admirable de la casa terrena del Señor deleitara vuestro oído, y de otra la comprensión espiritual del mismo elevara nuestras mentes a un amor ardiente a las moradas celestiales.

Por consiguiente, hermanos míos, amemos con todo el corazón el decoro de la casa eterna[71] que hemos recibido de Dios

70. Ga 2, 9.

71. Cf. Sal 26, 8.

en el cielo[72] y procuremos animarnos unos a otros a pensar con asiduidad en el lugar del tabernáculo de su gloria.

36. Pidámosle ante todo una sola cosa y busquémosla con infatigable afán: que merezcamos habitar en su casa todos los días de nuestra vida[73]. Es decir, que seamos felices con la vida y la luz eternas. Porque Él no ignora ni menosprecia los ruegos de los pobres[74], cuando pedimos lo que ama; por el contrario, escuchándonos con clemencia, nos concederá contemplar sus bienes en la tierra de los vivos[75] Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

72. Cf. 2 Co 5, 1.
73. Cf. Sal 27, 4.
74. Cf. Sal 22, 24.
75. Cf. Sal 27, 13.

*ÍNDICES**

* Los números romanos indican el tomo; los arábigos, la página.

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis

1, 3-5: II, 7, 6
2, 1-2: II, 25, 25
2, 2: II, 16, 15; 17, 27
3, 1-7: II, 6, 1
3, 1-13: II, 18, 17
3, 7: I, 17, 18
3, 24: I, 12, 9
4, 8: I, 14, 13
4, 10: I, 10, 3
4, 11: I, 14, 13
5, 18-19: II, 15, 22
5, 23: II, 15, 23
6-7: I, 14, 14
6, 6-7: I, 12, 13
7, 2: II, 7, 24
8, 6-7: I, 12, 21
8, 8-11: I, 12, 22
8, 11: I, 14, 14
11, 26: II, 1, 2
11, 31: II, 1, 2
12, 3: I, 4, 32
13, 8: II, 1, 2
14, 18: I, 15, 3; II, 19, 3
15, 9: I, 18, 4
17, 5: I, 11, 9
17, 14: I, 11, 6
17, 15: I, 11, 10
18, 1: I, 2, 21
18, 10: II, 19, 11
22: I, 14, 15
22, 9: II, 19, 11
22, 12: II, 13, 13
22, 17-18: I, 14, 15
25, 20: II, 1, 2
25, 20-21: II, 19, 11
25, 26: II, 1, 2
25, 27: I, 17, 13
28, 11-13: I, 17, 22
28, 18: I, 17, 22
29, 15: II, 1, 2
30, 22-24: II, 19, 11
32, 28: I, 17, 22
32, 30: I, 2, 21
35, 10: I, 17, 22
37, 8: I, 14, 13
46, 27: I, 8, 19
48, 20: I, 2, 1
49, 18: I, 17, 8

Éxodo

1, 14: II, 2, 15
3, 5: I, 1, 18
3, 7-8: I, 21, 2
6, 23: I, 3, 24
9, 27: II, 23, 13
10, 16: II, 23, 13
12-13: I, 18, 2
12, 2 - 19, 1: II, 17, 20
12, 3: II, 3, 2
12, 3-50: II, 7, 19
12, 7: I, 2, 17
12, 11-12: II, 5, 2
12, 16: II, 7, 4
12, 18: II, 3, 2
12, 23-27: II, 5, 2
13, 2: I, 18, 2
14, 13: I, 24, 21
14-16: I, 16, 17
14, 21-29: II, 5, 2
17, 6: I, 16, 17
19, 16 - 20, 17: II, 17, 20

19, 20: II, 17, 22
19, 27: II, 17, 21; 20, 8-10; II, 7, 4; II, 16, 15; II, 17, 27
20, 9-10: I, 23, 16
20, 10: I, 23, 9
22, 24: II, 17, 21
23, 10-11: II, 17, 27
24, 3: II, 17, 23
24, 12: II, 10, 6
25, 23-31: II, 25, 28
26, 15-19: II, 25, 2
26, 29: II, 25, 3
26, 31-33: II, 1, 20
26, 37: II, 25, 3
27, 1: II, 19, 20
27, 2: II, 19, 21
28, 1: II, 19, 5
30, 1: II, 19, 20
30, 1-6: II, 25, 28
30, 3: II, 19, 21
30, 3-5: II, 25, 3
30, 6: II, 25, 29
30, 23-24: II, 25, 3
30, 34: II, 25, 3
31, 15: I, 23, 9
32, 15: II, 10, 6
33, 13: I, 2, 20
33, 18: I, 2, 20; 16, 8
33, 19: I, 2, 20
33, 20: I, 2, 22
34, 1: II, 10, 6
34, 6: I, 22, 10
34, 28: II, 25, 30

Levítico

1, 14: I, 18, 4
5, 7: I, 18, 4
5,11: I, 18, 4
11, 2-3: II, 7, 24
12, 1-4: I, 18, 2
12, 2: I, 18, 2
12, 2-4: I, 11, 8
12, 4: I, 14, 18
12, 5: I, 18, 2
12, 6: I, 18, 2
12, 6-8: I, 18, 4
12, 8: I, 18, 4; 14
16, 13: II, 25, 28
16, 17: II, 19, 14
16, 29: II, 19, 14
16, 29-34: II, 24, 20
16, 33-34: II, 19, 14
19, 18: I, 23, 7
19, 2: I, 6, 7
23, 7: I, 23, 9
23, 15-17: II, 17, 20
23, 17: II, 17, 25
25, 8-12: II, 17, 26

Números

1, 7: I, 3, 24
3, 2-4: II, 19, 5
7, 12: I, 3, 24
13, 23: II, 15, 2
18, 15-16: I, 18, 2
20, 25-28: II, 19, 5
21, 8: II, 18, 16:
36, 7-8: I, 3, 5

Deuteronomio

5, 12-14: II, 16, 15
5, 21: I, 2, 16
6, 5: I, 23, 7
10, 6: II, 19, 5
10, 22: I, 8, 19
14, 6: II, 7, 24
18, 15: I, 24, 18; II, 20, 11
25, 5-9: I, 1, 17

Josué

5, 2: I, 11, 19
5, 16: I, 1, 18

24, 33: II, 19, 5

Jueces
13, 2: II, 19, 11
13, 24: II, 19, 11
20, 28: II, 19, 5

Rut
4, 7: I, 1, 17

1 Samuel
1, 2: II, 19, 11
1, 20: II, 19, 11
15-16: I, 14, 16
16, 7: I, 16, 13
18-21: I, 14, 16
25, 2-35: II, 23, 11

2 Samuel
7, 4-13: II, 19, 6

Reyes
5, 1-10: II, 25, 5
5, 8: II, 1, 19; 25, 2
5, 10: II, 1, 19
5, 17: II, 25, 2
5, 38: II, 24, 24
6, 2: II, 25, 24
6, 3: II, 25, 31
6, 8: II, 1, 20
6, 9-10: II, 1, 19
6, 14-15: II, 25, 2
6, 16: II, 1, 20; II, 25, 27
6, 17: II, 25, 28
6, 19: II, 1, 20
6, 20: II, 25, 28
6, 20-22: II, 1, 19
6, 30: II, 1, 19
6, 38: II, 1, 15; 24, 19
7, 15-22: II, 25, 32
8, 27: I, 6, 15
8, 39: II, 12, 13
8, 63: II, 24, 19
8, 64: II, 19, 21
15, 33-34: II, 1, 19
19, 1-3: II, 23, 4
19, 8: II, 25, 30

2 Reyes
2, 11: II, 15, 22; 23, 4
24-25: I, 14, 17
25, 9: II, 1, 15

3 Reyes
5, 17: II, 25, 21
8, 66: II, 24, 32

4 Reyes
2, 6-11: II, 15, 24
2, 8-14: II, 15, 24

1 Crónicas
22, 1-10: II, 19, 6
22, 9: II, 24, 25
23, 5: II, 19, 6
23, 30-31: II, 19, 6
1 Cr 24, 1-19: II, 19, 7
24, 10: II, 19, 5.8

2 Crónicas
3, 4: II, 25, 26
4, 7-22: II, 1, 19; 25, 3
7, 1: II, 24, 28
7, 5-10: II, 24, 19
8, 12: II, 19, 212
22, 11: I, 3, 24
23, 8: II, 19, 7
24, 21-22: I, 3, 24
36: I, 14, 17

Esdras
1, 1-3: II, 1, 15
1-6: I, 14, 17

3, 2: I, 14, 17
4, 1-24: II, 1, 15
5, 1-2: II, 24, 21
6, 15: II, 24, 21
6, 15-19: II, 24, 19

Tobías
13, 22: II, 16, 13

1 Macabeos
1, 11-58: II, 24, 22
4, 52-59: II, 24, 19

2 Macabeos
5, 21 - 7, 41: II, 24, 22
8, 1 - 10, 6: II, 24, 23

Job
1, 1: I, 17, 13
1, 8: I, 23, 15
5, 17: I, 23, 16
9, 20: II, 14, 4
15, 14: I, 12, 6
27, 3-4: I, 11, 18; II, 6, 7
27, 6: I, 25, 10
36, 5: I, 4, 26

Salmos
2, 7: II, 24, 6
3, 9: II, 3, 11
4, 7: I, 6, 7
6, 3: II, 2, 4
6, 6: I, 18, 6
6, 7: I, 1, 9
8, 4: II, 6, 4
8, 5: I, 19, 10
8, 6: I, 1, 15; II, 8, 6
8, 7: II, 8, 6
8, 10: I, 17, 14
9, 14: I, 20, 17
10, 17: I, 22, 3
10, 35-36: II, 8, 11
11, 7: I, 25, 14
12, 9: II, 2, 3
14, 3: I, 11, 17
15, 1: II, 21, 2
15, 2-3: II, 11, 18
16, 15: II, 9, 15
17, 15: I, 7, 8; II, 25, 28
18, 6-7: I, 14, 3
19, 2: II, 16, 17
19, 5: I, 3, 27
22, 6: I, 2, 12
22, 24: II, 25, 36
22, 32: II, 17, 7
23, 1-2: II, 2, 4
23, 5: I, 14, 19
23, 6: II, 25, 8
24, 4: I, 25, 8
24, 8: I, 3, 4
24, 10: I, 14, 24; II, 9, 1
25, 5: I, 18, 8
26, 4: II, 4, 17
26, 7: II, 16, 15
26, 8: II, 25, 35
26, 10: I, 11, 17
27, 4: I, 19, 4; II, 4, 16; 25, 36
27, 6: II, 18, 14
27, 13: I, 9, 17; 16, 14; II, 25, 36
27, 14: I, 16, 14
28, 3: I, 11, 17
28, 3: I, 15, 8
29, 9: II, 16, 17
31, 19: I, 8, 16
31, 20: I, 24, 8
32, 10: II, 14, 16
33, 15: I, 23, 18
34, 1: II, 20, 17
34, 2-3: I, 25, 4
34, 3: I, 15, 17
34, 4: II, 18, 22
34, 8: I, 11, 18

34, 13: II, 6, 8
34, 17: II, 8, 11
34, 19: II, 8, 11
35, 9: I, 5, 15
35, 10: I, 9, 15
35, 16: I, 25, 4; 7
36, 7-8: I, 9, 18
37, 4: II, 16, 31
37, 11: II, 3, 8
37, 35-36: II, 2, 6
39, 1: I, 11, 18
42, 3: I, 7, 8; II, 13, 15
43, 1: II, 17, 10
44, 4: I, 4, 25
45, 5: I, 25, 12
45, 7: I, 5, 16; I, 17, 23
45, 8: I, 12, 22; 16, 11; 25, 16; II, 15, 13
46, 5-6: II, 24, 8
46, 11: II, 17, 26
47, 6: II, 15, 18; 18, 12
49, 3: II, 6, 9
49, 12: I, 8, 9
50, 1: II, 15, 23
50, 12: II, 11, 17
51, 5: I, 3, 20; 12, 4; II, 19, 25
51, 10: II, 3, 16
51, 12: II, 14, 21
52, 10: II, 25, 8
54, 3: I, 5, 15
54, 7: I, 1, 6
54, 8: I, 1, 6
57, 4: I, 12, 18
57, 5: II, 25, 5
57, 6: II, 15, 21
57, 8: II, 10, 5
58, 11: I, 2, 12
60, 5: I, 14, 26
60, 12: I, 4, 25
61, 3: II, 25, 18
61, 4: I, 24, 17
68, 17: II, 23, 4
68, 19: II, 7, 22
68, 34: I, 17, 24
69, 32: II, 4, 2
74, 12: I, 23, 16
76, 1: II, 25, 5
76, 2: II, 15, 21
77, 3: I, 16, 21
78, 1: II, 6, 9
78, 20: I, 16, 17
78, 24: I, 16, 17
79, 10: II, 13, 13
79, 13: I, 23, 2
81, 6: II, 2, 15
81, 11: II, 1, 18
82, 6: I, 20, 4; 23, 21
84, 5: II, 9, 16; 16, 12; 24, 33; 25, 30
84, 7: I, 2, 29; 11, 5; 23, 8
84, 8: I, 17, 4; II, 9, 16; 15, 11
84, 11: I, 10, 17; 16, 9; II, 21, 8
85, 11: I, 2, 11
85, 13: I, 4, 10
86, 15: I, 22, 10
87, 1: II, 1, 7; II, 25, 23
88, 2: I, 2, 13
89, 2: I, 6, 23; II, 9, 12
89, 27-28: I, 23, 21
89, 49: I, 9, 11
91, 16: I, 17, 8
94, 19: II, 17, 6
95, 6: I, 12, 18; II, 14, 2
96, 2: I, 6, 21
100, 3: I, 20, 6; II, 19, 32
101, 1: I, 24, 4
101, 8: II, 1, 8
102, 4: I, 2, 12
102, 14: II, 20, 5
102, 27: I, 19, 15

103, 1-2: I, 11, 14
103, 3: I, 11, 12
103, 3-5: II, 19, 32
103, 4-5: I, 11, 14
103, 22: I, 19, 14
104, 2: I, 6, 14
104, 3: II, 15, 19
104, 4: II, 15, 27; 23, 4
104, 14-15: II, 2, 8
104, 24: I, 14, 11; I, 23, 19
105, 4: II, 15, 30
105, 31: I, 23, 19
105, 34: I, 23, 19
105, 39: I, 24, 17
107, 25: I, 23, 19
110, 4: I, 3, 26; 15, 3; II, 19, 3
111, 10: II, 24, 2
112, 4: I, 6 19; 7, 1
113, 3-4: II, 17, 23
115, 4-5: I, 20, 4
116, 12: I, 6, 14
116, 13: II, 21, 18
116, 15: I, 10, 1; II, 21, 19; 22, 15
116, 16-19: I, 11, 13
118, 15: I, 10, 17
118, 22: II, 3, 12
118, 26: II, 3, 12
119, 1: II, 5, 12; 16
119, 1-2: I, 22, 14
119, 2: II, 5, 16
119, 37: I, 11, 18
119, 37: I, 20, 17
119, 48: I, 11, 18
119, 81: I, 5, 15
119, 97: II, 12, 16
119, 101: I, 11, 18
119, 131: II, 1, 18
119, 133: I, 7, 7
121, 6: I, 24, 17
126, 4: II, 13, 6
127, 2: I, 25, 4
130, 1: I, 3, 29; II, 10, 7
132, 7: II, 15, 16
132, 9: II, 3, 10
132, 11: II, 24, 5
137, 4: II, 16, 16
138, 1: II, 10, 9
139, 2-4: II, 8, 11
141, 2: II, 19, 21
141, 5: II, 22, 8
143, 2: II, 14, 4
143, 9-10: II, 14, 21
143, 10: II, 2, 4; 11, 19
144, 8: I, 11, 17
145, 3: I, 6, 14; II, 20, 3
145, 9: I, 25, 2
145, 11: II, 16, 15
145, 18: II, 14, 6
145, 19: II, 14, 6
147, 1: II, 16, 31
147, 8: I, 23, 18
148, 5: I, 23, 19

Proverbios

1, 8-9: I, 19, 6
3, 16: II, 21, 6
4, 23: II, 12, 16
4, 27: II, 24, 13
5, 22: II, 1, 10
6, 17: I, 11, 16
7, 17: I, 11, 17
8, 12: I, 19, 5
8, 14-15: I, 19, 5
8, 22: I, 20, 10
8, 22-23: I, 8, 4
8, 30: I, 23, 20
8, 34: I, 19, 5
18, 3: II, 3, 15
18, 17: I, 21, 4
27, 18: I, 17, 18
28, 9: II, 12, 2; 14, 7
29, 23: II, 15, 29

Eclesiastés (Qohélet)
7, 21: I, 17, 13

Cantar de los cantares
1, 3: I, 7, 7
1, 9: I, 18, 5
1, 11: II, 4, 10
1, 13: II, 15, 3
1, 14: I, 12, 17; 18, 5
2, 1: I, 17, 10
2, 2: II, 25, 24
2, 13-14: I, 12, 20
2, 14: I, 12, 19
4, 1: I, 20, 18
5, 12: I, 12, 19
6, 8: I, 15; 9

Sabiduría
1, 1: I, 12, 11; 15, 8; 17, 13
1, 2: II, 24, 9
1, 3: II, 11, 8
1, 4: I, 12, 11
1, 5: I, 12, 11; II, 11, 16
2, 15: II, 13, 5:
2, 20: II13, 5
3, 2: I, 10, 16; II, 24, 14
3, 4: II, 23, 15
5, 3: II, 18, 7
5, 5: II, 18, 7
9, 15: I, 11, 14
11, 21: I, 22, 3
12, 18: I, 4, 25

Eclesiástico (Sirácida)
1, 1: I, 8, 13
1, 16: II, 24, 2
2, 1: II, 16, 6
2, 13: I, 25, 14
3, 20: I, 4, 5
7, 32-35: I, 9, 15
7, 40: II, 23, 8
10, 15: I, 4, 25
24, 5: I, 5, 14
24, 6: I, 25, 14
28, 28: I, 11, 18
35, 17-19: I, 10, 3

Isaías
1, 3: I, 6, 16; I, 7, 14
1, 15: II, 14, 7
1, 16: II, 14, 7
2, 2: I, 6, 3
2, 3-4: II, 15, 7
2, 4: I, 6, 3
2, 5: I, 6, 3
4, 2: I, 4, 11
5, 18: II, 1, 10
5, 22: I, 11, 17
6, 1: I, 2, 21
7, 14: I, 5, 9; 7, 14
9, 1: I, 6, 21
9, 2: I, 6, 20
9, 6: I, 11, 12; 12, 9; 23, 3; II, 9, 6
9, 7: I, 6, 3; II, 24, 24
11, 1: I, 6, 9; I, 17, 10
11, 1-2: I, 7, 13
11, 2: II, 16, 4
11, 2-3: I, 2, 6; II, 14, 21; 15, 22; 16, 25; 17, 29
11, 10: II, 10, 19
19, 1: II, 15, 19
26, 18: II, 13, 9
26, 19: I, 21, 6
33, 17: II, 17, 16
33, 17: I, 19, 2; 24, 6
40, 6: II, 2, 11
49, 18: I, 24, 12
53, 5: I, 16, 4; II, 3, 3
53, 7: I, 16, 4; II, 3, 3

53, 8: I, 7, 14
56, 7: I, 9, 15; II, 1, 7
60, 1: I, 21, 6; II, 18, 3
61, 7: II, 1, 21
62, 2: I, 11, 11
65, 14: II, 13, 7
65, 15: I, 11, 11
65, 16: I, 11, 11
66, 2: I, 4, 13; II, 3, 9
66, 18: II, 12, 14
66, 24: I, 23, 14

Jeremías
1, 5: I, 23, 18
11, 15: II, 1, 7
11, 20: II, 12, 13
17, 5: I, 8, 11
17, 5-6: II, 25, 9
17, 6: II, 25, 9
31, 15: I, 10, 3

Lamentaciones
1, 9: II, 13, 13

Ezequiel
1, 5-10: I, 21, 18

Daniel
2, 34-35: I, 14, 10
3, 39: II, 21, 18

Oseas
6, 6: I, 21, 12

Joel
2, 32: I, 4, 21; II, 25, 14

Amós
9, 6: II, 15, 20

Miqueas
4, 8: I, 7, 15
5, 2: I, 6, 10; 7, 13

Habacuc
3, 2: I, 4, 31
3, 13: I, 16, 12
3, 18: I, 5, 15; 17, 8

Zacarías
3, 1: I, 17, 8
3, 9: I, 14, 10
9, 9: II, 3, 1; 7
9, 11: II, 7, 12
12, 10: II, 14, 21

Malaquías
4, 2: I, 3, 21; 7, 1; 8, 11; 25, 5; 15; II, 15, 19; 23; 20, 3
4, 5-6: II, 19, 29

Mateo
1, 18-25: I, 5
1, 18: I, 5, 3
1, 19: I, 5, 5
1, 20-21: I, 5, 6
1, 21: I, 5, 15; 11, 12
1, 22: I, 5, 8
1, 23: I, 5, 9
1, 24-25: I, 5, 10
1, 25: I, 5, 4.11
2, 1: II, 23, 5
2, 3: I, 18, 11
2, 13-23: I, 10
2, 22: II, 23, 5
2, 23: I, 17, 9
3, 1-8: II, 19, 16
3, 4: II, 23, 22
3, 8: II, 12, 16; 15, 8
3, 9: I, 22, 10
3, 10: II, 25, 6
3, 11: I, 1, 19; 15, 5; II, 15, 22; 20, 4

3, 12: I, 15, 5
3, 13: I, 12, 3
3, 13-17: I, 12; II, 23, 23
3, 14: I, 12, 1.5; 15, 5
3, 15: I, 12, 6
3, 16: I, 12, 8
3, 17: I, 12, 2.12; 14, 15
4, 1-11: II, 16, 18
4, 2: I, 12, 15; II, 25, 30
4, 11: II, 3, 16; 7, 10
4, 18-20: I, 16, 14
4, 19: I, 17,6
5, 3-10: I, 15, 16
5, 4: I, 12, 18
5, 5: I, 18, 5
5, 8: I, 2, 19; 16, 22; 17, 14; II, 13, 14; 15, 17; 17, 16; 25, 15
5, 10: I, 9, 16; II, 16, 10; 21, 18
5, 14: I, 8, 12; II, 4, 6; 6, 11
5, 16: I, 19, 16; II, 6, 11
5, 17: I, 14, 12; 24, 19
5, 28: I, 11, 16
5, 34-37: II, 23, 10
5, 44: II, 21, 18
5, 44-45: II, 14, 13
6, 5: II, 1, 9; 6, 12; 14, 8
6, 10: II, 12, 3
6, 12: II, 5, 11; 14, 6; 19
6, 33: II, 14, 10
7, 7-11: I, 16, 7
7, 9: II, 14, 16
7, 14: II, 3, 14
7, 21: II, 14, 2
7, 24: II, 6, 7
7, 24-26: I, 20, 13
7, 26: II, 17, 31
9, 2: I, 23, 14
9, 9: I, 21, 2.6
9, 9-13: I, 21; 22, 10
9, 10: I, 21, 7
9, 11: I, 21, 10
9, 12: I, 21, 11
9, 13: I, 21, 14
9, 14-15: II, 16, 27
9, 15: I, 14, 3
10, 1: II, 15, 10
10, 3: I, 21, 4
10, 8: II, 1, 11; II, 1, 9
10, 16: I, 17, 13; 20, 8
10, 23: I, 10, 6
11, 9: II, 19, 1
11, 11: I, 8, 13; 21, 11; II, 19, 24; 20, 1; 6
11, 27: I, 2, 23; II, 21, 11; 24, 15
11, 29: II, 3, 8; 17, 31; 23, 1
12, 28: II, 6, 4
12, 36: II, 6, 9
12, 43-45: I, 12, 15:
13, 17: II, 19, 29
13, 43: I, 24, 10
13, 55: I, 5, 11
14, 1-2: II, 23, 2
14, 1-12: II, 23
14, 3-4: II, 23, 4
14, 4-5: II, 23, 7
14, 6-7: II, 23, 8
14, 8-9: II, 23, 12
14, 9-10: II, 23, 14
14, 11-12: II, 23, 19
14, 19: II, 2, 10
15, 1-14: I, 22, 7
15, 3: II, 20, 9
15, 21: I, 22, 7
15, 21-28: I, 22
15, 22: I, 22, 1
15, 24: I, 22, 4

15, 26: I, 22, 5
15, 27: I, 22, 5
15, 28: I, 22, 6
16, 13: I, 17, 21; 20, 2
16, 13-19: I, 20
16, 15: I, 16, 15; 20, 4
16, 16: I, 17, 21; 20, 1.5; II, 24, 18
16, 17: I, 20, 8.10
16, 17-18: I, 16, 16
16, 18: I, 20, 1.12; II, 25, 16.18
16, 18-19: II, 22, 16
16, 19: I, 20, 14
16, 21: I, 24, 2
16, 24-26: I, 24, 2
16, 27: I, 24, 2; II, 2, 17
16, 27-17, 9: I, 24
16, 28: I, 24, 6
17, 1: I, 24, 7
17, 2: I, 24, 10
17, 3: I, 24, 13
17, 4: I, 24, 15
17, 5: I, 24, 17; II, 21, 5
17, 9: I, 24, 20
18, 3: I, 4, 30; 10, 1
18, 11: II, 2, 17
18, 17: I, 20, 15
18, 18: I, 20, 15
18, 20: II, 9, 3
19, 16-19: I, 13, 5
19, 21: I, 13, 3; II, 2, 5
19, 23: I, 13, 1
19, 27: I, 13, 1
19, 27-29: I, 13
19, 28: I, 13, 3; II, 21, 4
19, 29: I, 13, 7.10
20, 1-10: II, 16, 22
20, 20-21: II, 21, 3
20, 20-23: II, 21
20, 22: II, 21, 6.9.10
20, 23: II, 21, 11
21, 1: II, 3, 4
21, 1-9: II, 3
21, 2: II, 3, 6
21, 3: II, 3, 7
21, 5: II, 3, 8
21, 7: II, 3, 10
21, 8: II, 3, 11
21, 9: II, 3, 12-13
21, 13: II, 1, 7; 4, 2
21, 25: I, 1, 3
22, 2: I, 14, 25
22, 11-13: I, 14, 25:
22, 37-39: I, 23, 7; II, 24, 31
23, 8: I, 11, 3
23, 35: I, 3, 24; 14, 13
23, 39: I, 4, 12
24, 12: II, 24, 4
25, 21: I, 24, 16; II, 24, 29
25, 31-46: I, 24, 2
25, 33: II, 21, 6
25, 34: I, 24, 9; II, 2, 17; 15, 14
25, 34-35: I, 13, 5
25, 35-36: I, 9, 15
25, 40: II, 4, 9
25, 41: II, 2, 17
25, 41-42: I, 13, 6
26, 7: II, 4, 7
26, 14-15: II, 4, 11
26, 56: II, 19, 18; II, 21, 10
26, 70-75: II, 22, 7
27, 3-4: II, 23, 13
27, 51: II, 1, 20; 7, 9;
28, 1: II, 7, 5.9
28, 1-5: II, 9, 1
28, 1-10: II, 7
28, 2: II, 10, 6
28, 3: II, 10, 10
28, 7: II, 8, 3
28, 9: II, 7, 15; 9, 2

28, 9-10: II, 8, 14
28, 10: II, 7, 16
28, 16-17: II, 8, 2.3
28, 16-20: II, 8
28, 16: II, 7, 16
28, 16-17: II, 8, 14
28, 17: II, 8, 5
28, 18: II, 7, 11; 8, 6
28, 19: I, 12, 12
28, 19-20: II, 8, 8
28, 20: I, 17, 24; II, 2, 17; 8, 9; 13, 13

Marcos
1, 4-8: I, 1
1, 6: I, 1 11; II, 19, 4
1, 7: I, 1, 15; 16
1, 8: I, 1, 19
1, 13: I, 12, 15
1, 16-18: I, 16, 14
2, 14: I, 21, 3
2, 15: I, 21, 8
2, 19: I, 14, 4
3, 15: II, 15, 10
3, 16: II, 21, 5
3, 17: II, 21, 5
3, 18: I, 21, 3
6, 20: II, 23, 7
6, 41: II, 2, 10
7, 7-8: II, 20, 9
7, 31: II, 6, 2
7, 31-37: II, 6
7, 32: II, 6, 3
7, 33: II, 6, 4
7, 33-34: II, 6, 6
7, 36-37: II, 6, 10
8, 27-29: I, 17, 21
9, 3: I, 24, 12
9, 43: I, 23, 14
10, 18: II, 14, 20
10, 30: I, 13, 10
10, 35-37: II, 21, 4
11, 2-4: II, 3, 6
11, 7: II, 3, 6
11, 10: I, 3, 14
11, 25: II, 14, 6
12, 25: I, 4, 2
12, 30: I, 23, 8; II, 18, 22
12, 30-31: I, 6, 25; II, 14, 13; 22, 1; 25, 25
12, 42-44: II, 25, 12
14, 3: II, 4, 7
14, 8: II, 4, 13
15, 25: II, 3, 2
15, 38: II, 1, 20
16, 1-2: II, 7, 4
16, 1-6: II, 9, 1
16, 4: II, 9, 1
16, 5: II, 10, 10; 17
16, 14-19: II, 8, 14
16, 19: II, 7, 11; II, 8, 9
16, 20: II, 2, 10

Lucas
1, 5-6: II, 19, 2
1, 5-27: II, 19
1, 6: II, 19, 9.24
1, 7: II, 19, 10
1, 8-9: II, 19, 12
1, 8-14: II, 24, 20
1, 10: II, 19, 12
1, 11: II, 19, 20
1, 13: II, 19, 22
1, 13-14: II, 19, 23
1, 14-15: II, 20, 2
1, 15: I, 4, 7; 20, 3; II, 19, 24
1, 15-16: II, 19, 24
1, 17: II, 19, 28.31; 20, 4; 23, 4
1, 20-22: II, 20, 1
1, 26-27: I, 3, 2
1, 26-38: I, 3
1, 28: I, 3, 9

1, 30-32: I, 3, 12
1, 32: I, 3, 14
1, 33: I, 3, 15.26
1, 34: I, 3, 17
1, 35: I, 7, 14
1, 36: I, 3, 23
1, 38: I, 3, 27 ; I, 4, 3
1, 39-55: I, 4
1, 40-41: II, 19, 26
1, 41: I, 4, 7
1, 41-42: I, 4, 8
1, 42: I, 3, 9 ; I, 4, 9 ; I, 4, 12
1, 43: I, 4, 13
1, 44: I, 4, 14
1, 45: I, 4, 15
1, 46-47: I, 4, 18
1, 47: I, 4, 22
1, 48: I, 4, 20
1, 49: I, 4, 21
1, 50: I, 4, 22.29.34
1, 51: I, 4, 25
1, 52: I, 4, 26-27
1, 53: I, 4, 28
1, 54: I, 4, 29
1, 55: I, 4, 32
1, 57-68: II, 20
1, 58: II, 20, 5
1. 59-60: II, 20, 10
1, 65: II, 20, 13
1, 68: II, 20, 15
1, 78-79: II, 1, 18; II, 20, 16
1, 79: I, 6, 15; II, 7, 7
1, 80: II, 23, 22
2, 1-14: I, 6
2, 4-5: I, 6, 8
2, 6-7: I, 6, 13
2,7: I, 6, 14
2, 8: I, 7, 1
2, 8-9: I, 6, 18
2, 9: I, 6, 19; II, 7, 11
2, 10: I, 6, 20
2, 10-11: II, 20, 2
2, 11: I, 6, 21
2, 12: I, 6, 22
2, 13-14: II, 7, 10; 20, 5
2, 14: I, 6, 24 ; II, 9, 5
2, 15-16: I, 7, 4
2, 15-20: I, 7
2, 16: I, 7, 7
2, 17: I, 7, 8
2, 18: I, 7, 10
2, 19: I, 7, 12
2, 20: I, 7, 16
2, 21: I, 11; I, 11, 1
2, 21-24: I, 14, 18
2, 22-23: I, 18, 1
2, 24: I, 18, 4
2, 22-35: I, 18
2, 22: I, 11, 8
2, 29-30: I, 17, 8
2 34-35: I, 18, 9
2, 42-52: I, 19
2 47-48: I, 19, 7
2, 48: I, 17, 9; 19, 8
2, 49: I, 19, 8
2, 50: I, 19, 10
2, 51: I, 19, 11.14
2, 52: I, 17, 5 ; 19, 16:
3, 1: I, 20, 2; II, 23, 5
3, 6: I, 8, 19
3, 7-8: II, 14, 5
3, 8: II, 12, 16
3, 8: II, 15, 8
3, 11: II, 14, 5
3, 16: II, 20, 4
3, 21-22: I, 12, 15
3, 22: II, 1, 9
4, 2: I, 12, 15
5, 27: I, 21, 3
5, 28: I, 21, 10
5, 29: I, 21, 8
5, 32: I, 21, 15

5, 33: II, 23, 25
5, 34: I, 14, 3
6, 15: I, 21, 3
6, 35: II, 21, 1
6, 43: II, 25, 6
6, 43-48: II, 25
6, 44: II, 25, 10.11
6, 45: II, 25, 12.13
6, 46: II, 14, 7; 25, 14
6, 47-48: II, 25, 15
6, 48: II, 25, 15.17
6, 48-49: I, 20, 13
6, 49: II, 17, 31
7, 10: II, 14, 17
7, 28: I, 1, 15; 4, 8; 8, 13; 21, 11; II, 20, 1; 23, 23
7, 33: II, 20, 3
7, 37-38: II, 4, 7
9, 1-2: II, 15, 10
9, 6: II, 15, 10
9, 11: II, 2, 1
9, 16: II, 2, 10
9, 18-20: I, 17, 21
9, 30-31: I, 24, 13
9, 33: I, 24, 15
10, 18: II, 11, 9; 23, 1
10, 19: II, 11, 9
10, 19-21: II, 2, 13
10, 20: I, 16, 13
10, 23: II, 15, 15
10, 23-24: II, 15, 4
11, 3: II, 14, 16
11, 9: II, 14, 1
11, 9-13: II, 14
11, 10: II, 14, 6
11, 12: II, 14, 18
11, 13: II, 14, 19
11, 20: II, 6, 4
11, 24-26: I, 12, 15
11, 27: I, 4, 23
11, 28: I, 4, 23
11, 31: II, 11, 18
11, 51: I, 3, 24; 14, 13
12, 3: II, 6, 11
12, 33: I, 13, 3
12, 34: II, 11, 4
12, 36: I, 1, 12
12, 42: II, 2, 6
12, 48: I, 19, 13
13, 21: II, 13, 8
13, 24: II, 21, 2
13, 33: II, 2, 16
14, 11: I, 4, 27; 12, 2
15, 4-5: I, 10, 4
15, 6: II, 16, 25
16, 16: II, 19, 1
17, 3: II, 22, 4
17, 5: II, 14, 17
17, 21: II, 21, 14
18, 18: II, 2, 5
18, 20: II, 2, 5
18, 22: I, 13, 3; II, 2, 5
19, 10: I, 21, 11; II, 2, 17
19, 30: II, 3, 6
19, 32-35: II, 3, 6
21, 27: I, 24, 2
22, 14-20: II, 3, 2
22, 20: II, 15, 3
22, 29-30: II, 16, 21
22, 32: I, 7, 3; II, 12, 10; 22, 7
22, 33: II, 22, 5
22, 39-54: II, 3, 2
22, 43: II, 7, 10
22, 57: II, 22, 5
22, 59-60: II, 22, 5
22, 61: I, 21, 2
23, 7-11: II, 23, 5
23, 38: II, 23, 18
23, 40-42: I, 22, 10
23, 45: II, 1, 20
23, 46: II, 9, 7
23, 56: II, 7, 4

24, 1: II, 7, 4; 10, 2
24, 1-9: II, 10
24, 1-10: II, 9, 1
24, 2-3: II, 10, 6
24 5-6: II, 10, 11
24, 6-7: II, 10, 11
24, 9: II, 10, 15
24, 12: II, 9, 1
24, 13: II, 9, 2
24, 25: II, 15, 5
24, 26: I, 17, 5
24, 27: I, 14, 21; 24
24, 29-31: II, 9, 2
24, 32: I, 14, 21
24, 33-34: II, 9, 2
24, 34: II, 8, 14
24, 35: II, 9, 2
24, 36: II, 9, 3
24, 36-47: II, 9
24, 37: II, 8, 5
24, 38-39: II, 9, 8
24, 39: II, 9, 9
24, 41-43: II, 7, 6
24, 44: II, 9, 17 ; II, 15, 1
24, 44-53: II, 15
24, 44-47: I, 14, 24
24, 45: I, 2, 16
24, 46-47: II, 15, 6
24, 47: II, 9, 18
24, 48-49: II, 15, 9
24, 49: I, 3, 19; II, 15, 10
25, 50: II, 15, 11
24, 51: II, 15, 14
24, 51-53: II, 11, 4; 16, 19
24 52-53: II, 15, 15
24, 53: II, 13, 6

Juan

1, 1: I, 7, 6; 8, 3.4.5; 9, 20; 15, 4; 17, 20
1, 1-14: I, 8
1, 2: I, 8, 5
1, 3: I, 8, 3.7; 19, 10; 23, 19
1, 4: I, 8, 8
1, 5: I, 8, 9
1, 7: I, 23, 3; II, 23, 23
1, 7-8: I, 8, 11
1, 8: II, 5, 10
1, 8-9: I, 8, 12
1, 9: I, 25, 15
1, 10-11: I, 8, 14; II, 2, 17
1, 12: I, 5, 13; 8, 16; 6, 13; 12, 13
1, 13: I, 8, 18
1, 14: I, 2, 5; 5, 9; 6, 23; 7, 6; 8, 19.21-22; 17, 20; II, 15, 19
1, 15: I, 2 1
1, 15-18: I, 2
1, 15: I, 5, 14
1, 16: I, 2 4
1, 17: I, 2, 15; 3, 10; 14, 10
1, 18: I, 2, 19; I, 2, 23
1, 29-34: I, 15
1, 29: I, 15, 1; II, 3, 1; 7, 20; 12, 5; 17, 20; 19, 17.
1, 30: I, 15, 4
1, 31: I, 15, 5.7
1, 32: I, 15, 8
1, 33: I, 15, 10
1, 34: I, 15, 17
1, 35: I, 16, 5
1, 35-36: I, 16, 1
1, 35-41: I, 17, 3
1, 35-42: I, 16; 21, 15:
1, 37: I, 16, 5
1, 38: I, 16, 6-7
1, 39: I, 16, 8
1, 40-42: I, 16, 10
1, 42: I, 16, 13
1, 43: I, 17, 3

1, 43-51: I, 17
1, 44: I, 17, 6
1, 45: I, 17, 7.10
1, 46: I, 17, 10.12
1, 47: I, 17, 13; 21, 14
1, 48-49: I, 17, 16
1, 49: I, 17, 24
1, 50: I, 17, 19
1, 51: I, 17, 20
2, 1-11: I, 14
2, 4: I, 14, 7
2, 6: I, 14, 9
2, 7: I, 14, 22
2, 8: I, 14, 23
2, 9-10: I, 14, 23
2, 11: I, 14, 24
2, 12: II, 1, 12
2, 12-22: II, 1
2, 14-15: II, 1, 4
2, 16: II, 1, 11
2, 17: II, 1, 13
2, 18-19: II, 1, 14
2, 19: II, 1, 23; 18, 10; 24, 27
2, 20: II, 1, 15; 24, 21
2, 21: II, 1, 14
3, 1-16: II, 18
3, 2: II, 18, 2
3, 3: I, 7, 16; II, 18, 3
3, 4: II, 18, 4
3, 5: I, 11, 6; II, 8, 9; 18, 5
3, 5-6: I, 8, 18
3, 6: II, 18, 5
3, 7-8: II, 18, 8
3, 8: I, 15, 13.14; II, 16, 3
3, 10: II, 18, 9
3, 12: II, 18, 10
3, 13: II, 18, 11
3, 14: II, 18, 11
3, 14-15: II, 18, 21
3, 15: II, 18, 19
3, 16: I, 3, 28; II, 3, 5; 18, 21
3, 18: I, 13, 6; II, 11, 6
3, 27: I, 21, 11
3, 29: I, 1, 17
3, 30: II, 20, 6; 23, 16
3, 31: II, 23, 17
3, 34-35: I, 16, 11
4, 1-2: I, 15, 11
4, 32: II, 4, 5
4, 34: II, 4, 5
5, 1-18: I, 23
5, 5: I, 23, 6
5, 8: I, 23, 7
5, 10: I, 23, 9
5, 14: I, 23, 12
5, 17: I, 23, 18
5, 18: I, 23, 21
5, 19: II, 21, 12
5, 29: II, 24, 28
5, 30: II, 22, 11
5, 35: I, 8, 13; II, 20, 3; 23, 23
5, 43: II, 3, 12
5, 46: II, 20, 14
6, 1: II, 2, 3
6, 1-14: II, 2
6, 5: II, 2, 8
6, 13: II, 2, 15
6, 14: II, 2, 16
6, 35: I, 16, 18
6, 41: I, 6, 10
6, 51: II, 8, 15
6, 66-69: I, 20, 17
8, 1-2: I, 25, 2
8, 1-12: I, 25
8, 2: I, 25, 4
8, 6: I, 25, 6
8, 7: I, 25, 7
8, 8: I, 25, 9
8, 9: I, 25, 9

8, 10-11: I, 25, 12
8, 11: I, 25, 12
8, 12: I, 25, 14
8, 12: I, 8, 11; II, 15, 23
8, 29: I, 24, 18
8, 31-32: II, 11, 10
8, 34: I, 23, 10
8, 44: II, 20, 16
8, 47: I, 11, 16
8, 51: II, 24, 14
8, 56: I, 4, 33
9, 2-3: I, 23, 15
10, 9: II, 25, 33
10, 11: I, 7, 3
10, 12-13: II, 22, 10
10, 16: I, 22, 4
10, 22: II, 24, 1
10. 22-23: II, 24, 2
10, 22-30: II, 24
10, 24: II, 24, 5
10, 25-26: II, 24, 11
10, 27-28: I, 6, 18; II, 24, 13
10, 28: II, 24, 14.16
10, 29: II, 24, 16
10, 30: I, 19, 10; II, 21, 14; 24, 17
11, 4: I, 23, 15
11, 25-26: I, 18, 9
11, 52: II, 6, 2
11, 55 - 12, 11: II, 4
11, 56: II, 4, 3
11, 57: II, 4, 3
12, 3: II, 4, 6.9
12, 4-5: II, 4, 11
12, 6: II, 4, 11
12, 7: II, 4, 13
12, 8: II, 4, 14
12, 9: II, 4, 15
12, 10-11: II, 4, 16
12, 12: II, 3, 1
12, 13: I, 3, 14; 4, 12
12, 14-15: II, 3, 6
12, 26: II, 18, 13
13, 1: II, 5, 1
13, 1-17: II, 5
13, 2-4: II, 5, 4
13, 2-11: I, 1, 21:
13, 6: II, 5, 8
13, 8: II, 5, 8
13, 9: II, 5, 9
13, 10: II, 5, 10
13, 14: II, 5, 14
13, 16: II, 5, 15
13, 17: II, 5, 16
13, 21: I, 9, 8
13, 23: II, 21, 5
13, 25: I, 8, 1
13, 25-26: I, 9, 8
13, 33: II, 11, 2
13, 36: II, 11, 2
14, 2: II, 24, 33
14, 6: I, 2, 23; II, 18, 15; 20, 16; 18; 23, 15
14, 8: II, 9, 15
14, 8-9: I, 23, 23
14, 9: II, 17, 16
14, 9-10: II, 16, 9
14, 12: II, 15, 27
14, 13: II, 15, 25
14, 15-16: II, 17, 2
14, 15-21: II, 17
14, 16-17: I, 15, 15; 19, 9; II, 17, 7
14, 17: I, 15, 15; II, 17, 8
14, 18: II, 17, 10
14, 19: II, 17, 10
14, 20: II, 17, 13
14, 21: I, 2, 26; 19, 2; 25, 16; II, 17, 21.32
14, 23: I, 19, 9; II, 17, 13
14, 26: I, 15, 13
14, 27: II, 9, 4
14, 28: I, 19, 10

15, 1: II, 15, 3
15, 5: I, 2, 12; 17, 23
15, 9: I, 9, 6
15, 13: II, 5, 3
15, 16: I, 2, 11
15, 26 - 16,4: II, 16:
15, 26: I, 20, 11
15, 26-27: II, 15, 9; 16, 1
15, 27: II, 16, 5
16, 1-2: II, 16, 6
16, 2: II, 16, 7
16, 3: II, 16, 9
16, 4: II, 16, 9
16, 5: II, 11, 2
16, 5-15: II, 11
16, 6: II, 11, 3
16, 7: I, 15, 13; II, 11, 3-4
16, 8: II, 11, 5
16, 9: II, 11, 6
16, 10: II, 11, 7
16, 11: II, 11, 9
16, 12-13: II, 11, 10
16, 13: II, 11, 11.12
16, 14: II, 11, 13
16, 15: I, 19, 8; II, 11, 14
16, 16: II, 13, 2
16, 16-22: II, 13
16, 18-19: II, 13, 5
16, 20: I, 18, 5; II, 13, 5
16, 21: II, 13, 8.9
16, 22: II, 13, 11
16, 23: II, 12, 1
16, 23-30: II, 12
16, 24: II, 12, 4
16, 25: II, 12, 7
16, 26: II, 12, 8.10
16, 27: II, 12, 11
16, 28: II, 12, 12
16, 29: II, 12, 14
16, 30: II, 12, 14
16, 33: II, 14, 14; 16, 10
17, 3: I, 2, 19; 7, 9; II, 11, 10
17, 5: II, 17, 32; 24, 16
19, 20: II, 23, 18
19, 26-27: I, 9, 7; 14, 8
19, 34: I, 12, 20; II, 1, 21; 4, 6; 5, 7; 15, 13
19, 37: I, 24, 11; II, 9, 12; 17, 16
20, 5-7: II, 9, 1
20, 11-17: II, 8, 14
20, 17: II, 9, 2
20, 19-25: II, 8, 14
20, 20: II, 7, 6; 9, 8; 13, 11
20, 22: II, 11, 4
20, 22-23: I, 20, 14; II, 15, 10
20, 26-29: II, 8, 14
20, 29: II, 15, 17
20, 31: II, 4, 17
21, 1-13: II, 8, 14
21, 15: II, 22, 2.3
21, 15-17: II, 22, 1
21, 15-19: II, 22
21, 16: II, 22, 7
21, 16-17: I, 7, 3
21, 17: I, 6, 18
21, 18: I, 9, 2.16; 22, 11
21, 19: I, 9, 4.16; 22, 13
21, 19-24: I, 9
21, 20: I, 8, 1; 9, 5.8
21, 21: I, 9, 10
21, 22: I, 9, 10.17.18
21, 23: I, 9, 10
21, 24: I, 9, 19

Hechos de los Apóstoles

1, 3: II, 13, 3; 17, 10
1, 3-4: II, 5, 13; II, 16, 18; 21
1, 4-5: II, 15, 9

1, 5: I, 1, 20; 15, 11; II, 16, 19
1, 11: II, 8, 14; 15, 14; 27
1, 14: II, 4, 3; 15, 16
1, 21-22: II, 16, 5
1, 25-26: I, 13, 4
2, 1-11: I, 14, 24
2, 1-4: II, 17, 3; 17
2, 2: II, 17, 22
2, 2-3: II, 15, 10
2, 2-4: II, 15, 13
2, 5-6: II, 17, 18
2, 11: I, 24, 21
2, 14-41: II, 17, 18
2, 21: II, 25, 14
2, 41: II, 17, 24
2, 41-42: II, 16, 28
2, 46-47: II, 16, 28
3, 22: I, 24, 18; II, 20, 11
4, 3: II, 21, 17
4, 12: I, 11, 11
4, 18-21: II, 15, 10
4, 31: II, 11, 13
4, 32: II, 16, 14
5, 18: II, 21, 17
5, 40-41: I, 9, 12; II, 21, 17
5, 41: II, 13, 12
7, 34: I, 21, 2
7, 48: II, 1, 17
7, 51: I, 11, 16
7, 60: II, 16, 8
8, 18-21: II, 1, 11
8, 21-23: I, 12, 11
9, 1-30: I, 22, 10
9, 4-6: II, 8, 13
9, 31: II, 17, 2
10, 34-35: I, 4, 22
10, 35-36: I, 8, 17
10, 38: I, 16, 10; 17, 24; 21, 13
10, 40-41: II, 16, 5
10, 44-47: II, 19, 26
12, 1-2: II, 21, 15
13, 48: II, 3, 7
14, 22: II, 11, 16; 13, 12
15, 11: II, 3, 11; 15, 6
20, 28: II, 18, 12
26, 9-10: II, 16, 7

Romanos

1, 3: I, 14, 7
1, 17: I, 11, 7; II, 11, 7; 14, 16; 19, 30
2, 6: I, 24, 2; II, 2, 17
2, 13: II, 25, 14
3, 22-24: II, 3, 6
3, 23-24: I, 21, 1
4, 25: II, 7, 1
5, 2-3: II, 17, 30
5, 2-3: II, 21, 7
5, 5: II, 17, 30
5, 5: II, 22, 3; 15, 11; II, 11, 11; 18
5, 12: I, 11, 6
5, 14: I, 11, 6
5, 20: I, 21, 1; II, 6, 2
6, 4: I, 11, 19
6, 5: II, 21, 9
6, 12: II, 3, 10
6, 23: I, 2, 14
7, 7: I, 2, 16
8, 3: I, 6, 7; 11, 4; II, 18, 18
8, 11: II, 9, 13; 16, 24
8, 15: I, 12, 13: II, 7, 23
8, 18: II, 13, 9; 23, 24
8, 25: II, 14, 15
8, 28: II, 8, 11
8, 29: I, 5, 13; 6, 13
8, 32: II, 18, 22
8, 34: II, 5, 12; 14; 9, 11; 10, 10; 17, 5

9, 5: I, 4, 9
9, 6-8: I, 17, 15
10, 2: II, 16, 7
10, 4: I, 23, 16; II, 19, 15
10, 10: II, 6, 9
10, 13: I, 4, 21; 21, 16
11, 25-26: I, 10, 8; II, 8, 18
11, 35-36: II, 12, 11
12, 1: II, 21, 19; 23, 9
12, 5: II, 1, 17
12, 12: II, 13, 14
12, 15: II, 12, 5
13, 10: II, 14, 16
13, 12: I, 6, 21; II, 20, 17
13, 12-13: II, 1, 23; 10, 3
14, 8: I, 10, 2
14, 21: I, 12, 18

1 Corintios

1, 24: I, 14, 11; 19, 5; 20, 10; 23, 20
1, 5: II, 21, 7
2, 9: I, 20, 3; II, 17, 28
2, 10: I, 20, 3; II, 17, 28
2, 14: I, 8, 9; 20, 11
3, 11: I, 20, 12; II, 25, 23
3, 12: I, 20, 18
3, 16: II, 1, 8
3, 17: II, 1, 7
4, 5: II, 22, 4; II, 25, 10
4, 7: I, 2, 8
5, 7: II, 5, 3; 7, 18; 17, 20
6, 3: I, 13, 4
6, 15: II, 1, 17; 23, 9
6, 19: I, 23, 11
6, 20: II, 20, 15
8, 1: I, 14, 26; 19, 13
9, 27: II, 2, 11; 21, 18
10, 1-4: I, 16, 17
10, 4: I, 11, 19; 12, 20; 16, 15; 20, 12
10, 6: II, 24, 24
10, 11: I, 2, 16:
10, 12: II, 3, 17
10, 31: II, 8, 17
11, 10: II, 10, 9
11, 22: II, 1, 7
11, 23: II, 13, 2
11, 32: II, 11, 18
12, 8-11: I, 2, 7
12, 11: I, 15, 14; 20, 11; II, 16, 3
12, 27: II, 1, 17; 18, 13
12, 31: I, 14, 5; II, 3, 5
13, 1-3: II, 14, 12
13, 3: I, 17, 1
13, 9: II, 6, 13; 11, 10; 16, 16
13, 12: I, 9, 17; 24, 16; II, 12, 8; 13, 15; 17, 32
14, 38: II, 24, 13
15, 3: II, 7, 1
15, 4-8: II, 8, 12
15, 10: I, 2, 9
15, 15: II, 8, 14
15, 20: II, 8, 4
15, 22: I, 18, 9
15, 28: II, 9, 16; 16, 14
15, 33: I, 20, 13
15, 41-42: I, 24, 11
15, 51: II, 9, 13
15, 52: II, 17, 26
16, 13: II, 2, 12

2 Corintios

1, 3: I, 25, 14
1, 7: I, 10, 14
2, 14: II, 4, 8
2, 15: II, 6, 7

3, 18: I, 17, 4; II, 8, 4; II, 16, 22
3, 5: I, 2, 9
4, 14: II, 9, 13
4, 18: II, 14, 14
5, 1: I, 7, 5; 13, 11; 24, 17; II, 25, 35
6, 4-7: II, 16, 11
6, 16: II, 24, 3
7, 1: II, 14, 3
7, 1: I, 9, 15; 11, 15; 12, 14; 24, 12; 24, 21; II, 4, 2
8, 9: I, 18, 4
8, 21: II, 19, 9
12, 2-4: II, 8, 13; 11, 10
12, 7: I, 23, 15; II, 12, 1
12, 8: II, 12, 1
12, 9: I, 23, 15; II, 12, 2
13, 21: II, 14, 21

Gálatas
1, 11-12: II, 8, 13
2, 9: II, 25, 33
3, 2: II, 6, 8
3, 11: I, 8, 17; II, 11, 7; 14, 16; II, 19, 30
3, 27: I, 1, 13; 24, 12
3, 29: I, 4, 33; 11, 10
4, 4: II, 20, 9
4, 4-5: I, 11, 2; 18, 3
4, 6: I, 20, 11
4, 19: II, 13, 8
4, 26: I, 10, 14; II, 3, 8
5, 6: I, 2, 10; 8, 17; 17, 2; 25, 16; II, 4, 5; 14, 22; 17, 16
5, 14: II, 14, 16
5, 19-23: II, 25, 6
5, 22-23: I, 1, 22
5, 24: I, 1, 13
6, 1: I, 25, 6
6, 2: I, 23, 7

Efesios
1, 3-4: I, 17, 17
1, 10: II, 3, 13
1, 13: II, 18, 22
1, 22: II, 18, 13
1, 22-23: II, 1, 17
2, 2: I, 3, 4
2, 8-9: I, 17, 18
2, 13: I, 8, 17
2, 14: I, 6, 2
2, 17-18: II, 9, 6
2, 19-20: II, 25, 23
3, 10: I, 23, 20
4, 2-3: I, 23, 7
4, 3: I, 15, 8
4, 5: I, 23, 5
4, 5-6: I, 1, 2
4, 7: I, 2, 6; 16, 11
4, 22-24: I, 11, 15
4, 28: I, 12, 18
4, 30: II, 11, 16
4, 32: II, 5, 15
5, 2: II, 19, 3
5, 8: I, 8, 12; II, 18, 3
5, 8-9: II, 25, 7
5, 9: I, 6, 21
5, 14: I, 21, 6
5, 19: II, 4, 3
5, 23: II, 1, 17
5, 29-30: II, 1, 17
5, 21-32: I, 1, 17
6, 13: II, 3, 16

Filipenses
1, 17: II, 1, 9
1, 21: II, 17, 14
1, 23: I, 2, 27; II, 17, 14
1, 29: II, 23, 24
2, 1: II, 1, 9

2, 6-8: II, 18, 22; II, 21, 1
2, 8: II, 15, 12; II, 19, 11
2, 8-9: II, 8, 19
2, 8-11: II, 23, 18
2, 12-13: I, 2, 9
2, 19-21: II, 22, 10
3, 20: I, 6, 27; 17, 23; 24, 7; II, 11, 18; 21, 2
3, 21: I, 24, 11
4, 13: I, 4, 26

Colosenses
1, 12: II, 1, 10
1, 13: I, 3, 14
1, 17: I, 19, 10
1, 18: II, 1, 17; 4, 9
1, 24: I, 1, 14; II, 1, 17; 5, 6; 18, 13
2, 3: I, 9, 9; II, 6, 13
2, 9: I, 2, 6; II, 20, 4
3, 1: II, 25, 29
3, 1-2: II, 11, 17; 15, 30
3, 12: II, 4, 3

1 Tesalonicenses
4, 17: I, 24, 14
5, 17: II, 22, 7

2 Tesalonicenses
2, 4: II, 3, 12

1 Timoteo
1, 5: I, 10, 2; 20, 18; II, 8, 4; 14, 14
1, 15-16: I, 21, 4
2, 5: I, 2, 6; 6, 1; 8, 1; 15, 13; II, 2, 17; 3, 1; 4, 9; 8, 7; 9, 20; 10, 14; 15, 29; 18, 13; 20, 14; 24, 16; 25, 15
6, 16: I, 2, 20

2 Timoteo
2, 5: I, 3, 25
2, 8: I, 3, 5
2, 19: I, 17, 18
3, 12: II, 22, 14
4, 2: II, 24, 35
4, 4: II, 6, 8
4, 6: II, 22, 15
4, 7: II, 22, 15

Tito
1, 2: I, 24, 8
1, 16: I, 18, 10
2, 12: II, 2, 12; 25, 19
2, 13: I, 23, 8

Hebreos
1, 9: I, 5, 16
1, 14: II, 10, 8
2, 4: II, 19, 30
2, 9: I, 19, 10
4, 13: II, 22, 6
7, 1: II, 19, 3
7, 17: I, 15, 3
7, 19: II, 20, 9
8, 13: II, 20, 8
9, 4: II, 25, 29
9, 5: II, 25, 28
9, 11: II, 1, 17
9, 28: II, 19, 17
10, 1: I, 2, 16
10, 38: II, 19, 30
11, 4: I, 14, 13
11, 6: I, 11, 7; 17, 1;
12, 6: II, 23, 21
12, 22: I, 24, 16
12, 24: I, 14, 13

Santiago
1, 2: II, 13, 11; 23, 21

1, 12: I, 20, 18
1, 14: II, 25, 18
1, 17: I, 8, 5
1, 26: II, 6, 8
1, 27: I, 9, 15
2, 17: I, 8, 17; 20, 13
2, 20: I, 17, 1; II, 11, 18
2, 26: II, 8, 9
3, 2: I, 12, 3; 21, 16; II, 23, 22
4, 3: II, 14, 7; II, 14, 8
4, 9: I, 12, 18
4, 17: I, 19, 13
5, 12: II, 23, 10
5, 15-16: II, 12, 16
5, 16: II, 5, 14; II, 14, 5
5, 19-20: I, 9, 15

1 Pedro
1, 8: I, 24, 16
1, 8-9: II, 12, 6
1, 18-19: I, 15, 2
1, 24: II, 2, 11
2, 4-5: I, 14, 10
2, 5: II, 24, 24
2, 8: II, 3, 17
2, 9: II, 20, 17
2, 13-14: I, 6, 12
2, 21: I, 9, 16
2, 22: I, 12, 3; II, 5, 15
3, 6: I, 11, 10
3, 18: II, 24, 28
4, 11: II, 1, 11
4, 12-13: II, 11, 16
5, 6: II, 3, 16; 23, 25
5, 8: II, 7, 20
5, 9: II, 11, 18

2 Pedro
1, 5-7: I, 12, 18
1, 17: I, 8, 21; 12, 2
2, 21: I, 18, 9; II, 14, 2

1 Juan
1, 1: II, 9, 9
1, 3: II, 16, 5
1, 8: I, 12, 3
1, 9-10: II, 14, 4
2, 1: II, 12, 10
2, 6: I, 21, 5; II, 2, 2; 11, 16
2, 17: II, 1, 10; 11, 17
2, 20: I, 12, 22;
2, 23: II, 16, 9
3, 2: II, 12, 8;17, 31; 18, 7
3, 14: II, 4, 2
3, 16: II, 5, 14
3, 18: II, 17, 15
3, 20: I, 25, 10
4, 7: II, 22, 2
4, 10: II, 3, 4
5, 1: II, 16, 9
5, 14: II, 14, 18
5, 16: II, 5, 14

Judas
6: II, 11, 9

Apocalipsis
1, 5: I, 5, 13; 15, 2; II, 5, 14; 18, 22
1, 7: I, 24, 11
1, 9: II, 21, 17
2, 10: II, 8, 19
3, 19: I, 23, 16
3, 20: I, 21, 9
4, 6-7: I, 21, 18
4, 9-10: I, 21, 20
5, 6: II, 2, 7
5, 8: II, 10, 4; 22, 6
5, 13: I, 10, 13
6, 9-11: II, 12, 9
7, 9: I, 10, 15
7, 10: II, 3, 11

7, 14: I, 10, 16
7, 15: I, 10, 17
7, 17: I, 10, 17
14, 1-3: I, 13, 11
14, 4: I, 13, 11
19, 1: II, 16, 13
21, 4: I, 10, 17
21, 22: I, 24, 15
21, 25: I, 10, 17
22, 11: II, 23, 7
22, 17: II, 6, 12

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

Aarón: I, 3, 24; II, 19, 5; 7; 25, 30.
Abel: I, 10, 3; 14, 13 (2).
Abías: II, 19, 8; 12.
Abigail: II, 23, 11.
Abrahán: I, 2, 21; 4, 32 (4); 33 (4); 5, 1; 11, 9 (2); 14, 15 (3); 18, 4; 22, 10; II, 1, 2 (2); 13, 13.
Adán: I, 4, 12; 11, 6; 8; 12, 9 (3); 10; 14, 1 (2); II, 15, 22 (2).
África: II, 13, 8.
Agatón, papa: I, 13, 13.
Ageo: II, 24, 21.
Ajab: II, 23, 4.
Alejandría: II, 23, 20.
Aminadab: I, 3, 24.
Amos: II, 15, 20.
Ana, profetisa: I, 14, 2; 18, 8.
Andrés: I, 16, 10; 13; 14 (4); 17, 3; 6 (2); 21, 15.
Antíoco: II, 24, 22; 23.
Anticristo: I, 10, 9 (2); 10; II, 3, 12; 24, 6.
Antiguo Testamento I, 6, 19; 7, 1; 24, 19; II, 5, 2; 19, 21; 25, 2.
Apocalipsis: I, 5, 13; 9, 12; 15, 2; 23, 16; II, 2, 7; 3, 12; 16, 14; 22, 6.
Apóstol, véase: Pablo.
Arán: II, 1, 2.
Arabia: II, 23, 19.
Aretas: II, 23, 6.
Arquelao: I, 10, 9; 10; II, 23, 5 (2).
Arrio: II, 24, 18 (2).
Asia: I, 9, 20; II, 13, 8.
Augusto, véase: César.

Babilonia: I, 14, 17 (2); II, 24, 21.
Bautismo: I, 1, 1 (5); 2; 3; 4 (2); 5 (2); 7; 9; 12; 19 (3); 20; 21; 3, 15; 11, 4; 5; 6; 11; 12, 5; 7; 8; 9 (3); 12 (2); 13 (2); 14 (2); 15 (3); 16 (2); 21 (2); 23; 14, 14; 19; 15, 2; 7; 10; 11; 15; 16, 11; 18; 18, 7; 23, 5; II, 1, 7; 21; 2, 9; 5, 10; 11; 13; 6, 7; 8 (2); 9 (3); 8, 8; 14, 22; 15, 13; 17, 19; 24 (2); 18, 3; 19, 17; 26; 20, 7.
Belén: I, 6, 8; 10 (3); 7, 1; 5 (2); 13; 15; 10, 1; 5 (3); 17, 11.
Benedicto, biscop: I, 13, 8; 10; 14.
Benjamín: I, 10, 5 (2).
Betania: II, 4, 4 (2); 6; 15 (2); 8, 19 (2); 15, 11; 12 (2).
Betsaida: I, 17, 6; 10.
Boanerges, véase: Zebedeo hijos de.
Britania: I, 13, 10.

Cafarnaún: II, 1, 1; 12.
Caín: I, 14, 13 (2).
Caná: I, 14, 5.
Cantar de los cantares I, 17, 10; II, 4, 10; 25, 24.
Cefas, véase: Pedro.
Cerinto: I, 9, 19.
César Augusto I, 6, 1; 6; 7; 12; II, 23, 5 (2); 7.

Cesarea de Filipo I, 20, 2.
Circuncisión: I, 11, 4; 5; 6; 7 (2); 9 (3); 13 (2); 14 (2); 15 (3); 16 (2); 19 (2); 14, 19 (2); 18, 7; II, 3, 5; 19, 26; 20, 13 (2).
Ciro: II, 1, 15.
Cleofás: II, 8, 14.
Constantino, emperador: II, 10, 18 (2).
Cordero I, 10, 12; 13 (2); 13, 11; 14, 1; 3; 16, 5; 17, 3 ; II, 3, 1; 3; 7, 20 (5); 23; 17, 20.
Cornelio: II, 19, 26.
Creador: I, 2, 8; 3, 14; 27; 4, 18; 26; 29; 31; 6, 4; 12; 18; 19; 24; 25; 28; 7, 8; 8, 7; 8 (2); 14; 23; 11, 7; 13; 14; 12, 4; 13; 16, 10; 18, 13; 14; 19, 4; 12; 15; 20, 6; 21, 5; 22, 15; 23, 10; 11; 15; 16 (2); 17; 19; 24, 9; 16 (2); 21; 25, 1; 6; 17; II, 2, 8; 3, 16; 4, 16; 5, 1 (5); 7, 6; 19; 8, 7; 9, 19; 10, 8; 11, 9; 11; 12, 3; 13, 9; 13; 14, 3; 5; 10 (2); 15, 17; 17, 31; 18, 21; 19, 27; 31; 20, 13; 21, 1; 22, 1; 6; 13; 23, 24; 24, 29; 33; 34; 25, 5; 25; 27.
Cristo: I, 1, 1; 4; 5; 13; 17; 19 (2); 2, 9; 10; 15 (2); 16 (3); 3, 15; 22; 27; 28; 4, 22; 27; 32; 33; 5, 6 (3); 8; 16 (2); 6, 7; 20 (2); 7, 3; 5; 7; 9; 12; 8, 3 (2); 4; 5; 6; 7; 10; 13; 17; 18; 20; 21; 22 (3); 9, 5; 11 (2); 15; 19; 20; 10, 1 (3); 2 (2); 4; 8 (2); 10; 13; 14; 11, 11 (4); 12, 10; 19; 20; 22 (2); 23; 13, 3 (2); 4; 5; 6 (2); 7 (4); 8 (2);; 14, 4; 10; 11, 13; 14; 16; 17 (3); 22; 25; 15, 9; 17; 16, 2; 10 (3); 11; 12; 15; 16 (2); 17, 2; 7; 9; 11 (2); 16; 18; 20; 23; 18, 13; 19, 6; 20, 1; 8 (2); 10 (2); 11; 12 (3); 13 (2); 16; 17; 21, 5; 22, 7; 23, 5; 22 (3); II, 1, 9; 17; 2, 9; 3, 1; 10; 12 (2); 4, 1; 2 (2); 3 (2); 11; 5, 8; 6, 7 (2); 8; 7, 5; 7; 10; 18; 8, 4; 10 (2); 9, 10; 13; 18; 20; 11, 7; 8; 13 (6); 17; 12, 1; 13, 5; 10; 11; 12 (2); 15, 6; 7 (3); 13; 30; 16, 5; 11; 14; 17, 5; 10; 13 (5); 15 (2); 16; 18; 30; 32; 18, 12 (3); 13; 14; 19; 19, 16; 18; 29 (2); 30 (2); 20, 3; 6 (2); 7 (4); 11; 14; 21, 6 (2); 9; 14; 16; 22, 8 (2); 9; 10 (3); 11; 14 (2); 15 (2); 23, 15 (4), 16 (4); 23; 24 (2); 24, 5; 24, 14 (3); 17 (3); 18 (2); 25, 4; 16; 18; 20; 29; 30; 32 Mesías I, 16, 10 (2); II, 24, 6 (3); 7 (2); 10; 11 (2); 16; 17.

Daniel: I, 14, 10.
David: I, 3, 5 (3); 14 (6); 24 (3); 5, 5; 6, 10 (2); 11; 21; 7, 5; 12; 8, 22; 14, 7 (2); 16 (2); 16, 21; 17, 9; 11 (2); 22, 1; II, 19, 5 (2); 6; 8; 20, 11; 24, 5; 6 (2).
Decápolis: II, 5, 2.
Demonio: I, 12, 15; 14, 16; 22, 9 (2); 24, 2; II, 3, 2; 7; 5, 1; 11, 9; 12; 15, 10; 16, 6; 23, 1.
Diablo: I, 3, 2; 3 (2); 4, 28; 12, 13; 14, 17 (2); 17, 8; 22, 9; 13; II, 3, 8; 13; 5, 5; 7, 21; 10, 15; 11, 6; 9 (2); 18, 6; 25, 18.
Diógenes: I, 13, 2.
Domiciano, emperador: I, 9, 12; 19 (2); 20; II, 21, 17.

Ebión: I, 9, 19.
Éfeso: I, 9, 20; II, 21, 16.

Egipcio: I, 16, 17; II, 3, 2 (2); 7, 19 (2); 20; 17, 20 (2).
Egipto: I, 1, 7; 3, 7; 24; 5, 7; 6, 11; 8, 19 (2); 10, 6; 7 (2); 8; 15, 3; 21, 2.
Eleazar: II, 19, 5; 7.
Elena, madre de Constantino II, 10, 18.
Elías: I, 10, 8; 9; 20, 11; 24, 13 (3); 14; 16; 19; II, 15, 22; 24 (5); 25; 26 (3); 27 (3); 28 (3); 19, 28 (3); 29 (2); 20, 4; 23, 4; 25, 30.
Eliseo: II, 15, 24 (4); 26 (3); 27; 28 (2).
Emaús: II, 8, 14; 9, 2 (2).
Emisa: II, 23, 20.
Emmanuel: I, 5, 9.
Enoc: I, 10, 8; 9; II, 15, 22 (2); 23.
Epifanía: I, 6, 17.
Espíritu Santo I, 1, 6; 15; 20 (5); 21 (3); 22 (2); 2, 6; 7 (2); 15; 16; 18; 23; 24; 27; 3, 18; 19 (3); 20 (3); 27; 29; 4, 7 (2); 8; 10; 13; 14 (3); 15 (2); 16; 17 (2); 36; 5, 6; 16; 6, 28; 7, 12; 17; 8, 5 (2); 18; 21; 24 (2); 9, 20; 21; 22; 10, 14; 11, 8; 16; 19; 12, 2; 4; 5; 7 (3); 8 (4); 9 (2); 11 (2); 12 (3); 13 (2); 15; 21 (2); 22 (2); 23 (2); 13, 15; 14, 11 (2); 14; 17 (3); 24 (2); 26; 15, 2; 5 (2); 6 (2); 7; 8 (3); 9 (2); 10 (5); 11 (4); 12 (3); 13 (4); 14 (2); 15 (5); 16; 17 (2); 16, 11; 12 (2); 22; 17, 8; 24; 25; 18, 16; 19, 2; 9 (2); 16; 20, 9 (3); 10 (4); 11 (7); 18; 21, 20; 22, 15; 23, 24; 24, 20; 21; 25, 11; 17; II, 1, 9 (4); 11; 23 (2); 2, 7 (2); 17; 3, 17; 4, 17; 5, 17; 6, 4 (2); 13; 7, 24; 8, 12; 16; 19; 9, 13 (2); 10, 20; 11, 1 (2); 3; 4; 5 (2); 6; 8; 9 (2); 10; 11 (3); 12 (4); 13 (3); 14 (4); 16 (2); 17; 18; 19 (3); 12, 7 (3); 11 (4); 18; 13, 15; 14, 14; 20 (3); 21 (8); 22 (2); 15, 9; 10 (4); 13; 16 (2); 17; 21; 22 (3); 23; 26; 27; 30; 16, 1 (2); 2 (3); 3 (4); 4 (4); 5; 19 (3); 24; 25; 26 (2); 28; 31; 17, 1 (3); 2; 3; 4; 6; 8 (2); 9; 10; 15; 17; 18 (2); 19 (2); 21 (2); 22; 23; 24 (2); 25 (2); 27 (2); 29 (2); 30; 31; 32 (2); 18, 7; 8 (3); 22 (2); 19, 18; 25; 26 (2); 32; 20, 4 (3); 13; 14 (3); 18; 21, 10; 19; 22, 3; 17; 23, 22; 23; 25; 24, 10; 35; 25, 36; Paráclito II, 11, 5; 17, 2; 3; 4; 5; 6 (3); 24.
Esteban san I, 11, 16; II, 16, 8.
Europa: II, 13, 8.
Ezequiel: I, 21, 18; 19.

Felipe, apóstol: I, 17, 2; 4; 6 (2); 9 (3); 10 (2); 11; 16; 17; 25; 23, 23; II, 2, 8 (2); 9, 15.
Felipe, hermano: de Arquelao II, 23, 6 (2).
Fenicia: II, 23, 20.
Filipenses, epístola: a los II, 22, 10.
Finés: II, 19, 5.
Focio: II, 24, 17.
Fotino: I, 15, 17; II, 24, 17.

Gabriel: I, 3, 4 (2).
Galia: I, 13, 10.
Galilea: I, 10, 9; 10 (2); 14, 5; 17, 3; 4; 5; 25 (3); II, 2, 3 (2); 4; 5, 2 (2); 7, 16; 17 (2); 8, 2; 3 (2); 4 (2); 14; 18.

Gamaliel: I, 14, 23.
Grecia: II, 24, 22.

Habacuc: I, 17, 8.
Hebrón: I, 10, 5.
Hechos de los Apóstoles I, 9, 12; 11, 16; II, 8, 13; 15, 9; 14; 16, 18; 17, 2; 21, 17; 22, 14.
Herodes: I, 6, 11; 12; 10, 6; 7 (2); 8 (3); 9; 23, 14; II, 23, 4; 5 (3); 6; 7; 10; 11; 13 (2).
Herodías: II, 23, 4; 5; 6; 13.
Hijo: I, 2, 19; 23; 26; 29; 3, 1; 7; 10; 12; 13 (2); 20 (2); 27; 4, 8; 10; 11; 24; 5, 1; 2 (2); 11; 12; 14 (3); 15; 6, 2; 9; 12; 13; 7, 12; 13; 8, 5 (3); 16; 18; 19; 11, 2; 3; 8; 12, 3; 12 (2); 13 (2); 14, 3; 4; 11; 15; 15, 13; 14 (2); 15 (2); 17; 17, 2; 3; 16 (2); 20 (3); 21 (3); 18, 3; 10; 19, 9 (2); 13; 20, 3; 7 (2); 8; 9; 10 (2); 11 (4); 23, 19 (2); 20; 21; 24, 3; 18 (4); 19 (2); 21; II, 1, 3; 12 (2); 6, 10; 9, 11; 10, 11; 11, 6; 7; 11 (2); 14 (4); 12, 11 (6); 14; 15, 3; 8; 16, 2 (3); 3 (5); 8; 9 (5); 17, 8; 15 (4); 16; 18, 11 (2); 12 (2); 20 (2); 21 (2); 22 (4); 20, 3; 21, 11; 12 (3); 14 (2); 24, 10; 11; 12; 16 (2); 18 (3).
Hijo del Hombre I, 17, 20 (2); 21 (2); 20, 3; 7; 24, 3; 18; II, 18, 11; 12; 20.

Iglesia: I, 1, 14; 17; 2, 27; 3, 14; 15; 4, 35; 6, 6 (2); 7, 10; 15; 9, 11; 12; 14; 19; 10, 1; 3; 4 (2); 7 (3); 8; 9; 10; 11 (2); 11, 11; 12, 9; 17; 19; 23; 13, 8; 10 (2); 14, 4 (5); 5; 13; 14; 16 (2); 17 (2); 23; 24; 25; 15, 9 (3); 16, 13 (2); 16 (3); 20 (3); 17, 1; 23; 18, 5; 6; 7; 19, 4; 6; 20, 1; 12; 13; 15 (2); 16 (2) 17; 21, 17; 18 (4); 22, 6; 7; 8 (4); 24, 6 (2); 12 (2); II, 1, 5; 6; 7 (2); 9; 11; 12; 17 (2); 18; 19; 20; 21; 22; 2, 9; 15; 3, 7; 8; 4, 5; 6; 9; 10; 14; 5, 6 (2); 6, 7; 7, 9; 8, 8; 13; 16; 18 (2); 9, 12; 13, 5; 8 (2); 9; 10 (2); 12; 15, 2; 3; 7; 12 (2); 13 (3); 23; 28 (2); 16, 11; 14 (2); 16 (2); 22; 24; 25; 29; 30; 17, 2; 5; 13; 19; 23; 24; 25; 18, 6; 12; 13; 19, 14; 18; 20; 31; 20, 2; 5 (2); 7; 11; 15; 22, 16 (2); 24, 24 (2); 26; 25, 2; 4 (2); 15; 16 (2); 17; 18 (2); 20 (2); 21 (3); 23 (2); 24 (2); 25 (2); 26; 27; 28; 31.
Isabel: I, 3, 24 (2); 4, 6; 7; 14; 15; 16; 17; II, 19, 26; 20, 11.
Isaac: II, 19, 11.
Isaías: I, 2, 21; 4, 11; 5, 5; 6, 9; 7, 14; 11, 11; 21, 6; 24, 12; II, 1, 10; 21; 3, 3; 10, 19; 14, 7; 21; 15, 7; 19; 16, 4; 18, 3; 24, 24.
Israel: I, 4, 30 (2); 7, 13; 10, 7; 8 (2); 13, 4 (2); 14, 7 (2); 17, 2; 13; 15 (2); 16 (2); 22; 24 (2); 18, 11; 22, 5; 10; II, 3, 2; 8; 5, 2 (2); 8, 18; 17, 20; 18, 16; 19, 27; 20, 4; 24, 21; 25; 25, 4; 33.
Italia: I, 13, 10.
Itamar: II, 19, 7.

Jacob: I, 2, 2; 21; 3, 15; 6, 4; 8, 19; 17, 8; 13; 22; 23 (2); II, 1, 2 (2); 19, 11.
Jeremías: I, 10, 3; 20, 11; II, 11, 14; 25, 9.

Jerusalén: I, 1, 8; 3, 14; 6, 24; 7, 15; 10, 11; 11, 13; 14, 17; 18, 6; 7; 19, 4; 22, 7; 24, 14; II, 1, 3; 3; 6; 3, 4 (2); 5; 8; 4, 1; 4 (3), 8, 14; 9, 2; 10, 16; 15, 7; 8 (2); 16; 16, 13; 14; 19; 23, 19; 20 (2); 24, 19; 21; 22.
Jesé: I, 6, 10; II, 10, 19 (2).
Jesucristo: I, 2, 6; 18; 19; 3, 10; 13; 15; 29; 4, 36; 5, 1; 16; 6, 1; 28; 7, 17; 8, 1; 11; 9, 21; 22; 11, 19; 12, 23; 14, 17; 15, 13; 16, 22; 17, 25; 18, 16; 23, 3; 23; 24; 24, 16 (2); 25, 16; II, 1, 9; 3, 1; 17; 5, 17; 6, 13; 8, 13; 9, 11; 20; 10, 20; 11, 6; 19; 12, 10; 13, 15; 14, 22; 15, 30; 16, 31; 17, 6; 20, 14; 18; 22, 17; 23, 25; 24, 16; 35; 25, 36.
Jesús: I, 1, 3; 3, 8; 12; 14; 4, 19; 5, 6; 15 (2); 6, 18; 21; 7, 13; 8, 1; 22; 9, 5; 6 (2); 9; 18; 10, 7 (2); 8; 11, 9; 12; 12, 5; 13, 3; 14, 7; 26; 15, 1; 11; 15; 16, 1; 3; 4; 5 (3); 6; 7; 8; 9; 13; 14; 17, 2 (3); 3; 5; 7; 8 (2); 24; 25; 18, 7; 11; 19, 16; 20, 2; 9; 14 (2); 21, 1; 7; 10; 12; 22, 7; 23, 11; 15; 17; 24, 14; 25, 1; 2; 3; 4; 6; 14; 17; II, 2, 4; 5; 7 (2); 16; 17; 3, 13; 14; 4, 3; 6; 15 (4); 5, 4; 7, 13; 14; 8, 4; 9, 4 (2); 10, 7; 11, 2; 5; 12, 4; 8 (2); 15, 10 (2); 26; 16, 7; 18; 17, 6; 18, 1 (2); 2; 3; 19, 17; 30; 20, 3; 5; 17; 21, 7; 24, 6; 18; 21 Verbo encarnado I, 7, 5; 6; 8, 1; 4; 6; 22; 24; 9, 21; 14, 11; 18, 13; II, 2, 12; 11, 7.
Jesús, sumo: sacerdote del AT I, 14, 17 (2); II, 1, 15 24, 19.
Jezabel: II, 23, 4.
Jordán: I, 1, 9; 10; 12, 4; 22; 20, 2; II, 2, 3; 15, 24 (2); 25 (3); 26 (2); 28.
José, patriarca: I, 2, 2; II, 19, 11.
José, san: I, 3, 5; 5, 1; 4 (2); 5 (2); 6; 7; 10; 11; 6, 13; 10, 7 (2); 9; 17, 9 (3); II, 1, 1 (2).
Josué: I, 1, 18.
Joyada: I, 3, 24 (2).
Juan Bautista I, 1, 1; 3 (3); 4; 5; 6; 8; 9; 12; 13 (2); 15; 17 (2); 19 (2); 2, 3; 22; 4, 7; 5, 14; 8, 13 (2); 11, 8; 12, 2; 5 (2); 15, 1; 4 (2); 5; 6; 7; 13; 17 (2); 16, 2 (2); 3; 4; 5; 6; 11; 14; 17, 3; 20, 11; 21, 11; 19; II, 19, 1 (2); 2; 9; 10; 16; 17; 23 (2); 24 (2); 26; 27; 28 (4); 29 (2); 31; 20, 2; 5; 6 (3); 7 (2); 8 (2); 10 (3); 11 (2); 12; 13 (2); 23, 1; 4; 5; 7 (2); 8; 13; 15 (2); 16 (2); 17; 19; 20; 22; 25; 24, 20 Precursor I, 1, 3; 2, 1; 4; 5; 23; 4, 6; 7; 14; 15; 16; 12, 1; 14, 1; 16, 1; 2; 5; 21, 15; II, 14, 5; 19, 15; 23; 26; 28; 20, 1; 3; 8; 9; 18; 23, 15; 16; 19.
Juan, abad: I, 13, 10.
Juan, apóstol: I, 5, 13; 6, 13; 8, 1 (2); 3 (6); 4; 5 (2); 9, 1; 2; 6; 8; 9; 10 (2); 13; 14; 16 (2); 17; 19; 20; 10, 15; 12, 5; 13; 22; 15, 2; 11; 21, 18; 23, 19; 24, 15; II, 2, 7; 3, 1; 4; 5, 1; 6, 2; 12; 9, 8; 9; 10, 4; 12; 12, 8; 9; 10; 14, 18; 15, 9; 10; 13; 16, 9; 13; 17, 15; 31; 18, 7; 22; 21, 5; 15; 16; 17; 22; 2; 6; 7.
Juan, padre: del apóstol Pedro I, 16, 14 (2); 15; II, 22, 2 (4); 3.

Judá: I, 3, 24 (2); 10, 5 (2).
Judas: I, 13, 4 (2); II, 4, 11 (2); 12 (2); 4; 13; 14; 5, 5; 16, 5; 23, 13.
Judas: Tadeo, apóstol II, 11, 9.
Judas: Macabeo II, 24, 19; 23.
Judea: I, 1, 8; 10, 1; 7; 8; 9 (2); 14, 4; 17, 3; 18, 12; 20, 2; 22, 6; II, 5, 1; 8, 18 (4); 20, 7; 13; 24, 23; 25, 5.
Júpiter: II, 24, 22.

Labán: II, 1, 2 (2).
Lázaro: II, 4, 4 (3); 5 (3); 6 (2); 16 (2).
Ley: I, 1, 17; 2, 15 (4); 16 (3); 17 (3); 18; 29; 3, 5; 7; 4, 27; 5, 8 (2); 16; 6, 7; 16; 7, 2; 8, 15; 11, 3 (5); 4; 5 (2); 6 (2); 8; 14, 5 (2); 6; 12 (3); 13; 18 (2); 23 (3); 15, 3; 16, 9 (3); 12; 18, 1; 18, 2; 3 (4); 4 (2); 21, 13; 14; 22, 14; 23, 1 (2); 2; 3 (2); 4 (3); 5; 6; 7; 9 (2); 17 (3); 18 (2); 20; 24, 13; 18; 19 (2); 25, 1; 2; 3; 5; 8 (2); 11 (2); 14; II, 1, 8; 2, 10; 15; 3, 6 (2); 9; 5, 3; 7, 21; 10, 6 (2); 16, 7 (2); 8 (2); 15; 17, 17; 20; 21; 22; 23 (3); 24; 25 (3); 26; 27 (2); 18, 15 (2); 19, 2; 4 (2); 5; 15; 16; 26; 30 (2); 31; 20, 8; 9 (4); 11 (2); 12; 13; 14; 24, 20; 22; 25, 30.
Leví: I, 13, 4; 21, 3 (2).
Lía: I, 10, 5.
Líbano: I, 20, 2; II, 2, 6.
Lot: II, 1, 2 (2).
Lucas, evangelista: I, 5, 3 ; 8, 1 ; 9, 20 ; 12, 15 ; 20, 2 ; 21, 3; 8; 10; 15; 18; 24, 13; II, 2, 13; 4, 7; 7, 4; 8, 5; 11, 4; 13, 6; 16, 28; 21, 15; 22, 14.
Madre: de Dios, véase María.
Mambre, valle: de I, 2, 21.
Manasés: I, 2, 3.
Maniqueos: I, 15, 17.
Maqueronte, castillo: II, 23, 19.
Mar: Rojo I, 1, 7; 16, 17; 18.
Marción: I, 9, 19; 14, 1.
María: I, 3, 5; 7; 9; 24; 27; 4, 7; 15; 16 (4); 17; 23; 29; 32; 35; 36; 5, 1; 5 (2); 11; 14; 6, 10; 7, 12; 15; 8, 22; 9, 19; 14, 2; 7; 18, 3; 10; II, 1, 1 (2); Madre de Dios I, 3, 8; 19; 25; 28; 4, 2; 19; 24; 34; 5, 6; 7; 10; 6, 13; 8, 22; 18, 3; II, 1, 2; 19, 26 Virgen I, 3, 1; 2; 6; 7; 8; 9; 10; 13 (2); 18 (2); 20 (2); 21; 22; 23; 4, 4 6; 7; 8; 10; 24; 35; 5, 2 (3); 4; 5 (2); 15; 6, 2; 10; 21; 7, 13; 8, 7; 22 (2); 9, 6 (2); 7 (2); 9, 21; 11, 8; 12, 5; 6; 14, 2; 8 (2); 17, 9 (2); 18, 3 (2); 19, 14; II, 1, 1; 17; 7, 10; 16, 3; 24, 27.
María, hermana: de Lázaro II, 4, 6; 7; 8; 10; 13 (2).
María Magdalena II, 8, 14 (2); 9, 2.
Marta: II, 4, 5; 6.
Mateo: I, 1, 19; 5, 1; 3 (2); 8; 8, 1; 9, 20; 21, 1 (2); 2 (2); 3 (2); 4; 8 (3); 10 (2); 17 (2); 18 (2); II, 3, 6; 4, 7; 7, 4; 10, 6.
Matías: I, 13, 4 (2).
Mediador: I, 2, 6 ; 3, 13; 25 ; 6, 1; 2; 24 ; 8, 1 ; 14, 13 ; 17, 21 ; II, 2, 17 ; 3, 1 ; 4, 9 ; 8, 7 ; 9, 15; 20 ; 15, 29 (2) ; 20, 14 ; 24, 16.
Melquisedec: I, 15, 3 ; II, 19, 3 (2).
Mesías, véase: Cristo.

Misa: I, 9, 13; 11, 1; II, 10, 8; 9 ; 16, 25.
Moisés: I, 1, 18; 2, 15; 16; 17 (2); 20; 22; 14, 21; 16, 9; 17 (2); 17, 7; 21, 2; 23, 1; 4; 24, 13 (3); 14; 16; 18; 19; 25, 5; 8; II, 1, 8; 10; 9, 17; 15, 2; 4; 17, 22; 18, 16 (2); 19, 5; 14; 20, 11; 25, 2; 30.
Muerto, mar: II, 15, 25.

Naasón: I, 3, 24.
Nabal: II, 23, 11.
Nabucodonosor: I, 14, 17 (2).
Natanael: I, 17, 2 (2); 9; 10; 11; 14; 16; 17; 18 (3); 21; 22; 24 (2); 25; 21, 14.
Nazaret: I, 6, 8; 9; 10; 7, 12; 10, 9; 10 (2); 17, 10; 11 (2); 19, 10.
Nerón, emperador: I, 9, 19.
Nerva, emperador: I, 9, 20.
Nicodemo: I, 14, 23; II, 18, 3; 5; 9; 15; 20.
Noé: I, 12, 21; 23; 14, 14 (2).
Nuevo Testamento I, 17, 8; 21, 17; 24, 3; II, 16, 7; 17, 24; 19, 3; 4; 8; 20; 21; 20, 8.
Números, libro: de los II, 18, 16.

Pablo: I, 2, 14 ; 5, 13 ; 8, 12 ; 13, 4 ; 14, 23 ; 17, 17 ; 21, 4 ; II, 3, 14 ; 4, 8 ; 12, 1 ; 22, 3; 10; 14 (2); 15; 25, 33; Apóstol I, 2; 2, 6; 8; 9; 14; 16; 20; 3, 5; 14; 4, 9; 26; 33; 6, 13; 21; 27; 8, 12; 10, 14; 11, 2; 10; 15; 12, 13; 18; 13, 4; 14, 7; 23; 15, 14; 16, 11; 15; 17; 17, 4; 15; 18; 20, 3 (2); 11 (3); 12; 21, 1; 23, 5; 11; 15; 24, 11 (2); 12; 17; 25, 6; II, 1, 7 (2); 8; 9; 23; 2, 12; 3, 5; 6; 5, 3; 15; 6, 7; 8; 7, 1; 8, 4; 12; 17; 18; 19; 9, 6; 13; 16; 10, 8; 9; 10; 11, 10; 18; 12, 1 (2); 2; 8; 11; 12; 14; 15; 14, 4; 8; 12; 14;15; 16, 3; 7; 11; 14; 24; 26; 17, 5; 14; 26; 28; 30 (2); 18, 3; 12; 13; 19, 9; 17; 20, 15; 21, 7; 9; 19; 22, 3; 4; 7; 10; 23, 9; 18; 24; 24, 3; 13; 24; 32; 25, 6; 7; 10 (2); 22; 33; Saulo I, 4, 27; 14, 23-Padre: I, 1, 22; 2, 19; 23 (2); 25 (4) 27; 29; 3, 12; 13; 29; 4, 10; 5, 9; 14 (2); 16 (3); 6, 14; 28; 7, 5 (2); 6; 7; 9; 13; 15; 17; 8, 1; 3; 4; 5 (3); 6; 7 (3); 16 (2); 21; 22; 24 (2); 9, 20; 21 (2); 22; 11, 2; 19; 12, 2; 8; 12 (2); 13 (3); 15; 23; 13, 15; 14, 7; 8; 11; 15; 26; 15, 3; 4; 13; 14; 17 (3); 16, 3; 4; 8; 17, 8; 23; 24; 25; 18, 7; 16; 19, 1; 8; 9 (2); 10 (3); 11; 17; 20, 11 (6); 18; 21, 20; 22, 15; 23, 3; 18 (3); 19 (2); 20 (2); 21 (2); 22; 23; 24 (2); 24, 2; 3 (3) 18 (2); 19 (3); 20; 21 (2); 25, 17; II, 1, 12 (2); 13; 20; 23; 2, 13; 17; 3, 13 (3); 17 (2); 4, 17; 5, 2; 3 (2); 4; 5; 7; 14; 17; 6, 8; 12; 13; 7, 21; 24; 8, 6 (3); 19; 9, 7; 11; 13; 10, 10; 20; 11, 3; 8; 11 (4); 13; 14 (8); 15 (3); 19; 12, 1; 2; 3; 4 (2); 6; 8 (2); 10 (5); 11 (5); 12 (6); 18; 13, 3; 15; 14, 10; 11; 20; 22 (2); 15, 9; 12; 20; 28; 30; 16, 2 (6); 3 (7); 8; 9 (5); 31; 17, 5 (4); 6; 13; 15 (2); 16; 24; 32 (2); 18, 22 (3); 20, 4 (2); 18; 21, 5; 11; 12 (3); 13; 14; 19; 22, 17; 23, 23; 25; 24, 7; 10; 12; 16 (4); 17 (2); 18 (6); 35; 25, 36.

Paráclito, véase: Espíritu Santo.
Paros, mármol: de II, 25, 24.
Patmos, isla de I, 9, 12; II, 21, 17.
Pedro apóstol I, 4, 22; 6, 18; 9, 2 (2); 3; 5 (3); 8; 10; 14; 16 (4); 11, 10; 12, 18; 13, 1; 3; 14, 10; 15, 2; 16, 10; 13 (2); 15 (7); 16 (3) Cefas I, 16, 15 Príncipe de los Apóstoles I, 6, 12; II, 25, 16 Simón I, 16, 10; 14 (2); 15; 16; 20, 12; 18.
Pilato: II, 23, 5.
Platón: I, 13, 2.
Precursor, véase: Juan Bautista.
Príncipe de los Apóstoles, véase Pedro apóstol.
Proverbios, libro: de los I, 8, 4; II, 1, 10; 14, 7.

Raquel: I, 10, 4 (2); 5 (4); 11; 14.
Rebeca: II, 1, 2.
Redentor: I, 2, 1; 3, 13; 14; 18; 20; 21; 22; 4, 16; 28; 31; 33; 6, 1; 2; 9; 12; 14; 19; 8, 16; 23 (2); 9, 3; 13, 15; 16, 5; 18; 19; 21; 17, 1; 15; 23; 18, 8; 19, 1; 21, 19; 23, 8; 24, 1; 14; 25, 2; II, 3, 17; 4, 2; 6; 5, 11; 7, 9; 21; 8, 1; 9, 1; 5; 10, 1; 7; 8; 10; 12; 11, 1; 15, 11; 12, 21; 28; 29; 16, 15; 25; 17, 21; 25; 18, 17; 18; 21; 19, 1; 3 (2); 11; 23; 28; 20, 12; 14; 21, 1; 7; 19; 22, 17; 23, 5; 16; 23; 24; 24, 1; 29; 25, 5; 20; 33 (3).
Rojo, mar: I, 1, 7; 16, 17; 18.
Roma: I, 13, 8; 10 (2); 14.

Sabaste: II, 23, 20.
Sabelio: II, 24, 18 (2).
Salomón: II, 1, 10; 15; 3, 16; 11, 2; 14; 12, 17; 14, 7; 19; 15, 29; 16, 6; 19, 6; 24, 2 (2); 13; 19; 20; 21; 24; 25 (2); 28 (2); 25, 2; 5; 21.
Salvador: I, 1, 13; 22; 2, 14; 3, 7; 12; 4, 13; 18; 32; 5, 1; 6; 9; 12; 15 (2); 16; 6, 8; 22; 26; 27; 28; 7, 1; 4; 8; 8, 3; 9, 8; 9; 13; 11, 12; 12, 1; 14; 13, 7; 13; 14, 1; 3; 5; 12; 13; 15, 1; 6; 16, 12; 15; 17, 8; 10; 18, 1; 3; 7; 19, 1; 7; 11; 15; 20, 6; 12; 21, 11; 22, 1; 6 (2); 8; 23, 6; 8 (2); 13; 23; 24, 9; II, 1, 1; 12; 13; 2, 1; 4, 1; 5, 6; 16; 6, 3; 7, 1; 16; 18; 9, 4; 5; 10, 12; 12, 1 (3); 4 (3); 9; 18; 13, 1; 14, 10; 15, 4; 14; 26; 16, 7; 18; 17, 8; 26; 18, 20; 19, 15; 22; 29; 20, 3; 21, 11; 18;.
Samaria: II, 23, 19; 20.
Samuel: I, 16, 13; II, 19, 11.
Sansón: II, 19, 11.
Santiago apóstol I, 8, 5; II, 5, 14; 12, 17; 14, 5; 7; 20, 15 (2); 17; 23, 10.
Sara: I, 11, 10.
Satanás: II, 3, 14; 12, 1.
Saúl: I, 14, 16 (3).
Saulo, véase: Pablo.
Señor: I, 1, 1; 3; 7; 12 (2); 13; 14 (2); 18; 20; 21; 22; 2, 3; 4; 6; 12; 21; 23 (2); 3, 5; 6; 7; 8; 10; 12; 13; 14 (2); 19; 21 (2); 23 (2); 24; 29; 4, 6; 7 (2); 8; 10; 11; 13 (2); 14; 15; 16 (2); 17; 18; 19; 20; 25; 27; 28; 30; 32 (2); 34; 35 (2); 36 (3); 5, 1; 5 (2); 10; 11 (3); 12; 13 (2); 16; 6, 1; 3; 6 (2); 10; 11; 13; 17 (2); 18 (3); 21; 23 (3); 24 (2); 26; 28; 7, 1 (2); 6; 7; 14; 15; 16; 17; 8, 1 (2); 2 (2); 11; 12; 18; 9, 1; 2; 3; 4;

5; 8; 9; 10 (2); 11 (3); 12; 13; 14; 16; 17 (2); 19; 20; 21; 22; 10, 3; 6 (2); 7 (3); 10; 11; 12; 11, 1 (2); 6; 8 (2); 13 (2); 14; 16; 18; 19 (2); 12, 1 (2); 2 (3); 4; 7; 8 (2); 9; 12; 13; 15; 17; 18; 20 (2); 21; 22; 23; 13, 1 (2); 2; 5 (3); 6 (4); 7; 10; 13; 14, 1; 5 (2); 6 (2); 9; 12; 13; 18; 19 (2); 20; 24; 26; 15, 1; 4; 5; 7; 8; 9; 10; 11; 16; 16, 1; 2; 3; 8 (3); 9 (2); 10 (3); 12; 13; 14 (6); 17 (2); 22; 17, 3 (3); 4 (2); 6 (2); 10; 12; 13; 14; 16 (2); 17 (2); 18; 21 (3); 22; 23 (2); 24 (2); 25; 18, 1 (3); 2 (2); 3; 4 (4); 5 (2); 6; 7 (2); 8; 9 (2) 10 (2); 11; 12 (2); 14 (2); 15; 16; 19, 1; 4 (3); 7; 9; 11; 12; 13; 14; 15 (4); 20, 1; 2; 3; 6 (6); 7; 8 (2); 9 (2) 10; 12 (2); 13; 15; 17; 21, 1; 3; 5; 6 (2); 8 (2); 9 (3); 10; 12 (2); 13; 14 (2); 15 (2); 17 (2); 22, 1; 2 (2); 3 (2); 4 (2); 5 (3); 6 (3); 7 (3); 8 (2); 9; 10 (2); 11; 14; 23, 2 (2); 3; 4; 6; 7; 10 (2); 11; 12; 13; 14; 17 (2); 22 (2); 23 (2); 24; 24, 1; 4 (3); 9 (3); 10; 11 (3); 12 (3); 13 (3); 15; 16 (2); 17; 19; 20 (2); 21; (3); 25, 2; 4 (2); 6; 7 (2); 9 (2); 11 (2); 12; 17; II, 1, 1 (2); 2; 3 (2); 4 (2); 5; 6; 8; 9 (3); 10; 12 (2); 13; 14; 15; 16 (2); 17; 19; 20 (2); 21 (3); 22; 23; 2, 1 (2); 2; 4; 5; 6 (3); 8; 9 (2); 10 (2); 12; 16 (2); 3, 3 (2); 4 (2) 5; 6 (2); 7 (4); 10 (3); 11 (2); 12 (2); 13 (2); 14; 15 (2) 17; 4, 2 (2); 4; 5 (3); 6 (3); 7 (3); 8; 9 (3); 11; 12 (2); 13 (2); 14; 16; 5, 1; 2 (2); 5 (2); 6; 7; 9; 13; 14; 15; 17; 6, 1 (2); 2; 3; 4; 5 (2); 6 (2); 8; 11 (2); 12; 13; 7, 1; 2; 4 (2); 5; 6 (2); 8 (2); 9 (2); 10 (2); 11(2); 15; 18; 19 (2); 21 (3); 23; 24; 8, 2; 4; 5 (2); 6 (2); 8; 13 (2); 15; 9, 1; 2 (2); 3; 7 (2); 8 (2); 11; 12; 13; 14 (2); 15; 16; 17; 10, 1; 2; 3 (3); 4 (3); 5 (3); 6 (3); 7 (3); 9; 12; 16 (2); 17 (2); 18 (2); 19 (2); 20; 11, 1 (2); 3; 6 (3); 7; 8; 9; 12; 15; 18; 19 (2); 12, 1; 3; 4 (3); 5; 9; 10; 13; 14; 15; 18; 13, 1 (3); 4; 5 (2); 6 (2); 11 (2); 13; 14; 15; 14, 1 (2); 3; 6 (4); 7 (4); 9 (2) ; 10; 13 (2); 16; 17 (2); 18; 19 (2); 20 (2); 21; 22; 15, 1; 3; 4; 5; 10 (2); 12; 13; 14; 15 (2); 17 (3); 19; 22 (3); 24 (2); 25; 26 (2); 27; 28; 29; 30; 16, 1; 2; 3; 4; 5; 6; 8; 9; 11; 12; 13 (2); 16; 17; 18; 20; 21 (2); 24; 27 (2); 30; 31 (2); 17, 1; 3; 6 (2); 8; 10; 14; 17; 20; 21; 24 (4); 26; 27; 28 (2); 31; 18, 1; 2; 4; 5; 9; 10; 13; 15 (2); 16 (3); 17; 18; 19; 20; 22; 19, 1 (2); 5; 6; 8; 15 (2); 18; 22; 24 (2); 26; 27; 28 (3); 29; 30; 31 (2); 20, 1; 2 (2); 3 (2); 4; 5 (2); 6 (4); 7 (2); 8; 9 (3); 10 (2); 11 (2); 13 (2); 15; 16; 17; 18; 21, 1; 2 (2); 3; 4 (3); 5 (3); 8 (3); 10 (4); 12; 14; 15; 16; 17 (4); 18; 19; 22, 1 (2); 2 (2); 3 (2); 4; 5 (3); 6 (2); 7 (2); 8; 9; 10; 11; 12; 14; 15; 17; 23, 1; 4; 5 (2); 9; 10; 15 (2); 16 (3); 17; 19; 25; 24, 3 (2); 4; 5; 6; 16; 18; 19 (2); 20; 22 (2); 25; 26; 27 (2); 28 (2); 29 (2); 31 (2); 32; 33; 34; 35; 25, 2; 4; 5; 12; 13; 14 (5); 18 (2); 19; 21 (2); 24; 25; 28; 30; 31 (2); 35; 36;.

Sidón: I, 22, 7.
Simeón: I, 17, 8; 18, 8; 9; 12.
Simón, véase: Pedro.
Simón el mago I, 12, 11; II, 1, 11.
Sión: I, 2, 29; 11, 4; 20, 17; II, 3, 8.
Sinagoga: I, 1, 18 (3); 18, 8; II, 3, 9 (2).

Tatiano: I, 14, 1.
Teodoro, arzobispo de Canterbury I, 13, 9.
Tiberíades, mar de II, 2, 3; 8, 14.
Timoteo: I, 3, 5; II, 22, 15.
Tiro: I, 22, 7; II, 25, 5.
Tobías: II, 16, 13.
Tomás, apóstol: II, 8, 14 (2); 15, 17.
Trinidad Santísima I, 2, 23; 26; 8, 5; 12, 12 (2); 14, 11; 19, 9; 20, 10; II, 11, 14; 17, 10; 18, 4; 25, 25; 27 (2).

Unigenito: I, 4, 10; 36; 8, 16; 21; 11, 2; 12, 13; II, 5, 10; 13; 15, 3; 18, 21; 24, 10; 16.

Verbo encarnado, véase Jesús.
Virgen, véase: María.
Vitaliano, papa: I, 13, 10.

Zacarías, padre de san Juan Bautista I, 4, 6; II, 1, 18.
Zacarías, profeta: I, 3, 24; 14, 10; 17, 8.
Zebedeo, hijos de II, 21, 2; 9; 14; 15 Boanerges II, 21, 5.
Zorobabel: II, 1, 15; 24, 19.

ÍNDICE GENERAL

NOTA EDITORIAL 5

BEDA
HOMILIAS SOBRE LOS EVANGELIOS

LIBRO II

HOMILÍA I
En la Cuaresma (Jn 2, 12-22) 9

HOMILÍA II
En la Cuaresma (Jn 6, 1-14) 23

HOMILÍA III
Domingo anterior a la Pascua (Mt 21, 1-9) 33

HOMILÍA IV
En la Semana Mayor (Jn 11, 55-12, 11) 44

HOMILÍA V
En la Cena del Señor (Jn 13, 1-17) 54

HOMILÍA VI
En el Sábado Santo (Mc 7, 31-37) 63

HOMILÍA VII
En la Vigilia pascual (Mt 28, 1-10) 71

HOMILÍA VIII
Domingo de resurrección (Mt 28, 16-20) 83

HOMILÍA IX
Después de la Pascua (Lc 24, 36-47) 93

HOMILÍA X
Después de la Pascua (Lc 24, 1-9) 104

HOMILÍA XI
Después de la Pascua (Jn 16, 5-15) 115

HOMILÍA XII
Después de la Pascua (Jn 16, 23-30) 126

HOMILÍA XIII
Después de la Pascua (Jn 16, 16-22) 137

HOMILÍA XIV
En las letanías mayores (Lc 11, 9-13) 145

HOMILÍA XV
En la Ascensión del Señor (Lc 24, 44-53) 145

HOMILÍA XVI
Después de la Ascensión (Jn 15, 26 – 16, 4) 173

HOMILÍA XVII
Domingo de Pentecostés (Jn 14, 15-21) 190

HOMILÍA XVIII
Octava de Pentecostés (Jn 3, 1-16)..... 206

HOMILÍA XIX
*En la vigilia del nacimiento de san Juan Bautista (*Lc 1, 5-17).... 218

HOMILÍA XX
En el nacimiento de san Juan Bautista (Lc 1, 57-68) 234

HOMILÍA XXI
Santos Juan y Pablo (Mt 20, 20-23)..... 244

HOMILÍA XXII
Santos Pedro y Pablo (Jn 21, 15-19) 255

HOMILÍA XXIII
En la degollación de san Juan Bautista (Mt 14, 1-12) 265

HOMILÍA XXIV
En la dedicación de una iglesia (Jn 10, 22-30) 278

HOMILÍA XXV
En la dedicación de una iglesia (Lc 6, 43-48) 294

ÍNDICE BÍBLICO 313

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS 337